
Paula Ramos
MALDECIR EL AMOR
Lit
RBA

Paula Ramos

MALDECIR EL AMOR

RBA

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Epílogo
Agradecimientos

© del texto: Paula Ramos, 2026.
Autora representada por Editabundo S. L., Agencia Literaria.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: abril de 2026

REF.: OBEO068
ISBN: 979-13-7031-182-7

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.



1

Tamborileé con la manicura recién hecha sobre la taza de té chai que estaba tomando mientras hojeaba mi agenda para el día siguiente.

Tenía varias reuniones relacionadas con el caso Markus Brennan, CEO de una gran multinacional de generación de energías renovables cuyo pasado no era tan eco, y con la doctora Claire Martin.

Solo con pensar en ella... suspiré y cerré la agenda de golpe; decidí que había tenido suficiente por aquel día.

Ya eran las ocho de la noche y, aunque había tenido mi sesión de pilates habitual por la mañana, me apetecía hacer algo de ejercicio para luego poder relajarme con una buena copa de vino. No llegué siquiera a levantarme de la silla.

El teléfono vibró avisando de una llamada entrante. No era el móvil del trabajo, sino el personal, así que me incliné sobre el escritorio y descubrí el nombre de mi mejor amiga en la pantalla.

—¿Ivy? —respondí extrañada mientras apagaba las luces del despacho y me dirigía a la puerta—. No me digas que has vuelto a olvidarte algo en el apartamento.

Ese día salía para un viaje de unos días a Provincetown, así que sospechaba que ya se había olvidado algo importante para la escapada.

—Ya te dije que hicieras una lista... —continué de broma.

—Me da igual la puñetera lista —gruñó ella, hablando por primera vez y poniéndome en alerta. El consiguiente sonido de sorbida de mocos me dio otra buena pista—. ¿Podemos vernos?

Me detuve en mitad del salón de mi pequeño pero coqueto piso.

—¿No tendrías que estar con Tom...?

—No lo nombres —me interrumpió.

Y en ese momento se confirmó que estaba llorando.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sujetando con fuerza el móvil.

—¿Podemos vernos en Yvonne's?

Era nuestro restaurante favorito de Downtown Crossing.

¿Qué hacía Ivy de nuevo en el centro de Boston? Aunque necesitaba respuestas, sabía cuándo las preguntas tenían que esperar.

—Dame quince minutos y estoy allí —prometí.

Nada más colgar, pedí un Uber y eché a andar en dirección al vestidor.



Entré en Yvonne's con una calma impostada y, tras indicar que me estaban esperando, seguí al *maître* hasta la mesa en la que Ivy estaba sentada.

Como siempre, el restaurante estaba hasta los topes. Su concepto de cocina contemporánea New American junto a aquel espacio histórico que recordaba a los clubes privados del siglo XIX lo convertía en uno de los lugares de moda del momento.

Ivy me localizó enseguida y me dedicó una sonrisa tristona que no me gustó un pelo. Le di un beso suave pero rápido en la mejilla y me senté, apreciando que estábamos en una de las zonas más apartadas de la sala. Además, si le añadíamos la suave iluminación del restaurante, disponíamos de la privacidad que siempre buscábamos en nuestras quedadas, pero que raramente conseguíamos en un lugar con tanta demanda.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, estudiándola con detenimiento.

Sus largas pestañas negras tenían un borrón sospechoso de rímel corrido, y su preciosa piel del color del café con leche, herencia de sus raíces mexicanas, no tenía rastro de su brillo natural.

—Se ha acabado —susurró, abrazándose a sí misma mientras hacía tintinear con el gesto las numerosas pulseras doradas que llevaba.

—¿Cómo dices?

No solía quedarme sin palabras, pero aquel giro de los acontecimientos me había pillado desprevenida.

¿Ivy y Tom habían terminado?

Llevaban años juntos. Estaban prometidos. La boda iba a celebrarse dentro de unos meses, aquel otoño... Estudié el rostro de mi mejor amiga y el brillo de las lágrimas en sus ojos. La tristeza era palpable, al igual que la decepción.

Cuadré los hombros y miré la botella de vino que había pedido. Supe que mis sospechas eran ciertas cuando descubrí el Saint-Estèphe. Sin darle tiempo a reaccionar al camarero, rellené su copa y me serví otra antes de lanzar la pregunta del millón:

—¿Qué ha hecho?

Podía disimular haciéndome la sorprendida y dirigir la conversación con preguntas absurdas hasta que mi mejor amiga lo soltara, pero ¿para qué?

Ivy formó una mueca de disgusto con los labios carnosos, pero, por sus facciones dulces, resultó más encantadora que otra cosa.

—¿Por qué deduces que ha hecho algo?

—Porque te conozco y sé que tú no has mandado al garate esa relación. Él, sin embargo...

Ladeé la cabeza en un gesto que decía mucho sin necesidad de que añadiera nada.

Ivy dio un trago a su copa antes de volver a hablar.

—Es un cucaracho, ya lo dijiste cuando le conociste. No quise escucharte y aquí están las consecuencias. —Dibujó una sonrisa amarga y deseé tener a Tom delante para decirle un par de cosas.

—¿Te ha engañado? —intenté deducir, pero no le pegaba.

Tom era un chico en cierta forma encantador. Criado en Portland, se dedicaba a la fotografía; así fue como conoció a Ivy: haciendo un reportaje del paisajismo que ella había realizado para una fundación medioambiental en Vermont.

Sí, Tom era educado, alegre, con una personalidad chisporroteante que cuadraba con la de mi amiga, pero cuando le conocí no pude evitar notar ese temor por el sedentarismo, esa necesidad de moverse, de estar en diferentes sitios sin echar raíces...

Ese rasgo en un chico de veinte años era entendible. En un hombre de treinta y pico, no tanto. No oculté que me sorprendió cuando su relación se hizo oficial dos años atrás, pero tampoco la falta de asombro por los muchos desplantes emocionales que Tom cometía. Se lo dije a Ivy: Tom en el fondo quería aventura.

Pero, a pesar de ello, no le veía engañándola, tan solo...

—Ha decidido romper el compromiso porque siente que no hay necesidad de atarse de esa manera —completó mi hilo de pensamientos—. Dice que somos demasiado jóvenes para comprometernos y no entiende que no lo vea.

Asentí lentamente, conteniendo cualquier gesto, pero Ivy sonrió con resignación.

—Sí, puedes decirlo. Sé que piensas igual, doña «el amor no existe».

—No digo que el amor no exista —me quejé.

Ella enarcó una ceja ante mi afirmación, arrancándome un suspiro.

—Solo me refiero al amor romántico. Y en realidad no es así. Creo firmemente en la atracción, ¡incluso en las conexiones potentes! Pero ¿en un amor romántico como destino? —Torcí el gesto—. Ya sabes que pienso...

—... que la gente diluye su esencia con la idea de una pareja —me sorprendió terminando la frase por mí.

—Exactamente —asentí dando un traguito a mi copa.

—¿Y por qué me siento tan mal? —preguntó Ivy con labios temblorosos.

Me partía el alma verla así. Ella, tan romántica e idealista, tan llena de vitalidad y alegría, con el brillo apagado por un tremendo gilipollas que no sabía valorar la suerte de que alguien como mi amiga se hubiese fijado siquiera en él, con su complejo de Peter Pan.

—Porque no eres de piedra, cielo. Le querías. Pero, seamos francas, por mucho que ahora mismo me gustaría darle una patada

en sus partes nobles por hacerte daño, el amor dura... ¿Qué? ¿Tres años máximo?

—Mis padres llevan más de treinta años juntos —repuso.

—Es otra generación. No conciben salir de lo que se ha establecido que es correcto. Noviazgo, matrimonio, hijos, casa con jardín...

Simulé un escalofrío y conseguí que sonriera al fin.

—Venga, Ivy. Nosotras merecemos más de la vida. ¿Por qué malgastar el tiempo junto a alguien cuando la chispa se apaga?

—Entonces, ¿el plan es estar siempre solas? Me parece deprimente.

—No estás sola. Me tienes a mí, al resto de tus amigos y, mientras, puedes ir pasándotelo bien con los pretendientes con los que te cruces. Incluso puede que veas alguno decente para tener hijos si quieres, pero cuando se apaga la magia explosiva, ¿qué necesidad hay de seguir ahí? —Chasqué los dedos con determinación—. A por la siguiente conquista si es que te aparece, que solas, románticamente hablando, también se está muy bien.

Ivy negó.

—Repito: me parece un plan deprimente. Y además confundes amor con pasión. Que sí, al cabo de un tiempo esa pasión desaparece, pero... —Ivy levantó un dedo para que guardara silencio al ver mis intenciones de intervenir—, *pero* luego está el amor, Anne. El amor en mayúsculas. Ese no poder vivir sin esa persona, tener una complicidad más allá de las palabras. El sentirlo tu casa. Tu lugar en el mundo.

Le dediqué una sonrisa cariñosa y, siendo sincera, también ligeramente condescendiente.

—Ivy, eso solo pasa en las películas y en los libros.

—Por favor, ¡eres imposible! —se quejó enfurruñada.

—Es cierto. Esas historias románticas hacen demasiado daño. Hazme caso. El amor que dices es una ilusión creada por este mundo consumista. La idea del amor vende, y mucho.

Mi amiga arrugó la nariz y se recostó en el respaldo de su silla, copa en mano.

—No puedo seguir esta conversación con el estómago vacío. Tengo hambre.

—Para eso hay una solución inmediata. —Sonreí cogiendo la carta y tendiéndosela—. Lo demás lo iremos viendo sobre la marcha.

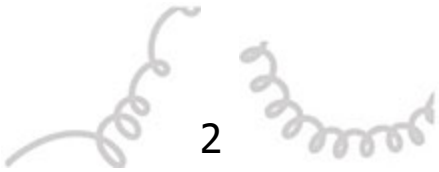
Ivy puso los ojos en blanco.

—Gracias por venir, pero te aviso de que estoy en modo deprimente y voy a ser mala compañía.

—Venga, ya verás como le damos la vuelta a la noche —prometí con una amplia sonrisa.

Y ese fue mi primer error.

No era consciente de la que me esperaba...



2

Salimos de Yvonne’s un poco más perjudicadas de lo que me habría gustado admitir. A pesar de haber pedido más comida de la que ninguna de las dos habría sido capaz de terminarse, el vino había sido el principal acompañante de la velada, así que no nos pareció mala idea caminar un rato antes de coger el Uber para volver a casa. Una forma de poder serenarnos y de asegurarme de que dejar a Ivy sola no era un error garrafal, como yo le había intentado hacer ver antes de que me mandara a pastar.

Estábamos a finales de mayo y, aunque el calor del día empezaba a ser sofocante, ahora había una temperatura agradable si se ignoraba la humedad. Ivy vivía en el barrio de Jamaica Plain, un poco más alejada que mi pisito en South End, pero podíamos caminar juntas un trecho antes de que nos recogieran.

—Mañana me espera un día... interesante —soltó Ivy con una sonrisa resignada.

—¿Mañana? —La miré confundida.

—Sí, decírselo a mis padres, comenzar a cancelar las cosas de la boda...

Le agarré con fuerza la mano mientras continuábamos avanzando por la calle. Aquella zona era una de las más animadas de Boston, con varios restaurantes, clubes y bares.

—Si necesitas que te ayude, puedo cancelar varias...

Pero Ivy no me dejó terminar la frase.

—Tranquila, quizá necesite algo de apoyo al final del día, pero todo esto lo tengo que hacer sola.

—Tom también tiene que responsabilizarse. —La miré ceñuda, y ella asintió.

—Lo sé. Pero, si te soy sincera, lo que menos me preocupa es llamar a la *wedding planner*. Creo que voy a llevar peor la conversación con mis padres.

—Estoy segura de que serán comprensivos —aseguré sin ningún atisbo de duda.

—Oh, por descontado. Pero contárselo... Contárselo será la confirmación de que esto es real. Que Tom me ha dejado y que, seguramente, esté planeando un nuevo destino para perderse las próximas semanas sin... sin mí.

El temblor en la voz de Ivy me advirtió que estaba a punto de romper a llorar de nuevo, así que nos obligué a parar justo cuando nos cruzábamos un grupo de amigas que hablaban animadas y ajenas al corazón destrozado de la mía.

—Vas a salir de esta. Tom es un cucaracho, no lo olvides —comencé, pero el labio inferior de Ivy se descontroló en un puchero que sabía que aquel imbécil no merecía.

—Pero era mi cucaracho —soltó ella lanzándose a mis brazos—. Nunca más me voy a enamorar así, Anne. Era *él*. Lo sé.

Mientras le acariciaba la espalda en un gesto reconfortante, sabía que a lo que Ivy se refería era a esa absurda e ilógica idea de que Tom era la persona predestinada para ella.

—Hazme caso: no lo era.

Me mordí la lengua para no enfatizar que no existía un *él*; sabía que no era el momento. Aunque, claro, Ivy me conocía demasiado...

—Pero porque crees que no hay ningún *él* —murmuró.

—Por supuesto que no hay una sola persona para cada uno de nosotros. Esa alma gemela, la media naranja, me da igual cómo quieras llamarlo, no existe. ¿Y sabes por qué lo sé?

Hice que nos separáramos para dar más peso a mis palabras antes de continuar:

—Porque, Ivy, cariño, el amor es una reacción química del cerebro, que dura un par de años, los suficientes para asegurar la reproducción y la supervivencia de la especie.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—No todo el mundo quiere o puede tener hijos. Tu teoría flojea, amiga...

—Vale, no todo es reproducirse. También están los vínculos socioafectivos para la continuidad de la especie. Ya te lo he dicho: el amor de tu vida no existe, así que estate tranquila, Tom es solo un capítulo más. Uno que, te diré, recordarás con espanto dentro de un tiempo.

Ivy me miró mal, pero la conversación estaba sirviendo para que dejara de llorar.

—Es terrible.

—Es neurociencia y biología.

Ante mis palabras, bufó exasperada mientras le rodeaba el brazo con el mío.

—Anne, un día te tragarás estas palabras, y sé que estaré delante para recordártelo.

Solté una carcajada justo antes de que se quitara los tacones que llevaba. Ya ni me inmuté mientras se apoyaba en mí. Era un gesto, para mi espanto, demasiado habitual en ella. Eso de andar descalza por la calle no iba conmigo.

—Créeme, no llegará.

—Te tragarás tus palabras —canturreó Ivy mientras reanudaba la marcha colgada de mi brazo y con una sonrisa divertida en los labios.

—Si eres feliz pensando que sí...

—Lo seré mucho. Verte enamorada como una tonta, llena de proyectos emocionantes y...

Se le rompió la voz antes de poder acabar la frase, intentando controlar un gemido lastimoso.

—Estúpido Tom —gruñí, deteniéndonos.

—Lo s-siento... Es... es que... —balbuceó Ivy desconsolada.

La miré con preocupación, sin llegar a comprender cómo aquel *hippie* sin escrúpulos podía permitirse abandonar a alguien como mi amiga. Si es que, ¡ni era atractivo! Era un flipado que se creía interesante con su cámara continuamente colgada al cuello.

Volví a abrazarla, consolándola con suaves caricias en el pelo mientras seguía llorando.

—Anne, ¿qué voy a hacer? ¿Qué...?

No conseguí entender lo que dijo a continuación, pero me enfadé. Aquello, AQUELLO era lo que conseguía esa estúpida invención llamada amor.

Esperé a que volviera a calmarse y, cuando se separó para sonarse los mocos, hablé seriamente.

—Escúchame, ¿vale? Eres Ivy del Valle, dueña del estudio Raíces y una de las paisajistas más importantes de la ciudad. Eres una mujer brillante de veintiocho años, en la puñetera flor de la vida...

—Vaya, sí que debes de estar enfadada si acabas de soltar un taco —me interrumpió.

—No me interrumpas, estoy dándote un *pich*.

—Oh, disculpa. —Ivy contuvo una sonrisa, aunque la tristeza seguía empañando su rostro y eso era motivación suficiente para hacerle recordar quién era.

—Además de todo lo que has conseguido laboralmente con lo joven que eres, está lo que eres como persona: brillante, buena amiga, creativa, divertida, guapísima... Tienes un gran grupo de amigos y una familia que te quiere, así que no me vengas con qué vas a hacer ahora. ¡Vas a seguir comiéndote el mundo! El que va a estar más perdido que una langosta en un garaje es el gilipollas de Tom. Porque es eso. Un gi-li-pollas. Se arrepentirá de lo que ha hecho, te lo prometo. Pero a ti te dará igual porque ya estarás a otras mil cosas, y seguramente con otro tipo mucho más interesante y buenorro.

Ivy arqueó una ceja con escepticismo.

Suspiré y, tras mirar a nuestro alrededor asegurándome de que los transeúntes que había por la zona estaban lo bastante lejos de nosotras, miré al cielo y grité:

—¡Maldigo esta absurda idea del amor!

—¡Anne! —saltó Ivy, intentando taparme la boca—. ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

Me reí y, separándome de ella, volví al ataque:

—¡Maldigo el amor y todo lo que nos han vendido que es!

—Anne, esto que estás haciendo trae mal fario. ¡Cállate! Vas a hacer que terminemos siendo unas monjas de clausura.

Volví a esquivarla.

—No va a pasar nada de eso porque no existe —insistí.

—Y si no existe, ¿por qué demonios lo maldices?

—Porque maldigo esa ridícula idea que os embota el cerebro; pero tranquila, la única que ha maldecido aquí soy yo, tú no has dicho ni pío.

Ivy me miró como si me acabaran de salir cuernos o una segunda cabeza.

—Eres de lo que no hay.

Iba a contestarle, pero a nuestra espalda se oyó un gritito demasiado estridente como para no girarnos.

—Manda narices... —murmuré ante la escena que estaba sucediéndose frente a nosotras.

Una chica emocionadísima estaba plantada ante su pareja, un hombre que se acababa de arrodillar con un gigantesco ramo de rosas y una cajita de terciopelo abierta. No hacía falta añadir más detalles para saber qué estaba sucediendo.

—El ramo es tan grande que se huelen las rosas desde aquí —dejó caer Ivy, intentando controlar su expresión.

Los tortolitos estaban justo en la acera de enfrente y, tras el esperado «sí», se fundieron en un efusivo abrazo. Varios pétalos cayeron al suelo y una suave brisa los empujó hasta nuestros pies.

«Hay que joderse». Y no era yo una persona palabrotera.

—Venga, voy a pedir que el Uber nos recoja en Union Park —propuse, y nos obligué a retomar la marcha justo cuando varias personas comenzaron a aplaudir la escena.

¿De dónde narices salía de pronto tanta gente emocionada? Era absurdo.

Ivy obedeció, pero no dudó en agacharse para recoger uno de los pétalos y guardárselo como gesto de fe. No hacía falta que dijera nada; eran tantos años de amistad que ya casi le leía el pensamiento.

Me mordí la lengua, pero para mis adentros volví a pensarlo:

«Maldito amor».



3

A la mañana siguiente, me desperté como un día cualquiera. Justo a las 6.30, con los rayos del sol que se colaban por la ventana de mi dormitorio y la música suave del altavoz inteligente que había comprado unos meses atrás. Odiaba despertarme con la típica música estridente que te hacía empezar el día de mal humor.

Como siempre, hice unos breves estiramientos frente a la ventana, todavía medio dormida y mirando embobada el jardín trasero que pertenecía a mi bloque. Después me dirigí a la cocina, todavía con el camisón de satén, para que la cafetera comenzara a moler los granos mientras me servía un vaso de agua con unas gotas de limón.

Ese día no tenía sesión de pilates con Rachel, mi entrenadora personal, así que no tardé en prepararme y, tras darme una ducha y seguir la rutina de *skincare* de cinco pasos que hacía cada mañana religiosamente, leí en diagonal las noticias en el *Boston Global* mientras apuraba mi *espresso*; salí del apartamento enfundada en un elegante vestido *midi* y subida a unas sandalias de tacón. El día era perfecto para caminar hasta mi estudio, pero la primera cita del día era con un cliente algo complicado, así que preferí coger un Uber.

Tenía carnet de conducir y vehículo propio, pero en días importantes prefería que me llevaran, para evitar el estrés de

conducir en plena ciudad y así poder ir revisando las anotaciones de mi libreta para la reunión.

Nunca utilizaba el móvil para tomar notas, todo lo llevaba en una agenda física y una libreta Moleskine. Siempre Moleskine. Manía que había cogido en la universidad.

Mi oficina se encontraba en el 97 de Newbury St., una de las calles de Boston con más vida, llena de cafeterías, restaurantes y tiendas de lujo. Me pareció un lugar encantador para abrir un espacio propio cuando la marca despegó y el *coworking* empezó a ser un problema para las reuniones con clientes nuevos, en especial porque la mayoría buscaba ante todo privacidad. Por supuesto, también había otros (CEO de multinacionales, políticos y demás) que preferían reunirse en sus despachos, pero el resto seguía pasando por mi estudio y era lógico tener mi propio espacio.

Cuando bajé del Uber, me recibió el edificio de ladrillo marrón renovado con tres alturas y una tienda de Ralph Lauren al lado. Mi oficina estaba en la primera planta, tras una imponente puerta oscura con una discreta placa dorada donde se podía leer: anne prescott, asesora de imagen.

—Buenos días —saludé con una amplia sonrisa mientras me quitaba las gafas de sol.

—¡Buenos días, Anne! —respondió Betty, acercándose para recoger mi bolso y darme un beso en la mejilla.

Betty era mi secretaria, y no podía vivir sin ella.

La mujer, ya en los cincuenta, llevaba mi agenda con una profesionalidad de la que yo misma era incapaz. Organizaba las citas, se encargaba de la facturación, de responder mails, confirmar invitaciones... Era mi salvavidas y una gran amiga.

—¿No vas un poco justa? Aunque todavía no ha llegado —dijo tendiéndome la agenda y la libreta antes de guardar el bolso en el armarito detrás de su mesa.

—¿Cómo? —pregunté sin comprender a qué se refería.

—La primera cita del día. —Betty me miró ceñuda, como si le estuviera hablando en otro idioma—. ¿Quieres que baje a por unos cafés y unos bollitos?

—Betty, mi primera cita es a las doce, con Markus...

—No, cariño, tienes una a las nueve con Miss Fire.

—¿Miss... qué?

Alarmada, fui directa a abrir mi agenda. La había estado revisando la noche anterior y sabía que no... Abrí los ojos como platos al ver garabateada una cita con Miss Fire.

¿Quién demonios era esa mujer? ¿Y por qué no recordaba haberla confirmado?

Era cierto que habíamos tomado varias copas de vino, pero ¿tantas como para que se me olvidara haber conocido a una nueva clienta a la que había citado con tan poco margen?

—La vi actualizada en el sistema y pensé que la habías colado ayer a última hora —escuché que parloteaba Betty a mi alrededor mientras yo continuaba mirando descolocada aquel misterioso nombre.

Ambas compartíamos un calendario digital porque, aunque yo tuviera predilección por el papel, era consciente de que esa era la única manera de que mi secretaria y yo nos coordinásemos. Que estuviese también en el sistema indicaba que no podía tratarse de un error. ¿No?

—Ayer salí a cenar con Ivy, pero no agendé ninguna cita con nadie —murmuré más para mí.

—Si te sirve de consuelo, la tal Fire llega tarde. Ya son y cinco —señaló Betty, que comenzó a empujarme hacia mi despacho.

Parecía que había echado raíces en mitad del recibidor del estudio, un espacio amplio decorado con un estilo parisino que era, a su vez, la zona de trabajo de Betty. Luego, además del pequeño baño a mano derecha, estaba mi despacho. El local no era especialmente grande, pero tenía una iluminación fantástica y, ante todo, estaba muy en la línea de elegancia y discreción que buscaba. Cada rincón gritaba mi nombre. Igual que la ropa de mis clientes, aquel sitio representaba mi marca y, como tal, había cuidado hasta el más ínfimo detalle para conseguir el espacio de mis sueños.

—Venga, en cuanto llegue, te aviso, aunque la haré esperar —sentenció Betty—. No hay teléfono de contacto, así que espero que no nos dé plantón.

Terminé obedeciendo con un tibio asentimiento. Estaba muy tentada de mandarle un mensaje a Ivy para preguntarle si recordaba el encuentro con la supuesta nueva clienta, pero, en cuanto cerré la puerta detrás de mí, alguien dentro del despacho carraspeó para llamar mi atención.

Levanté la cabeza, sorprendida, en especial cuando descubrí a una mujer de unos sesenta años sentada en uno de los asientos frente a mi mesa de escritorio, con las piernas cruzadas.

—Ya era hora —dijo levantándose—. Llegas cinco minutos tarde, querida.

De una indiscutible elegancia, observé a aquella mujer, con el pelo completamente blanco en un corte moderno al más puro estilo

Miranda Priestly. Su *look* de traje de falda y chaqueta entallada era completamente rojo. Todo lo era, en realidad, hasta los complementos que llevaba: tacones, pendientes, el esmalte de sus uñas largas; incluso el carmín.

—¿Cómo ha entrado? —pregunté confundida—. Mi secretaria Betty no...

La mujer se rio.

—No hace falta entrar en detalles.

—¿Perdón? —Alcé una ceja ante su respuesta.

La misteriosa mujer de rojo sonrió e hizo un gesto con las manos algo rebuscado para señalarse.

—Soy Miss Fire, tu cita de hace cinco minutos. —Se presentó atusándose el pelo con un refinado movimiento de cuello—. Habría preferido hacer esto con más sutileza, pero, dada tu tardanza, no me queda más remedio que ir al grano.

¿De dónde había salido aquella mujer?

Iba a preguntarle si necesitaba un vaso de agua, un tranquilizante o quizá tomar el aire, porque, claramente, no estaba muy fina, cuando llegó la bomba.

—¿Sabes quién soy?

Me dedicó una sonrisilla algo chulesca que no me gustó ni un pelo. Aquella mujer me estaba haciendo perder el tiempo y ya tenía claro que no la iba a aceptar como clienta.

—¿Mi menstruación? —no pude evitar soltar en referencia a su aspecto monocolor, dispuesta a despacharla.

Miss Fire hizo un gesto de sorpresa indignada.

—Una broma de muy poco gusto, querida, aunque no tengo nada en contra de nuestra menstruación. Pero no: soy Cupido.

Era mi turno de poner un gesto de incredulidad, pero me mantuve impasible. Años de experiencia ante perfiles de lo más variopintos, supongo. Y en aquel caso puede que estuviera frente a una mujer algo... inestable mentalmente.

—¿Cupido? —repetí, manteniendo la compostura.

—Sí, Cupido: diosa del deseo y la atracción. —Me sonrió encantada, volviendo a juguetear con su corta melena.

Pestañeé algo aturdida, pero reaccioné rápido.

—Cupido, ya —asentí, dirigiéndome a mi escritorio, dispuesta a mandar un mensaje a Betty para avisar de que estuviera atenta por si había que llamar a la policía, aunque no creía que me llevara mucho tiempo deshacerme de ella.

—Sé que no me crees —comenzó a decir Miss Fire—, pero estoy aquí por ti, querida. Lo que dijiste anoche... —Soltó un chasquido de desaprobación.

Definitivamente, la señora había perdido un tornillo. Busqué a tientas el móvil para mandar mi señal de socorro, pero en la mesa solo había varios pétalos de rosa esparcidos, que hice a un lado. ¿Dónde estaba el teléfono? ¿Y por qué había tanto pétalo?

—¿Buscas esto? —preguntó Miss Fire con mi móvil en la mano.

Me saltaron las alarmas y me tensé. Tragué saliva antes de hablar con absoluta calma, sin despegar los ojos de ella.

—Devuélvemelo —exigí—. Te advierto que sé defensa personal y no tardaré ni cinco minutos en reducirte mientras doy el aviso a mi secretaria para que llame a la policía.

La mujer puso los ojos en blanco.

—¡Qué dramática! No será necesario, querida. Solo quiero que me escuches. Y, como acto de buena fe, toma —dijo, tendiéndomelo de

vuelta.

—¿Quién eres? ¿Y por qué está todo lleno de pétalos de rosa?

—No escuchas. Soy Cupido —me repitió como si me faltaran neuronas—. Siempre que aparezco lo hago con mis pétalos...

Me llevé las manos a las sienes. Tenía una consulta en menos de tres horas y aún menos paciencia, no había tiempo para aquellas tonterías.

—¿Esto es una cámara oculta? —pregunté mirando al techo del despacho—. ¿Una broma de Betty? De verdad, no estoy de...

—No es ninguna broma, querida. Soy Cupido y he venido...

—Perdona que te interrumpa, pero ¿Cupido no es un angelote regordete con alas y un arco con flechas? —Elevé una ceja—. Esta broma tiene ciertas lagunas.

Cupido, digo Miss Fire, se ofendió al instante, con un gesto indignado marcado en aquella ceja perfectamente depilada y arqueada casi hasta el infinito.

—Deshazte de esa absurda imagen creada por el patriarcado. Cupido, querida mía, soy yo. Y estoy aquí por tus palabras de anoche con tu amiga Ivy.

—¿Por maldecir el amor?

—¡Por favor! No lo repitas —pidió con un gesto teatrero para silenciarme.

Suspiré.

La mujer estaba totalmente chiflada, pero parecía inofensiva. Seguramente, si le seguía el rollo, podía despacharla y centrarme en mi siguiente reunión. Debía de ser una transeúnte que nos cruzáramos la noche anterior y que hubiera escuchado parte de nuestra conversación. Algo turbio que me hubiera localizado, la

verdad, pero supuse que solo tenía que dejar que soltara su discurso.

—Está bien, toma asiento, por favor, y cuéntame qué puedo hacer por ti. ¿Puedo saber tu nombre de pila?

La mujer sonrió encantada, sentándose, y no me pasó inadvertido que sus tacones eran unos Jimmy Choo. Por lo menos tenía buen gusto. Siendo sincera, todo lo que llevaba puesto era exquisito, aunque demasiado rojo en general. —Rose. Me llamo Rose Fire, aunque me puedes llamar Fire, Cupido...

Conté hasta diez en mi interior.

—Sí, sí. Rose me parece bien.

Quería terminar cuanto antes con aquella conversación de locas.

—Entonces, ¿en qué te puedo ayudar? —insistí, alejan do de manera casi inconsciente otro pétalo de mi escritorio.

—No, aquí la que viene a ayudar soy yo.

No pude evitar fruncir los labios ante su contestación.

«Deja que hable, Anne, que hable y se largue», me recordé.

—Como te decía —continuó—, anoche tuviste unas palabras muy desafortunadas. El Universo te escuchó. Y aquí estoy.

Rose me sonrió ampliamente, guardando silencio para dar más peso a sus palabras y poniendo muy a prueba mi paciencia.

—Aquí estás —asentí. Como no siguió, pinché para que lo hiciera —. ¿Para...?

—Voy a demostrarte que el amor existe, querida —respondió con alegría.

Pirada. Estaba del todo pirada.

—Entiendo. —Me crucé de brazos, gesto de rechazo mundialmente conocido.

Era eso o estallaba.

Rose Fire sonrió ladina.

—Sé que no lo haces, que esa cabecita tuya tan solo está esperando que desaparezca de tu vista porque me estás tomando por una chiflada. —Nunca unas palabras fueron tan ciertas—. Pero, Anne, soy Cupido. Y estás viviendo un momento extraordinario: voy a ayudarte a encontrar el amor.



4

—Betty, por favor, asegúrate de que Miss Fire está atendida hasta que se marche. Tengo que salir ya o voy a llegar tarde a la siguiente reunión... —A continuación, me incliné hacia el escritorio para susurrarle y que Rose no nos escuchara—: Si no sale en cinco minutos, llama a la policía; te doy permiso para tomar medidas.

—Pero... —Betty me miró ceñuda, confundida del todo, pero no podía continuar en la oficina.

Rose me había robado demasiado tiempo ya, así que, sin dar más vueltas al asunto, me despedí con un gesto rápido mientras Betty, todavía bloqueada, me alargaba el bolso.

Solo cuando volví a salir al ajetreo de la calle respiré con tranquilidad.

La situación que acababa de vivir encabezaba el top de personas más extrañas, surrealistas y estrambóticas que se habían cruzado en mi vida laboral.

Había superado al artista que necesitaba tener las yemas de los dedos en constante contacto con pintura y cuyo agente me había contratado para intentar lavar su imagen y convertirlo simplemente en un «maniático pintor con encanto» (sus palabras, no las mías; en cuanto tuve la primera sesión cancelé las siguientes alegando que me había surgido un imprevisto familiar que no me permitiría trabajar lo necesario con él); por no hablar de la *coach* de energía

animal que quería que la ayudara a diseñar toda su imagen corporativa. En cuanto me explicó que ella canalizaba la energía felina y de los dragones, supe que tenía que salir de allí pitando.

Sí, había tenido encuentros peculiares, pero aquellos sujetos habían encabezado la lista hasta que apareció Miss Fire.

Dios, me iba a entrar jaqueca.

Decidí solicitar la recogida del Uber a unas calles del estudio, por si las moscas, no fuera que sufriera otro encontronazo con la Señora de Rojo, e intenté serenarme para mi próxima reunión.

Podía con aquello. Llevaba ya varios años en la industria y mi nombre figuraba junto al de importantes figuras públicas como experta de imagen y marca personal.

No era una profesión especialmente conocida, pero podía asegurar que había nacido para ello, aunque los inicios no habían sido fáciles. No procedía del mundo de la moda ni tenía contactos. Me había criado en Chatham, un pueblecito costero, con mi padre, profesor de literatura, y mi madre, peluquera. Nunca había sido una estudiante de matrícula de honor, pero tenía buenas notas y eso me permitió entrar en la Universidad de Emerson, donde estudié Comunicación estratégica sin saber muy bien adónde quería dirigir mi especialidad. ¿Marketing? ¿Artes?

Sin embargo, en segundo año empezó a llamarme la atención la psicología, me atraía todo lo relacionado con la percepción, la semiótica visual y la construcción de personajes públicos. Al terminar la carrera, hice cursos sueltos de moda, diseño gráfico e incluso de interpretación, sin saber muy bien adónde me llevaría todo aquello.

A los veintidós comencé a trabajar ayudando a colegas y conocidos a preparar sus currículums, perfiles de LinkedIn e incluso

las entrevistas de trabajo, asesorándolos sobre cómo hablar, cómo vestir, qué proyectar... Pero fue dos años después cuando comenzó todo. En aquel momento estaba tomando un curso de organización de eventos y protocolo, y me apuntaba a todo como voluntaria. En uno de esos encuentros, uno de *networking* para mujeres en el ámbito *biotech*, una de las doctoras que daba una charla tuvo un problema demasiado habitual: una entrevista televisiva muy mal enfocada por el entrevistador. Me pareció injustísimo y me ofrecí a ayudarla para que su imagen pública no se viera afectada.

Tuve la suerte de que la doctora aceptara la consulta gratuita, y el resto vino solo. Por el buen trabajo, el boca oreja fue inmediato y mi agenda se fue llenando hasta llegar al punto en el que me encontraba. Pero, aunque mis honorarios oscilaran entre los 250 y los 500 dólares por hora, o precisamente por eso, en ocasiones me topaba con perfiles un tanto... *peculiares*, como el de Rose Fire.

Al fin y al cabo, si algo había aprendido era que con el dinero se podían comprar muchos lujos, pero no criterio. Y mucho menos estabilidad emocional.

De camino por fin a mi siguiente cita, rumbo al distrito financiero, decidí aparcar a un lado a Miss Fire y todo lo que tuviera que ver con ella. Estaba segura de que no volvería a verla.

Aprovechando aquellos minutos de pausa, saqué el móvil y le mandé un mensaje a Ivy para ver cómo se encontraba.



Los siguientes días pasaron sin ningún acontecimiento remarcable; había conseguido que Rose Fire quedara como una clienta peculiar a

la que recurriría cuando quisiera contar alguna anécdota divertida. Supuse que Betty le había pasado mis honorarios y la mujer había decidido que no necesitaba ayudarme tanto.

Las tardes después del trabajo habían estado repletas de salidas con Ivy para echarle una mano con los proveedores de la boda. Por fin había conseguido convencerla de que Tom se encargara de algunas facturas que, por cancelar con menos de seis meses de anticipación, la *wedding planner* no había logrado negociar para evitar las multas correspondientes. También la había obligado a quedar con varios de nuestros amigos para cenar y pasar un rato agradable sacándola de su casa, porque justo ahí era donde mi mejor amiga pensaba atrincherarse con toneladas de helado.

En fin, la normalidad había vuelto a asentarse en mi vida, o eso era lo que creía hasta aquel martes en el que mi nueva *realidad* reapareció por todo lo alto.

Después de mi sesión de entrenamiento con Rachel, salí del apartamento café en mano con una llamada entrante.

—Buenos días, cielo —saludó Betty mientras terminaba de ponerme los cascos y me cruzaba con mi vecino del segundo y un adorable *shiba inu*.

Le saludé con una rápida sonrisa que él me devolvió mientras llamaba la atención de su perro para que entrara en el apartamento, y me centré en la conversación que Betty había decidido mantener ella sola.

—¿Te parece bien?

—Si me parece bien, ¿qué? —pregunté, y di un sorbo a mi café ya en la calle.

—La secretaria del señor Calder me ha llamado para decirme que le han cancelado algunas reuniones y podía adelantar la tuya. Sabiendo que no tenías nada, he aceptado.

Me detuve y me puse a rebuscar en el bolso para encontrar mi agenda.

—¿A cuándo la has adelantado? —pregunté tirando al suelo un pétalo de rosa que debía de haberse colado tras la visita de la tal Miss Fire.

¿Cómo había aguantado tan fresco durante tanto tiempo cuando a mí se me marchitaban los tulipanes a los diez minutos de comprarlos? No lo entendía, pero la respuesta de Betty me trajo de vuelta.

—Dentro de cuarenta minutos.

—¿Qué? ¡Betty! —la regañé girando en redondo para ir al garaje y coger el coche.

—Lo sé, lo sé. Pero pensé que sería lo mejor. Este va a ser el primer verano que cogerás varias semanas de vacaciones desde hace años, y llevas tanto sin descansar... Adelantando la reunión terminas antes. Ahora que estás haciendo tantos planes con Ivy, puedes tener la tarde libre para iros de compras o al cine.

Su explicación me hizo suspirar.

—Betty, es mi primera reunión con él, esperaba poder repasar su perfil con calma...

—Anne, te sabes su perfil de memoria, por favor. Deja de exigirte tanto.

Murmuré una maldición sabiendo que a veces le permitía a Betty demasiadas libertades, pero terminé la llamada amenazando con echarla si volvía a hacerme otra así y ganándome como respuesta

una carcajada. Me tenía demasiado bien calada. Sabía que no podía sobrevivir sin ella y que, además, una de las cosas que más me gustaban de ella era esa capacidad para hacerme ver cuándo tenía que frenar.

Así que no me quedó más remedio que ponerme en modo trabajo. Me subí al coche en dirección a las oficinas de Synaptica, empresa de biotecnología dedicada a la tecnología cerebral aplicada al bienestar. ¿Qué significaba aquello? Ni idea, pero con quien me iba a reunir era con su CEO, Ethan Calder.

Cuando llegué por fin a Kendall Square, no tardé en localizar el edificio alto y moderno de la empresa de mi cliente y, tras indicar mi nombre, me dieron acceso al parking privado. Seguí las indicaciones del segurata de la garita y me dirigí al ascensor que me llevaba directa a la planta de Synaptica.

En cuanto la puerta del ascensor se abrió, descubrí que era como me lo había imaginado: minimalista, sin personalidad y con una pantalla gigante con el nombre de la empresa. Había un mostrador enorme donde una chica rubia de unos veinte años tecleaba mirando con clara desgana la pantalla de ordenador.

Me acerqué a ella para decirle mi nombre y con quién tenía la reunión, y con voz monocorde, tras echarle un vistazo de nuevo al portátil, me indicó que fuera al pasillo del fondo, donde me encontraría con la secretaria del señor Calder.

Mientras me dirigía hacia allí, contemplé la luz que entraba a raudales por todas partes. Estábamos en una de las plantas más altas, con grandes ventanales, y todas las paredes eran cristaleras a modo de pecera, salvo los despachos del fondo, que parecían más importantes. Había varios trabajadores enfrascados en sus

respectivos monitores, incluso algunas salas con varias reuniones donde probablemente se debatían temas que me sonarían igual que si me hablaran en cualquier lengua muerta.

Como me había prometido la chica, encontré una nueva salita, donde otra joven, también rubia, me recibió, esta con una actitud mucho más llevadera.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle ?

—Buenos días, soy Anne Prescott. Tenía una reunión con...

—¡Por supuesto! Su secretaria es un encanto —me interrumpió, y yo le dediqué una sonrisa educada—. El señor Calder la recibirá ahora mismo; es la puerta a mis espaldas, puede pasar.

—Gracias —asentí, alejándome del mostrador hacia el despacho.

Era nuestro primer encuentro, y si algo sabía era que la primera impresión resultaba fundamental, en especial para tipos como él.

Fui a abrir la puerta del despacho tras llamar con determinación al escuchar que la secretaria me anunciaba cuando un fortísimo aroma a rosas me invadió las fosas nasales.

¿Qué...?

Una alarma se disparó en mi subconsciente y, mientras abría la puerta, no pude evitar echar un vistazo por encima del hombro.

Tenía que ser una broma.

Rose Fire, la maldita Rose Fire, me saludaba con un gesto coqueto al final del pasillo.

—¿Qué demonios...? —murmuré para mí, pero ya estaba entrando en el despacho, no podía cerrar y enfrentarme a aquella chalada, así que ya lidiaría con ella cuando...

¡Zas!

Caí sobre el suelo de manera estrepitosa, mi bolso y mi libreta de anotaciones volaron sobre mi cabeza.

¡MIERDA!

Nunca había sido una persona que dijera muchas palabrotas, aunque desde que había conocido a Miss Fire, parecía que no paraba de soltarlas, aunque fuera en mi cabeza.

—Señorita Kavanagh, ¿está bien? —oí que preguntaba una voz profunda.

Pestañeé levantando la mirada hacia un hombre de unos cuarenta años, trajeado y de actitud regia, que se aproximaba a mí con un semblante serio tras salir de detrás de su escritorio.

—Prescott —corregí levantándome antes de que llegara hasta mí.

¿Kavanagh? ¿De qué me sonaba ese apellido? ¿Era la secretaria? Aunque no se había presentado ni tenía una identificación.

Mi cliente, un hombre de casi dos metros que parecía un armario empotrado, me estudió con sus ojos azules y un rostro de facciones perfectas (tanto que supuse que habría pasado por quirófano, porque nadie era tan guapo sin ayuda).

—¿No eres la estudiante que viene a hacerme una entrevista para la revista de la universidad?

Arqueé ambas cejas. ¿Qué?

—No —negué—. Soy Anne Prescott.

—¿La experta en imagen y marca personal? —El deje con el que soltó la pregunta habló por sí mismo, por no señalar la forma en la que me recorrió entera de la cabeza a los pies.

Si pretendía hacerme sentir incómoda, se había topado con el perfil equivocado.

—La misma, y empezamos cuando quiera. Le recuerdo que comienzo a facturar desde el mismo instante en que cruzo la puerta.

«Con o sin caída», quise añadir.

—Entendido. —Me dedicó una sonrisa fría. Mi respuesta no le había gustado un pelo—. Puede tomar asiento.

Sin esperar respuesta por mi parte, se giró para dirigirse a su mesa, y yo me dediqué a observar el amplio despacho. En un simple vistazo se veía todo: era sobrio, minimalista, impersonal, pero exudaba poder; o quizá él propiciaba esa atmósfera.

Seguí sus pasos para sentarme en una de las sillas frente a su escritorio, simulando tener la situación controlada a pesar de la nefasta entrada y la extraña sensación de *déjà vu* que no dejaba de rondarme la cabeza. Algo me resultaba familiar... y no sabía qué.

¿Había visto a aquel hombre antes? Imposible. ¿La empresa? Tampoco.

Me senté con mi libreta, pero, cuando me dispuse a sacar la pluma, no la encontré. ¿Se había caído también del bolso?

Dios, estaba dando una imagen funesta.

—Si lo necesita, puede coger uno —soltó Calder adivinando mi problema y señalando con un gesto de la cabeza una fila de lápices perfectamente colocados sobre la mesa.

Cuando me incliné a por uno y, de pronto, sentí la urgente necesidad de mordisquearlo, mi mente hizo clic.

Un absoluto y sorprendente clic.

¿Acababa de vivir de manera literal el primer encuentro de los protagonistas de *Cincuenta sombras de Grey*?

¿Cómo...? ¿¡Qué!? Estaba alucinando. No podía..., era imposible. Solo eran coincidencias..., ¿verdad?

Solté el lápiz e, intentando que el nerviosismo no se me notara, me obligué a preguntarle el motivo por el que había decidido contratar mis servicios.

—Estoy al cargo de una de las empresas más importantes del sector y todos los ojos están puestos en mí.

«Bien. Narcisista», comencé a clasificarlo, tratando de centrarme y dejar de lado la loca e irrisoria idea de que acababa de recrearse la escena de una película.

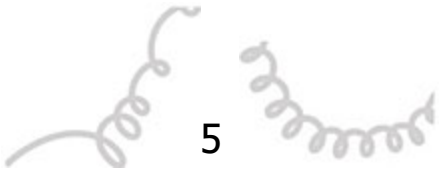
—Eso ha conllevado algunos... problemas —continuó Calder.

—¿Problemas? —me interesé, abriendo la libreta para tomar notas.

Entonces volví a quedarme congelada al descubrir un puñetero pétalo entre sus hojas, y un olor al que estaba empezando a cogerle auténtica repulsión me puso en alerta. Rosas. Rosas frescas.

—Querida, deja de mirar el pétalo así y presta atención a este bombón.

Levanté la mirada para descubrir a Rose Fire sentada de manera casual sobre el escritorio de Ethan Calder, quien, absorto, me contaba sus problemas, esos a los que tendría que estar prestando atención en lugar de alucinar con aquella aparición. Porque estaba claro que a Miss Fire, *aka* Cupido, solo la podía ver yo.



5

—Cierra la boca, cariño. No estás loca. Te lo prometo —oí que decía Rose mientras yo boqueaba.

Oh, Dios. Me había vuelto loca.

Eso o me había golpeado seriamente en la cabeza.

¿Tan grave había sido la caída?

—¿Señorita Prescott? —La voz masculina del señor Calder llamó mi atención y unos ojos azules me capturaron.

Oh, mierda.

Calder. Mi cliente.

Me miraba extrañado, y no era para menos.

En su discurso para explicarme la problemática de sacarse el miembro delante de una trabajadora en una fiesta privada, y de que los pillaran (y fotografiaran), a pesar del interés por ambas partes, había terminado levantándose y dirigiéndose a la enorme cristalera del edificio para poner distancia mientras me relataba aquella peliaguda situación. Habría impedido aquel gesto si hubiera estado atenta, porque me estaba dando la espalda y no podía estudiar su lenguaje corporal.

Pero, claro, estaba flipando.

Alucinando.

O como se denominara a aquel estado mental en el que me veía envuelta.

Oh, Dios.

¿Y si acababa hablando con las señales de tráfico? ¿O gritando a la nada mientras la gente me miraba por la calle?

—Deja de aparentar que te va a dar un aneurisma y pide un vaso de agua. Está empezando a sospechar.

Dirigí la mirada hacia Cupid... Rose, ¡como demonios se llamara!

La mujer de rojo frunció el ceño poniendo los brazos en jarras tras levantarse del escritorio.

—Pide un vaso de agua. Hazme caso.

¿Qué narices...?

El atuendo de Miss Fire seguía siendo completamente rojo, pero en aquella ocasión llevaba un vestido entallado. ¿Las alucinaciones cambiaban de atuendo?

—Señorita Prescott... —comenzó a hablar Calder, pero le interrumpí despegando la mirada de Rose o lo que él percibiría como un punto de su oficina.

—Un vaso de agua —solté a bocajarro.

—¿Perdón? —contestó el CEO, al que parecía haber pillado por sorpresa de nuevo.

—¿Podría pedir un vaso de agua? —reformulé la pregunta sonriendo de manera educada.

Algo estaba claro, y era que mi alucinación no podía cargarse la reunión.

Ethan Calder asintió todavía con un gesto de sospecha en su masculino rostro, que evidenciaba el desastre que estaba siendo aquella reunión y que tenía que reconducir si no quería echar a perder ya no solo el trabajo, sino mi reputación.

—Marianne —dijo Calder sin despegar los ojos de mí en una penetrante mirada mientras pulsaba un botón de su escritorio—, ¿puedes traer agua para la señorita Prescott?

—Por supuesto —se oyó la voz de su secretaria.

Obviamente tenía el despacho domotizado.

—Bien —hablé, volviendo a abrir mi libreta, tomando las riendas de la situación y evitando mirar en la dirección en la que la mujer enfundada en un vestido completamente rojo inspeccionaba la estancia—. Entiendo que el escenario efectivamente requiere...

—Señorita Prescott —intervino Calder, interrumpiéndome ahora él —. ¿Por qué debería proseguir con sus servicios? La veo un tanto... ¿desubicada?

Un segundo, eso es lo que tardé en procesar tal puñalada verbal. Luego actué.

Arqueé una ceja, sonriente, y levanté el mentón en un movimiento sutil.

Podía estar loca, pero sabía muy bien lo que hacía, por no hablar de que había tratado con centenas de perfiles como el de aquel hombre, que se creían que el mundo bebía de la palma de su mano.

Me incorporé mientras cerraba la libreta.

—Entiendo que vea comprometido su buen juicio por mi entrada en su despacho —utilicé el tono justo para que pudiera entreverse la ironía en mi afirmación.

—Uf, eres dura —oí que comentaba Rose, sentándose sobre el escritorio de nuevo.

No desvié mi mirada de la del CEO.

—Así que podemos rescindir nuestro contrato sin ningún impedimento. Y, como gesto de buena fe, le aconsejo que, aunque

el material visual comprometedor todavía esté solo en manos del personal de la empresa, no lo subestime. Además, haber reubicado a la señorita Brown —dejé atisbar otra sonrisa ladeada— no va a mitigar la situación. Una que, si me pregunta, puede ser una bomba de relojería. Pero estoy segura de que conseguirá mantener todo bajo control —volví a sonreír—. Suerte, señor Calder; no tiene ante usted una historia de escándalo, sino una gran oportunidad de liderazgo.

Oí un entusiasmado aplauso y supe que era Miss Fire, pero, haciendo gala de mis cursos de interpretación, dirigí un asentimiento firme hacia Calder y agarré el asa de mi bolso, dispuesta a salir del despacho, aunque con la convicción de que Ethan no me dejaría hacerlo.

En mi simple discurso le había revelado que sabía mucho más de lo que me había contado, y eso solo podía significar que era buena. ¿Cómo si no una persona completamente ajena a la organización podía haber recabado tanta información?

Ni siquiera había dado un tercer paso cuando el CEO me llamó.

—Espere, Anne. Espere.

Oculté mi sonrisa de triunfo antes de volverme de nuevo hacia él.



Dos horas después, por fin abandoné el despacho tras haber reconducido la situación y concretado los pasos futuros: tras la reunión con RR. HH., se había fijado un encuentro a puerta cerrada con los directivos de la empresa, además de haberse preparado el mensaje que llegaría a todos los empleados para recordar la política

interna de privacidad y las consecuencias legales de grabar y compartir contenido privado de terceros sin consentimiento.

Aquellas simples medidas disuadirían a cualquiera que pudiera tener acceso al contenido comprometido y evitarían que se filtrara de manera externa, lo que pondría fin al cotilleo. Aunque todavía quedaba mucho por hacer, no me quitaba el sueño.

Mi preocupación giraba en torno a otro tema que no dejó de martillearme la cabeza desde que salí del despacho y me dirigí al dichoso ascensor para volver al parking.

—Querida, déjame decirte que has estado espectacular. Qué profesionalidad —parloteó animada Rose, que durante las dos horas de reunión se había dedicado a hojear lo que parecía una revista y a salir y entrar en el despacho poniendo a prueba mi concentración.

—Desaparece. Vete —dije, más para mí que otra cosa.

¿Debía pedir cita con el neurólogo? ¿O quizá directamente con el psiquiatra?

—Lo haré. Cuando te enamores.

Bufé en aquel diminuto espacio. Por suerte, no había nadie más.

—Por Dios. ¿Qué es esto? ¿Es por el golpe? ¿Eres real? —di un paso hacia ella, dispuesta a tocarla o descubrir si la atravesaba, pero, sí, mi dedo chocó con su brazo.

—Deberías aceptarlo ya y centrarte en temas más interesantes, como lo guapetón que es el señor Calder. Además de rico y...

Rose me dedicó una sonrisa juguetona y yo me llevé las manos a las sienes. Aquella situación no podía dominarme. No hasta que tuviera un diagnóstico y un tratamiento. Visto de esa manera, no me quedaba otra que aparentar que Miss Fire, que seguía parloteando sobre lo atractivo que era Ethan Calder, era real.

—No mantengo ningún tipo de relación con mis clientes fuera de lo estrictamente laboral.

Rose puso los ojos en blanco ante mi declaración, y justo las puertas del ascensor se abrieron.

—Es política de la empresa —insistí saliendo a toda prisa de aquellas cuatro paredes.

—Tú eres tu propia empresa, así que creo que puedes cambiar esas políticas, cielo —añadió Rose, caminando detrás de mí, con sus tacones retumbando en el silencioso parking.

—Ni siquiera es mi tipo, por favor. Es un narcisista de manual —continué asegurándome de que nadie me viera parloteando sola, aunque siempre podía simular estar en una llamada.

¿Dónde estaban mis cascos? Rebusqué en el bolso.

—Vamos, querida. Es una máscara, seguro que tiene mucho que contar. Un Christian Grey de manual.

Al decir aquellas palabras, me detuve de golpe, girándome hacia ella y recordando mi terrible entrada en el despacho.

—Así que no ha sido casualidad. Esa copia barata del inicio de la película...

—Oye, bonita, de copia barata nada —me contestó indignada, cruzándose de brazos.

—Perdonen, ¿necesitan ayuda? —Una voz masculina intervino.

Ambas nos giramos en su dirección para descubrir a un hombre de seguridad que nos estudiaba.

Abrí la boca, pero Rose fue más rápida.

—No, disculpa. Ya nos vamos hacia el coche.

Y, sin permitirme añadir nada más, enroscó el brazo con el mío y me obligó a andar hacia donde tenía aparcado el coche.

Aquel mínimo intercambio de palabras me hizo darme cuenta de un detalle pequeño pero revelador:

—Te ha visto —conseguí decir.

—Por supuesto que me ha visto. Porque soy real y porque he permitido que me viera —explicó Rose cuando llegamos al vehículo, e hizo un gesto para que lo abriera—. Eres demasiado cabezota, querida, y veía que, o te demostraba que sí, que soy real, o íbamos a perder un tiempo demasiado valioso hasta que abrieras los ojos.

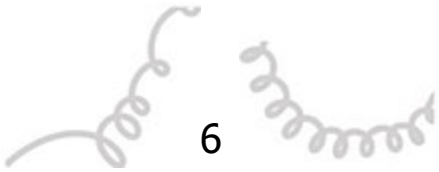
—Pero..., pero... —balbuceé volviendo a girarme hacia el segurata que todavía nos observaba a lo lejos.

—Tenga un buen día, querido —habló con entusiasmo Rose, despidiéndose de él con un gesto que el hombre imitó.

Abrí los ojos como platos.

—Eres real —repetí de nuevo, como ida.

—Venga, abre el coche y volvamos a casa. Tengo ganas de un buen *cappuccino*. En el trayecto puedes aprovechar y hacerme todas las preguntas que quieras para entender esto en lo que estamos metidas tú y yo.



6

—Entonces, lo de *Cincuenta sombras de Grey*... ¿Ha sido cosa tuya?

Fue lo primero que se me ocurrió preguntar de aquella marabunta de ideas que se agolpaban en mi mente para encontrar un sentido a todo lo que estaba pasando.

—¿Nunca te han dicho que te pareces a Dakota Johnson?

Me giré hacia ella un segundo mientras me reincorporaba al tráfico de la ciudad.

—¿En serio? ¿Y por eso decides recrear...?

—A ver, el perfil de él también lo pedía a gritos. Guapetón, CEO... Solo he jugueteado un poco, nada más. Te prometo que al señor Calder no le va a dar por querer meterte tapones anales.

Si hubiera estado bebiendo algo, habría escupido todo el contenido, pero, como estaba conduciendo, tan solo pude agarrar con fuerza el volante, con gesto de espanto.

—¿O tal vez sí? —dejó caer Rose, como tanteando si sería algo a lo que estaría más que dispuesta.

—¡No! —respondí enseguida completamente escandalizada.

—Mujer, tranquila. El sexo va de la mano del amor, y cada una tiene el derecho de que le gusten las prácticas que le gusten. No voy a juzgarte. De todas formas, y para tu disfrute, te diré que ese hombretón sí que tiene pinta de soltar algún azote —dijo golpeándome la rodilla en un gesto juguetón.

—No doy crédito a esta conversación... —murmuré para mí mientras la supuesta Cupido se carcajeaba de mi turbación.

—Estoy bromeando. Puedes estar tranquila, el señor Calder y tú... —negó con un chasquido de su lengua—, digamos que no habéis hecho *macth*.

—Pero ¿cómo funciona esto? ¿Eres como algún tipo de aplicación de ligues?

Noté que Rose se tensaba.

—¿*Perdona*? ¿Una aplicación de ligues? —repitió claramente ofendida—. Soy Cupido. Cu-pi-do. Ni se te ocurra compararme con esas cutreces. Ya te aseguro que mi intervención tiene una tasa de éxito del cien por cien.

Estaba comenzando a dolerme la cabeza. Aquello era real. Me estaba sucediendo. A mí.

Dar más y más vueltas sobre si lo que me estaba sucediendo tenía algún sentido era ya una pérdida de tiempo. Tenía que ser práctica.

—Entonces, ¿vas a estar conmigo hasta...? —quise asegurarme.

—Hasta que te enamores, por supuesto.

Suspiré.

—Rose..., creo que no has sabido escoger bien a tu ¿*clienta*?, ¿*proyecto*? —La miré de reojo sin saber muy bien cómo definirme mientras seguíamos recorriendo el tráfico de la ciudad.

—Elegida —respondió.

—Elegida, vale. En fin, yo no... —titubeé, porque, claro, Rose en teoría era Cupido.

A ver cómo decía la siguiente afirmación sin ofenderla. Otra vez.

—¿No crees en el amor? —ayudó, pillándome por sorpresa—. Ya lo sé, cielo, por eso estoy aquí. Por eso y por esa maldición que

soltaste. Una no puede ir por ahí maldiciendo el amor y esperar que no haya represalias. Y déjame decirte que debes sentirte afortunada. A otras personas que han cometido actos similares se las ha castigado con una triste vida solitaria. Sin embargo, creo que contigo va a ser mucho más divertido hacer que te tragues tus palabras y verte locamente enamorada.

Contuve una mueca, pero sí. Definitivamente, me dolía la cabeza.

De pronto recibí una llamada en mi teléfono personal. La consola del coche anunció que era Ivy.

—Perdona, tengo que responder —dije mientras Rose asentía con una sonrisa.

Acepté la llamada al momento, agradecida por la interrupción.

—¡Hola! Estoy en tu oficina y Betty me ha dicho que no estabas, pero que seguro que ya habías terminado, así que aquí me tienes, probando suerte.

Ivy había soltado todo a bocajarro, sinónimo de que cada vez volvía a ser más ella y menos esa versión apagada por culpa de Tom.

—Hola —respondí—. Sí, justo estaba volviendo a casa, pero, si quieres, podemos vernos en Nero y tomamos un café —propuse al recordar que Rose me había dicho que le apetecía tomar un *cappuccino*.

Nero era una cafetería que se encontraba al lado de mi despacho, donde Betty y yo desayunábamos a menudo y en la que Ivy y yo terminábamos los días soleados cuando venía a verme.

—Genial —canturreó mi amiga—. Te espero mientras me pongo al día con Betty.

—Por cierto —advertí—, iré acompañada por una nueva clienta...

Era la única forma de justificar la presencia de Rose. No pensaba decirle nada de aquella locura a Ivy, en especial porque, bueno, ella todavía tenía el corazón roto por el idiota de Tom.

—Perfecto. Ahora nos vemos. Y, sin dejarme añadir nada más, colgó.



Durante el poco trayecto que nos quedó, conseguí sacar en claro varias cosas con Rose. La primera, que su objetivo era demostrarme que el amor existía y lo iba a hacer ayudándome a encontrar al hombre perfecto. Porque, sí, según doña Cupido había una persona especial para cada uno.

Sus intervenciones no podían cambiar el libre albedrío, tan solo hacer pequeñas mediaciones, como lo que había hecho con Calder y la reunión: provocar que el tacón de mi sandalia chocara con una línea invisible para que tropezase, hacer que la reunión anterior *casualmente* cancelada fuera de la imaginaria mejor amiga del personaje protagonista de la novela de E. L. James, por no hablar de la colocación de los lápices, el conveniente extravío de mi pluma y la estúpida necesidad de querer mordisquear el lapicero. Pinceladas para emular el primer encuentro de los protagonistas de la película. Desconocía si en el libro era igual, solo había visto la primera cinta.

Tales confesiones conllevaron una discusión con Rose, en la que acabé regañándola. No podía tomarse esas libertades. Por su culpa podría haber perdido el trabajo, y Carter era un cliente con un perfil importante.

Así que llegué cabreada a la cafetería, tecleando un rápido mensaje a mi mejor amiga para avisarla de que había llegado y sin poder creerme que durante todos estos siglos nadie hubiera advertido que Cupido no era un angelote encantador, sino una tía *fashion-victim* con muy mal carácter en cuanto la cuestionabas y una loca apasionada del romanticismo más absurdo.

Dios, aquello iba a ser una pesadilla. Pero esperaba que Rose perdiera el interés en cuanto viera que sus intentos caerían en saco roto.

—¿Un *latte*? —me recibió Ivy, adivinando mi cabreo en cuanto me vio cruzando la cafetería. Asentí haciéndole un gesto de cabeza para indicarle que la acompañaba a pedir—. ¿Ha ido mal la reunión?

—Día intenso, nada más. En fin. Ivy, te presento a Rose... —Me giré para presentarlas, pero no había rastro de Cupido.

—¿Se ha ido sin despedirse? —preguntó Ivy, con gesto entre divertido y de sorpresa.

—Mira, da igual. Mejor. Es algo intensa. Vamos a pedir.

Nos dirigimos a la fila de clientes que esperaban para ser atendidos y Addison, la gerente de la cafetería, nos saludó cuando nos vio llegar.

—¿Qué tal, chicas? —preguntó mientras le tendía el pedido al cliente al que acaba de cobrar.

—Por aquí, cabreadas —dijo Ivy guiñándome un ojo.

Addison soltó una carcajada.

—No quiero preguntar, pero estoy segura de que tenías razón, Anne.

Sonreí a mi pesar.

—Gracias.

—¿Lo de siempre, chicas? —preguntó Catherine, una de las baristas.

Llevábamos ya tantos años yendo allí que todo el equipo nos conocía.

Bueno, todos no.

—Por cierto, os presento a Chad —dijo Addison—. Nuestra nueva incorporación. Kelly ha tenido que cogerse una baja por un esguince de tobillo, y aquí tenemos a nuestro chico nuevo.

Addison obligó al supuesto Chad a girarse para presentarnos.

—Chad, estas son nuestras chicas. Nuestras mejores clientas. —Ivy rio encantada mientras yo dedicaba un asentimiento educado al barista.

De pelo alborotado y rizado, nos sonrió ampliamente mostrando sus hoyuelos, y al empujarse las gafas redondas por el puente de la nariz, descubrimos sus manos tatuadas.

—Hola, chicas, encantado —nos saludó, aunque no despegó los ojos caramelo de mí.

Debía de tener unos veinticinco, o quizá tenía nuestra edad, pero en tal caso era de esas personas que parecían más jóvenes.

Addison comenzó a explicarle cómo tomábamos el café. Yo era de costumbres ancladas. En casa me tomaba un café solo, pero el segundo café del día o los siguientes siempre eran *latte*.

Y mientras Ivy seleccionaba una galleta para acompañar su bebida, me llegó otra vez ese maldito olor a rosas.

—Aquí tienes tu *latte* —dijo Chad, y me topé con sus ojos caramelo, que me sonreían de manera encantadora, tendiéndome mi vaso para llevar.

Cuando lo recogí y pasé el móvil por el datáfono para pagar, me di cuenta de que había dibujado un corazón con la leche y que, enganchado en la funda de cartón para proteger del calor de la bebida las yemas de los dedos, había un pétalo rojo.

Un pétalo de rosa.

—Por favor, mírale qué detallista. Te ha dibujado un corazón.

Las palabras de Miss Fire me sobresaltaron porque había aparecido de la absoluta nada justo a mi lado.

—¡Dios! —pegué un chillido ridículo y asusté al pobre chico.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, con el ceño fruncido sobre aquellas gafas de pasta que le quedaban tan bien.

No necesité ninguna confirmación por parte de nadie para saber que, de nuevo, Cupido no era visible.

—Perdón, me he... tropezado —me excusé, dedicándole un gesto apurado.

En cuanto se dio la vuelta, enseguida fulminé con la mirada a Rose, que me sonrió ladina.

—Sí, vaya una mañana de tropiezos llevas —tuvo la poca vergüenza de soltar.

Respiré hondo y, siguiendo los pasos de Ivy, que, ajena a todo lo que estaba sucediendo, se había decantado por uno de los asientos al final de la pequeña cafetería, evité por todos los medios mirar al nuevo barista.

No hacía falta ser un genio para saber que era el nuevo candidato de Cupido.

—Oh, mira, tienes una nota en el cartón —señaló Ivy en cuanto nos sentamos.

—No me digas —contesté con voz monocorde y completamente tiesa.

—Por favor, mujer —me regañó la invisible Rose, sentándose en el asiento de al lado—, relájate y disfruta del cortejo.

—Creo que necesito un kilo de aspirinas —murmuré, llevándome la mano a la sien a la vez que Ivy miraba mi vaso desechable para poder leer la nota.

—«Si sonríes al leer esto, te invito al próximo». Oh... —Ivy hizo un gesto abominable—, ¡qué tierno!

Hizo el amago de girarse con una sonrisa amplia, pero la sujeté de la mano apretando más de lo necesario.

—¡Quieta ahí!

—¿Qué...? —me miró confundida.

—Ni se te ocurra decirle que he sonreído porque no lo he hecho y *no* —enfaticé—. No me interesa.

Ivy suspiró derrotada.

—Siempre me olvido de lo petarda que eres...

—Creo que esta chica y yo nos vamos a llevar bien —soltó Rose mientras removía un café; a saber de dónde lo había sacado.

—¿Me puedes decir qué hay de malo en que ese tío te invite al próximo café? Es bien mono —continuó mi amiga, ajena a mi drama personal.

—Por favor, no puedo liarme con el barista de mi cafetería —contesté con un deje de sorpresa—. Sería superincómodo. Imagínate: ya no podría volver, y aprecio mucho más el café que al tal Chad.

—Lo que hay que oír —se quejó Cupido.

—Eres una aguafiestas. Como dice mi madre: Dios da pan a quien no tiene dientes. Por lo menos podrías solidarizarte con tu mejor amiga y dejarla fantasear a través de tus vivencias —me regañó Ivy.

La ignoré cogiendo su cucharilla para remover el café y borrando el corazón con demasiado entusiasmo.

Justo en ese instante, levanté la mirada y me topé con la de Chad, a quien no parecía habérsele pasado por alto el gesto y se llevó las manos al corazón, simulando estar herido.

Ivy y Rose rieron encantadas.

Yo lamenté el momento en que decidí soltar ningún pensamiento terrible contra el amor.

Desde luego, no pensaba volver a maldecir contra nada nunca más.



7

Ya hacía semanas que uno de mis lugares de descanso favoritos, la cafetería Nero, estaba contaminado por la brillantez de Cupido.

Chad había descubierto que Betty era mi secretaria y los mensajes y dibujos de mi café no se detuvieron ni cuando ella me los traía.

A Ivy le parecía tan especial y divertido que había comenzado a coleccionarlos. Decía que podían venirle bien para alguna intervención artística de su madre, o como recuerdo. Estaba convencida de que era tan mono que yo terminaría cayendo en sus redes. Y ella sería la que enseñaría a sus sobrinos (nuestros hijos) esos primeros acercamientos.

Sin comentarios por mi parte.

En la colección teníamos mensajes de lo más variado. Los que de verdad podían llegar a sacarme una sonrisa: «Mejor que Tinder, este café tiene mi teléfono»; los que lo intentaban, pero se quedaban a medio gas: «El café es fuerte, pero no tanto como tú»; hasta los que directamente eran cutres: «Si te gusta el café y las personas como él, tenemos química» o «Café para ti. Curiosidad para mí. Llámame».

En fin, lo que había que concederle era el don de la persistencia; no cejaba en su intento por llamar mi atención, y no llegaba a ser *creepy* porque no iba más allá de dibujarme corazones y dedicarme cafés con sus frases *románticas.*

Aquel día había sido relativamente tranquilo y, en vista del buen tiempo, había decidido salir a cenar con Ivy y algunos amigos.

Estaba animada. Cupido llevaba algunos días dejándome tranquila sin ninguna aparición o muestra repentina de pétalos que me pusiera en una situación comprometida, como aquel repartidor que, tras entregar un paquete en mi oficina, tuvo la osadía de escribirme un mensaje al móvil diciéndome que era italiano, que llevaba cuatro años viviendo en Boston y que se había quedado prendado de mi belleza.

Mi contestación fue breve, concisa y efectiva: como volviera a recibir un mísero mensaje más, iba a denunciarle por uso indebido de datos personales y conducta inapropiada. Lo entendí todo cuando saqué del embalaje el pedido de mi nuevo conjunto para pilates y comenzaron a caer pétalos de rosa. Aquel pobre solo había sido manipulado por Miss Fire.

Por suerte, sin contar aquel episodio breve pero peculiar, todo había estado en relativa calma. El caso con Ethan Calder iba tan bien encaminado que ya tenía invitación para una de sus próximas fiestas después del verano, algo que sabía que era beneficioso para conocer más clientes potenciales. Además, al día siguiente comenzaba mi último caso antes de las vacaciones, uno sencillito y rápido que me permitiría dejarlo todo cerrado antes de tomarme julio con calma (o eso me había obligado a mí misma a hacer, aunque no me fuera de Boston todo el mes) y darle un descanso más que merecido a Betty.

Así que, tras la cena en MIDA, un restaurante italiano que se encontraba solo a diez minutos de mi casa, decidí volver caminando, haciendo honor a mi nuevo y relajado estado de paz mental. La noche era tranquila, relativamente fresca para los días calurosos que

estábamos pasando y, al haberme decantado por unas sandalias sin tacón, me había parecido una buena idea. Eso fue, claro, hasta que vi el revuelo que había en el portal de casa.

—Es una vergüenza y una desfachatez —me llegaron las palabras del señor Davies, el propietario del bajo de mi edificio.

Su mujer, la señora Davies, asintió moviendo los rizos blancos de su corta melena. El matrimonio, que debía de rondar los ochenta años, llevaba por lo menos treinta viviendo allí.

Por sus expresiones y la compañía de otros vecinos, supuse que algo sucedía con la fiesta residencial que se organizaba todos los años en el jardín privado de la comunidad. Y como lo último que me apetecía era descubrir qué tontería estaba quitándoles el sueño a un grupo de jubilados, barajé la idea de dar media vuelta y escabullirme, pero no tuve suerte, la señora Davies ya me había localizado.

—Oh, Anne ha llegado. Cielo, no te puedes imaginar lo que ha sucedido.

Ante sus palabras, me detuve en medio giro y disimulé haciendo que me agachaba a recoger algo imaginario. No creo que mi actuación fuera muy buena, porque mi vecino del segundo, el del *shiba inu* simpaticón, contuvo como pudo una sonrisa que se amplió ante mis siguientes palabras.

—Buenas noches, no los había visto —mentí, aproximándome a ellos.

—Normal, con la escasa iluminación de las farolas... Deberíamos formalizar una reclamación —asintió el señor Moore, vecino del portal veintiuno, atusándose la prominente barba.

—Deberíamos —asintió otro de los vecinos, al que solo había visto en contadas ocasiones y recordaba por su gusto por fumar tabaco en pipa.

Nuestra comunidad estaba formada por dieciséis edificios, cada uno de ellos con tres apartamentos. Aunque no teníamos portero, el acceso estaba videovigilado por una empresa que la comunidad había contratado hacía años y cada portal tenía acceso por código y cámara, así que éramos una comunidad tranquila. La mayoría de las veces.

—Creo que, dadas las horas —intervino por fin el vecino del segundo, cuyo nombre nunca recordaba—, deberíamos centrarnos en el tema que nos compete. Algunos tenemos que madrugar.

Aquellas últimas palabras las dijo con una correcta sonrisa que, junto a su pronunciado acento inglés, consiguió asentimientos por parte de varios de los hombres y risitas de las mujeres.

—¿Qué tema nos compete? —decidí intervenir para poder llegar pronto a mi casa.

—La señora Jones. —Varios murmullos de desaprobación rodearon las palabras de la señora Davies.

—No se ha encargado de su parte para la fiesta —terminó por aclarar el señor Davies.

La fiesta de verano.

Así que, en efecto, era eso lo que tenía despiertos y malhumorados a mis vecinos.

—¿Cuál era su parte? —atajé antes de que volviese a formarse un revuelo.

Como cada año, cada uno nos encargábamos de algo de la fiesta, ya fuera la música, la bebida, la decoración, el menaje... De hecho,

esta vez me había tocado contratar la empresa para las dos barbacoas que habría para los cuarenta y ocho propietarios.

Normalmente no había mucho jaleo, la media de edad era de sesenta años, pero hacía unos meses que se había mudado una viuda algo alborotadora (en palabras de los Davies). Para el disgusto de muchos de los vecinos, la señora Jones tenía una vida bastante activa en cuanto a citas y pasaba bastante de las apariencias. Y, por lo que veía, también lo hacía de participar en los pocos y selectos eventos que organizaba la comunidad.

—Se encargaba de la decoración —intervino de nuevo el del segundo, ocultando de manera bastante nefasta lo que le divertía la situación.

—Quedan dos semanas todavía —dije—. No se preocupen, puedo hacerme cargo...

—No, no —me interrumpió el señor Davies—. Esa mujer tiene una responsabilidad con la comunidad. Debe encargarse de eso a lo que se comprometió.

—Hablaré con ella —se ofreció el inglés de mi edificio.

Nunca recordaba su nombre, pero tampoco es que nos viéramos mucho. Debía de rondar mi edad, los treinta (y era de los pocos que, junto a mí, bajaba la media de edad del lugar), y lo único que sabía de él, además de que tenía un perro adorable, era su nacionalidad y que se dedicaba al diseño. Toda aquella información me la habían facilitado mis encantadores vecinos del bajo, el matrimonio Davies.

Cotillas supremos.

—Oh, gracias, Finn. Eres un muchacho encantador —dijo entonces la señora Davies, ahorrándome el mal trago de tener que preguntarle su nombre después de años saludándonos en el rellano.

De pronto, me soltó un codazo.

—¿Verdad, Anne? —pestañeó muy significativamente hacia mí.

No pude evitar elevar ambas cejas.

Lo que me faltaba, añadir a las intervenciones de Cupido las de la señora Davies. Aunque sabía que era por el interés de mi apartamento.

Era bien sabido que las parejas jóvenes terminaban yéndose de allí, puesto que los pisos, aunque amplios, solo contaban con un máximo de dos habitaciones, y normalmente el deseo de ampliar la familia provocaba que terminaran yéndose.

La señora Davies llevaba años detrás de mi apartamento por las mejores vistas y la iluminación natural, así que parecía que su maquiavélico plan era que me liara con nuestro vecino para que lo dejara libre.

Controlé las ganas de reírme ante su falta de disimulo.

—Por supuesto. Encantador —sonreí a Finn, que amplió la suya—. Sabiendo que todo está encauzado, les deseo a todos buenas noches.

Me despedí con un gesto de cabeza mientras me alejaba hacia las escaleras del portal.

—Anne —escuché a mis espaldas.

Me giré para descubrir a Finn alcanzándome.

—Perdona, creo que nunca nos hemos presentado oficialmente —dijo tendiéndome la mano—. Soy Finn Langley.

—Anne Prescott —correspondí al gesto.

Finn se había mudado hacía casi dos años, pero era cierto que, salvo en los encuentros breves en el portal con sus correspondientes saludos, no habíamos intercambiado más frases.

Asintió apartándose un mechón de pelo rubio claro. Lo llevaba en un largo medio, con la raya en el centro, que hacía que el flequillo le cayera como una cortina a ambos lados del rostro alargado, en un estilo ligeramente despeinado que me recordaba a los *looks* populares de los noventa, como los que llevaban Brad Pitt o Leonardo DiCaprio. Tenía un rollo tan casual como cuidado, y eso me daba pistas sobre él, igual que la piel áspera y endurecida que había notado al estrecharle la mano, lo que me indicaba que hacía algún tipo de deporte.

Finn subió los últimos escalones de la entrada para teclear el código y dejarme pasar primero.

—He de decir que, cuando me mudé, no pensé que me lo fuera a pasar tan bien. Cada semana hay una historia.

Eso me llamó la atención. Le miré intrigada y él se encogió de hombros.

—Desde que salgo a pasear a Norman tres veces al día, he descubierto que no hay nada más peligroso que un puñado de jubilados —bromeó llamando al ascensor.

—Vaya. Y yo que pensaba que vivía en una comunidad tranquila —contesté mientras entraba seguida por él.

—Espero que sepas que ese momento incómodo en el que la señora Davies ha intentado lanzarte a mis brazos tiene la oculta intención de hacer que nos enamoremos, nos casemos y dejes el apartamento para mudarnos a uno más amplio.

Me reí tras sus palabras justo cuando llegábamos a la segunda planta.

—Créeme. Lo sé —respondí.

—Genial. Me deja más tranquilo —dijo saliendo del ascensor—. Por un momento he temido que pensaras que estaba intentando ligar contigo confabulado con nuestra querida vecina.

—Puedes estar tranquilo, sé que es solo cosa de Davies.

Finn sonrió.

—En fin, esta es mi parada. Buenas noches, Anne.

Me dedicó un gesto de despedida, se giró antes incluso de que la puerta se cerrara y fijó la mirada en el móvil, en el que parecía haber leído algo que le había hecho gracia.

Me apoyé en el ascensor con una sonrisa, sabiendo que la señora Davies se iba a quedar con las ganas de hacerse con mi apartamento.



Mi siguiente clienta llegó.

La doctora Doherty iba a ser mi último caso antes de que me tomara las obligadas vacaciones, y su caso era sencillo.

Sofia Doherty me había contratado para que la ayudara con el discurso y la puesta en escena de su intervención en una de las convenciones médicas más importantes del sector, que se celebraría a finales de septiembre.

En esta ocasión había preferido que nuestra segunda reunión, tras la primera toma de contacto en mi estudio, fuera en su ámbito, concretamente en su consulta, y así poder ver qué imagen proyectaba y trabajar desde ahí.

Así que, una vez que llegué a la clínica, me dirigí al mostrador para avisar de mi llegada.

—Sí, la doctora ya está esperándola —me comentó el chico detrás de recepción—. Es justo el pasillo de la izquierda... Un momento, por favor. —Hizo un gesto de disculpa para contestar una llamada entrante—. Clínica Vitacore Boston, le atiende Matthew... ¿Perdón? —Frunció el ceño mientras tecleaba con rapidez—. No le entiendo muy bien. No hay registro de... Deme un segundo. —Matthew volvió a mirarme y, apartando el auricular, me susurró—: Segunda puerta a la derecha.

Asentí, alejándome, mientras a mis espaldas oía cómo Matthew tecleaba desesperado, buscando lo que fuera que estuvieran pidiéndole por teléfono.

Tomé el pasillo de la izquierda y me dirigí a la segunda puerta, como me había indicado.

Llamé con suavidad y, al no recibir respuesta, me animé a probar si la puerta estaba abierta. Se abrió y descubrí un despacho desierto.

El chico de la recepción me había comentado que la doctora ya me estaba esperando, así que quizá se había ido un momento al baño. Decidí esperar sentada, sin perder la oportunidad de estudiar el despacho, que me permitía analizar cómo era Sofía Doherty en su espacio privado de trabajo.

No había mucho que examinar: un escritorio moderno de madera oscura detrás del cual se instalaba un aparador donde me imaginaba que habría diferente documentación y manuales; algunas plantas y cuadros abstractos decoraban el espacio iluminado por la luz de la mañana gracias a un gran ventanal que alejaba la estancia del aire aséptico que solían tener las clínicas como aquella.

Sobre el escritorio descansaban unas pocas fotografías, así que me levanté para poder examinarlas. Me sorprendió no encontrarla en ninguna de ellas, pero sí a un matrimonio mayor que sonreía a cámara abrazado a un hombre joven de mandíbula cuadrada, nariz recta y prominentes cejas que enmarcaban unos ojos claros, azules o verdes, no sabría decir.

¿Quizá era su familia? Sus padres y su... hermano. Porque me parecería extraño que fuera su pareja, aunque, bueno, podía ser que la doctora estuviera con un hombre más joven que ella, y era cierto que no tenía ningún parecido...

—¿Le puedo ayudar en algo? —Una voz profunda, claramente masculina, me sobresaltó, provocando que el marco se cayera sobre la mesa.

Levanté la mirada para descubrir que el hombre de la fotografía me estudiaba con semblante serio desde la puerta del despacho.

«Vaya».

—Estoy esperando a la doctora —contesté alejándome del escritorio.

Su mirada verde, que en persona podía apreciarse a la perfección, me siguió sin disimular mientras me alejaba del escritorio.

—¿Y la está esperando aquí por...?

—Porque he quedado con ella. El chico de la recepción me ha dicho que me estaba esperando.

El tipo sonrió de lado y entró en el despacho.

—No sé si se ha dado cuenta, pero esto es una clínica. Hay muchas doctoras —dejó caer, sobrepasándome para recolocar el marco de la foto—. Si no me dice a quién espera, no voy a poder ayudarle.

—¿No es este el despacho de la doctora Doherty? —Miré a mi alrededor entendiendo por fin lo que estaba sucediendo.

—No. Es el despacho del doctor Kingsley.

—Vaya —dije, mirando por encima de mi hombro y señalando la puerta—. Me dijeron que el despacho de Sofía estaba en la segunda puerta a la derecha y...

—¿Sofía? ¿Eres familiar, no paciente?

Considerando que la doctora Doherty era de medicina estética, no sabía cómo tomarme la sorpresa en su tono de voz.

Sonreí de lado, imitando su gesto, y no me pasó inadvertido que había empezado a tutearme.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Vaya, un misterio —se rio él.

—Bueno, digamos que es confidencial.

Elevó las cejas y se apoyó de manera desenfadada en el respaldo de la silla del escritorio. Debía de tener mi edad o un par de años más a lo sumo. Llevaba camisa y pantalones de pinzas, un reloj inteligente y una pulsera de cuero. Podía percibir el aroma fuerte de su perfume y, aunque tenía el pelo castaño corto, la parte superior dejaba adivinar que se le ondulaba.

—Entonces me imagino que eres la persona que ha contratado para que la ayude con el tema de la convención, ¿correcto?

Entonces la que elevó las cejas fui yo.

—No eres la única que tiene relación con Sofía —apostilló.

Vaya, vaya. Así que ya sabía quién era el doctor guapo.

—No me había comentado nada de que su pareja trabajara en el mismo sector ni en la misma clínica.

Era un dato importante, y me parecía extraño que la doctora hubiera omitido tal información, aunque quizá la diferencia de edad...

—No, no es lo que parece —interrumpió mis pensamientos con cierta premura—. Somos colegas, compañeros. Por Dios, podría ser mi madre. —Sacudió la cabeza en un gesto de negación azorado—. Yo... estoy soltero.

Contuve una sonrisa por su turbación; hasta se le habían sonrojado las mejillas.

«Qué mono».

—De acuerdo, entonces, *doctor* —enfaticé, y él sonrió—, deduzco que este es tu despacho.

—Así es, soy el doctor Kingsey. Henry Kingsey —se presentó sin moverse de su asiento.

—Anne Prescott, aunque supongo que eso ya lo sabías. ¿Puedes indicarme dónde está el despacho de Sofia?

Kingsey se acercó en solo dos zancadas y, abriendo la puerta del despacho, me hizo un gesto para que lo adelantara. Cuando me acerqué, me señaló la puerta de enfrente.

—Era la segunda puerta a la izquierda —me indicó guiñándome un ojo—, aunque me alegra que Matthew te haya indicado mal.

—Puede que no me indicara mal y que haya sido yo quien se ha confundido.

—Lo que sea, me alegra el error, ¿señorita Prescott?

Ahí estaba.

La caña lanzada para saber si estaba soltera.

Sus ojos verdes me estudiaron el rostro sin desviarse hacia ninguna otra dirección. Era algo más alto que yo, lo justo para que,

si quisiera besarle, tuviera que ponerme de puntillas, y eso me gustaba.

Me gustaban los hombres más altos que yo incluso con tacones, algo complicado con mi metro setenta y cuatro.

—Sí, señorita —aclaré.

Incliné la cabeza y, conteniendo una sonrisa juguetona, crucé la puerta para llamar a la de mi clienta.

Eso sí, no dejé de sentir la mirada de Henry sobre mí hasta que Sofia me abrió y me hizo pasar a su consulta. Al girarme para despedirme del doctor, que había empezado a cerrar su puerta, varios pétalos de rosa se movieron por la brisa del gesto.

Maldita Cupido.

¿De verdad que aquello también había sido obra suya?

Aunque quizá lo estaba diciendo con la boca pequeña esa vez, con la curiosidad ganando terreno.



8

—¿En serio que no te vas a dar por vencida? —le pregunté a Rose en cuanto entré en mi despacho tras la reunión con la doctora Doherty, ya por la tarde.

Cupido levantó la mirada de la revista *Vogue* que estaba leyendo, sentada en mi silla, con las piernas cruzadas sobre el escritorio.

—¿Vas a negarme que el doctor buenorro te ha gustado? —sonrió ladina.

Suspiré, sopesando si tomarme una copa de vino o un gin-tonic antes de cenar o era demasiado pronto.

—Te ha gustado, y lo sabes —canturreó Rose, y controlé el tic en el ojo, que estaba empezando a ser un habitual.

—Rose, no va a pasar —insistí, haciéndole un gesto para que dejara libre mi asiento.

Cupido puso los ojos en blanco mientras se levantaba con una elegancia envidiable para volver a sentarse en una de las butacas al otro lado de la mesa.

—¿Cuántos tienes pensado? —solté a bocajarro.

Miss Fire me ignoró, enfrascada de nuevo en su lectura.

Elevé la mirada al techo. Necesitaba armarme de paciencia con aquella mujer.

—Por favor, *Rose* —enfaticé, y me obligué a sonreír con dulzura—, ¿cuántos pretendientes tienes pensados?

—Vaya, vaya. ¿Ahora te interesa saber cuántos hay en la lista? —Su mirada se asomó sobre las páginas sin ocultar el recochineo.

—¿Es que hay una lista? —pregunté preocupada.

—Por supuesto que la hay. Una es organizada y profesional —dejó claro, apartando la revista y dejándola caer como por casualidad sobre mi escritorio.

No pude evitar echar un ojo y descubrir el artículo en el que había estado enfrascada.

—¿Posiciones sexuales que necesitas probar? —leí, sin creerme que hubiera estado tan ensimismada con eso.

—Sí, léelo. Creo que te podría venir bien para tus próximas citas con el cirujano plástico —ronroneó Rose en un tono que hizo que se me pusieran los pelos de punta—. Tiene pinta de ser activo e imaginativo en la cama.

Me sonrió y no pude evitar reírme.

—¿Es que no piensas en otra cosa?

—¿En otra cosa que no sea el amor ardiente, apasionado? —preguntó mirándose las uñas—. No, la verdad.

Cerré la revista.

—No necesito consejos de un artículo cutre seguramente escrito por una becaria para saber qué hacer.

—¡Por Dior! ¡Retira ahora mismo lo que acabas de decir! ¿Un artículo cutre en *Vogue*?

Puse los ojos en blanco y como respuesta recibí un capón con la revista enroscada.

—Por favor, ¿cuándo va a acabar esta sucesión de absurdos? —verbalicé en alto mis pensamientos.

Rose enarcó una ceja mientras desenrollaba la revista.

—Sabes perfectamente la respuesta. Así que, guapita, ya vas abriendo la mente, por no decir esas dos largas piernas que tienes, porque, vamos a ver: ¿estás segura de que no necesitas hojear ese artículo? —Me miró con una condescendencia que me hizo ponerme recta en el asiento—. ¿Cuándo ha sido la última vez que has echado mano de tus artes amatorias? —Hice el amago de contestar, pero Cupido me hizo un gesto para que guardara silencio—. Cuidado, cielo, recuerda quién soy. Lo sé todo sobre tu vida amorosa, así que tengo constancia del triste polvo que echaste el mes pasado. No debería ni contar.

Rose simuló que le recorría un escalofrío.

—No te voy a negar que fue decepcionante, sí —asentí recordando a Mike, mi última conquista.

El bróker que no pasó de una segunda cita tras el desastroso encuentro en el hotel en donde habíamos coincidido por temas de trabajo. Sospeché que tanta vida estresante le estaba afectando en el resto de los ámbitos, sobre todo cuando respondió a una llamada mientras estábamos conociéndonos en el sentido más bíblico.

—Pues eso, querida mía. Así que echa un vistazo al artículo para descubrir lo que te espera con el doctor. Porque volverá, ya te digo que lo hará.

Algo en el tono de voz de Rose me hizo mirar la revista con otros ojos.

¿Es que ella sabía cosas que yo ignoraba?

Parecía que la clave se encontraba en ese artículo. Quizá en él se encontraran las posturas favoritas del doctor buenorro...

Hice como que no veía la sonrisa de satisfacción de Rose cuando recogí la revista para echar un pequeño vistazo al artículo.



—No sabes lo que ha llegado —me recibió Betty a la mañana siguiente en mi oficina.

La cara de emoción me puso en alerta mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—No sé, sorpréndeme. Pero, por tu cara, pareces un niño la mañana de Navidad.

Betty lanzó un chillido a la vez que lo soltaba:

—¡Un ramo! ¡Y es enorme!

Me quedé congelada y enseguida me vino a la mente mi *querida* Cupido.

—Yo no he tenido nada que ver. —Apareció de pronto, con su característico olor a rosas—. Lo prometo.

Levantó ambas manos en un gesto de inocencia, pero no dejé de mirarla con sospecha hasta que Betty llegó con un enorme ramo de hortensias azules.

—Lleva nota... —dejó caer mi secretaria, con una sonrisilla.

—Y tú no la has leído, ¿verdad? —Sonreí mientras admiraba el precioso ramo y localizaba el sobrecito blanco.

—No sé de qué me hablas... —contestó, dirigiéndose a su mesa con la expresión de culpable casi tatuada en la frente.

Puse los ojos en blanco mientras abría el sobre para sacar la nota.

—¿Qué pone? —se interesó Rose, mirando por encima de mi hombro.

—No hagas como si tú tampoco supieras nada.

—¿Perdón? —preguntó Betty al verme hablar sola.

—Nada, nada.

No la miré, estaba más pendiente de leer la elegante letra.

Perdona por el atrevimiento,
pero no podía no intentar invitarte a cenar.
Henry.

—Oh. El doctor buenorro —celebró Rose—. Quizá sí que he tenido algo que ver, al fin y al cabo.

Sonreí.

Hasta me mordí el labio.

Porque debajo de la sencilla frase y su firma estaba garabateado su teléfono.

Y sabía, sin necesidad de que Cupido me dijera nada, que iba a aceptar esa invitación.

9

Estudié mi reflejo frente al espejo, satisfecha con el resultado.

Me había puesto un vestido sencillo de satén marrón chocolate, a juego con mi larga melena. Me recoloqué con unos toquecitos el flequillo recto, que necesitaba con urgencia una visita a la peluquería, porque al estar algo largo se me abría, y examiné que no tuviese los párpados manchados de rímel.

El *look* era elegante y desenfadado a la vez. Me había hecho un ahumado sutil para darle potencia al azul de mis ojos y lo acabaría con un toque de brillo de labios. Simple, pero no hacía falta más. También me había pintado las uñas de negro, como las sandalias de un tacón de infarto que seguramente al final de la noche me arrepentiría de haberme puesto, pero no concebía llevar aquel vestido con otro calzado.

—Estás espectacular, querida.

Me giré hacia Rose, que, al contrario que yo, llevaba un atuendo muy diferente:

—¿Ya en pijama? —pregunté al fijarme en el dos piezas rojo (por supuesto, la duda ofendía).

—Hoy ha sido un día largo, agotador, tremebundo —cacareó teatralmente mientras se dejaba caer sobre mi *chaise longue*.

—¿Problemas en territorio amor? —bromeé mientras me pintaba los labios.

—Menos bromas, no te creas que eres mi única elegida.

Eso me llamó la atención.

—Entonces, ¿estás con otros... *casos*? —tanteé echándole un rápido vistazo, sin saber cómo denominar nuestra relación.

—No puedo hablar de esas cosas contigo. Secreto profesional. Así que volvamos a ti. —Rose se acercó para colocarse a mi lado, admirando mi reflejo—. El doctor buenorro va a caer a tus pies.

—Deja de llamarle así.

—¡Ja! Como si tú misma no pensaras en él así.

Controlé las ganas de sonreír y disimulé mirando el móvil.

—El Uber está a cinco minutos. Voy a bajar ya —informé cerrando el bolso que había elegido.

—Perfecto, perfecto. Tú hazme el favor de disfrutar. —Cupido me agarró por los hombros, mirándome con cierta coquetería divertida —. Déjate llevar, Anne. Deja que el amor...

—Sí, sí. Tengo prisa —la interrumpí, alejándome sin dejar que terminara la frase. Si lo hacía, no podría controlar mi gesto, y eso conllevaría otra retahíla de frases sobre que el amor era fantástico, real, verdadero.

Y no tenía ganas de escuchar sandeces.

Aunque no negaría que sentía cierta curiosidad por cómo se desarrollaría la noche. Henry me tenía intrigada.

Cuando llamé al ascensor, comprobé que el Uber siguiera su ruta. Entré mirando a la pantalla para ver cómo el icono del coche negro tomaba mi calle, pero el ascensor se detuvo antes de tiempo.

—Oh, buenas noches —dijo mi vecino del segundo, Finn, acompañado por Norman, que me saludó con el rabo moviéndose a gran velocidad.

—Buenas noches —contesté con una sonrisa dedicada al perro. No había otro más simpático que él.

—Cuidado, Norman. No manches a Anne. —Finn tiró con suavidad de la correa para que no pudiera olisquearme el vestido.

—No te preocupes —contesté mirándole.

—¿Una cita? —preguntó, y no pude evitar percibir cómo me recorrió con la mirada.

¿Había interés? ¿O era mera curiosidad?

—Algo así. ¿Vosotros?

—También. Nuestra cita para nuestro paseo nocturno —aclaró mirando con diversión al perrito.

—Parece un buen plan —contesté justo cuando llegamos a la planta baja y las puertas del ascensor se abrieron.

—No tanto como el tuyo. Pásalo bien —contestó saliendo primero con Norman, sin volver a girarse.

Seguí sus pasos para salir del portal, viendo cómo el Uber se detenía justo delante. Entonces empezó a sonarme el móvil. Era Ivy.

—Estoy entrando en un Uber —avisé abriendo la puerta del vehículo negro y saludando brevemente al conductor.

—Ya está. Por fin.

—¿Por fin? —pregunté ante sus palabras mientras el coche arrancaba.

—Se ha zanjado todo lo de la boda.

—Oh, enhorabuena —contesté algo dubitativa, porque...

—Ya no me une nada a Tom —me interrumpió.

El tono de mi amiga confirmó lo que me temía.

—Ivy... —suspiré con cariño—. Sé que lo ves terrible, pero es lo mejor antes de estar atada a un tipejo como él y luego tener que

enfrentarte a un divorcio.

—Lo sé, lo sé. —Pero por su tono de voz estaba llorando—. Y no quiero hablar más de ello. Siento que estamos como en bucle. Y estoy enfadada, ha hecho que discuta con mi padre por la cantidad de dinero que hemos perdido.

Me mordí el labio para no hacer ningún comentario, porque lo que más me jodía era que la gran mayoría de los gastos le habían repercutido a ella... Bueno, a sus padres, que eran los que se habían ofrecido a pagar varias de las cosas, como era tradición.

El padre de Ivy, Charles Whitmore, se negó en redondo a no participar en los gastos de la boda de su única hija y heredera. Era banquero de inversión de Boston y un agradable hombre de costumbres que provenía de una familia tradicional de Beacon Hill con generaciones en el sector. Como tal, se había criado rodeado de absurdas y anticuadas costumbres, como decía siempre Ivy, que a sus quince años tuvo la típica (y horripilante) presentación en sociedad.

Sin embargo, Charles sorprendió a toda su familia clasista al casarse con Isela del Valle, mexicana que emigró a Estados Unidos con catorce años y que se había convertido en una mujer del mundo del arte muy alejada del estándar.

Ivy decía que, gracias a Isela, Charles era más relajado, incluso tenía otras perspectivas de la vida y había conseguido dejar de lado el ambiente rancio y casposo en el que había crecido.

—¿Está muy enfadado? —quise saber.

Mi amiga soltó un sonido quejumbroso al otro lado de la línea.

—Qué va. Ya le conoces. Encima he intentado que me dejara pagar a mí, pero no ha habido manera. En fin... Anne, ¿qué voy a

hacer? ¿Esta tristeza se irá en algún momento?

—Claro que sí —le aseguré sin ningún atisbo de duda—. Es que tienes que hacer planes. Cógete una sesión de spa, manicura, lo que sea, pero date mimos, que te lo mereces. Y, si quieres, las semanas que me voy a Chatham puedes venirte conmigo.

—¿De veras? —preguntó con ilusión.

Sonreí.

—Por supuesto. Si te apetece estar aburrida en ese lugar donde no hay...

—¡Podemos alquilar un barco! —me interrumpió, ya entusiasmada, sin escucharme—. Comer langosta, beber cócteles al atardecer, ¡hacernos un cambio de *look* en la peluquería de tu madre!

Me reí.

—Bueno, la peluquería de mi madre ya sabes que no es como las peluquerías...

—¡Calla! Es perfecta y estoy emocionada. Seguro que podré conocer a un puñado de *cape codders* guapetones.

—Muchas cosas quieres hacer tú en una semana —me reí, aunque era buena señal que estuviera abierta a conocer a alguien.

Quizá darse una alegría la sacaría de aquel pozo llamado Tom.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Preparada para conquistar al doctor buenorro?

—Vamos a ver qué tal se presenta la noche, pero he de confesar que tiene buena pinta —me atreví a aceptar ahora que no había ninguna Miss Fire cerca.

—¿Buena pinta? ¿Qué no me has contado? ¿Ha habido algún encuentro más con él? —Ivy me bombardeó a preguntas sin casi

respirar.

Me reí de nuevo.

—No, te lo he contado todo. Solo que puede que esta noche no me vuelva sola; es a lo que me refiero, doña fantasías románticas.

Oí el gruñido de frustración por la otra línea.

—Pobre muchacho. Una muesca más en tu cabecero. Voy a sonar un poco como tu madre, pero, chica, a ver si alguna vez sientas la cabeza.

—Por favor..., no volvamos a lo de siempre —comenté mirando las luces de las farolas mientras seguíamos cruzando la ciudad.

—Ay, ¿sabes? Tengo un presentimiento.

—¿Un presentimiento? —repetí—. ¿Así? ¿De pronto?

Ivy me ignoró para soltar su predicción.

—Algo va a cambiar antes de que termine el año.

—Por favor... —dije más para mí que para ella.

—Sí, sí. Estoy segurísima. Ambas encontraremos el amor. El amor, Anne Prescott. Voy a ser testigo de cómo vas a perder el culo y la cordura por un tipo.

—¿No percibes ciertas *red flags* en esta afirmación? ¿Enamorarse es sinónimo de perder la cordura? Algo en la sociedad está, no mal, FATAL.

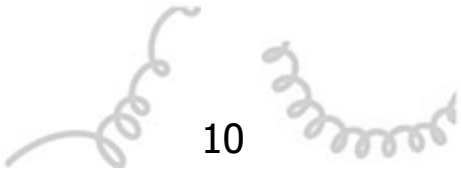
—Enamorarse es precioso, Anne. Ya lo verás.

Puse los ojos en blanco.

—Tengo que colgarte. Estoy llegando al restaurante.

—Vamos, cómete a ese bombón y, luego, cuéntamelo todo con pelos y señales. Tu mejor amiga necesita los detalles más jugosos para vivir a través de tus experiencias.

—Vale, vale —me reí antes de despedirme, justo cuando el Uber se detenía para dejarme frente al restaurante que Henry había propuesto.



10

Henry había elegido un restaurante cosmopolita al que todavía no había podido ir por la supuesta lista de espera.

Con un estilo entre chic e industrial, atravesé el *lounge* con la iluminación dorada de las lámparas inspiradas en las fábricas antiguas y localicé al cirujano plástico en una de las barras, bebiendo lo que parecía un Negroni, con la vista perdida en la enorme exposición de botellas de licor.

—Buenas noches —saludé al llegar a él.

Henry se giró y me dedicó una sonrisa lenta. Esa vez sí que me recorrió con la mirada.

—Estás increíble, Anne. —Se inclinó para darme un suave beso en la mejilla, lo que me permitió apreciar su aroma fuerte, que me picaba en la nariz.

—Tú tampoco estás nada mal —dije, devolviéndole la sonrisa.

Y no era mentira.

Iba con una camisa y pantalones negros que le daban un aire elegante y misterioso.

—La mesa está lista —me explicó, cediéndome el paso y colocando estratégicamente la mano en mi espalda baja.

Sonreí de nuevo, asintiendo, y dejé que me indicara hacia dónde debíamos ir.

—¿Tienes pensado irte de vacaciones? —me preguntó una vez que llegamos, mientras retiraba la silla para que tomara asiento.

—Sí. Me iré unas semanas a ver a mis padres y luego tenía pensado hacer alguna otra escapada, no sé. Lo iré viendo sobre la marcha.

—Vaya, no te pega eso de ir improvisando —comentó él, e hizo un gesto a uno de los camareros para llamar su atención una vez que se sentó.

Tan solo esbocé una sonrisa.

No contesté que era porque el verano lo había reservado para temas de la boda de Ivy, su despedida de soltera y un sinfín de cosas que, por suerte para mi amiga, ya no se iban a celebrar.

—Tráiganos la botella de su mejor vino y la carta cuando pueda —habló Henry, dirigiéndose al camarero con tanta rapidez que casi ni me dio tiempo a procesar sus palabras.

—Vaya. —Parpadeé de manera exagerada para que notara mi desconcierto.

—Te gusta el vino, ¿verdad? —Sonrió de tal forma que parecía el príncipe encantador.

—No. Pero no te preocupes, pediré agua en cuanto te traigan la mejor botella —contesté con malicia.

Por supuesto que me gustaba el vino, pero odiaba que decidieran por mí. Por lo menos había pedido la carta; ya solo faltaba que fuera el típico que escogiera por los dos. Pero, sorpresa, no dudó en dejarme claras sus preferencias al recomendarme encarecidamente el tartar de atún rojo, el filete de esturión a la parrilla o el de wagyu.

—Pide sin problemas, invita el doctor —me guiñó el ojo y enarqué una ceja mientras daba un sorbo a mi bebida.

—Tranquilo, no hace falta.

¿Aquel tipo? ¿Cómo era tan *snob* de pronto?

Encima no iba a poder beberme una copa del vino por darle en las narices. Antes de que acabase por cabrearme del todo, decidí reconducir la conversación.

—¿Por qué te decantaste por la medicina estética?

—¿Sinceramente? Por el dinero. Es increíble la cantidad que mueven los complejos de las personas.

«Parpadea, Anne, parpadea», me recordé al quedarme congelada por su contestación.

—Vaya —carraspeé—, pensé que ibas a decirme que tu motivación era sacar la mejor versión de cada uno de tus pacientes.

—Eso por supuesto. Al final, son mi carta de presentación, pero mi motivación, como la de todos —me dedicó una sonrisa enorme que me hizo sospechar que llevaba carillas—, es esa, el dinero. ¿No crees?

—Es importante, por supuesto —concedí—. Pero no diría que fue mi principal motivación a la hora de escoger mi camino profesional.

—Bueno, al final eres tu propia jefa, ¿no? Entiendo que, en el papel de la mujer, con lo mal que os trata la sociedad hoy en día, es importante poder decir que lo eres. No tendrás tanta presión cuando quieras evolucionar de forma natural.

—¿Evolucionar de forma natural? —pregunté sin entender qué quería decir.

Henry asintió, haciendo al camarero, de nuevo, un gesto que ya comenzaba a rozar lo maleducado.

—Sí, ya sabes: tener hijos, poder pasar tiempo con ellos, criarlos... Me parece algo esencial. Un derecho que la actualidad os está

robando.

—Entiendo... —comenté, acariciando mi vaso de manera pensativa.

Porque, en realidad, claro que entendía lo que quería decir. Por supuesto que estaba de acuerdo en que la conciliación era de locos, pero en ella había dos partes implicadas: el padre también contaba. Y deducía cuál era su punto de vista.

—Y tú, que eres tu propio jefe, también podrás ejercer tu derecho de criar a tus hijos, ¿no?

Henry se rio de una forma que podría haber clasificado de atractiva si no estuviera viéndole ya el plumero. La guinda llegó con sus siguientes palabras:

—Sé que suena arcaico, pero ¿se me puede culpar por creer en la familia tradicional? Al final seguimos viviendo en un mundo en el que hay que pagar facturas, seguros...

—Y alguien tiene que ser el cabeza de familia, ¿verdad?

—¿No lo ves así?

Un brillo divertido recorrió sus ojos verdes. Por lo menos no tenía un pelo de tonto y estaba notando mi desacuerdo.

—Ni siquiera quiero casarme.

Ya estaba dicho.

Era lo mejor, cortar por lo sano. Ya ni me parecía atractivo.

—Eso es porque no has conocido al indicado. Te puedo asegurar que eso cambiará cuando lo hagas. Además, no puedes ignorar algo tan importante como el reloj biológico.

Oh, por Dios.

Aquella conversación estaba siendo vomitiva.

—¿Crees que tardarán mucho en traer la comida? —simulé estar buscando al camarero.

—Ni siquiera hemos pedido.

—Cierto —le miré significativamente, y captó mi mensaje.

—Ahora mismo llamo a un camarero para que nos tome nota. —Henry apartó la mirada para buscarlo y, al no encontrar ninguno a la vista, se levantó—. Voy a buscar a uno.

—Estupendo. Mientras, voy al baño.

Mi sonrisa no titubeó y, sin esperar su respuesta, me levanté mientras sacaba el móvil para pedir un Uber. Ni que decir que no pensaba perder ni un preciado segundo más en compañía de aquel tipo.

¿Cómo había podido caer en sus encantos?

Estaba completamente indignada y tenía que hablar seriamente con Rose.



Cuando me bajé del coche enfrente de mi portal, estuve tentada de escribir a Ivy, pero lo pensé mejor. Ya le escribiría al día siguiente para invitarla a un desayuno y así contarle con todo lujo de detalles el horripilante encuentro.

Fue poner un pie en la acera y los pies me recordaron que los estaba torturando. Frunciendo el ceño, y cabreada con el universo por el desastroso desenlace de aquella noche, me quité los zapatos; me daba igual ir descalza por la calle.

—¿Una mala cita? —me sorprendió una voz a mi derecha.

Levanté la mirada para descubrir a Finn, que caminaba hacia nuestro portal con una caja rosa entre las manos.

Suspiré. No me apetecía hablarlo en ese momento, y menos con mi vecino del segundo, pero había sido testigo de cómo iba hacia la cita con cierta ilusión.

—No ha ido como esperaba.

—Vaya, lo siento —dijo, deteniéndose cuando llegó hasta mí.

—¿Y la vuestra? ¿Dónde está Norman? —pregunté al no ver rastro del perro.

Finn sonrió, una sonrisa genuina, sincera, que le llegaba hasta los ojos castaños.

—En realidad, Norman es el perro de un amigo. Viaja mucho y me quedo con él cuando no está. Hoy ha vuelto y antes he ido a llevarlo, así que no me ha acompañado en mi última aventura —comentó sacudiendo la caja para llamar mi atención sobre ella.

—Eso son... ¿dónuts? —me aventuré, ligeramente intrigada.

A ver, eran casi las nueve de la noche. Que hubiera ido a por dulces a esas horas... intrigaba cuando menos.

Finn amplió la sonrisa a la vez que ponía un verdadero gesto pillo.

—Mejor: gofres.

Sonreí de vuelta.

—Entiendo.

—No, por la cara que estás poniendo no lo estás entendiendo, pero subo la oferta: gofres con varios siropes.

Me tuve que reír por su entusiasmo.

—Está bien, amigo. Está claro que tienes por delante una noche emocionante.

—Tampoco tiremos fuegos artificiales. Pero, joder, creo que no hay mejores gofres que los de este sitio. ¿Quieres uno?

Le miré divertida.

—¿Compartirías el gran manjar?

—Oh..., está claro que no me crees. Por estos gofres, Anne —se inclinó hacia mí con aire conspiratorio y no puede evitar soltar una carcajada—, perderías la cabeza. Por no decir que te harían olvidar al idiota de esta noche.

Finn hizo un gesto ofreciéndome la caja.

—Sírvete uno, en serio.

—Tengo que rechazarlo, voy a ir directa a la ducha o a darme un largo baño. Prefiero no quitarte uno de tus preciados gofres.

—Rechazando un dulce... —Finn me miró con gesto de estupefacción—. Sí que ha ido mal la cosa.

—No, no ha sido tan importante. Casi ni nos conocíamos. Ese ha sido el principal problema —contesté, comenzando a subir las escaleras del portal seguida por él.

—¿Una app de citas?

Torcí el gesto, no muy segura de qué contestar.

—Se podría decir.

—Bueno, no desesperes. Dicen que entre tanto perfil rana a veces se localiza a alguien que vale la pena.

Ante sus palabras me detuve para mirarle y aquello pareció pillarle por sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó divertido.

—Me... me has recordado a alguien —respondí con sinceridad.

Estudié a Finn con otros ojos.

Alto, incluso estando yo un escalón por encima, sus ojos quedaban a la par de los míos, así que debía de rondar el metro noventa.

Y era guapo.

Guapo de verdad. No me había fijado, porque mi tipo solían ser morenos, pero tenía que reconocer que, con su pelo rubio y su barba de unos pocos días, tenía unos rasgos masculinos y atractivos.

—¿Tienes novia, Finn? —mi pregunta fue a bocajarro y las cejas casi le tocan la raíz del pelo como respuesta.

—Vaya.

—No es para mí —aclaré rápidamente—. Quiero decir... —Guardé un segundo de silencio por haber hablado sin meditar—. Me has recordado a una amiga y creo que, si te gustan las mujeres y estás soltero, podríais encajar.

Finn esbozó una media sonrisa.

—Sí. Estoy soltero. Y, sí —dijo, acortando la distancia entre ambos —, me gustan las mujeres.

—Perfecto —sonreí encantada—. Puede que te la presente.

—¿Puede? —ladeó la cabeza, intrigado, pero dejé de mirarlo para continuar subiendo las escaleras y poner el código para entrar en el portal.

—Digamos que ahora tiene que centrarse en sí misma.

Oí su suave risa detrás de mí mientras me seguía.

—Esperaré impaciente.

De nuevo, se me escapó una sonrisa ante su respuesta, que creció aún más al oír un ruido sospechoso en la puerta del bajo mientras esperábamos al ascensor.

Finn y yo intercambiamos una mirada en silencio y solo cuando se cerró la puerta detrás de nosotros, hablamos.

—Seguro que está pensando que venimos de una cita —murmuré mientras cerraba los ojos y Finn se reía.

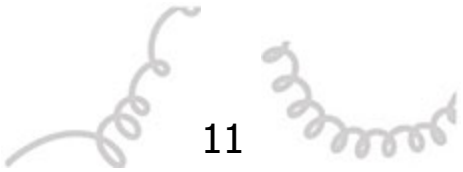
No había dudas de que la señora Davies había estado espiándonos a través de la mirilla.

—Estoy convencido de que ya está buscando una buena empresa de mudanzas. Nos espera una fiesta comunitaria interesante.

—Oh, Dios... —me quejé, dándole la razón.

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir y Finn me guiñó un ojo antes de salir.

—Mi parada. Ya me contarás, Anne. Buenas noches.



11

Me despertó el olor a café recién hecho, bollería y...

Giré en mi cama, con las sábanas de algodón egipcio enroscadas entre mis piernas porque tenía la manía de no dormir quieta, mientras fruncía el ceño sin entender de dónde provenían esos olores y, en especial, ese ruido.

Cuando oí claramente una maldición en mi cocina, supe que no estaba sola.

Me levanté de un salto y, rebuscando en mi mesilla de noche el gas pimienta, salí disparada hacia allí con el corazón desbocado.

¿Qué posibilidades había de que un ladrón se pusiera a hacer el desayuno?

Pocas, si usaba la lógica, poquísimas, a no ser que, claro, fuera un psicópata que quisiera jugar conmigo o lo que narices fuese que hiciera un psicópata que se colaba en casa de su víctima... Pero yo había puesto la alarma antes de irme a dormir, ¿no?

¿Y eso que estaba sonando eran las Spice Girls?

Sin entender nada, llegué con absoluto sigilo a mi cocina. Fue asomarme al salón de concepto abierto y bufar.

—¿Qué haces aquí? —regañé a mi visitante.

—Buenos días, querida. Pensé que te daría más alegría saber que era yo y no un asesino a sueldo. —Miss Fire miró muy

significativamente mi bote de gas pimienta—. Un poco exagerada, ¿no crees?

Lo lancé al sofá deshaciéndome de él.

—¿Por qué están sonando las Spice Girls?

—¿Cómo que por qué? —Me miró sorprendida mientras me hacía un gesto para que me sentara en el taburete de la barra—. Son puro empoderamiento femenino.

Todavía seguía dormida para analizar aquella afirmación y decidir si estaba o no de acuerdo.

—Lo que digas, pero ¿puedes bajar el volumen? —pedí, obedeciendo sin poder controlar el bostezo que me atravesó—. ¿Qué hora es?

—Muy pronto por la mañana, pero eso no es lo importante. Lo importante es mi motivo de estar hoy preparándote este delicioso desayuno.

Cupido colocó delante de mí un cruasán que olía para morirse, junto a un platito con mantequilla que ya comenzaba a derretirse y otro de mermelada de fresa.

—Y café para mi chica especial.

Me tendió la taza.

—Por favor —me quejé al ver el dibujo de corazón en la leche, pero, prefiriendo que aquella visita terminara cuanto antes, decidí dar un trago sin explicarle que el primero del día siempre lo tomaba solo.

Error.

Fue como tragar puro jarabe de azúcar.

—¿Qué es esto? —pregunté, controlando una arcada y las ganas de escupirlo.

—¿No te gusta mi *blonde fire vanilla latte*?

La miré espantada y luego hice lo propio con la bebida, que bien podría ser un terrón de azúcar líquido.

—¿Que si no me gusta? Pero ¿qué lleva? Creo que tengo que buscar mi agenda y pedir urgentemente una cita con el dentista...

—Anda, calla y escucha. —Rose me golpeó la mano, impidiendo que siguiera con la broma.

—Pero ¿cómo puedes beber esto? —Simulé de nuevo un escalofrío y Miss Fire enarcó una ceja.

—¿Vas a escucharme de una vez?

—Está bien, pero no vuelvas a hacerme el café. Por favor —añadí rápido con una sonrisa encantadora.

—Me agradecerás el chute de energía; lo vas a necesitar.

La sospecha hizo que borrara la sonrisa. Y, como si lo hubiese invocado, mi móvil vibró, avisándome de un mensaje entrante.

Miré con auténtico horror a Rose, y el espanto se potenció cuando la vi sonreír. Conocía *esa* sonrisa.

—¿Qué has hecho?

No esperé respuesta. Me levanté como un rayo y fui directa a por el teléfono.

Cuando vi el nombre de Henry, la miré histérica.

—¿Por qué tengo un mensaje del tipo al que dejé plantado anoche?

Rose chascó la lengua y se acercó a mí. Ese día llevaba una falda plisada y una blusa; todo rojo, por supuesto.

—Vamos a tranquilizarnos, que el estrés no es nada bueno para la piel —se colocó delante de mí justo cuando abría el mensaje—, y,

antes de que montes un espectáculo, recuerda que te pedí que estuvieras abierta.

—¡Abierta de piernas! No a ideas retrógradas. —La miré alucinada, sobre todo cuando se carcajeó de mi comentario.

—A ver, es cierto que el muchacho tiene algunas ideas... —torció el gesto—, pero, con una mujer sensata a su lado...

—¿Qué dices? ¿No me vendrás con esas de que el amor lo cambia todo?

Rose se cruzó de brazos.

—Pues mira, hay veces que sí.

—Por favor —me quejé al Universo ahora que parecía que me escuchaba—: ¿Teníais que mandarme a la más...?

Pero me interrumpió:

—Cuidado con la elección de tus siguientes palabras. —Entrecerró los ojos y decidí acatar su consejo y cerrar la bocaza, que en bastantes problemas me había metido ya.

—Bueno, ¿y qué dice? —preguntó Rose volviendo a sonreír y lanzando una mirada coqueta a mi móvil.

—Como si no lo supieras ya —murmuré cabreada para mí, aunque oí la risa de Cupido.

Desbloqueé el móvil de nuevo y leí el mensaje... Una, dos veces, y después lancé una peligrosa mirada a Rose, a la que se le congeló un poco la expresión al ver la mía.

—¿Qué narices has hecho? ¿Por qué está preguntándome por mi estómago y recomendándome algunos medicamentos antidiarreicos?

—Ay, por Dior, me has asustado. —Su respuesta me hizo mirarla boquiabierta—. Por lo que veo, todo sigue según lo planeado.

—¿Según lo planeado? ¡¿Según lo planeado?! —repetí intentando controlar la voz.

—Mujer, ¿cómo querías que justificara tu salida repentina?

—Rose, no había que justificar nada. ¡El tío es un pelma! No quiero nada, NA-DA —recalqué— con él.

Cupido frunció los labios, molesta, antes de estallar.

—Mira, ahora la que está enfadada soy yo. ¡Así es imposible trabajar! —Lanzó las manos al aire.

—Lo que hay que oír... —contesté ante su pataleta.

—Estás a la defensiva. No das la oportunidad a ninguno, ¿y quieres que te diga un *spoiler*, Anne? No hay un hombre perfecto, porque nadie lo es.

—Se dice «hacer un *spoiler*» —corregí.

—Me da igual vuestra jerga milenial. Ya me entiendes.

Puse los ojos en blanco intentando recomponerme.

—Mira, Rose —le dije conciliadora—. Sé que no hay nadie perfecto, pero es que estás emperrada en buscar algo que yo no quiero. Deberías replantearte este trabajo. No estoy buscando al hombre perfecto, mucho menos la puñetera relación perfecta.

Comencé a encabronarme de nuevo ante el gesto condescendiente que Miss Fire me dedicaba.

—¡Ja! Repito: ¡Ja! Eres tan solo una cachorrilla que se muere por vivir su mágica y apasionada historia de amor.

—¡Por Dios! ¡¿Por qué parece que estoy hablando a una pared?! —lloriqueé perdiendo ya la paciencia—-. Yo solo quería pasar un buen rato anoche, y vas y me pones en el radar a un petardo machista casposo.

—Bueno, pues aquí encuentro una contradicción, querida. Si solo querías echar un polvete, ¿qué más te da que piense...?

—Por favor —la interrumpí adivinando su pobre razonamiento—. Primero: una tiene dignidad. Y segundo: a cualquiera se le baja la libido con esos comentarios.

Giré en redondo porque, con tanta discusión, estaba comenzando a tener hambre.

—Si me permites, te diré una tercera —añadió a mi espalda Rose —: no puedes acostarte sin tener una conexión, y eso, querida, es una parte de tu subconsciente que te habla y te pide algo más que un rollo de una noche.

—Lo que tú digas —dije, sin apartar la mirada de mi delicioso desayuno, a punto de hincarle el diente.

—Ah, no, señorita. —El plato desapareció en mis narices para materializarse entre las manos de Rose—. Este desayuno es solo para las campeonas que están dispuestas a tener la mente abierta, a conocer a los demás pretendientes de la lista y, por supuesto, a ver cómo se desarrolla todo con Henry. No puedes descartarle solo por una mala cita.

—¿Mala? —Enarqué una ceja.

Rose me miró con un gesto ya algo desesperado que he de reconocer que me removió un poco.

—Venga, Anne. Déjame ser tu Cupido. Confía en el proceso. Contesta a Henry, deja que todo fluya.

—Está claro que es la única forma de perderte de vista —me quejé, y Rose sonrió, oliéndose aquella victoria—. Está bien, pero, por favor, no más perfiles rancios.

Cupido vitoreó y el desayuno apareció de nuevo ante mí.

—Y, bueno, ahora que estamos otra vez en el mismo bando... —Rose se giró para alejarse—, tengo que enseñarte una cosita.

Di un mordisco al cruasán y le dediqué un corte de mangas a la espalda de Cupido, que, para mi sorpresa, me lanzó a la cabeza uno de los trapos de cocina.

—¿Cómo has...? —pregunté, sin entender cómo narices lo había visto.

—Cielo, soy Cupido. Soy mágica, ¿recuerdas?

Controlé las ganas de hacerle burla, aunque aquello pasó a un segundo plano cuando se giró y presentó ante mí un nuevo artilugio que desentonaba notablemente con la decoración de mi casa.

—¡Tachán! —canturreó.

—¿Qué-es-eso? —pregunté, olvidándome del desayuno.

—De nuevo esa cara de haba seca.

—¿De qué?

—Nada. —Rose hizo un gesto para quitar importancia—. Una expresión que decía mucho un guapetón al que adoro.

Cupido se acercó y colocó delante de mí un teléfono *vintage* rojo. Me incliné para leer lo que había inscrito en elegante letra cursiva dentro del disco de marcar.

—¿emergencias del amor? —leí enarcando una ceja.

—¿A que es genial? —Rose me dio pequeños codazos, encantada con la que suponía era su última *gran* idea.

—¿Sí? —Sonó completamente a pregunta y Rose bufó.

—Este teléfono, señorita, es tu línea directa conmigo. Como te he comentado, una tiene también una vida ocupada, y no voy a poder estar tan encima como me gustaría, así que he pensado en una

forma de comunicarnos. Nunca he estado tanto tiempo trabajando con nadie...

Hice oídos sordos a aquel último dardo envenenado.

—¿Y esto va a estar aquí? ¿En mi casa? —Arrugué la nariz con disgusto porque, aunque aceptaba que era bonito, el fortísimo color rojo desentonaba demasiado en mi espacio.

—Sí. Pero tranquila, que cuando estés fuera también podrás localizarme. Siempre que me necesites, esta maravilla se te aparecerá.

—¿De verdad crees que voy a tener una urgencia y voy a tener que llamarte?

Rose me dedicó una expresión traviesa que no supe (o no quise) descifrar.

—Bueno, florecilla, tengo que irme.

Con energía y sin borrar su sonrisa, Rose se dirigió a la puerta principal sin dejar de contonear las caderas y, antes de desaparecer de mi vista, me lanzó un beso, no sin antes añadir:

—Dame un toque si lo necesitas.

Hizo un gesto con la mano, simulando que estaba al teléfono, y salió de mi apartamento, dejándome muy claro que toda esta «misión amor» se me iba a hacer terrorífica.

12

Las vacaciones llegaron antes de lo que pensaba.

Los días se sucedieron sin ningún percance, siempre que no tuviera en cuenta algunos de los mensajes que me mandaba Henry, preocupado por mi salud e intentando coordinar una nueva cita con mi *apretada* agenda.

¿Era mala por aparentar estar hasta arriba de reuniones antes de irme al pueblo que me había visto crecer? Iba a tomarme como buena señal que Rose no estuviera dándome la brasa, y es que Cupido no había vuelto a aparecer desde que me había dejado el teléfono en casa.

Al final iba a ser cierto que Miss Fire estaba hasta arriba de trabajo. Solo podía apiadarme por los pobres a los que estaría poniendo la cabeza como un bombo.

Era el viernes de la primera semana de julio, o lo que era lo mismo, la celebración del 4 de julio y, la fiesta de los vecinos.

Había aprendido a no faltar a aquel evento a base de disgustos, porque mis queridos jubilados muchas veces aprovechaban tal reunión para tomar decisiones peculiares para la comunidad. Como el año en que consideraron que era buena idea hacer un jardín vertical para cada portal, con su respectivo mantenimiento; al final, el plan se descartó a los pocos meses porque nadie se ponía de acuerdo con la elección de plantas. Podría ser una sencilla anécdota,

pero no. Aquello fue una lucha encarnizada por imponer sus propias elecciones y, aunque no se llegó a las manos, sí que ciertos regalitos en forma de caca de mascota terminaron en el buzón de alguno de los propietarios.

En definitiva, sabiendo que mi grupo de vecinos era propenso a las ideas de bombero jubilado (nunca mejor dicho, porque Peter Baker, del portal siete, lo era), había decidido no perderme más comidas.

Así que allí me encontraba, sujetando un plato de plástico de Michaels con decoración de conchas marinas, mientras escuchaba a la señora Norris contarme los logros de sus siete nietos en la fila para que me pudieran pasar la hamburguesa a la parrilla rodeada de banderines estampados con los colores nacionales.

La fiesta se organizaba en el jardín privado y, como cada propietario se encargaba de algo, a veces resultaba ser algo ecléctica. Y es que los farolillos chinos de diferentes colores no combinaban especialmente bien con la mantelería de cuadros blancos y azules, y los platos de conchas que se había decantado por traer la «insolente» señora Jones, una mujer que, a mi parecer, era encantadora. Al menos, la comida y la bebida estaban bien, y aquel año contábamos con un rincón de cócteles que pensaba visitar en cuanto consiguiera librarme de la señora Norris y sus anécdotas.

—¿Y te he dicho que George está soltero? —parpadeé cuando fui consciente de la pregunta.

—¿George...?

—Mi nieto, el informático. Se está planteando venirse a Boston. Es todo un galán.

—No lo dudo. —Me obligué a sonreír de manera educada, aunque por dentro me preguntaba por qué todo mi entorno intentaba emparejarme.

—¡Anne! Por fin, Klaus está preguntando por ti —oí que me llamaban.

Finn me hacía una señal justo cuando terminaban de servirme mi hamburguesa con extra de queso.

—Si no le importa —dediqué un gesto de disculpa a la anciana y me acerqué a Finn.

—Dios, gracias —susurré cuando llegué hasta él—. Estoy segura de que estaba a punto de comenzar a enseñarme fotos...

—No me las des tan rápido —contestó Finn, con una sonrisilla algo tensa, mientras hacía ver que me guiaba hacia la otra punta del jardín—. Le he dicho a Klaus que tenías un hermano soltero de la edad de su nieta.

Frené en seco.

—¿Yo? —pregunté anonadada—. No tengo ningún hermano.

—Y yo ningunas ganas de conocer a Marguerite, su nieta parisina que se traslada a Estados Unidos por trabajo en un laboratorio de no sé qué.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? —solté indignada cuando Finn me sujetó del brazo, evitando mi huida para escaquearme de la conversación más surrealista de mi vida. Y eso que había hablado bastante con Rose.

—Espera, creo que acabo de ver a Klaus por aquí. —Me hizo girar y nos ocultamos detrás del rincón de comida mexicana, exigencia de todos los años de la familia Gómez.

—Y yo que pensaba que venías en mi rescate... —me quejé, observando cómo Finn se asomaba para cerciorarse de que nuestro vecino no se acercaba.

Me dedicó una sonrisa divertida mientras seguía vigilando.

Detuve la mirada en la anchura de sus hombros y pude descubrir que el pelo se le rizaba por la parte de atrás.

—Tienes que entenderme, no sabía cómo salir de esa.

—Tendré que inventarme que mi hermano está felizmente casado —dejé caer antes de darle un mordisco a la hamburguesa; estaba buenísima.

—¡No! —Se giró con una mueca de horror exagerado en el rostro que me arrancó una carcajada.

—Haber jugado mejor tus cartas. Yo estaba aguantando ahí el tipo con la señora Norris.

—¿La señora Norris? —Volvió a mirarme intrigado—. ¿Esa no es una gata?

—¿Qué? —le miré como si acabara de hablarme en latín.

—Nada, *muggle*, nada.

Finn cabeceó divertido ante su broma claramente privada y extendió una mano para alcanzar un nacho y mojarlo en guacamole antes de comérselo.

—¿No coges una hamburguesa? Están espectaculares —me interesé.

—Quería un perrito con todos los extras, pero Klaus tiene pinta de haberse apalancado en el puesto.

Me reí por su expresión devastada al volver a comprobar que nuestro vecino seguía delante de su objetivo.

—No hace falta que hagas pucheros, ¿quieres que te consiga uno?

—¿Harías eso por mí, pequeña *muggle*? —me preguntó con fingida sorpresa.

—Si sigues llamándome eso, no.

Finn simuló cerrar la boca con un candado imaginario.

—¿Con todos los extras?

—Con todos los extras, por favor. —Sonrió como un niño pequeño de la emoción.

Puse los ojos en blanco y le tendí mi plato.

—Ni se te ocurra comértela o tendrás que atenerte a las consecuencias.

Y, sin esperar respuesta, me dirigí a la otra barbacoa para coger el perrito caliente.

Como Finn me había advertido, Klaus se acercó para decirme, maravillado, que no sabía que tuviera un hermano pequeño y, como tampoco quería vender a Finn del todo, en vez de decir la verdad, fui con mi primera versión: mi hermano imaginario estaba felizmente casado. Aquello hizo que el hombre perdiera rápidamente el interés en mi persona y me permitió pedir todos los extras: varias salsas, pepinillos, cebolla frita, chucrut y queso.

Una vez que tuve en mi poder el gigantesco perrito, volví a dirigir mis pasos hacia el rincón de comida mexicana, donde Finn me esperaba distraído.

—Quiero que sepas que no estás tan bien escondido. Te he visto todo el rato —dije cuando llegué hasta él e hicimos intercambio de platos.

—Pues Klaus no se ha acercado más.

—No le has debido de convencer para su nieta, la química parisina.

Finn simuló estar ofendido y yo volví a reírme. Era muy expresivo.

—¿A qué te dedicas? —pregunté, volviendo a saborear la hamburguesa.

—Soy director de arte en una agencia de publicidad. Antes estaba en Londres, pero me hicieron una oferta que no pude rechazar.

Elevé las cejas cuando soltó la frase de *El Padrino*, pero, sobre todo, porque que fuera ya director siendo tan joven significaba que tenía ante mí a un máquina del sector.

—Vaya, qué interesante. ¿Y qué proyectos sueles llevar? —dije, dando un trago al vaso de limonada que nos había conseguido Finn a cada uno en mi expedición del perrito.

—Pues desde proyectos audiovisuales a publicidad impresa, *branding*...

Finn comenzó a explicarme un poco su día a día, que parecía estar lleno de reuniones creativas y llamadas con clientes. Cuando me estaba contando que esa semana uno de ellos le había mandado un proyecto que quería «dejar encaminado antes de las vacaciones» a escasas horas de cerrar el ordenador durante dos semanas (como le había indicado hasta en tres ocasiones), algo me llamó la atención por el rabillo del ojo.

Sin poder evitarlo, desvié la mirada y me quedé horrorizada.

—Ay, Dios. —Fue lo único que pude articular antes de lanzarme al suelo en un intento por ocultarme.

—Vaya. Nunca había tenido esa reacción ante el público al hablar de una campaña —bromeó Finn, aunque enseguida supo identificar el motivo—. Supongo que no es tanto por mí como por el tipo que viene hacia aquí con un ramo de... ¿margaritas? ¿Quién regala margaritas?

El tono de su voz me hizo querer defenderlo.

—El anterior fue de hortensias.

—Oh, mejor elección, sin duda —concedió Finn en un tono sarcástico mientras yo miraba sus deportivas blancas casi impolutas. Me llamó la atención que, tras el dobladillo de sus chinos claros, se intuía que llevaba unos calcetines estrambóticos.

¿Ese estampado eran huevos fritos? Sacudí la cabeza para centrarme en lo importante:

—¿Se va? —Quise saber sin atreverme a asomarme.

—A ver, tengo una noticia buena y una mala. ¿Cuál quieres primero?

—¿No puedes simplemente responder? —murmuré mirándole desde mi posición.

Finn se rio sin desviar la suya.

—Te diré la mala: no, no se ha ido. Pero la buena noticia es que le han rodeado nuestras vecinas. Ya sabes, carne fresca para sus nietas.

A mi pesar, me reí. ¿Había dicho que Finn haría buenas migas con Ivy?

—¿Y este tipo es el de la cita terrible? —tanteó con buen tino.

—El mismo. No entiendo qué hace aquí. Estoy dándole largas desde hace días... Qué digo largas, larguísimas.

—Pues, por lo que se ve, no lo está captando muy bien. Aunque, bueno... —Levanté un poco la mirada para verle el gesto de disgusto. Arrugaba hasta la nariz—. No creo que vaya a por todas. Si de verdad quieres conquistar a una tía, no le regalas un ramo de margaritas...

—¡Pues ya me dirás qué hace aquí! —siseé, tentada a golpearle el pie.

—¿Sabes? A veces la sinceridad es lo mejor. Hay gente a la que le cuesta captar las indirectas. Creo que, si se lo dices con cariño, puede llegar a entenderlo.

—Me encantaría, pero he prometido que no lo haría.

Maldita Rose.

—Creo que eso requiere una explicación más larga, pero no hay tiempo, Anne, el enemigo se aproxima.

—¡Dios! ¿Qué hago? —pregunté histérica.

—Yo qué sé —contestó Finn imitándome al agacharse también de repente.

—Pero ¿qué haces?

Me iba a dar un infarto. ¡Con aquel sencillo gesto nos estaba delatando!

—Joder, me he puesto nervioso yo también —se excusó como si fuera una locura que no le entendiera.

—Yo no estoy nerviosa —me defendí con el mismo nivel de histeria.

—No me mires así. No estoy acostumbrado a este nivel de presión, ¿vale? Nunca había...

—¿Anne?

Finn y yo abrimos los ojos como platos.

Mierda. Henry.

Miré por encima de mi hombro y descubrí al doctor estudiando la escena con confusión.

—¿Qué haces? —insistió con mis vecinas detrás de él, asomándose para intentar averiguar qué hacíamos Finn y yo.

La escena era cuando menos peculiar, así que no se las podía culpar.

—¿Henry? —simulé sorpresa ante su presencia.

—Estábamos buscando un pendiente —respondió Finn, que fue el primero en levantarse, sacudiéndose las manos en los pantalones.

—Ah. ¿Necesitáis ayuda? —se ofreció el médico.

Parecía que la excusa había colado.

—No..., no te preocupes —dije, levantándome también—. ¿Qué haces aquí?

—Quería darte una sorpresa y ver cómo ibas del estómago.

Sentí la tensión detrás de mí, en Finn, ante sus palabras.

—Ya estoy mucho mejor, sí.

—Ya veo —dijo mirando significativamente el plato con mi hamburguesa a medio comer—. Espero que no te haya molestado que localizara tu dirección. Ha sido casualidad...

—¿Casualidad? —repetí, adivinando por dónde iban a ir los tiros.

—Sí, cuando me presenté en tu oficina, Betty me dijo que no estabas disponible, pero justo llegó un mensajero a recoger unos paquetes y le pidió que confirmara la dirección de entrega. Creo que uno era el vestido que llevabas el día que fuimos a cenar, así que supuse que era tu dirección.

Intervención de Miss Fire. Cero dudas.

—Espero que no te moleste que me haya presentado sin avisar —concluyó.

—No pasa nada —me obligué a decir, aunque podía sentir la mirada exorbitada de Finn sobre mí.

La verdad era que sonaba fatal. Solo podía confiar en que Henry no fuera un desquiciado.

Cupido no podía ser tan desastre, ¿verdad?

—¿Y tú eres?

La pregunta y el tono seco del médico me sacaron de la espiral de pensamientos en la que me planteaba si tendría que poner mi primera orden de alejamiento antes de acabar el año.

—Finn, soy vecino de Anne —se presentó este.

—Encantado. —Aunque, por la forma en que le estrechó la mano y el repaso que le dio, no lo parecía tanto.

—E-en fin... —comenzó mi vecino ante la incomodidad del momento, y supe que iba a excusarse para dejarme a solas.

Finn titubeó por la mirada que le eché.

«Ni se te ocurra dejarme sola», decía, y estaba claro que el inglés lo había captado a la perfección.

—¿Te apetece dar una vuelta y luego cenar? —propuso Henry, ignorando a Finn y su tartamudeo.

—La verdad...

—La verdad es que Anne tiene que ayudarme con una cosa de trabajo —interrumpió mi vecino.

—¿De trabajo? ¿Hoy? ¿4 de julio?

—Sí, en mi agencia estamos con un cliente complicado y le he pedido a Anne que nos diera su visión. De hecho, íbamos a ello antes del percance del pendiente.

—Ay, sí, cierto —asentí con gesto de disculpa.

Estaba claro que mi vecino era de reflejos rápidos.

—Vaya, es cierto que estás hasta arriba, entonces —dijo Henry.

—Qué puedo decir... —Le dediqué una sonrisa que esperaba que pareciera sincera, y él me la devolvió a la par que me tendía el ramo de margaritas.

—En ese caso, escríbeme a tu vuelta de las vacaciones. —Fue lo único que me dijo, con los ojos verdes clavados en mí.

Y cuando se inclinó para darme un suave beso en la mejilla, por un momento, me olvidé de su gran problema. Era demasiado injusto que fuera tan atractivo y a la vez tan retrógrado, pero qué se le iba a hacer. Ni loca pensaba volver a escribirle.

Finn y yo guardamos silencio mientras el doctor se alejaba sin mirar atrás, y fue mi vecino el encargado de romper el silencio.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—Es guapo, ¿eh? Me he puesto hasta un pelín nervioso —bromeó y consiguió sacarme una sonrisa que destensó el ambiente.

—Lo es. El problema es que piensa que las mujeres tenemos que estar criando a sus hijos y haciendo tartas de manzana, esperando que él llegue de trabajar.

—Joder, ¿mujeres, has dicho? ¿Cree en la poligamia?

Levanté la mirada para ver que Finn se partía de risa, y yo le fulminé por el chiste malo.

—Vale, ya paro con mi humor inglés. En este lado del charco os cuesta captarlo.

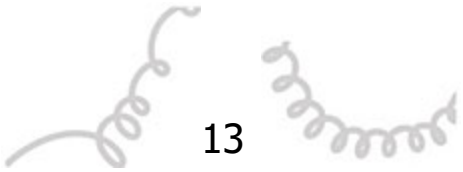
—Tenía entendido que era un humor inteligente, sarcástico... —Enarqué una ceja para dejarle claro que había carencias en su afirmación.

—Oye, te he salvado de tener que irte con el míster Harén.

—Por favor... —dije, mirando con pena mi hamburguesa, ya fría.

—¿Te apetece otra? He de decir que al final me lo estoy pasando bien en la fiesta. Muchas emociones, y de las fuertes. Venga, vamos, que yo invito.

Y no me quedó otra que reírme y seguir a mi vecino.



13

Chatham era uno de esos pueblos de Cape Cod pequeñitos y con tal encanto que su población de seis mil habitantes pasaba a triplicarse en la temporada de verano. Así que lo que en cualquier otro momento del año habría sido un trayecto normal en coche de una hora y media como mucho se convertía en casi tres por los atascos en la entrada al pueblo.

Si a eso le sumábamos un copiloto terrible como Ivy, no hacía falta decir que llegué de muy mal humor a la casa de mis padres. Y sabía de sobra que la paz que había conseguido tras unas semanas tranquilas en Boston antes de viajar y estar oficialmente de vacaciones no iba a durar demasiado.

La primera media hora había propuesto escuchar el pódcast de una *influ* que seguía y que trataba el tema de las rupturas. Supe en el mismo instante en el que comenzó que no iba a ser buena idea, y no me equivoqué. En menos de diez minutos tenía una versión llorosa de mi amiga. Aunque había avances: ya no se lamentaba por la ruptura, sino por el momento en el que Tom se había cruzado en su camino.

Conseguí convencerla para que quitara el pódcast, y comenzó la siguiente agonía: una sucesión de canciones posruptura algo deprimentes, pero a las que Ivy hacía los coros. Como le estaba subiendo el ánimo, hice de tripas corazón y aguanté una media hora

sin rechistar, pero cuando comenzó a poner casi en bucle a Taylor Swift, me planté.

—Sabes que hay más artistas, ¿verdad? —dejé caer, bajando el volumen, pero mi mejor amiga me miró de tal manera que supe que me aguardaba otra buena sesión.

Eso sí, parecía que habíamos abandonado la era de ruptura y comenzado con las del empoderamiento, ya no solo por las canciones, sino por la forma en la que Ivy las cantaba. Decía que estaba en su «Reputation Era», lo que sea que fuese eso.

En definitiva, me ponía la cabeza como un bombo, en especial porque no dejaba que ninguna canción terminara.

Nunca me había alegrado tanto de aparcar delante de la casa de mis padres.

—Siempre te digo lo mismo, pero es ideal —canturreó Ivy, desabrochándose el cinturón mientras observaba la casa.

Tenía el tejado de pizarra a varias aguas y la fachada estaba recubierta de tejas de cedro pintadas de blanco, el sello de identidad del pueblo. Pero aquella, con su pequeña dimensión y las contraventanas de un azul petróleo, tenía un aire encantador.

La explanada de césped siempre cuidado y las hortensias también azules de mi madre hacían el resto.

—¿Están tus padres? —se interesó mi amiga mientras me ayudaba a sacar nuestro equipaje del maletero.

—Sí, claro —respondí justo en el momento en que se oyó abrirse la puerta principal.

Las dos nos giramos para descubrir a mi padre, una versión más mayor y ligeramente más canosa que la última vez que le vi.

—Hola, chicas —nos saludó mientras se acercaba con su atuendo de bañador y camisa hortera—. Habéis tardado más de lo normal.

Nos dio un beso a cada una y se apoderó de las maletas de mano antes de que pudiésemos rechistar.

—¿Y mamá? —me interesé al entrar y no verla.

—Trabajando, ya sabes.

Asentí sabiendo que no añadiría mucho más.

Mi padre, profesor de literatura ya jubilado, era un hombre parco en palabras, rasgo que siempre había sacado de quicio a mi madre y algo que nos había unido desde que era una niña.

No había nada más gratificante que pasar las tardes en la tranquilidad leyendo junto a él, sabiendo que no tenía nada mejor que hacer que disfrutar del paso de las horas sin prisas, sin presiones.

—¿Os apetece una limonada? —Oí que nos preguntaba desde el salón en el momento en el que entrábamos en la que había sido mi habitación durante muchos años—. Y hay sándwiches de pepinillo y cangrejo.

—No, gracias papá —dije mientras Ivy dejaba la maleta de cualquier manera y se ponía a revisar las fotos de mi infancia y adolescencia.

—Qué mona —dijo a la misma foto de siempre, una que mi padre me había hecho al atardecer, en la que tenía un cucurucho de helado que por el calor se me estaba derritiendo en la mano.

Mi padre me había captado haciendo un gracioso gesto de fastidio al descubrir que el helado me goteaba por el brazo, y ahí había quedado para la posteridad.

Cuando fuimos al salón, estaba ya en su sitio habitual, el sillón reclinable, con un libro en la mano.

—¿Vais a dar una vuelta por el pueblo? —preguntó al ver que llevábamos los bolsos.

—Sí, así también pasamos a ver a mamá —contesté—. ¿Quieres algo?

—No, gracias —dijo con una sonrisa sincera, porque le conocía.

Prefería la tranquilidad de su lectura a cualquier otra cosa.

Ivy y yo nos despedimos, mi amiga ya acostumbrada a mi familia y su temperamento. Siempre recordaría la primera vez que vino y lo extraña que le pareció la relación con mis padres.

—Es como si os cobraran por palabra —comentó un día.

Y es que, hasta que no conocí a su familia, no entendí muy bien qué le extrañaba. Ivy también era hija única, pero su madre y ella eran puro torbellino. Aunque el paso del tiempo me hizo ser consciente de que lo que en realidad sucedía era que mis padres se habían conformado con la vida que les tocaba vivir. Estaban aburridos, y cuando uno lo está, no tiene ganas de nada.

Pero, dejando de lado a mis padres, Ivy y yo nos aventuramos hacia Main Street, la famosa calle principal repleta de cafeterías, restaurantes y tiendas.

Lo primero que hicimos fue una parada obligatoria en Public Café para que me hiciera con su *iced latte*, el mejor de Cape Cod, y con una de esas bebidas empalagosas que le encantaban a Ivy y que no entendía cómo podía llamarse café de todo el azúcar que llevaba.

Ya cargadas con nuestras bebidas, recorrimos la calle sin poder saltarnos ni una sola tienda. Mi amiga tenía la sorprendente

capacidad de encontrar por lo menos algo que querer llevarse de cada una.

—Podemos ir al puerto mañana y alquilar algún barco —comentó saliendo de la última, encantada con su nuevo pareo y par de bikinis, como quien hablaba de coger un taxi.

—Ivy, ¿sabes que para alquilar un barco se necesita un permiso?

—¿Un permiso? —me miró como si le hablara en otro idioma.

—Sí, uno que avale que sabes manejarlo —aseguré.

—Ah, bueno, cogemos uno con capitán. Se dice así, ¿no?

Ignoré a mi amiga porque no tenía pensado gastarme en un solo día casi dos mil dólares.

—Podemos ver alguna otra opción, ¿te parece? —contrapuse con tono conciliador—. Podemos ir al puerto o a la playa, no hace falta ese derroche de dinero.

—Lo que digas, aguafiestas... Venga, vamos a ver a tu madre a la peluquería aprovechando que estamos aquí.

Por supuesto, Ivy se encaminó encantada a una de las calles perpendiculares de Main Street, dispuesta a pedirle hora para que le hiciera un cambio radical.

Cuando abrimos la puerta de cristal con el cartel azul con la palabra «abierto» dibujada sobre un cabo náutico, las campanillas avisaron de nuestra llegada.

Nos recibió un fuerte olor a laca y otros productos de peluquería, y un hilo musical que no acallaba el parloteo dentro del local.

—Oh, Claire, ¿no es esa tu chica? —preguntó una clienta que parecía estar haciéndose la permanente.

La reconocí enseguida como Laurel Carver, habitual del pueblo y clienta de mi madre desde siempre.

—Anne —se sorprendió ella, girándose tras vernos por el reflejo del espejo de la señora a la que estaba tiñendo.

—Hola, mamá —sonreí de manera educada al darme cuenta de que de pronto tenía varios pares de ojos clavados en mí.

—Una chica preciosa, Claire —dijo otra clienta con ese corte de ama de casa de los años sesenta que tanto gustaba por allí.

Mi madre tenía seis puestos donde se las ingeniaba para poder atender a todas con solo la ayuda extra de Peyton, que también llevaba casi toda la vida junto a ella en el negocio. Sin embargo, ahora no había rastro de su ayudante, que, como me había comentado mi madre en una de nuestras breves conversaciones telefónicas, iba a estar de vacaciones en Europa. Supuse que, la próxima vez que la viera, Peyton se encargaría de contarme todo aquel viaje de ensueño.

—Entonces, ¿un cambio radical, Ivy? —oí que preguntaba mi madre mientras preparaba la lámpara de pie para que le subiese el tinte a la señora con la que había estado hacía un instante.

—¿Qué se te ocurre? —contestó mi amiga, dejando todas las bolsas de las compras en el suelo, al lado de una de las sillas libres.

—Tienes el pelo largo, ¿qué te parece un corte a media melena, al estilo parisino? No te cambiaría el color de pelo; con tu tez tostada, te queda bien. Al contrario que a Anne.

Mi madre me lanzó una mirada condescendiente, yo me puse recta y Ivy estudió mi reacción al detalle.

—¿A Anne? Le queda precioso su tono de pelo.

—Gracias —contesté, agradecida a mi mejor amiga, pero enseguida mi madre comenzó con su diatriba acerca de que a las pieles claras les quedaban mejor los rubios.

Yo solo sonreí, tomando asiento y decidida a hacer tiempo mientras ojeaba una de las revistas de prensa amarilla, ignorando los comentarios de mi madre sobre mi aspecto.

Ya le había dicho hacía un tiempo que había acudido a una experta en colorimetría en Boston que había analizado mi complexión y había concluido que, si bien tenía piel pálida, también tenía un subtono frío, así que, junto al color azul de mis ojos, era un buen ejemplo de lo que se llamaba «invierno frío», lo que venía a significar que debía evitar las paletas de cálidos y dorados.

Aquella información le había sentado fatal a mi madre, que era incapaz de comprender que todo avanzaba. Hasta el estudio de la imagen.

—Así que un cambio de imagen... —comentó mientras Ivy asentía emocionada y se sentaba en uno de los lavacabezas. Parecía que había accedido al corte de pelo.

—Eso solo puede significar una cosa: un hombre —soltó una de las clientas, y todas se rieron.

Todas menos yo, que comenzaba a tener un *déjà vu*.

—Qué os puedo decir, chicas. Una necesita tener una imagen nueva empoderada e irresistible —contestó Ivy, sumándose a las risas.

—Oh, yo también quiero de eso, Claire —dijo otra de las mujeres, que tenía un casco de secado rodeándole la cabeza.

—Pero, Louise —se rio Laurel—, ¿y dejar al pobre John?

Todas volvieron a reírse y tuve la imperiosa necesidad de poner los ojos en blanco.

—Ni se dará cuenta. No aparta la mirada del televisor y su béisbol. Bueno, sí, cuando vea que no tiene la cena preparada, entonces se

percatará.

Todas se sumieron en un diálogo que llevaba acompañándome varios años. Desde bien pequeña, iba a la peluquería a hacer los deberes después del colegio. Durante todas esas largas tardes escuché las incesantes quejas de las clientas hacia sus maridos, los desengaños amorosos y todo lo que rodeaba a esa absurda idea del amor que a tantas mujeres había hecho caer, y peor aún, no salir.

Porque, al final, después de toda la propaganda que nos rodeaba, entendía que al principio pudieras tragarte toda esa pantomima de idea romántica, pero después de tantos años, ¿esas mujeres no tenían amor propio? ¿No se daban cuenta de que estaban atrapadas?

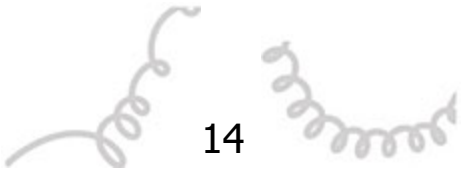
Y ahí estaba Ivy, controlando su gesto de espanto mientras mi madre y sus otras clientas comenzaban con los lamentos. Y es que no podía culpar a mi mejor amiga: era horrible ser testigo de cómo las mujeres olvidaban sus deseos y anhelos, todo aquello con lo que habían soñado, por una falsa sensación de... ¿qué? ¿Estabilidad? ¿Plenitud? Ni yo lograba entender qué les hacía embarcarse en aquellas relaciones. O peor, mantenerlas.

Que Cupido dijera lo que quisiera; a mí no me iba a pillar en esas.

Lo que sí que era mágico era cómo salían de la peluquería completamente renovadas. Era como si por tener una nueva imagen hicieran borrón y cuenta nueva.

El tiempo me hizo darme cuenta de que era el poder del control. Cómo por una simple decisión tan sencilla como cortarse el pelo, hacerse mechas, una permanente o lo que fuera, recuperaban el poder que creían perdido.

Pasé de página en aquella revista del 2006, esperando la renovación que el corte de Ivy le iba a ocasionar.



14

Durante las semanas que decidimos alargar el viaje, los días en Cape Cod pasaron con una tranquilidad inusual dentro de la ecuación Ivy, pero mi amiga la necesitaba, así que establecimos una deliciosa rutina.

Yo comenzaba el día corriendo y haciendo un poco de yoga, y, cuando volvía a casa, Ivy me esperaba ya preparada para salir a desayunar por el pueblo y luego encaminarnos a una de las playas.

Después de pasar la mañana, comíamos en alguno de los restaurantes más alejados de la marabunta de turistas, algo complicado por la época, para que después Ivy me arrastrara a los innumerables establecimientos locales, segura de encontrar algún tesoro que se le hubiera pasado por alto.

Me obligó a comprarme una gorra a juego con ella, y un álbum para poner los cientos de fotografías que nos estaba haciendo a todos. Hasta mi padre había sido incapaz de escabullirse.

Normalmente cenábamos con mis padres y luego decidíamos si queríamos dar una vuelta y salir a tomar algo, quedarnos en casa viendo una película o, incluso, leyendo, aunque lo que hacía Ivy era ponerse sus audiolibros cochinos. Decía que se había vuelto adicta al *romantasy*, pero después de escuchar unos pocos fragmentos tuve que prohibirle que pusiera el altavoz por si mi padre captaba algún diálogo obsceno: parecía que las novelas que estaba consumiendo

últimamente mi mejor amiga estaban plagadas de momentos tórridos.

Me sorprendía que guardara el tipo con lo que estaba escuchando. ¿Quién podía prestar atención a aquello sin un atisbo de sonrojo, sonrisilla tonta o incluso algún gesto de incredulidad? Ivy, ya lo puedo asegurar. Decía que la emoción la vivía por dentro, y había llegado a un punto (en el que mencionó no sé qué de un nudo y hombres lobo), en el que yo prefería asentir y no indagar más.

Sin embargo, ya a finales de la tercera semana de vacaciones, nuestra tranquila rutina cambió de golpe.

Habíamos decidido ir a Buffy's, pero fue una mala idea, porque, con su fachada rosa, la heladería era un foco de atención para el turista típico, y tuve que hacer una fila de casi veinte minutos para poder conseguir nuestros conos de helado, tiempo más que suficiente para que Ivy expandiera horizontes...

—Madre mía, sí que has tardado —dijo nada más verme cuando nos reunimos en el porche de una de las tiendas de ropa en la que en teoría había entrado solo para echar un vistazo.

—¿A qué viene esa cara de felicidad? —pregunté, llena de sospecha, mientras le tendía el helado de pistacho.

—¿Yo? —se hizo la interesante y lo aceptó.

—Venga, suéltalo de una vez. ¿Qué nos has vuelto a comprar a juego?

Mi amiga se rio mientras se pasaba su nueva corta melena detrás de la oreja, sonriendo como una listilla.

—¿Me vas a hacer mirar en las bolsas? —Me incliné para su diversión.

—No vas a encontrar aquí lo que nos he conseguido a juego.

La miré completamente confundida, pero su gesto la delataba. Conocía esa sonrisilla.

Saltaron todas mis alarmas.

—Ivy, ¿en qué lío nos has metido?

—¿Recuerdas lo que te comenté de alquilar un barco, plan que me chafaste con eso de que necesitábamos un piloto...?

—Capitán —corregí.

—¿... y bla, bla, bla? —continuó, ignorando mi intervención—. Pues ya no hace falta alquilar nada. Nos he conseguido pase VIP. Espero que tengas algo decente para ponerte esta tarde. Nuestros dos nuevos amigos pasan a buscarnos en su embarcación.

—¿Nuestros dos nuevos amigos? —repetí mientras ella me ignoraba y se dirigía al coche para volver a casa—. ¡Ivy! —exigí.

—Dos chicos que he conocido mientras ibas a por los helados.

—¡Ivy! —insistí, poniéndome a su altura y esquivando a la gente que paseaba ajena a mi nuevo drama personal—. No puedes quedar en el barco de dos desconocidos.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué? No sabes quiénes son.

—Ya te he dicho que sí. Y son *muy monos* —enfatizó.

Iba a comenzar a enumerar todos los posibles y peligrosos desenlaces cuando Ivy sacó la artillería pesada y me miró con ojos de cordero degollado.

—Anda, Anne, *porfi*. Sé que no lo crees, pero de verdad necesito una cita loca. Necesito divertirme un poco y si, de paso, tú también disfrutas, mejor. Aiden es monísimo, y su amigo, Claude, también; puede que te guste. Tienen un cuerpo de infarto. Y antes de que comiences a ponerme en duda, son bailarines profesionales de

Broadway. Ahí solo hay cuerpazos. Y sabes que la mayoría son gais. ¿La suerte de encontrarnos con dos heteros que nos hayan invitado a pasar la tarde en su barco? Son señales del universo para que comience a pasar página. Lo sé. Y tú también. Aunque no creas en esas cosas.

Con esas últimas palabras, no me quedó más remedio que guardar silencio y aceptar que aquella tarde iba a pasarla en la embarcación de dos desconocidos.

Ahora entendía la desaparición de Miss Fire aquellos días. Sabía que Ivy iba a tomarle el relevo.

Solo esperaba no marearme en alta mar. O peor, terminar protagonizando uno de esos programas de *true crime*.



Ivy se había encargado de concretar todos los detalles y yo había decidido que lo mejor era dejarse llevar, así que lo único de lo que me preocupé fue de llevarme protección solar, el bote de gas pimienta, por si las moscas (era increíble que en algunos estados estuviera prohibido), y la toalla de playa.

Tanto se había encargado ella de gestionar todo que decidió conducir y llevarnos hasta el embarcadero donde habíamos quedado.

—¿Estás yendo hacia Barn Hill? —adiviné sin necesidad de asomarme al GPS de la consola del coche.

—Sí. Justo hemos quedado allí.

—¿Y te han dicho «barco»? —pregunté extrañada. Muy extrañada.

Aquel embarcadero estaba en una zona residencial que daba a los ríos Oyster y Stage Harbor, o lo que era lo mismo, zona protegida donde no había barcos. Algún kayak o pequeñas embarcaciones sí, pero ¿barcos?

Se lo señalé a Ivy, que sonrió.

—Tranquila. Me dijeron barco. Estuve mirando y desde allí podemos acercarnos a la zona de Nantucket Sound, y ahí, ¿verdad que hay barcos?

—Verdad —acepté escéptica.

No tardó en aparcar y nos dirigimos al punto de encuentro, un pequeño puerto lleno de botes y kayaks; al fin y al cabo, era una zona de tiburones blancos y no era muy sensato adentrarse en mar abierto con algo tan inestable.

—¿Y tus chicos están...? —dejé caer, mirándola por encima de las gafas de sol.

—Llegan en menos de cinco minutos —afirmó Ivy, consultando su iPhone.

—¿Te has echado crema? —me interesé. El calor era sofocante, y eso que pasaban ya de las cuatro de la tarde.

—No me quemo como tú, Señora Langosta. Y, hablando de langostas, ¿te parece si luego cogemos unos *rolls* para cenar? A tu padre le encantan.

—Sí, puede ser una buena idea, si es que salimos vivas de esta cita —dejé caer mientras me reaplicaba una segunda capa de protección.

—Ay, Anne, cómo eres. —Sacudió la cabeza en un gesto divertido y yo la miré con escepticismo.

—Solo te digo que, como nos maten, te mato —la amenacé, intentando controlar una sonrisa ante su expresión.

—Sí, vale —asintió aburrida, oteando el horizonte, seguramente en busca de nuestra cita doble—. Por cierto, ¿cómo lo estás pasando?

—¿Cómo me lo estoy pasando? —Me giré hacia ella mientras cerraba el bote de crema—. ¿No será más lógico que te haga yo a ti esa pregunta? Eres la invitada.

—Me refiero a tus padres. Tu padre es encantador, pero tu madre... Bueno, tu madre es eso, tu madre.

Entendía a qué se refería y me encogí de hombros.

—No para de machacaros a ambos —terminó soltando con tacto.

Hice una mueca.

—Ya sabes que ella siempre ha sido así, creo que los dos estamos acostumbrados.

—Pero, si es tan infeliz, ¿por qué...? —Ivy se mordisqueó el labio, no muy segura de saber cómo continuar la frase.

Ya lo hice yo por ella.

—Porque para ella sería reconocer que eligió mal su camino. No sé, ya te lo he dicho muchas veces: la gente se ve envuelta en relaciones que tendrían que haber finalizado hace mucho tiempo. Mis padres tendrían que haberse alejado el uno del otro hace años, pero prefirieron continuar así, amargados.

Y esa era una forma resumida, pero muy concreta, de explicar lo que sucedía en mi familia. Mi madre estaba frustrada por no haber podido hacer todo lo que quería, por seguir atada a un hombre cuyo momento más emocionante del día era el paseo diario que compartían y por tener que escuchar los comentarios de las lecturas

que había hecho él. Y mi padre... Mi padre era tan campechano que no dudaba que estuviera satisfecho con su vida.

—Anne, no todo el mundo está así. Lo sabes, ¿verdad? —dejó caer ella.

—La gente que no tiene ataduras, no, por supuesto.

—Hay gente que lleva años en relaciones románticas en las que sí es feliz.

Enarqué una ceja.

—¿Las que tienen amantes o están centradas únicamente en su vida laboral y su pareja les importa bien poco?

Ivy me miró indignada.

—Prescott, más amor, por favor.

—Eso digo yo siempre, más amor.

Me sobresalté cuando oí la voz de Rose.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Cupido, que de pronto estaba a nuestro lado enfundada en un bañador y pareo rojos, rematados por una espectacular pamela a juego.

—¿Qué? —preguntó Ivy extrañada.

—Perdona, me refería a esos turistas de allí —improvisé señalando a un grupo a lo lejos.

—Me he enterado de vuestro escarceo amoroso, y aquí me tienes. No quería perdérmelo.

Suspiré. Lo que faltaba.

—¿Van a tardar mucho más? Porque, Ivy, esto empieza a parecer más un plantón que otra cosa —dije, mirando a mi mejor amiga, que volvió a consultar su móvil.

—Hablando de otra cosa, ¿el puerto no está en la parte más noroeste? —pinchó Rose, colocándose la mano por encima de sus

gafas de sol de Tom Ford, simulando que miraba al horizonte.

Por Dios, esa mujer era un escaparate constante de marcas, aunque debía reconocer que estaba guapa y tenía buen gusto. Salvo por la elección constante de color, aunque, si era su imagen de marca...

—Dicen que ya están aquí —leyó Ivy.

Ambas miramos al frente buscando a nuestras citas, yo no muy segura de saber si los identificaría, pero Ivy los localizó rápido.

—Allí —dijo con entusiasmo mientras saludaba a alguien en la lejanía que no tardé en detectar.

—Bueno, bueno, que empiece el espectáculo —canturreó Rose, que se había sentado en una silla de playa mientras se untaba crema protectora con *shimmer*.

Me habría molestado en preguntar de dónde había salido todo aquello, pero estaba más ocupada en observar a los dos tipos que se nos acercaban con sonrisas amplias y bañadores minúsculos.

—Hola, chicos —saludó encantada Ivy.

Me obligué a sonreír porque, por más que mirara detrás de ellos, no había ningún barco esperando en el puerto.

—Hola, preciosa —dijo el que me imaginaba que era Aiden, pues se inclinó a dar un beso en la mejilla a mi mejor amiga, sujetándola por la cintura en un movimiento premeditadamente fortuito.

—Son guapos —comentó Rose antes de darle un trago a un daiquiri que no tenía ni idea de dónde diablos había salido—. Y tienen cuerpazo.

Tenía que darle la razón. Habían aparecido con unos bañadores ridículos y unas camisas hawaianas abiertas que permitían ver sus tabletas de chocolate y unas piernas musculosas.

Eran cuerpos de revista.

—Chicos, os presento a mi amiga Anne —dijo Ivy, girándose hacia mí con una cara de ilusión tal que no pude evitar corresponder.

—Encantado —me saludó con un fuerte acento el que debía de ser Claude.

Sus facciones eran fuertes, marcadas, como si tuviera rasgos turcos. Era atractivo, aunque no de aquella manera irreal que parecía plagar las redes. Por su sonrisa supuse que no estaba disgustado por mi aspecto, aunque lo cierto era que no podía importarme menos.

—¿Preparadas para el viaje, nenas? —preguntó entonces Aiden.

—Uy, *nenas* —intervino Rose, leyendo mi pensamiento espeluznante—. Esto se pone interesante.

—¿Dónde tenéis el barco? —preguntó Ivy, siguiendo los pasos de los dos bailarines hacia el embarcadero lleno de botes pequeños con turistas.

—¿La embarcación? Está aquí, tenemos que ponerla a punto, pero enseguida nos marchamos. —La explicación de Aiden me hizo cruzar una mirada con Rose, que parecía muy interesada en todo lo que sucedía. La tía hasta había dejado atrás su silla y apurado el cóctel para no perder detalle.

¿De verdad que iba con cuñas de tacón? Admirable.

—¿Ponerla a punto? —repetí yo mientras nos acercábamos al puerto.

—Hay que hincharla.

Miré a Ivy y ella me miró a mí.

No hacían falta palabras, sabía a la perfección lo que estaba pensando.

Hin-char-la.

—Aquí está.

Los dos bailarines chocaron las manos en un gesto de camaradería con el de la empresa de Zodiac, que era la embarcación a la que se referían. Una puñetera zodiac hinchable con un motor eléctrico portátil.

—¿Este es vuestro barco? —preguntó Ivy con un hilo de voz, dejando caer su bolso de playa, gesto que los dos bailarines no percibieron por estar muy atareados preparándose para hinchar la lancha con dos bombas de pie.

Aquello iba de mal en peor.

—Esto va de mal en peor —dijo Rose a mi lado, sobresaltándome con mis propios pensamientos.

La taladré con la mirada y ella se encogió de hombros, no sin antes levantar sus gafas de sol para lanzar una juiciosa mirada a los dos bailarines. Qué decir, salvo que yo estaba controlando cualquier expresión del rostro para no imitarla.

—Sabéis que vais a tardar unos veinte minutos por lo menos en hincharla, ¿verdad? —dejé caer.

—Nos cobraban un extra por entregarla preparada, y entre los dos podemos —contestó Aiden, poniéndose al lío.

—Creo que me voy a seguir bebiendo. Tiene pinta de que van a tardar más de esos veinte minutos que has dicho, querida —comentó Rose antes de alejarse de la *peculiar* situación.

No pude evitar ladear la cabeza al observarlos, porque en realidad la imagen era desastrosa, por no decir ridícula. Los dos apoyados el uno en el otro, pedaleando de manera sincronizada para hinchar «la

embarcación» donde con suerte cabrían ellos. Aunque no se podía negar que estaban poniéndole ganas.

Miré a Ivy elevando ambas cejas, y ella maldijo, haciendo un gesto entre enfado y desesperación.

—Vale, sí, sí.

—No he dicho nada —aguanté la sonrisa al verla coger su bolso de playa.

—¿Vais a por unos refrescos? —preguntó Aiden al ver que recogía.

—Sí, claro. Hasta luego —se despidió mi amiga, completamente malhumorada, dejando congelados a ambos bailarines.

—¿Qué pasa? —inquirió el otro.

—Es el calor. No le sienta muy bien. Ha sido un placer, chicos. Ya os escribirá —la excusé a la par que me alejaba también.

—¿Os vais? —continuó preguntando el que no parecía captar lo que estaba sucediendo.

—Pues sí que ha sido rápida la cita —soltó Miss Fire, girando con brío la pajita de su nuevo cóctel una vez que llegamos a la altura de su silla—. Para una vez que te dejo sola...

Le lancé una mirada asesina y simuló quitarse una pelusa imaginaria.

—No me lo puedo creer. Idiotas —continuó Ivy maldiciendo—. Me dijeron que tenían un barco. Un puñetero barco, no esa zodiac de juguete. ¿De verdad pretendían que nos metiésemos los cuatro ahí?

—Quizá deberíamos advertirles que aquí hay tiburones —comenté, observando cómo los dos tipos continuaban con su misión.

Ni siquiera se habían molestado en intentar convencernos de que nos quedásemos.

—No creo que tengas de qué preocuparte. No los van a dejar salir al mar con ese juguete —intervino de nuevo Rose. —Con eso no podrán salir del río —dijo a la vez Ivy—.

Vaya par de fantasmas, de verdad. Mucho cuerpo bonito, pero poco más.

—Tu amiga está bastante enfadada, ¿eh? —comentó Cupido, que había recogido todo su arsenal por arte de magia mientras esta continuaba parloteando de fondo.

—Eso me pasa por querer vivir una aventura con unos *cape codders*...

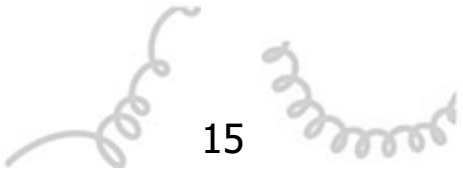
—A favor de los locales, diré que estos dos son de fuera

—señalé.

—Anne. —Ivy me miró mientras se dirigía hacia el aparcamiento.

—¿Sí?

—Haz el favor de callarte.



15

Tras las semanas en casa de mis padres, volvimos a Boston con relativa calma, pero también con ganas de vida nocturna, tantas que Ivy ya tenía pensados algunos planes, y en cierta forma se lo agradecía, porque estar sin hacer nada en pleno mes de agosto era lo que menos me apetecía.

Varias cenas y *brunches* en restaurantes nuevos, fiestas en azoteas de moda y sesiones de *spa* con varias amigas para ponernos también al día mientras nos mimaban.

Instalada en aquella nueva y ociosa rutina, después de uno de mis entrenos matutinos de pilates, Ivy me llamó para decirme que su madre tenía una exposición de varios artistas que no podíamos perdernos.

—Es esta noche, algo a puerta cerrada. Habrá cóctel. Suena maravilloso, ¿no te parece? Creo que podré estrenar el vestido rosa empolvado que me compré el otro día.

—Un vestido precioso —asentí mientras cogía una de las botellas de agua mineral de la nevera.

—¿Compartimos Uber para ir? ¿O quedamos directamente allí? —propuso Ivy.

—Quedamos directamente allí, lo compartimos a la vuelta.

Conocía a mi mejor amiga, y entrar con ella en alguna de las exposiciones que organizaba su madre conllevaba estar cada dos

pasos deteniéndonos para saludar a clientes presentes y potenciales de Isela del Valle, así que prefería ir sola tranquilamente y luego ya reunirme con ellas.

Después de terminar la llamada, decidí bajar un momento al buzón para ver si tenía correspondencia, porque desde que habíamos ido a Chatham no lo había mirado (con Ivy como coordinadora de mi agenda vacacional, raro el día que volvía a casa antes de la madrugada). Estaba todavía embutida en mis mallas y algo sudorosa, pero prefería bajar en un momento y luego ya pasar el resto de la mañana en casa antes de tener que prepararme para la exposición.

Una vez en el buzón, no pude evitar soltar una maldición al ver la cantidad de correo que tenía.

—Maldita publicidad, ¿eh? —dijo una voz, sorprendiéndome.

Levanté la mirada para ver a Finn acompañado por Norman bajando por las escaleras.

—Buenos días —saludé todavía sacando las cartas.

¿Había un paquete entre los *flyers* de comida rápida?

—Buenos días, Anne. Parece que no todo es publicidad —sonrió de vuelta mi vecino.

Levanté la mirada de la cajita azul con un lazo para examinarle. Había algo diferente en él.

—Estás cambiado... —le dije cuando ya estaba a mi altura—. ¿Qué te has hecho?

—Vaya, y eso que dicen que son los hombres los que nunca se enteran de los cambios de *look* —bromeó mientras me agachaba para acariciar a Norman, que no dudó en darme un lametazo.

Volví a mirarle.

—Estás mucho más moreno —apunté, notando que su piel estaba bronceada, y eso hizo que me fijara en que su pelo rubio estaba mucho más claro y...—. ¡Y te has cortado el pelo!

Finn se rio y deslizó los dedos por su nuevo peinado, donde ya no quedaba rastro de flequillo.

—El calor en Miami era insoportable.

—Así que has estado en Miami, ¿eh? —sonreí de vuelta.

El cambio de aspecto le quedaba bien. Le marcaba más la mandíbula angular, con más barba de lo que le había visto antes, y permitía ver sus ojos castaños y rasgados.

Estaba muy guapo y la media sonrisa que me dedicó me dejó caer que llevaba demasiado tiempo mirándole. Carraspeé y me centré en mi correspondencia, decidida a descubrir qué había en ese pequeño paquete rectangular.

—¿Qué tal en el pueblo de tus padres? —preguntó Finn con educación mientras él también abría su buzón.

—Bien, muy tranquilo. Han sido días para descansar, te puedes imaginar.

—Fuiste con tu amiga, ¿no? ¿La que querías presentarme? —Levanté la mirada sorprendida por que se acordara de aquel comentario y por aquella sonrisa pilla que no supe interpretar bien del todo.

—¿Qué pasa? ¿Estás falto de atención femenina? —le pinché.

Su sonrisa se acentuó mientras cerraba el buzón.

—¿Tú qué crees?

Una tensión extraña comenzó a bailar entre los dos.

Una que fue interrumpida por mi torpeza al caérseme uno de los panfletos de publicidad, aunque rápidamente vimos que no se

trataba de eso cuando Finn se agachó a recogerlo antes de que Norman se hiciera con ello.

—Vaya, una postal, y desde Italia, nada menos. Sí que viene de lejos... —silbó impresionado.

—Eso parece —contesté viendo la imagen de Pisa.

Me la entregó al instante y, cuando le di la vuelta, vi una letra que ya comenzaba a conocer demasiado bien.

—Por Dios, otra vez este tío —murmuré.

—¿El médico? —se sorprendió Finn cuando giré la postal hacia él para que pudiera leer el mensaje.

—«Espero que estés descansando y acordándote de mí como yo lo hago de ti en la otra punta del mundo». —Enarcó una ceja tras leer el mensaje—. ¿Italia la otra punta del mundo?

—Ay, Dios, ¿por qué es tan pesado?

—¿Todavía no le has dicho que no estás interesada? —tanteó Finn mientras me veía abrir el paquete, que era de donde se había escapado la postal. Dentro descubrí unos bombones que, por el aspecto del envoltorio, tenían pinta de estar más que derretidos.

—Ya te dije que prometí no hacerlo. Tengo que *fluir*.

Fui a la papelera del portal para embutir en el pequeño hueco la puñetera postal y los puñeteros bombones derretidos. Sí, todo muy puñetero.

Finn se llevó una mano al pecho.

—Pobre chaval enamorado. Me estás haciendo sufrir por él.

Bufé.

—Por Dios, qué enamorado ni qué nada. Solo hemos tenido media cita, y salí despavorida.

—Así que no crees en el flechazo del amor... —No fue una pregunta, pero, al cruzarse de brazos, enarcando una ceja, me despistó.

No sabía si estaba tomándome el pelo o hablando en serio.

—Mira, no sé captar tu extraño humor inglés. Y, para que conste, no, no creo en flechazos. Eso solo pasa en las películas y en los libros malos. Malísimos.

—Vaya, estamos llegando al foco del asunto —se rio.

—¿Es que tú sí crees en *eso*?

Finn elevó las cejas divertido.

—¿*Eso*? Vaya, Anne, ¿ni siquiera te atreves a nombrarlo?

—Por favor —contesté, poniendo los ojos en blanco ante su clara diversión a mi costa.

—Pues sí, creo en el amor. En el flechazo y todas esas ideas romanticonas que parece que a ti te provocan escalofríos —dijo con una mueca que no supe interpretar muy bien.

—No me da escalofríos. Tan solo son patrañas. Invento del marketing y el consumismo —dejé claro, volviendo a mirar distraída el resto de la correspondencia que, en efecto, era publicidad. Necesitaba hacer algo con las manos y, por supuesto, desviar la mirada de la suya.

—Anne, ¿te pone nerviosa hablar de esto?

Me volví hacia él de golpe. Un brillo desafiante acompañó su diversión, y no iba a permitirlo. Comencé a negarlo, pero Finn se rio antes de silbar hacia Norman, que se había tirado al suelo para descansar mientras hablábamos.

—Está claro que aquí hay un interesante debate, pero tendremos que dejarlo para otra ocasión. Tengo que sacar a Norman.

Asentí, dando un paso hacia atrás. «¿Cuándo nos hemos acercado tanto?», me pregunté mientras miraba a mi vecino tirar suavemente de la correa del perro dormilón.

—Vamos, chico, tenemos que dar el paseo antes de que haga más calor. Despídete de la malvada vecina sin sentimientos.

—Ey —me quejé por el apodo, y Finn se rio mientras salían por el portal, no sin antes guiñarme un ojo que me arrancó una carcajada.

Así que mi vecino también era un romántico... Otro punto más a favor para Ivy. Tendría que hablarle de él en la exposición.



La exposición era en la Chase Young Gallery y empezaba a las seis. Me había decantado por un precioso vestido negro de cuello *halter* para la velada en plena avenida Harrison, donde se encontraba el SoWa Art, zona donde convergían varios talleres, tiendas y galerías artísticas.

Como ya sabía por las explicaciones de Ivy, la exposición que había organizado su madre estaba formada por el trabajo de varios artistas y era de acceso exclusivo para coleccionistas privados.

Isela tenía su propio estudio en pleno South End, la Galería del Valle, pero en ocasiones organizaba aquel tipo de eventos por colaboraciones estratégicas, aunque fuera en una galería más pequeña que la suya propia, como era el caso.

En menos de siete minutos, el Uber se detuvo en la entrada del enorme edificio de ladrillo visto, decorada con largas guirnaldas de luces colgadas en el exterior a modo de carpa. Como ya estábamos llegando al final de agosto, los días habían comenzado a acortarse, y

aquella iluminación le daba un aire acogedor a la exposición, que, por lo que podía ver gracias a la fachada acristalada de la galería, ya había comenzado y parecía ser un éxito.

Localicé con rapidez la invitación, de un elegante y sobrio tono rojo, en mi bolsito de mano para entregarla en la entrada, pero Ivy me interceptó antes.

—Prescott, deberías estar expuesta como obra de arte —me saludó mi mejor amiga, haciéndome reír.

—Anda, boba. Tú también estás despampanante.

—Lo sé. Pero ¿sabes lo mejor? Hay mucho coleccionista joven, y mi madre me ha chivado que hay algunos peces gordos. Pero gordos de los de verdad, de los que protagonizan novelas de billonarios y te atan a la cama con la corbata de seda.

Me reí ante su expresión entusiasta cuando los de seguridad nos dejaron pasar sin necesidad de enseñar la acreditación al verme colgada del brazo de la hija de la organizadora, aunque Ivy también comenzaba a ser conocida en el mundillo por méritos propios.

—¿Te parece si saludamos a mi madre primero? Luego estará con esos rollos de compra y no le veremos el pelo.

—Sí, claro.

Me dejé guiar mientras observaba el entorno: la gente iba todo lo arreglada que se suponía que se tenía que ir a ese tipo de eventos donde se movían cantidades importantes de dinero.

Con un suave hilo musical, la galería de varios pisos exponía las diferentes obras. Isela se las había ingeniado para colocar unos biombos altos y así impedir que se vieran desde fuera, donde se mostraban fotografías en gran formato de los artistas con una breve biografía.

Fue allí, nada más cruzar uno de ellos, al inicio de la exposición, donde nos encontraron los padres de Ivy.

—Anne, estás preciosa —me saludó Isela con una gran sonrisa. Iba de la mano de su marido.

Ivy era una mezcla de ambos, aunque no se podía negar que ganaban por goleada los rasgos mexicanos de Isela frente a los estadounidenses de Charles, cuyo abrazo fue menos entusiasta que el de ella.

—¿Cómo va todo? ¿Tus padres? —preguntó Charles, tan correcto como siempre.

—Todo bien, gracias —respondí sin borrar la sonrisa.

—Estaría bien organizar alguna cena con ellos cuando vengan a visitarte —propuso.

Ivy y yo los habíamos juntado en una única ocasión, y no fue del todo bien que digamos. Eran demasiado diferentes.

—A ver si se animan a venir unos días —dije, sin concretar, porque dudaba mucho que mis padres fueran a venir a verme.

Era raro que se molestaran en hacer un viaje juntos, ni siquiera para ver a su hija.

—¿Habéis visto la exposición? —cambió de tema Isela, apoyando una mano en el pecho de su marido.

—Acabamos de entrar, mamá —señaló su hija.

—Pues adelante, disfrutad. No os entretenemos más, pero, antes de empezar, tú —agarró a Ivy, que puso los ojos en blanco— tienes que venir a saludar a unos colegas.

—Ahora nos encontramos —se despidió con resignación—. Te busco en cuanto acabe.

Me alejé de ellos y acepté la flauta de champán que me tendía un camarero.

Sabía que no tardaría en dar comienzo el cóctel, así que, con mi copa, empecé a perderme en la galería, observando las diferentes piezas en varios formatos: esculturas, proyecciones, fotografía y pintura.

Ivy iba uniéndose a mí en el recorrido, charlando sobre las distintas obras, explicándome detalles que un ojo poco entrenado como el mío no sería capaz de captar y picando de la comida que iba desfilando entre los asistentes. Por supuesto, había momentos en los que se ausentaba para poder saludar como hija de la galerista y como artista propiamente dicha. Era cierto que su rama iba por otro camino, pero al final los contactos siempre interesaban.

—Tengo que irme un momento, mi madre me está haciendo señales. Creo que es la señora Francis. Con lo que se enrolla esa mujer... Si no vuelvo en diez minutos, llama a los bomberos, es una emergencia —dijo con tono dramático tras su tercera copa. Tuve que reírme—. Y, por cierto, no te gires, pero hay un morenazo que no te quita ojo —murmuró como si nada.

—¿A mí o al cuadro? —pregunté sagaz.

—¿Por qué no se lo preguntas? —rio mientras se alejaba.

—¡Shhh! —la regañé, temiendo que nos escucharan.

Intentando llamar la atención lo menos posible, volví a centrarme en el cuadro. Había poco que estudiar, pero tenía tal magnetismo que no podía negar que era una de las obras que me habían cautivado.

De un estilo abstracto, a simple vista era un lienzo de un intenso rojo todo él, aunque, si te fijabas en detalle, había algunos matices

más oscuros, sutiles, con algo de textura. Era sencillo, pero tenía algo que te atrapaba.

—El color es casi hipnótico —dijo de pronto una voz profunda a mis espaldas.

Miré por encima de mi hombro para descubrir a un hombre que estudiaba la obra detrás de mí.

Hablando de magnetismo brutal... ¿Acaso era el morenazo al que se había referido Ivy?

—Y la textura —continuó diciendo sin despegar su oscura mirada del cuadro— pareciera tener capas ocultas. —De pronto despegó la mirada para clavarla en la mía—. Me pregunto si pasará lo mismo contigo.

¿Había dicho ya lo de magnetismo brutal? Era casi animal.

—¿Crees que tengo capas ocultas? —contesté tranquila, sin mostrar lo que sus ojos negros estaban provocando en mis hormonas con una simple mirada.

—Quien no las tiene carece de interés, y tú has captado el mío nada más verte.

No pude evitar sonreír, y el hombre dio un paso para acortar la distancia.

Era elegante, muy masculino y sensual. Vestía una camisa blanca ajustada, con los primeros botones desabrochados sin llegar a ser vulgar. Su rostro alargado, de tez bronceada, y el pelo negro engominado hacia atrás, que enmarcaba aquellos ojos negros rasgados, nariz prominente pero recta y labios carnosos, le hacían especialmente atractivo.

—Alexander. —Me tendió la mano sin despegar su mirada de la mía, y la forma en la que me observaba me encantó. El calor de su

piel al estrechar la mía me recorrió completa.

—Anne.

—Anne —repitió, como saboreando mi nombre—. Encantado. ¿Estás valorando comprarlo? —Desvió la mirada al cuadro—. Llevas un buen rato estudiándolo.

No pude evitar sonreír complacida.

—Y, por lo que parece, tú a mí.

Alexander se acercó aún más, acortando la distancia.

—No suelo dar muchas vueltas a las cosas. Cuando me gusta algo, Anne, voy a por ello. ¿Por qué disimularlo? —Sus ojos bajaron hasta mis labios, provocando un estremecimiento en mi vientre.

Aquel hombre sabía perfectamente lo que hacía y, en efecto, no iba a perder el tiempo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó entonces, casi en un susurro ronco.

La pregunta, siguiendo nuestra conversación, tendría que referirse a qué haría en cuanto a la adquisición de la obra, pero sabía que apuntaba a otra cosa.

A él y a mí.

Di un corto paso atrás para serenarme y recordarles a mi cuerpo y mis neuronas que estábamos rodeados de gente, no en una habitación privada.

—He venido con una amiga... —dejé caer.

Alexander sonrió.

Me dio la impresión de que casi podía sentir su sonrisa sobre la piel.

—Estaré por aquí cuando termines con ella.

Y, sin dejarme añadir nada, Alexander volvió a dejarme sola, no sin antes rozar sutilmente con los dedos mi cintura al pasar por mi lado para alejarse y perderse entre la gente.

Di un trago urgente a la copa de champán.

—Joder, Anne. ¿Estabas hablando con Alexander Van de Mer? —Ivy apareció en escena segundos después, dándome un tirón al brazo que casi me tiró la copa.

Hablando de ser sutiles, mi amiga necesitaba un curso intensivo urgente.

—¿Quién? —pregunté todavía en la nube de hormonas cachondas.

—¡Van de Mer! —susurró en un chillido histérico—. Es heredero de una importante marca de joyas europea. El pez más gordo de hoy.

Ivy me miró entusiasmada, intentando cazarle por encima de mi hombro con disimulo.

—Creo que me ha dejado embarazada por la forma en la que te miraba —soltó a lo bruto—. ¿Qué digo embarazada a mí? A todas las mujeres de la sala.

Aquello me sacó de mi ensimismamiento y me arrancó una carcajada.

—Ay, tía, venga, cuéntame —siguió Ivy ya menos revolucionada—. ¿Qué quería?

—Pues...

—Qué tontería de pregunta —me interrumpió—. Creo que todos nos hemos dado cuenta de que quería empotrarte contra este cuadro. Señor, qué hombre. Y tú has aguantado el tipo, ¿eh? —Ivy asintió, como orgullosa de mí—. Yo me habría convertido en un ser efervescente.

—No te creas, me parece que he estado a punto —concedí, mirando a mi alrededor por si me topaba con él de nuevo, pero no había ni rastro.

—Ha bajado. Seguramente para terminar con las compras. Si no me equivoco, se ha hecho con tres obras de arte. Oye, quizá va a preguntar por ti —se mofó.

—Anda, calla.

—Calla tú. A lo importante. Llevas ropa interior bonita, ¿verdad? —soltó sin despeinarse.

—¡Ivy! —Le lancé una mirada reprobatoria mientras me cercioraba de que la gente que estaba más cerca de nosotras no pudiera oírnos.

—No pienso callar.

Conté hasta tres para no perder la paciencia.

—Por supuesto que llevo ropa interior bonita. La duda ofende...

—Bien —me interrumpió—, pues ve al baño y quítatela.

—¿Qué? —pregunté escandalizada.

Ivy se rio por mi gesto, y yo la cogí del brazo para llevarla a un rincón más apartado, aunque sospechaba que el grupo que estaba más próximo a nosotras había captado las últimas palabras de mi amiga.

—¿Quieres bajar el tono? ¿Y qué tonterías estás diciendo? ¡Por Dios!

—Hazme caso. Quítatelas.

—No voy a ir por ahí sin bragas.

—Claro que sí y, por el intercambio delante del cuadro, no nos engañemos, las tienes ya empapadas. Así que haz el favor de

quitártelas para no subirle más el ego a ese pedazo de hombre. Que luego son insoportables.

—¿Qué dices, loca?

¿Aquella conversación estaba siendo real? Por supuesto que sí, era de Ivy de quien estábamos hablando.

—Escúchame. Te vas a ir con él y, en cuanto te meta mano, ¿sabes lo que va a pasar? Te soltará un: «Uhm, qué mojada estás ya, toda preparada para mí» —soltó con una voz grave en una imitación terrible—. ¿Y sabes qué significa eso? Ya te lo digo yo: que no se va a currar los preliminares. Va a ir al grano. —Para dar más énfasis a sus palabras, Ivy me pinchó con el dedo índice en el hombro.

—Ay —me quejé, golpeándola yo también.

—Hazme caso, que se lo curre bien. Haz que este polvo sea memorable. Quítatelas —insistió, y no pude evitar reírme ante la seriedad de su gesto.

—¿Estás hablando en serio? —Silencio por su parte—.

Estás hablando en serio —me respondí a mí misma—. Deberías dejar de consumir tanto porno de hadas. Te lo digo en serio.

—La que debería empezar a leerlo eres tú. Me lo agradecerás. Venga, ve al baño y, si por el camino te intercepta el morenazo, recuerda: primero las bragas, luego lo demás.

—¿Y qué hago con ellas?

—Por favor... ¡Principiante! —murmuró con un hastío ofensivo.

—Perdóneme usted por no ser experta en ir quitándome la ropa interior en sitios públicos cada dos por...

—¿Más champán? —me interrumpió un camarero.

Por su gesto, no hacía falta preguntarse si había escuchado mi frase.

«Perfecto».

Miré con mala leche a Ivy, que tuvo la decencia de reírse encantadora mientras aceptaba otras dos copas.

—Trae, anda —le quité una y le di un trago—. Ahora vengo.

Sin esperar su respuesta, me dirigí hacia los baños, dispuesta a quitarme la ropa interior. Quizá era el alcohol, pero la teoría de mi mejor amiga tenía algo de sentido.

16

Todo aquello era culpa de Ivy. De nadie más.

A ver. ¿Qué hacía yo sin bragas en plena exposición de arte?

La cosa se ponía aún peor, porque tenía el trozo de encaje negro guardado en el diminuto bolso y sentía que en cualquier momento podría abrirse y desperdigar mis vergüenzas ahí mismo, por no decir que sentía que la gente me observaba.

Claramente, imaginaciones mías, pero la neura me había entrado y era irrefrenable.

Además, no había vuelto a ver al europeo. ¿Me había dejado embrollar por mi mejor amiga y todo era una...?

—Anne —me llamaron.

Una voz ronca que me erizó la piel.

Levanté la mirada para descubrir a Alexander.

El resto de la gente desapareció. Acaparaba toda mi atención, pero eso era algo que él no tenía que saber, así que sonreí de manera educada mientras simulaba que no pretendía pararme a hablar con él de nuevo. El gesto no le pasó inadvertido, porque intentó detenerme a la desesperada con una sutil invitación.

—¿Te apetece cenar?

Al escuchar la pregunta, me detuve para mirarle, dubitativa.

—¿Cenar? No sé si no te has dado cuenta, pero están sirviendo...

—Me refiero a cenar de verdad. —La forma en que pronunciaba las erres era fuerte y gutural, muestra de su acento holandés.

En el baño había buscado información de aquel cotizado soltero, aunque lo único que había podido sacar era que llevaba unos años junto a su abuelo, tomando las riendas del negocio de manera bastante certera, y que se le emparejaba en varias ocasiones con modelos y actrices. Todo rumores, como desmentía su representante. Hacía años que no se le había conocido una compañera estable.

—Estoy en el Ritz-Carlton y disponen de un servicio de habitaciones impecable.

Arqueé ambas cejas.

—¿Servicio de habitaciones? —repetí—. Me parece a mí que vas muy...

Alexander se inclinó, interrumpiendo mi frase, para hablarme al oído.

—¿Qué necesidad de disimular cuando ambos estamos interesados? —Su aliento caliente rozó mi piel haciéndome estremecer, incluso sentí cómo sus labios tocaban muy sutilmente la piel de mi oreja, pero volví a poner distancia.

—Alexander, no te conozco. Ni siquiera hemos cruzado cuatro palabras.

—Para eso te estoy invitando a cenar —sonrió.

—¿En tu habitación? —solté mordaz, y supe que le había gustado por el brillo en su mirada.

Volvió a centrarse un instante en mi boca.

Me gustaba. El rollito que se traía me gustaba mucho, pero yo siempre ponía las normas.

—Si quieres cenar conmigo, será en el *lounge* del hotel.

—Perfecto —accedió con una sonrisa triunfal, pero yo todavía tenía algo más que añadir.

—Del Four Seasons. No pienso ir a tu hotel —dejé claras mis condiciones.

Me imaginaba que estaba muy acostumbrado a salirse con la suya, pero no pensaba acatar como un perrito faldero lo que dijera.

—Pero me dejarás invitarte a cenar, *toch*?

La coletilla que se le había escapado en su idioma me daba las pistas necesarias para saber que aquel hombre estaba realmente interesado, y eso era... excitante.

—Nos vemos en quince minutos —dije, alejándome para despedirme de Ivy y para dejarle aún más claro a ese morenazo que las cosas no iban a hacerse a su manera.

La despedida con mi mejor amiga fue breve. Me prometió que estaría atenta al teléfono y de nuevo me pidió que le narrara luego, con todo lujo de detalle, las marranadas que me iba a hacer el ricachón, palabras textuales.

Cuando me bajé del Uber diez minutos después, aprovechando que el hotel que le había indicado estaba prácticamente al lado de la galería, fui directa a Coterie, el íntimo restaurante en la planta primera, de estilo *brasserie*.

Alexander estaba esperándome en la barra con una copa delante de él. Se giró para observarme recorrer el restaurante.

—Mientras venías me he enterado de que tiene que ser con reserva. Es imposible hacerse con una sin estar alojado aquí —dejó caer sujetando su whisky.

—Lo sé, pero tranquilo, está todo solucionado.

—Señorita Prescott, ¿le indico su mesa? —preguntó uno de los camareros, y asentí, girándome para seguirle hasta una de las más apartadas, con vistas al jardín bajo la luz de las velas.

Cuando nos quedamos solos después de que nos hubieran ofrecido la carta, Alexander me miró del todo intrigado.

—¿Quién eres? —Soltó la pregunta de manera genuina, completamente interesado por saber cómo lo había logrado.

Sonreí.

—Alguien con muchos contactos. —Fue mi única respuesta, pues no pensaba darle mucha más información. No iba a decirle que había asesorado al director general y que eso conllevaba ciertas ventajas cuando tenías a los clientes contentos.

—Estupendo.

—¿Vas a querer vino? —pregunté, siendo consciente de que para mí iba a ser agua. Ya estaba lo bastante achispada.

—Sabes lo que quiero.

La intensidad volvió, y sabía que el alcohol ayudaba a que todo pareciera mucho más excitante, pero no había aparecido ningún pétalo ni mi alocada Rose había interferido haciendo acto de presencia, así que todo era maravilloso.

Después de varios meses de auténtica sequía, parecía que aquello solo tenía que ver conmigo y podía despreocuparme de los tejemanejes de Cupido. Y eso me gustaba, porque me apetecía tener sexo con aquel hombre que me estudiaba sin ocultar las ganas que me tenía.

Aun así, decidimos pedir las bebidas y algo para cenar, y, aunque estuvimos hablando de la exposición, toda esa breve cena se diluyó en mis recuerdos.

Ambos queríamos una única cosa y volvimos a sacarla a flote cuando salimos del restaurante y cogimos el ascensor para salir a la planta principal del hotel.

No hubo palabras, Alexander tan solo me arrinconó contra la pared del ascensor mientras su boca me reclamaba de una forma hambrienta, me sujetó la cintura con manos posesivas y su lengua empezó a juguetear con la mía.

Le respondí con las mismas ganas y, cuando juntó nuestras caderas, mostrándome lo excitado que estaba, ambos supimos que esa vez compartiríamos coche.

—¿Quieres venir a mi *suite*? —preguntó él con la respiración agitada, no muy distinta a la mía.

Mi respuesta fue acariciarle la erección por encima de los pantalones justo antes de que las puertas del ascensor se abrieran.

Cuando montamos en el SUV negro de cristales tintados, fui consciente de que Alexander contaba con seguridad: unos tipos enfundados en traje que habían estado tanto en la galería como en el restaurante y a los que había sido completamente ajena hasta ese momento. Conté cuatro, pero en cuanto el coche arrancó, Alexander fue directo a por mí. Olvidé a los guardaespaldas y me centré en disfrutar del magreo, que intentaba ser discreto a pesar de que la parte trasera del coche era independiente de la del conductor; no me apetecía montar un espectáculo para los gorilas. Además, suponía que debían de contar con cámaras para tener vigilada esa zona, así que el corto trayecto solo sirvió para calentar motores entre mordiscos, besos y algún contacto más estudiado, pero sin llegar más lejos.

Estaba fantaseando con el momento en que volviéramos a estar solos en el ascensor, pero el calentón se desinfló como un globo cuando los cuatro seguratas nos acompañaron al interior.

La escena fue... incómoda. El hilo musical, Alexander y yo claramente cachondos, y cuatro armarios empotrados que intentaban simular no ser conscientes de lo que iba a pasar entre nosotros dos.

¿De verdad estaba acostumbrado a esto?

Recorrimos el pasillo del hotel hasta que llegamos a la *suite* donde estaba alojado el heredero. Desde que vi que en la puerta había otros dos de seguridad custodiando la entrada, fui incapaz de llamarlo de otra forma.

Alexander comenzó a contarme que iba a estar unos pocos días más en la ciudad para hacer algo de turismo, e intenté parecer atenta a la conversación, pero, al entrar en la *suite*, que casi tenía el tamaño de mi apartamento entero, me cercioré de que los guardaespaldas lo hacían también, y de que incluso había otros dos.

Alexander me guio hasta el salón, al mueble bar, y me ofreció una copa, pero lo rechacé al fijarme en que los tipos tomaban posiciones en diferentes puntos de la estancia. No iban a dejarnos solos...

—¿Tienes siempre tanta protección? —interrumpí el discurso de Alexander sobre algo de unos aviones privados, y me miró confundido.

—¿Perdón?

Señalé con la cabeza a uno de los guardaespaldas, el que estaba más cerca de nosotros, en uno de los extremos del salón.

—Ah, sí. Lo siento. Haz como si no existieran, y de verdad que es así. Trabajan para mí y... —respondió acercándose, pero negué con

la cabeza.

—Perdóname, pero pensaba que íbamos a estar a solas.

—Por supuesto —dijo volviendo a sonreírme—. ¿Quieres que te enseñe el resto de la *suite*? En la habitación es donde estoy trabajando con algunas de las piezas que te he comentado.

—Oh, claro. Claro.

«¿Piezas? ¿Qué piezas?». Sentí una punzada de culpabilidad al darme cuenta de que no le había estado escuchando con mucha atención. ¿Me había hablado de su trabajo mientras yo estaba pensando en cochinadas? ¿O cuando parecía que estaba protagonizando un *Gran Hermano*?

Alexander me cogió de la mano para llevarme al final de la gigantesca habitación. Antes de abrir las dos puertas blancas con elegantes molduras, se giró para hablar por detrás de nosotros.

No necesitaba girarme para saber que era a sus queridos guardaespaldas.

—Anne y yo estaremos el resto de la noche aquí.

—Buenas noches, señor —oí que contestaba uno de ellos.

Alexander por fin abrió las puertas, y ante nosotros apareció un gigantesco dormitorio en la misma línea decorativa del resto de la *suite*. Los muebles adquirían cierta pesadez con las molduras, pero eran elegantes y modernos.

La estancia era enrome, y frente a la cama tamaño *king* había, en efecto, algunas piezas *interesantes*... Esperaba encontrar una mesa con joyas a medio diseñar, pero claramente no le había estado prestando atención antes.

—Oh, aquí están —señalé haciendo gala de mis artes interpretativas para aproximarme con cuidado hacia la zona de

trabajo.

Estudié el torno de arcilla, donde parecía haber una pieza sin terminar, varias esponjas y espátulas manchadas, junto a los cuencos de agua, que me imaginaba que eran para poder mantener la humedad.

—Sí, aquí están —contestó Alexander detrás de mí, colocando las manos en mi cintura—, pero quizá la explicación pueda esperar un poco, ¿no crees?

Me mordió con suavidad la oreja mientras colocaba una mano en mi estómago para juntar nuestros cuerpos. Se me escapó un gemido cuando su lengua me recorrió el cuello y su mano bajó con una clara intención.

Sonreí para mí antes de girarme y besarlo, contenta de no tener que hablar de las figuras extrañas que había visto. No era ninguna especialista en arte, pero algo me decía que Alexander todavía necesitaba tomar varias clases.

Sin embargo, en el arte del magreo estaba sacando sobresaliente. Se desabrochó la camisa permitiendo que mis manos avariciosas le recorrieran los abultados músculos, y fue guiándome hasta la cama, donde me dejó caer sobre el colchón.

Se inclinó para ayudarme a que me deshiciera de los tacones y luego comenzó a levantar la falda de mi vestido mientras se subía también a la cama, juntando nuestros cuerpos. Sus manos se aventuraron debajo y, cuando descubrió que no llevaba ropa interior, maldijo de una manera muy sexy.

Alexander parecía hambriento, pero en sus ojos brillaban las ganas de seguir jugando, y eso era algo a lo que yo no me iba a negar. ¿Quién no disfrutaba de unos buenos preliminares? Así que,

cuando se deshizo de los pantalones y se quedó con un bóxer oscuro, no dudó en caldear el ambiente aún más colocándose entre mis piernas, frotando su erección mientras las bocas volvían a bailar frenéticas.

Recorrí con manos ávidas su espalda ancha y gemí sin vergüenza cuando Alexander las capturó entre las suyas. Me besó de manera lánguida antes de inclinar mi cabeza para mordisquearme el cuello y acariciarlo con su lengua y sus labios carnosos, subiendo hasta mi oreja. Y ahí comenzó el declive.

La burbuja lujuriosa no se explotó de golpe, pero cuando su lengua se entretuvo de más en mi oreja y empezó a explorarla en exceso, me dio un poco de grima.

Al principio pensé que era por la emoción del momento, como esos primeros besos en los que, de las ganas, algún bocado se le puede escapar a alguien. Así que giré la cabeza para reconducir sus atenciones, pero de nuevo, tras unos cuantos besos más, volvió a inclinarme la cabeza, esa vez hacia el lado contrario.

Cuando sentí que volvía a pasearme la lengua por la oreja, volví de golpe a la realidad. ¿Qué le pasaba a aquel tío? ¿Le iban las orejas?

Joder, al final iba a llegar al tímpano.

Liberé las muñecas, que habían estado atrapadas, y le empujé con una sonrisa para alejarlo de mí. Alexander me respondió al gesto.

—¿Quieres ponerte encima? —propuso, sin darse cuenta de mi bajón, pero asentí.

Quizá en esa posición, claramente dominante, podía volver a centrarme. Además, él tendría poco acceso...

Mierda.

Fue ponerme encima de él, inclinarme para besarle y, sin que supiera cómo, el tío, de nuevo, localizó el lóbulo y lo atrapó entre los dientes.

Totalmente incómoda, me separé de él.

—¿Pasa algo?

—No me gusta que me toquen tanto las orejas —le dije, optando por la sinceridad.

Al final éramos adultos y no nos conocíamos para saber qué nos gustaba o qué no.

—Perfecto. Nada de orejas —murmuró él—. Estoy deseando quitarte este vestido.

Solté un gritito cuando, sin darme tregua, me volvió a lanzar contra el colchón. Me gustaba que fuera tan seguro y tuviera esa determinación. Además, esa vez le había dicho que no me tocara las orejas...

Su lengua entró en tropel en mi boca, de la misma forma que lo había estado haciendo con mis orejas. Pero ¿iqué!? ¿Qué hacía? No había sido así antes de desnudarse.

Tuve que volver a empujarle. Era eso o muerte por asfixia, y ese fetichismo no me iba lo más mínimo.

Alexander me lanzó lo que se suponía que era una mirada sexy, pero yo ya estaba en modo de supervivencia.

—¿Quieres ir más despacio? —Se separó tentativamente.

«Lo que quiero es irme a mi casa», dije para mí.

—Tengo que ir al baño un momento —me excusé.

No esperé a ver qué decía, me dirigí al aseo recolocándome el vestido.

Cuando vi mi reflejo en el espejo, suspiré. No tenía pinta de que aquella noche fuera a tener un final apoteósico.

Apoyé la cabeza sobre la puerta, derrotista, e intenté serenarme. Iba a salir del baño y vería qué hacer... Todo había empezado tan bien que de verdad que no entendía por qué de pronto parecía tentaculoman. Me acerqué al lavamanos para refrescarme. Con tanto meneo tenía la melena alborotada y, recordando cómo su lengua había jugado a los exploradores con mis orejas, no dudé ni un segundo en echarme un poco de agua también. Y no me daba con jabón por no tardar más de lo necesario.

Aquella situación era ridícula, pero una parte de mí tenía fe en que se arreglara.

Volví a salir y las sorpresas siguieron cuando, de pronto, no había rastro de Alexander.

¿Se había largado? Por un momento estuve tentada a imitarle, pero mi sensatez me calmó y deduje que seguramente había ido a por alguna bebida o a otro baño.

Caminé hacia su zona de trabajo para hacer tiempo y empecé a examinar las piezas amorfas de arcilla que imaginaba que pretendían ser esculturas abstractas. Podía pensar que eran piezas inacabadas, no más altas de unos cincuenta centímetros, pero, claro, algunas ya estaban secas e incluso podía apreciar que estaba intentando ponerles color y textura.

Me agaché para examinar la que estaba en el torno, incluso me animé a tocarla con suavidad para apreciar que efectivamente la arcilla se mantenía húmeda, quizá gracias a la atención de uno de sus guardaespaldas.

No pude evitar sonreír al imaginarme a alguno de esos gorilas preocupados por ello.

—Hola —saludó de pronto Alexander volviendo a aparecer en escena con dos copas en la mano.

Me levanté como por un resorte.

—Hola —respondí.

Él se aproximó despacio, con esa mirada que antes me había parecido tan magnética, vestido únicamente con la ropa interior.

—He traído unas copas de champán, por si te apetece —me ofreció, pero negué con la cabeza.

—Muchas gracias, pero estoy bien.

—Estás perfecta —casi me interrumpió, susurrándolo sobre mis labios.

Mi primer impulso fue ponerme tensa, esperando el ataque lengüeril en cualquier momento, pero parecía que estaba calmado y volvía a besarme como una persona normal.

Sí, parecía, ya no afirmaba nada.

—Eres perfecta —repitió, bajando las manos por mi cintura hasta mi culo—. Inspiradora.

Me guio hasta girarme, apoyando mi espalda contra su pecho desnudo, y sus manos recorrieron mi cuerpo.

Cerré los ojos, buscando desesperada ese calentón que parecía haberme abandonado, pero los abrí de golpe cuando un zumbido suave y constante sonó delante de nosotros.

—¿Has encendido...?

—¡Shhh! —Me hizo callar bajando las manos por mis brazos para guiarme hacia el puñetero torno de arcilla que giraba frente a

nosotros—. ¿No te parece de lo más sensual acariciar esta figura, darle tu toque, antes de terminar haciendo el amor?

Susurró ronco, dirigiendo mis manos hacia ese trozo amorfo de barro que ni loca pensaba tocar con la manicura recién hecha. El colmo fue notar sus labios recorriendo mi cuello en dirección a la zona prohibida. Me separé de él bruscamente, evitando por los pelos que mi vestido se manchara.

Tenía que salir de allí.

—Un momento —dije, alejándome de él.

Cogí el bolso de camino al baño y, en cuanto cerré la puerta, busqué mi móvil, apartando las bragas de encaje a un lado.

Lo que me faltaba era perderlas en aquella *suite*, aunque, de hecho, ¿para qué seguir sin ellas? Abrí el bolsito más ampliamente para sacarlas, quitando del medio la invitación de la exposición, cuando me di cuenta de un *peculiar* detalle.

Era un sobre rojo.

RO-JO.

No me sonaba haber visto más sobres de ese color...

—Mierda, mierda —susurré, abriéndolo y descubriendo lo que en realidad era mi supuesta invitación.

Disfruta de la velada, querida.

Con amor,

Rose

XOXO.

Aquella mujer iba a terminar matándome.

Maldije con la mala leche burbujeándome por dentro. La que iba a cometer un asesinato aquella noche iba a ser yo.

¡Maldita Cupido!

Como pillase el puñetero teléfono rojo, se lo estampaba en la cabeza.

¿Qué demonios iba a hacer? Tenía que salir de allí como fuera.

De pronto, por arte de magia, apareció el teléfono rojo y las palabras emergencias del amor cobraron todo el significado. Sin titubear, lo descolgué y, como había sospechado, dio tono directo. Era una marcación rápida a...

—Querida —respondió Miss Fire.

—¿Me puedes explicar por qué estoy en el baño de la *suite* de un tío con una lengua asesina? —fue mi saludo en un susurro cabreado.

—Anne, estás en el baño porque tú quieres. Te puedo asegurar que él está más que preparado para continuar.

Su respuesta me provocó un tic en el ojo.

—Veo que ignoras la parte de la lengua asesina.

—Por favor, mujer —hasta podía verla poniendo los ojos en blanco —, es un pequeño detalle de nada.

—Rose, ¿pequeño detalle de nada? —Sujeté con fuerza el auricular intentando controlar el tono de voz—. Casi me perfora el tímpano, por no hablar de...

—Querida, sacas todo tan de contexto... —me interrumpió Rose—. El pobre está emocionado.

—¿Emocionado? Si se pone así cuando todavía no me ha quitado la ropa, no me quiero imaginar cómo folla.

—Qué exagerada.

—Rose, *por favor* —enfaticé—, sácame de aquí.

—¿No te das cuenta de que solo te fijas en lo malo? Ni un comentario del momentazo a lo *Ghost*...

Me sacaba de mis casillas. Si es que tendría que haberme dado cuenta de su sello de identidad en cuanto encendió el torno.

—Haznos el favor de dejar de tomar películas cutres como referencia.

Al otro lado de la línea oí un jadeo escandalizado.

—¿¡Cutres?! ¡Retíralo! —dijo Miss Fire indignada.

Iba a responder cuando llamaron a la puerta del baño con suavidad y el teléfono se desvaneció en el aire al instante.

—¿Anne? ¿Estás bien? —preguntó Alexander.

Tenía que ser una broma. Seguro que me estaban grabando.

Suspirando, me acerqué a la puerta para abrirla, y el heredero no tardó en apoyarse de manera sexy contra la jamba.

Odiaba que fuera tan atractivo y que tuviera ese magnetismo. Su oscura mirada volvió a recorrerme entera y, por un momento, un instante de debilidad, mis hormonas decidieron que podíamos darle otra oportunidad.

Entonces Alexander alzó una mano, en la que sostenía unas páginas impresas.

—¿Qué es eso? —dije cuando me las tendió.

—Algo protocolario, no es nada personal. Espero que lo entiendas.

No pude evitar la expresión de sorpresa al echar un vistazo y volví a centrarme en el macizo europeo de lengua larga que se había alejado para dar un trago a su copa.

—¿Esto es un acuerdo de confidencialidad? ¿De verdad? —solté incrédula.

Definitivamente, desde que Miss Fire había entrado en mi vida, esta se había convertido en una sucesión de momentos surrealistas.

—Sí, ya sabes: dada mi posición, no puedo permitirme no hacerlo. Es para proteger tanto mi privacidad como la tuya. Léelo con calma. Piensa que, así, podremos seguir viéndonos.

—Seguir viéndonos —repetí como ida, volviendo a mirar el acuerdo.

No pensaba volver a ver a ese tío nunca más. A saber qué narices hacía para tener que firmar un acuerdo. Ni loca.

—Voy a tener que irme —dije entonces, moviendo el móvil como si me acabara de llegar un mensaje de alguien a quien no podía ignorar.

Alexander se sorprendió, pero después sonrió lentamente y se acercó de nuevo con aire sensual.

—¿De veras? No será que te pongo nerviosa, ¿no? —dijo, pasándome los brazos por la cintura—. Te prometo que lo del acuerdo es algo muy rutinario y común dentro de mi mundo.

«Lo que me pones es enferma», pensé, aunque me lo guardé para mí.

—De veras, es una urgencia que no puedo ignorar —insistí.

—¿A las doce de la noche?

Su sonrisa se esfumó cuando vio cómo me escabullía de sus brazos y volvía a calzarme.

—Es lo que tienen las urgencias. Son inesperadas, ya sabes. En fin, te diría que un placer, pero mejor dejémoslo en desearte mucha suerte con tu arte.

Y, sin esperar respuesta, salí de la *suite*, despidiéndome de los seguratas.

Veinte minutos más tarde, entré en mi piso como una exhalación, directa al ofensivo teléfono rojo. No sonó más de una vez:

—Mañana en mi apartamento a las ocho. El desayuno lo pongo yo.

17

A las ocho en punto, Miss Fire apareció enfundada en un traje pantalón rojo y con el ceño fruncido, gesto que tendría que estar tatuado en mi rostro y no en el suyo.

Miró con escepticismo las dos tazas de café *espresso* que tenía preparadas y se dirigió con una confianza pasmosa a mi nevera para sacar la leche.

—Te he preparado leche caliente. La tienes en la jarrita —señalé; la había colocado junto al azucarero.

—Me gusta fría —contestó sin disimular su gesto indignado.

—¿Encima estás tú enfadada? —solté sorprendida.

Rose me ignoró centrándose en echar un largo chorro de leche en su taza y dos, tres... cuatro terrones de azúcar.

—¿Sabes que el azúcar mata? —dejé caer.

—No si lo haces tú antes con tanto disgusto que me das —contestó teatralmente, removiendo su bebida antes de sentarse en uno de los taburetes de la barra y dar un sorbo.

Controlé mi expresión porque era preciso que tuviéramos una conversación seria. Lo que había sucedido la noche anterior con Alexander...

—Bien —carraspeé—. ¿Por dónde empezamos?

—Sí, empecemos. De hecho, empiezo yo: así es imposible trabajar. Cuestionas mis métodos y pones trabas a todas mis propuestas, y, lo

peor —¿eso que acababa de ver en su labio era un temblor cercano a un puchero?—, es que te permites criticarlo todo cuando claramente la que lo echa a perder eres tú.

Abrí la boca, pero luego la cerré. Aquella mujer era imposible.

—Así que no tienes nada que decir —interpretó erróneamente mi gesto.

—No, claro que tengo algo que decir, pero es tanto que necesito reorganizar los comentarios.

Rose se cruzó de brazos.

—Esto es tremendo. Espeluznante, diría —dejó la taza de lado y estudió las tostadas de pan de centeno y aguacate.

—¿Alexander? ¿Henry? ¿Ethan? Sí, estoy contigo. Son espeluznantes.

—Por favor. Estás negada en redondo a tener la mente abierta hacia alguno de los candidatos.

—¿Candidatos? ¿De verdad los consideras una buena opción para mí? Empiezo a dudar que de verdad seas una experta en el amor —solté más para mí que para ella.

La ofensa cruzó su rostro y, por un momento, llegué a pensar que ya estaba. Había cruzado el límite y se iba a dar por vencida conmigo. Pero Rose, de pronto, sonrió. Una sonrisa parecida a la de una hiena.

Se inclinó hacia delante, hacia mí.

—Sé lo que estás haciendo. Quieres espantarme, pero no lo vas a conseguir, señorita. Estoy cerca de tu candidato ideal. Lo sé. *Lo siento*.

—De lo que estás cerca es de procurarme una jaqueca crónica —me quejé—. No estás cerca de nada, Rose. Déjalo. Céntrate en tus

otros clientes, elegidos, como quieras llamarlos, y a mí déjame. Solo quiero pasármelo bien y, desde que has aparecido, no lo estoy haciendo.

Rose se levantó sin borrar su sonrisa, sacando de uno de los bolsillos de su chaqueta una libretita y un boli; rojos, por supuesto.

—Moreno, más alto que tú. Seguro de sí mismo, una pizquinina aventurero. Valiente. Bueno en la cama, bien dotado —Rose levantó la mirada de la lista y me guiñó el ojo—, esto quizá lo he añadido yo. Porque, créeme, digan lo que digan, el tamaño la gran mayoría de las veces sí que importa. De nada.

Solté un quejido resignado, pero ella volvió a centrarse en la lista para continuar leyéndola.

—Leal, familiar, que te haga reír... Estos son los atributos de tu hombre ideal. Tu lista de requerimientos. Y, Anne, estoy siguiéndola.

—¿Lista? Yo no tengo ninguna lista. —La miré alucinada e intenté quitarle el dichoso bloc, pero, por supuesto, no lo conseguí.

Lo guardó antes de que pudiera ver ni una sola palabra apuntada.

—Créeme, cielo, todos tenemos una.

Salió de la cocina y comenzó a recorrer el apartamento. Sin dudarlo, fui detrás de ella.

—Rose, sinceramente, ¿y si te tomas unas vacaciones? —propuse viendo que estudiaba mi colección de vinilos.

Solía comprar uno en cada ciudad que visitaba, una costumbre que adquirí en mi adolescencia.

—Anne, tienes que entender algo. Vivo por y para el amor, y mi mayor satisfacción va a ser verte enamorada.

Controlé el tic en el ojo.

—Y deja de poner esa cara como si fueras a vomitar —me regañó, dirigiéndose a mi dormitorio.

La perseguí recelosa cuando se metió en mi vestidor.

—Deberías probar un poquito de color —dejó caer al examinar mi selección de vestidos.

—Y tú probar otros —pinché.

Cupido sonrió, pero no despegó la mirada de mis baldas hasta que dio con lo que buscaba. La tía debía de tener un radar.

—¡Aja! —sonrió triunfal cuando abrió el cajón de ropa interior—. ¡Lo sabía! —sacó uno de mis sujetadores preferidos de encaje blanco—. Cero color; son bonitos, diría que incluso sexis, pero...

Torció el gesto con una expresión de desencanto.

—Deja de meterte con mi ropa interior —solté, incrédula, al tiempo que la apartaba y cerraba el cajón.

Rose se atusó su corta melena y, antes de salir de mi vestidor, me guiñó un ojo.

—Ahora está mucho mejor.

Aquella frase me sonó aterradora. Mi fuero interno me advirtió de que había hecho algo.

Abrí el cajón y grité cuando lo descubrí.

—¡Rose! —Cogí el corsé de lencería que antes era de un precioso y elegante negro, y ahora...

—Dime, querida.

Pestañeó encantadoramente hacia mí cuando llegué al salón con varias prendas de lencería roja.

—Has cambiado el color de mi ropa interior —controlé el chillido.

—Así es. Creo que hay que meter un poquito de pasión en tu vida. Tienes treinta años, no cincuenta. Diviértete un poco.

Iba a cometer un homicidio.

—Por favor, devuélveles el color, no necesito que todo sea rojo. ¡Joder! —solté cuando llamaron al timbre.

No era el telefonillo del portal, sino la puerta principal.

Estaba tan cabreada que ni pensé. Abrí como la loca desquiciada en la que me estaba convirtiendo por culpa de Cupido y me topé con Finn.

—Eh... ¿Hola? —saludó, y sus ojos se dirigieron a las prendas que todavía sujetaba—. Creo que vengo en un mal momento.

—Perdona, no, es que... —Me giré para lanzar el corsé y el tanga lejos, fuera del campo de visión de mi vecino, cuyo rostro no ocultaba muy bien la curiosidad.

—Yo ya me iba. —Apareció Rose, toda exultante—. Querida, se te ha debido de caer esto.

Y la sinvergüenza me pasó unas bragas de encaje rojo delante de Finn, que abrió los ojos como platos.

—Uy, tienes visita. —Miss Fire le miró haciéndose la sorprendida en una actuación pésima que ni en las series B—. ¿Tú eres...?

—Disculpe, sí —tosió—, soy Finn Langley. —Se inclinó para estrechar la mano de Rose, que le sonrió ladina.

—Ah, sí, el vecino. Próxima conquista de su amiga Ivy.

Finn me miró entre extrañado y divertido, y yo tuve unas ganas locas de asfixiarla con el tanga o la braga que me pillara más a mano.

—Interesante —continuó Rose sin cortarse un pelo, mirándole de arriba abajo—. Muy interesante. Haréis buen *match*.

—¡Rose! —la regañé, y Cupido se giró hacia mí.

—¿Qué? Para una vez que escoges bien... —dejó caer antes de volver a girarse a mi vecino—. Es que la pobre tiene buen ojo para los demás, pero para ella... —Torció el gesto, dándole una explicación más que innecesaria e irreal—. Para ella es muy pejiguera, ¿sabes?

—Vaya —contestó Finn, que ya no ocultaba la sonrisa.

—Bueno, Rose, ya te ibas. —La empujé con suavidad, y Cupido le guiñó un ojo, coqueta, a Finn, al que se le escapó una sonrisilla.

—Un placer, querido.

—Lo mismo digo —se despidió el inglés.

—Anne, nos vemos en nada —oí que decía Rose, sin girarse, mientras entraba en el ascensor por fin.

—¿Tu madre? —quiso saber mi vecino en cuanto las puertas se cerraron.

—Qué va, una clienta. Una muy intensa.

Finn se dio la vuelta para mirarme.

—Nunca has llegado a explicarme bien a qué te dedicas. En la fiesta de los vecinos dijiste que ayudabas a mejorar los perfiles de los profesionales o algo así, ¿no?

—Algo así. ¿Quieres pasar? —pregunté sin pensar mientras localizaba otro sujetador rojo enganchado en el pomo interior de la puerta principal.

No sabía si podía asesinarla, pero estaba cerca de averiguarlo.

Si Finn llegó a aceptar la invitación, no lo registré, pero le arrastré para dentro mientras recogía el puñetero sujetador y las siguientes piezas de ropa interior roja que fui encontrándome.

—Soy experta en imagen y marca personal —dije, retomando nuestra conversación.

—¿Y eso es...? ¿Estabais en una consulta temática o algo así? —tanteó Finn.

—No, ¿por qué lo dices? —pregunté, girándome hacia él. Enseguida lo entendí.

Me había seguido hacia la cocina y, antes de sentarse en uno de los taburetes de la barra, al otro lado de la isla, se había topado con otro conjunto de ropa interior roja.

—Dios, perdón. —Casi salté para quitarle el diminuto trozo de tela que reconocí como uno de mis *bodies* de encaje favoritos, ahora mancillado en color rojo—. Ha sido Rose... Tiene algo con el color rojo y le ha parecido divertido traerme ropa interior de todo tipo. —Cogí aire, viendo cómo todo lo que estaba diciendo carecía de sentido—. En fin, ¿quieres café o algo?

Estaba planteándome si hacerme yo otro cuando fui consciente de que mi vecino estaba en mi cocina.

Me volví hacia él.

—Eh, perdona, pero ¿qué haces aquí?

Finn se rio y me di cuenta de que había sonado demasiado brusca.

—Me refiero a que creo que te he obligado a entrar, pero habías llamado a la puerta. Necesitabas algo —aclaré.

—Sí, había llamado, pero con todo esto se me había olvidado. Venía a ver si tenías sal.

—¿Sal? —repetí sin entenderlo.

—Sí, sal. El condimento.

Estaba claro que aquella mañana a mis neuronas les estaba costando entender las cosas, o tal vez era desde que Miss Fire había entrado en mi vida y la había puesto patas arriba.

—¿Vienes a mi piso a pedirme sal? —repetí para asegurarme.

—Haces que suene raro. —Finn se rio pasándose la mano distraída por el pelo corto—. ¿Es que nunca has pedido sal o azúcar a tus vecinos?

—¿Teniendo un supermercado? No —contesté con sinceridad.

—Me refiero en situaciones de urgencia como la mía.

Enarqué una ceja.

—Sí, te veo en una situación urgente.

Finn sacudió la cabeza divertido. No es que quisiera picarle, es que en mi vida había pedido nada a mis vecinos.

—No me da tiempo a ir al súper, estoy en pleno guiso y...

—¿Preparando un guiso por la mañana? ¿A quién quieres impresionar? —bromeé, cortándole.

Me dedicó una de sus sonrisas desvergonzadas, de esas que ya comenzaba a conocer de nuestras conversaciones.

—La verdad es que sí, la idea es impresionar a alguien —confesó sorprendiéndome.

—Oh, vaya. Bien. Espero que lo hagas —dije, sin saber muy bien qué contestar.

Volví a lo de la sal.

—Toma, puedes llevártela toda. —Le tendí el bote.

No tenía tanta confianza con él como para preguntarle a quién. Si no lo contaba, no iba a ser yo quien preguntara.

—En cuanto termine, te la traigo —prometió, cogiéndola y levantándose del taburete.

—No hay prisa, pasaré el día fuera de casa, no te preocupes —aseguré, siguiendo sus pasos fuera de la cocina.

—¿Ya has vuelto entonces al trabajo? —dedujo por mi comentario.

—Realmente no. Oficialmente vuelvo en septiembre, pero Rose... Es una clienta un tanto peculiar a la que tengo que hacer caso.

Qué le iba a decir. Me caía tan bien como para no querer que me tomara por loca.

—Bueno, parece que no te aburres con ella, y aún queda semana y media para septiembre. Por desgracia para todos.

Por la forma en que lo dijo, me dio la impresión de que se estaba guardando algún comentario más, pero no veía bien intentar sonsacárselo.

—¿Seguro que no quieres un café? —insistí mientras recorríamos el salón y yo capturaba otro trozo de encaje rojo.

—No, de verdad, gracias —declinó la oferta—. Tengo que ponerme al lío. Ya sabes, el guiso.

—Cierto, espero que impresiones con él.

Nos dirigimos al rellano, Finn sin molestarse en ocultar que estaba cotilleando todo cuanto podía.

—Entiendo que la señora Davies quiera quedarse con el piso. Tiene mogollón de luz —se rio.

—¿En serio? ¿También tú? —adiviné al ser testigo de su risa.

—A ver, mira esto —señaló nuestro alrededor—: No me culpes si quiero entrar en el club de intentar que te enamores para que te mudes y hacerme con él.

No pude evitarlo, me reí de su absurdo comentario.

—De verdad, te sugiero que no entres ahí.

—¿Es que entonces es verdad? ¿Hay un club?

—Ni te imaginas la de gente que hay en él.

«Y quién lo capitanea», añadí, aunque ese comentario me lo guardé para mí.

Finn esperó a que abriera la puerta y, cuando lo hice, sus ojos castaños se encontraron con los míos.

—¿Entonces? ¿Nuestro enamorado de las margaritas no ha tenido éxito finalmente?

—Te marcaron las margaritas, ¿eh? —sonreí, sujetando la puerta y apoyándome de manera relajada en ella.

Finn soltó una carcajada corta que pronunció mi sonrisa.

—No es algo que vaya a olvidar con facilidad. —Hice el amago de despedirme, pero de pronto soltó un comentario que me dejó congelada—. Le has hablado a Rose de mí.

Le miré sorprendida. Por supuesto que no podía decirle que realmente no le había hablado de él, que lo que ocurría era que esa mujer era Cupido y, en torno al tema de las relaciones, no se le escapaba una.

—Quizá le comenté algo, sí.

Sus ojos me buscaron y algo en la forma en la que me miró hizo que soltara a bocajarro:

—Está de acuerdo conmigo en que Ivy y tú pegáis. Mucho.

Una lenta sonrisa se tatuó en sus labios. No me había fijado en que tuvieran tan marcado el arco de cupido o que ese detalle en un hombre me resultara... sexy.

—Ivy, ¿no? —La sonrisa se acentuó y sentí como de pronto me sujetaba con fuerza al manillar de la puerta—. Estoy deseando conocerla, Anne.

Y, sin más, Finn me dedicó un asentimiento de cabeza para alejarse, bajando por las escaleras en vez de esperar el ascensor, y supe que, si hubiera hecho lo último, me habría asomado por la mirilla para estudiarle.

¿Qué había pasado?

Miss Fire me estaba volviendo loca, eso era lo que sucedía. Pero aquel extraño momento también me hizo caer en que, si quería presentarle a Ivy a mi vecino, todavía no le había hablado de él.

18

La rutina finalmente llegó.

Con el paso de las semanas, llegamos a septiembre y por fin me vi envuelta en nuevos proyectos con nuevos clientes, aunque eso no sirvió para alejar ni serenar el torbellino Miss Fire.

Cupido había decidido tomar las riendas por todo lo alto y, desde el desafortunado encuentro con Alexander van de Lengua Mortal, como habíamos decidido bautizarle Ivy y yo, no pararon los encontronazos fortuitos de posibles candidatos, que desechaba ya sin despeinarme por su absurdez, con el correspondiente desespero de Rose.

La tía no tiraba la toalla, pero ese no era el mayor de mis problemas. Para sorpresa de nadie, las intervenciones de Cupido habían repercutido seriamente en mi vida sexual.

Hacía ya meses, ME-SES, que no me acostaba con nadie, y, como Ivy decía, cachondeándose de mí, me había convertido en una olla exprés.

—No tendrías que haber desechado a Lengua Mortal —decía una tarde ya fresca por la bajada de las temperaturas, en la cafetería de al lado de mi oficina.

—Por favor. —Simulé un escalofrío mientras le tendía la nueva nota romántica de Chad, que continuaba trabajando allí, para que la guardara en su colección.

Parecía ser el único al que le había venido bien la intervención de Miss Fire, pues había conseguido un puesto indefinido en NERO a pesar de que Kelly se había reincorporado de su baja.

La aparición de Chad había aumentado la clientela femenina, que estaba cautivada por el aire bohemio de esos ojos de cachorro triste que siempre me dedicaba, aunque me habían chivado que no era la única a la que le destinaba frases románticas.

—Mira, te lo tendrías que haber tirado, Anne. Habrías relajado toda esa tensión acumulada que da mala vibra a tu alrededor. Hasta yo siento la presión —comentó Ivy antes de dar un sorbo a su café.

—Me habría gustado haberte visto ahí. Ya te aseguro que habrías aguantado mucho menos que yo.

—Es que estás que no levantas cabeza. ¿Por qué no tiras de agenda? Algún ligue anterior, solo para quitarte el picorcillo.

La fulminé con la mirada cuando soltó eso en público, aunque nadie parecía atento a nuestra conversación.

—No soy un animal irracional que no pueda gestionar la situación. Además, son solo tres meses.

—En ti, una barbaridad. En fin, vale, no quieres repetir, ¿y Henry? Sigue escribiéndote de vez en cuando y no te acostaste con él. Era atractivo...

—Hasta que abrió la boca más de la cuenta y vi su personalidad.

—Es solo acostarte con él, no ser la madre de sus cien retoños... —dejó caer Ivy con una sonrisilla.

La sinvergüenza estaba radiante porque había tenido una corta y tórrida aventura con un surfista de California durante sus últimos días de vacaciones, un chaval al que no volvería a ver, pero que le

había dado una cantidad ingente de «orgasmos reparadores para el alma», palabras textuales.

Iba a soltar un comentario mordaz cuando notamos un revuelo en la cafetería muy fuera de lo normal, tanto que Ivy y yo nos giramos para ver cómo las chicas se dirigían en tropel hacia la esquina detrás de la barra, mirando a la calle a través del escaparate.

—Ya está aquí —anunció Kelly emocionada.

—¿Ya está aquí quién? —se interesó Ivy, levantándose para descubrir el motivo del revuelo de las baristas.

La cafetería estaba prácticamente desierta. Eran las cinco de la tarde y, como últimamente la calle estaba repleta de obras, había repercutido un poco en la clientela. Nos habían dicho que solo quedaba una semana para terminar la reparación que estaban haciendo en la acera, así que tampoco era algo preocupante.

—¿A quién miráis? —pregunté cuando llegué a donde estaban todas poniéndose de puntillas para tener una mejor vista del exterior.

—Ha vuelto —explicó Addison, mordiéndose el labio.

—Por favor, chicas, no es para tanto —refunfuñó Chad, que no se había movido de su puesto, mientras terminaba de limpiar los utensilios de las cafeteras.

—¿Cómo que no? —saltó Lucy, otra de las baristas más jóvenes del grupo.

—¿A qué estamos mirando exactamente? —insistió Ivy, colocándose al lado de Catherine, que comenzó a reírse como una quinceañera.

—A este monumento.

Muy convenientemente, «I just want to make love to you», de Etta James, comenzó a sonar en el hilo musical de la cafetería.

—Pero ¿qué...?

Empezó Ivy, pero dejó de hablar enseguida.

De pronto, en nuestro campo visual entró uno de los obreros, ajeno al revuelo que había a escasos metros de distancia.

Se quitó el casco de la obra para limpiarse el sudor mientras hablaba con uno de sus compañeros.

—Dios mío —oí decir a mi amiga cuando él sonrió por algo que había dicho su colega.

Y es que sí.

Era *muy* atractivo. Y con un cuerpazo. Comprobado porque, sin que entendiera muy bien el motivo, se quitó la camiseta antes de dar un trago a la botella de agua, con algunas gotas bajando por el cuello y resbalándole por los marcados pectorales, dándonos una estampa digna del calendario de bomberos.

Por Dios, solo le faltaba el fuego detrás.

—Vaya tableta de chocolate —murmuró Lucy, que había apoyado las manos en el cristal, embobada. Como todas, no lo iba a negar.

—Es un pedazo de bombón —oí decir a Addison—. Y tiene la misma rutina. Sobre las cinco y media hace parón para refrescarse.

—Señor... —jadeó Kelly.

—Por favor. —Era Chad, que se había unido, haciéndose también un hueco, para mirar al obrero—. Repito, no es para tanto.

—Anda, Chad, cállate un mes. Estamos admirando a este dios griego —dijo Lucy.

—¿Le habéis invitado a tomar algo? —preguntó Ivy, y la respuesta que recibió fueron varias risitas.

—Mejor dejarlo en algo platónico. Luego hablan y todo se estropea —bromeó Addison.

—Vaya, chicas, ¿qué miráis? —preguntó entonces una voz que conocía bien.

Demasiado.

Me obligué a apartar los ojos del obrero cañón para ver a Miss Fire con una sonrisilla.

—¿Admirando las obras? —soltó mordaz, y a mí cualquier encanto se me desinfló, en especial cuando siguió hablando—. Iba a entrar cuando me he topado con esto.

Y colocó delante de ella un letrero como los que ponían para avisar de que el suelo estaba mojado, pero en ese caso era completamente rojo y en mayúsculas negras se podía leer: precaución. puedes enamorarte, junto al dibujo de un corazón con un monigote que simulaba que se resbalaba.

—Trae aquí. —Se lo arrebaté antes de que alguna lo viera.

La mala leche había vuelto a ganar terreno.

—Ivy, me voy ya a la oficina, tengo bastante papeleo que hacer —dije, despidiéndome de todas mientras ellas seguían centradas en el obrero, ese al que no pensaba mirar ni un segundo más.



El problema de la situación con Rose era que, como había advertido Ivy, estaba llegando a un punto en el que lo veía todo sexualizado.

Tanta era la necesidad que me había enganchado a los audiolibros de *romantasy*, y nunca admitiría que, en más de una ocasión, había tenido que detenerlos, completamente excitada por las profundas

voces de los actores, y había tenido que buscar el correspondiente alivio manual.

Y, a ver, siendo sincera, nadie mejor que una misma para buscar un poco de placer, pero tampoco nos íbamos a engañar: estaba necesitada de sentir otro cuerpo duro contra el mío, con su calor, jadeos y respiraciones entrecortadas...

Estaba siendo un infierno.

Incluso me había hecho un pedido para actualizar mi vibrador de confianza por uno con...

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por otro problemilla que Cupido había desencadenado: estaba en mi apartamento después de un día largo y agotador, preparada para darme un baño relajante, terminar el último audiolibro que estaba devorando y quizá proponer a nuestro grupo de amigos salir a cenar o tomar unas copas cuando por la ventana del baño, que daba al jardín privado trasero, vi a Finn.

Y no tendría que suponer nada ver a mi vecino del segundo. Me lo había cruzado en incontables ocasiones. Pero, claro. Ahora... *Ahora* estaba como estaba, y descubrir que terminaba sus sesiones de *running* con algunos entrenamientos en el jardín privado era peligrosamente adictivo para mis puñeteras hormonas revolucionadas, porque, aunque las temperaturas habían bajado, todavía quedaba una brizna del verano y el calor hacía que mi vecino entrenara sin camiseta.

Y no se le podía culpar, porque, ¿quién en su sano juicio no entrenaría a torso descubierto si tuviera esos pectorales, ese abdomen...? Por no hablar de su espalda; joder, hasta los hombros eran llamativos. ¿Y las venas de los brazos?

Joder. Hacía demasiado calor en el baño. Tenía que darme una ducha bien fría para quitarme la tontería y dejar de espiar a mi vecino mientras hacía dominadas.

Por Dios, ¡lo iba a emparejar con Ivy! Ya le había hablado de mi amiga y parecía que había captado su interés, así que tenía que poner fin a aquel calentón demencial. ¡Podía estar hablado de mi futuro cuñado!

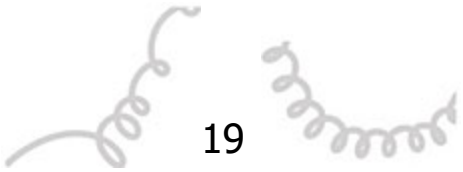
Cogiendo aire, me alejé de la ventana y abrí el grifo del agua fría.

Finn era perfecto para Ivy. Perfectos el uno para el otro. Hasta Cupido lo había dicho.

Sin mayores preámbulos, me desnudé y me metí bajo el agua en el mismo instante en que llamaron al timbre.

Maldije y estuve tentada de hacerme la sorda, pero mi lado más racional me hizo salir, enroscarme en la toalla y mirar el móvil, en cuya pantalla aparecía quién llamaba en el portal.

En qué maldito momento.



19

—¿Ivy? —pregunté—. ¿Qué haces...?

—¡Sorpresa! Me aburría y he traído suministros. —Mostró a la cámara una botella de vino y una bolsa de papel con lo que me imaginaba que sería la cena.

—Anda, pasa, pero estoy en la ducha —dije, abriéndole con una sonrisa.

Cuando salí, mi mejor amiga tenía ya la cocina hecha una leonera. Había sacado las bandejas de sushi que había comprado, estaba preparando las diferentes salsas y, por lo que veía, luchando contra mis cajones.

—¿Buscas algo? —pregunté, haciendo la vista gorda al desorden.

—¿No tenías palillos? Se me ha olvidado pedirlos, qué faena. ¿Y copas? La botella de vino me ha parecido monísima y he dicho, ¿por qué no?

Me sonrió con malicia, enseñándome la botella de color rosa con dibujos tipo garabatos, lo que efectivamente para Ivy era como la luz para una polilla.

—Esperemos que esté decente.

—Tranquila, he traído a tu amigo Moët también —dijo con ojos pillos.

—Bueno, champán caro, sushi, ¿qué celebramos? —comenté intrigada.

—Nuestra amistad, por supuesto. Me apetecía sushi, estaba cerca de aquí y he dicho: voy a hacerle una visita a mi mejor amiga. No me sonaba que tuvieras ningún plan. Podemos ver alguna peli de esas que tanto te gustan.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y si probamos un género diferente? —propuse, porque sabía que Ivy se refería a tragarnos una de sus adoradas comedias románticas.

—Mira, no.

—Pero son previsibles desde el minuto uno —me quejé mientras le tendía los palillos.

—Por eso me encantan. Me dan lo que quiero sin sobresaltos. ¿Para qué llevarme un disgusto? Y paso de estar noches sin dormir por ver alguna de tus películas de miedo.

—Lo que tú digas —concedí, ayudándola a poner la mesa improvisada.

—Además, he guardado las tartas de queso en la nevera para cuando llegue el momento ruptura del tercer acto.

—¿Las tartas? —pregunté, aunque lo que no me atrevía era a preguntar qué era eso del acto.

—Sí, he comprado porciones de diferentes sabores...

Pero no pude saber de qué las había escogido porque, de pronto, llamaron a la puerta.

—¿Esperas visita? —me miró intrigada.

—Para nada —contesté, dirigiéndome a la puerta.

Abrí mientras Ivy continuaba abriendo y cerrando cajones en busca de a saber qué, y la sorpresa fue descubrir a Finn en la puerta.

—Hola —dije sin ocultar mi sorpresa, pero sí mi culpabilidad, porque llegaba directo de su sesión de entrenamiento, de la que yo había sido muy consciente.

Por lo menos llevaba una camiseta puesta, aunque podía notar cómo se le pegaba en la piel por el sudor y...

«Anne, céntrate», me regañé.

—Perdona, pero es que, si no, veía que se me pasaba otra vez. Hace unos días me dejaron por equivocación este paquete. —Finn me tendió el bulto, que enseguida supe identificar.

Mierda.

No era una persona vergonzosa, pero sentí toda la fuerza de la sangre golpeándome las mejillas, porque el paquete que Finn me tendía no era otro que el de mi nuevo vibrador. Ya decía que estaba tardando en llegar...

—Anne, ¿quién es? ¿Por qué tardas...? Oh, hola —dijo Ivy, que llegó hasta mí y saludó a Finn sin ocultar su curiosidad ni el repaso que le hizo.

—Hola —repitió este sin borrar la sonrisa, pero dio un paso atrás, haciendo el amago de irse—. Yo ya me iba.

—¿Eres Flynn? —probó suerte Ivy, y yo me tensé a su lado.

No era el maldito momento para las presentaciones. Vale que los envíos de los juguetes sexuales eran muy discretos, pero no dejaba de ser un momento incómodo, por lo menos para mí. Necesitaba ocultar el paquete, pero, claro, Ivy seguía siendo Ivy.

—Finn —corrigió este de manera educada.

—Y, Finn, ¿tienes plan esta noche? He comprado una cantidad ingente de sushi que no vamos a poder terminarnos. ¿Quieres unirte?

Mi amiga le soltó una de sus miradas encantadoras, marca de la casa.

—No quiero molestaros... —se excusó el inglés con una manera muy elegante de declinar la invitación a la par que yo también intervenía.

—Me imagino que tiene cosas mejores que hacer.

—Eso nos lo tendrá que decir él, ¿no crees? —intervino Ivy, que de pronto parecía muy interesada—. Venga, Finn, no es molestia. Si te apetece, estás más que invitado.

Los ojos castaños de mi vecino me buscaron y una urgencia inusitada me hizo soltar a bocajarro:

—Ella es Ivy.

La diversión le recorrió el rostro, que volvió a centrarse en mi amiga.

—Está bien, me ducho y subo. Ahora nos vemos.

Ivy cerró la puerta cuando Finn desapareció por las escaleras, y se apoyó en esta con cara de asombro.

—¿Este es el vecino que querías presentarme?

—Así es.

—Amiga, te quiero. ¡Está como un tren! —soltó al tiempo que se ponía de puntillas para cotillear por la mirilla—. Qué callado te lo tenías.

—¿Callado? Te lo dije enseguida.

«Aunque sí que te has callado lo de sus sesiones de entrenamiento». Alejé mis acusatorios pensamientos y llamé la atención de Ivy.

—Anda, deja eso, ya no está en el relleno. Vuelve aquí y ayúdame a preparar la mesa del comedor. Me niego a cenar en la barra.

Giré mis pasos hacia la cocina, pero ella me interceptó.

—Creo que debería cambiarme. ¿Me dejas algún vestido o algo que sugiera lo disponible, sexy y divertida que soy?

—Por favor —dejé el paquete un momento en la encimera para mirarla—, no vas a cambiarte. Vas perfecta con tus vaqueros. Además, piénsalo: quedaría rarísimo que de pronto te cambiaras de ropa cuando ya te ha visto y has venido a cenar a casa de tu amiga tranquilamente.

—Cierto, cierto. Tienes razón. ¡Dios! Es que es guapísimo —volvió a repetir, mirando la puerta con ansia, arrancándome una sonrisa.

—Tampoco es para tanto, fiera —me reí, aunque mi subconsciente decidió jugármela de nuevo y mandarme un *flashback* hipernítido de su espalda haciendo dominadas un rato antes.

Carraspeé y llevé mis pasos hacia el salón para preparar la mesa mientras Ivy continuaba parloteando sobre los atributos de mi vecino con los escasos minutos de visual que había tenido.

No había terminado de extender el mantel cuando oí el tapón descorchado de una de las botellas.

—¡Ivy! —la regañé cuando la vi con la botella en la mano y sirviendo dos copas.

—Hazme caso, necesito un trago antes de que llegue.

—¿No estás siendo un pelín exagerada? —insistí yo, pero acepté la copa que me tendió para dar un trago.

Ahora que lo pensaba, a mí no me vendría mal tampoco.

Entonces, llamaron a la puerta.

Finn había vuelto.

—Qué rápido, ¿no? —dejó caer con una sonrisilla que tenía que controlar si no quería ser tan obvia.

Abrí la puerta sin mirar, dando por sentado que me encontraría a Finn. Pero cuál fue mi sorpresa cuando me topé con un tío al que no conocía de nada prácticamente, engullido por el ramo de rosas rojas más grande que había visto en mi vida.

—Oh, Dios —oí que decía Ivy al ver la estampa.

—¿Qué es esto? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Anne Prescott? —dijo el hombre, al que parecía que le costaba respirar.

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted —avanzó para tenderme el ramo sin dar muchos más datos.

—Vaya. —Oí la sorpresa detrás del repartidor.

Finn había llegado.

—Voy a por un jarrón —añadió Ivy mientras yo cogía el ramo como podía y el hombre desaparecía sin mirar atrás. Ni siquiera me había hecho firmar el envío.

—Joder, veo que el tipo de las margaritas se ha dado cuenta de que con esas flores no iba a conseguir nada —silbó Finn con auténtica apreciación.

—Dios, pasa —conseguí decir mientras me hacía a un lado.

—¿Hay nota? —preguntó Ivy emocionada.

—¿Supongo? No veo nada.

—En mi vida he visto un ramo tan grande —siguió Ivy, y Finn se sumó a los comentarios innecesarios.

—Yo tampoco. No hay ni una sola rosa con mal aspecto, ¿eh? Ahí hay calidad.

—Sí, se ha dejado pasta.

—Por favor, ¿podéis ayudarme? —Hablé a la nada, porque seguía sin verlos entre tantas rosas.

De pronto, respiré aliviada.

—Gracias —dije a Finn, que ahora hacía malabares para sujetarlo.

—Creo que en un solo jarrón no va a aguantar —sopesó Ivy, y yo asentí.

—Mira, déjalo aquí mismo.

Dirigí a Finn hacia una de las mesitas del salón y, cuando lo depositó tumbado, localizamos la nota.

—¿Es de Henry? —tanteó Ivy.

—¿Quién si no? —contesté sorprendida de la tenacidad del cirujano. Pero cuando saqué la nota del sobre negro, la letra era completamente diferente; de hecho, estaba mecanografiada.

Estamos a una firma de pasar la mejor noche
de nuestras vidas.
Alexander.

—¿Y este quién se cree? —enfadada, tiré la nota, que Ivy recogió del suelo.

—Oh... —Es lo único que se atrevió a decir ella.

Finn hizo tamborilear los dedos sobre la superficie de la mesita prácticamente desaparecida entre tanta rosa.

—Deduzco que no es el cirujano. ¿Otro pretendiente? —se interesó.

—¡Lengua Mortal! —A Ivy se le escapó una risita que captó el interés de Finn—. El heredero. Es una larga, bueno, no tan larga

historia. ¿Quieres una copa? Oye, ¿y tu perro? Anne dijo que siempre os veíais cuando lo sacabas a pasear.

Mi vecino frunció el ceño, divertido, cuando mi amiga soltó todas las preguntas seguidas y, sin esperar su respuesta, se dirigió a la cocina para servirle el vino.

—Así es Ivy, ya te acostumbrarás —susurré yo siguiendo sus pasos decidida a olvidar las rosas.

—Hoy está con su dueño oficial, yo solo soy su niñera favorita. Además, Norman es un vago. No habría accedido a salir otra vez después de una dura sesión de entrenamiento —dejó caer Finn.

¿Me acababa de lanzar una mirada? ¿Acaso me había pillado comiéndomelo con los ojos desde la ventana?

Nerviosa, me acerqué hasta Ivy, que seguía con la notita en la mano, y se la quité.

—¿Vas a responderle? —dijo tras quejarse.

—¿Tú qué crees?

—Pobre, otro enamorado no correspondido —dijo Ivy hacia Finn, que elevó las cejas mientras se sentaba en la mesa, en el sitio que le había indicado.

—Ya veo que los acumula —dejó caer, aceptando la copa que le tendía.

—No acumulo nada, solo son dos tipos con los que he tenido la mala suerte de cruzarme.

—¿Los dos de la aplicación? Ya puedes decirme cuál es para evitarla —se rio Finn.

—¿Aplicación? ¿Qué aplicación? —repitió Ivy sin comprender.

Suspiré.

Había sido una mala idea juntar a aquellos dos.

—No hay ninguna aplicación, solo la mala pata de encontrarme con dos tipos absurdos —dejé claro a Finn, que me estudiaba divertido mientras yo me peleaba con los palillos para coger un maki.

—Creo que eso deberías desarrollarlo más, Anne —añadió Ivy, y la fulminé con la mirada.

—¿Podemos dejar de hablar de mí?

—¿Por? Es divertido. —Ivy dirigió una sonrisa conspiradora a Finn —. Estoy convencida de que tiene mal fario.

—¿Mal fario? —repitió mi vecino sin ocultar que estaba disfrutando de la ridícula conversación.

—Sí.

—Ivy, cállate y deja de decir tonterías.

Le lancé una mirada con una clara amenaza implícita para que cambiara de tema, pero ella decidió ignorarla.

—No cree en el amor, y eso le está trayendo terribles consecuencias.

—Por favor, *Ivy*, ¿me puedes acercar la soja? —Lancé una patadita por debajo de la mesa mientras intentaba sacarla de aquel absurdo discurso, pero no fue a ella a quien alcancé.

—Joder, ibas con mala leche, ¿eh? —me miró Finn, que se frotaba la pierna.

—Oh, gracias por interponerte —se rio Ivy, encantada con la situación.

—Te diría que un placer, pero... —Él hizo una mueca y yo refunfuñé.

—Mira, también te lo tienes merecido por cotilla —resolví—. ¿Podemos dejar de hablar de mí?

—Pero si no hay mejor manera de romper el hielo que con tu sequía en el campo del amor. Una sequía autoimpuesta, añadiría. —Mi amiga se inclinó como para dar más énfasis a sus palabras y estuve tentada a ahogarla con el wasabi.

—Oye, Finn, ¿qué tal tu viaje a Miami? Ivy ha estado en California —intervine.

Si ellos no salían del tema, tendría que encargarme yo de redirigir la conversación.

Finn, todo un caballero inglés, que parecía haber captado mi desesperación, empezó a contarnos el viaje con sus amigos y algunas de las mejores zonas en las que había estado. Nos reímos con sus anécdotas intentando surfear, y luego se interesó por la profesión de Ivy, pues, como la conversación estaba siendo tan fluida, había terminado saliendo a flote.

Yo aproveché para levantarme y poner algo de música. Algún hilo musical suave que nos acompañara. Así que, mientras Ivy continuaba respondiendo las preguntas de Finn, yo me dispuse a encender Alexa, que estaba conectada al sistema de altavoces del salón.

Pero no funcionaba, o eso parecía.

Quizá tenía el audio bajo. Empecé a subir el volumen con el móvil sin entender por qué narices mi *playlist* de Jazz &Coffe no se oía cuando, de pronto, una profunda voz masculina algo rasgada comenzó a hablar:

—... porque su coño mojado y apretado era perfecto alrededor de mi polla hinchada, pero todavía no había llegado hasta el fondo. Quería hacerlo, dejar...

—¡Anne! —exclamó Ivy, sobresaltada, y yo luché por parar el maldito audiolibro como si la vida me fuera en ello.

Sin embargo, no fui lo bastante rápida y, para mi tormento, seguimos oyendo cómo aquel hombre lobo relataba la escena en la que se acostaba con la humana por la que llevaba jadeando desde el inicio de la novela.

Cuando por fin conseguí pararlo, Ivy y Finn me observaban ojipláticos.

Un silencio incomodísimo cayó sobre los tres, aunque vi que la traidora de mi amiga se había tapado la boca para controlar una carcajada a mi costa.

—¿Cuarenta y siete centímetros?

Finn rompió el silencio, provocando las carcajadas de Ivy al hacer mención del meme mundial.

Escondí la cara entre las manos, completamente avergonzada.

—Venga, Anne, que no pasa nada. A cualquiera le habría pasado —dijo Ivy, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Os podéis ir? —pregunté con un hilo de voz.

Quería que me tragase la tierra. O mejor, que me arrollara un camión.

—Anda, tonta, venga, bebe otra copita. Si tampoco ha sido tan terrible, ¿a que no, Finn?

Oí como Finn, que debía de estar bebiendo, se atragantaba antes de responder.

—No, no, tranquila. ¿A quién no le han pillado alguna vez con porno?

—¡No es porno! —se quejó Ivy.

Oí la risa de Finn.

—Lo que digáis. Bastante tengo con mi hermana para abrir también este debate con vosotras.

Eso llamó mi atención.

¿Finn tenía una hermana?

Aparté las manos mientras Ivy seguía defendiendo a capa y espada el género.

—¿Cómo que no? Anne, dale al *play* para que el inglesito vea que hay mucha más trama que un encuentro sexual, que, además, te diré que añade peso a toda la historia —decía mi amiga mientras él la observaba con una sonrisa engreída, sujetando la copa de manera distraída.

—Sí, claro —asintió Finn, desviando la mirada hacia mí—. ¿Cómo no he podido apreciar que el hecho de que su polla se hinche da mucho peso a todo el desarrollo de los personajes?

—¿Cambiamos de tema? —pedí, reuniendo el valor para sentarme de nuevo a la mesa.

Ivy puso los ojos en blanco, inclinándose sobre ella para servirnos a todos otra ronda de vino, que necesitaba con urgencia. De fondo, ahora sí, sonaba el puñetero hilo musical.

—¿Saco las porciones de tarta? —propuso mi mejor amiga.

—¿Tarta, has dicho? —A Finn se le iluminó la mirada y yo me reí.

¿Cómo podía gustarle a alguien tanto el dulce?

Mientras Ivy iba a la nevera, mi vecino me ayudó a recoger lo poco que había sobrado de sushi. Parecía que habíamos dejado atrás el bochornoso momento cuando mi tormento continuó:

—Oye, Anne, no has abierto el paquete.

Fue oír la frase y levantar la cabeza con una urgencia loca.

Sabía a qué paquete se refería.

Definitivamente, esa noche iba a morir de vergüenza súbita.

—¡Ivy! —Intenté parecer tranquila, pero, cuando esta se dispuso a arrancar el precinto, no pude evitar pegar un chillido.

Si mi mejor amiga hubiera sacado el vibrador, juro que me habría desmayado.

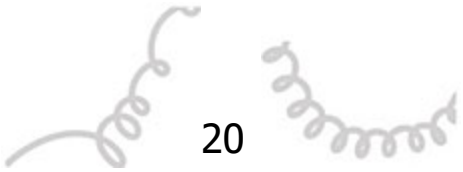
—Ivy, mejor lo abrís luego, ¿no? Me muero por probar la tarta —intervino Finn, sorprendiéndome al impedir que mi amiga, que sospechaba que estaba ya *algo* achispada, abriera mi puñetera correspondencia. ¿A razón de qué lo haría si no?

—Oh, sí, claro, claro.

Ivy se olvidó del paquete y se centró de nuevo en nuestro postre, pero en cuanto mi mirada se topó con Finn, lo supe.

Lo sabía.

Finn sabía lo que había en ese paquete.



20

Después del postre, Ivy nos convenció para hacernos una demostración de su época coctelera, una que yo había sufrido en la universidad. Fue en segundo año cuando decidió que ella podía hacer las mejores mezclas, pasando muy seriamente de los combinados convencionales...

Y ahí estábamos, en el salón de mi casa, con varias copas a nuestro alrededor y una cocina de la que haría responsable a Ivy por la mañana, porque estaba claro que pasaría la noche en casa.

—Creo que deberías despertarla —dijo Finn rompiendo el cómodo silencio en el que nos habíamos sumido—. Como pase la noche en esa postura...

Torció el gesto y dirigí la mirada hacia la *chaise longue*, donde mi amiga había caído redonda y descansaba con el cuello un poco torcido. De pronto, soltó un ronquido que nos hizo sonreír a ambos.

—En fin, es hora de irse —añadió Finn, levantándose, y yo le imité.

Fui consciente en ese preciso momento de que tal vez no había sido buena idea probar cada una de las demostraciones alcohólicas de mi amiga.

Todo se me movió durante un segundo demasiado largo hasta que me estabilicé.

—¿Estás bien? —preguntó mi vecino, sujetándome del brazo.

—Sí, sí —aseguré.

Finn me estudió con sus ojos castaños, como cerciorándose de que no le estaba mintiendo, y, tras una pausa en la que me quedé algo embobada al apreciar que en sus iris había algo más que color marrón, quise acercarme más. Probablemente no podría identificarlo hasta que no lo examinara bajo la luz del día, pero, claro, ¿en qué momento podría acercarme tanto a él...?

—Me lo he pasado muy bien —interrumpió mis pensamientos caóticos.

Sonreí algo ida. Qué guapo era.

Sí, lo era. Y no entendía por qué había tardado tanto en darme cuenta. Bueno, era rubio, y normalmente era un rasgo que solía descartar en los hombres...

Mis ojos se dirigieron a sus labios de manera involuntaria y, al darme cuenta de ello, volví a levantar la mirada. La respiración se me entrecortó cuando descubrí que sus pupilas se habían tragado prácticamente todo el iris de golpe.

El corazón me dio un traspié ante lo que eso significaba, y di un paso hacia él. Sin pensar.

Podría empezar a enumerar los motivos por los que lo que estaba a punto de hacer era una mala idea, pero mi raciocinio estaba muy lejos, y yo lo único que quería era descubrir más del inglés que me estaba mirando de esa manera.

Me puse de puntillas apoyando las manos sobre su pecho.

—Finn —suspiré antes de alcanzar sus labios.

Pero ese momento no llegó, porque mi vecino giró el rostro y mis labios chocaron con su mentón.

Me quedé congelada.

Finn carraspeó y dio un paso hacia atrás.

Dios. Me quería morir.

Acababa de rechazarme.

En mi vida había pasado tanta vergüenza.

—Buenas noches, Anne. Os dejo tranquilas.

Eso fue lo único que dijo antes de girarse y salir de mi piso cerrando la puerta con suavidad.

En ese instante, Ivy volvió a roncar.

Por lo menos no había presenciado tal humillación.

Tras unos segundos de estupor, exploté.

¡Oh, Dios! ¿Cómo me había dejado llevar por ese impulso? ¿Cómo iba a volver a mirarle a la cara?

Me dejé caer en uno de los sofás. Quería morirme de la vergüenza, pero era mi vecino, volvería a verle.

«Idiota, Anne. Idiota».

¿En qué demonios estaba pensando?

Claramente, no lo había hecho. Pero tampoco iba a cargar con toda la culpa, porque quienes me habían llevado a aquel momento de locura transitoria eran Miss Fire, que me tenía en un estado de insatisfacción sexual insostenible, y Ivy, que después de envenenarme con sus malditos cócteles y plantar la semilla seguía durmiendo plácidamente ajena al mundo.

Dios. ¿A quién quería engañar? Todo aquello daba igual. Había intentado besar a mi puñetero VE-CI-NO.

Abochornada, paladeé la idea de atrincherarme en mi apartamento para siempre. ¿Y si me mudaba? Seguro que podía encontrar una casita en mitad de la nada, sin vecinos buenorros cerca.

«Pero ¡¿qué estás diciendo?!», me regañé.

No iba a abandonar mi apartamento. De ninguna manera. Lo sentía mucho por la señora Davies. Pero ¿cómo iba a volver a mirarlo a la cara?

Quizá podía hacerme la despistada. Fingir que no recordaba nada por los efectos del alcohol y actuar como si nada.

Suspiré cerrando los ojos.

No.

Si quería tener algo de dignidad, tendría que enfrentarme a la situación. Por supuesto, ser sincera nunca hizo bien a nadie, así que contaría una verdad a medias, porque ni loca le iba a decir que llevaba meses sin tener sexo. La culpa era únicamente del alcohol.

A mi lado, Ivy habló en sueños y decidí que era el momento de irse a dormir.

Sí. Con la luz del nuevo día podría pensar mejor qué hacer.



Llegó la mañana y, a pesar de ello, no conseguí decidir qué hacer. No le comenté nada a Ivy porque, sin la embriaguez, recordé que mi idea desde el principio había sido presentarlos porque pensaba que se gustarían, y quedaba un poco terrible decirle a mi amiga que había intentado besar al que suponía que era un candidato perfecto para ella.

Entre nosotras no había secretos, pero decidí esperar un poco antes de contárselo, porque la conocía de sobra. Tomaría una postura completamente ilógica, porque, sí, Finn me parecía atractivo, no lo iba a negar, pero no estaba hecho para mí.

Finn era un *golden retriever*, como Ivy.

Los gatos negros como yo no perdían el tiempo intentando encajar con ellos.

Así que guardé aquel episodio bajo llave hasta que encontrara el momento adecuado para desvelarlo, seguramente antes del siguiente encuentro entre ambos. Y todavía estaba el asuntillo de enfrentarme a Finn.

Tuve la suerte de no encontrármelo durante días. Solo nos cruzamos en una ocasión, pero estaba el matrimonio Davies, así que no tuvimos ocasión de mediar palabra. Tan solo una breve mirada azorada que me retorció el estómago en auténtica agonía.

Joder.

Sin embargo, los días fueron pasando, y casi sin que me diera cuenta, el incidente quedó en un segundo plano. Aunque quizá fue con algo de ayuda...

Aquel día, sobre las once de la mañana, iba sorteando a otros peatones con cierta prisa de camino a mi cita con una clienta. Sierra Lawson, actriz emergente tras el éxito de una serie que había tenido una gran acogida mundial, había contratado mis servicios para ayudarle a manejar su imagen en aquel punto tan clave de su carrera, y solía acompañarla a entrevistas, y también a sesiones fotográficas, como era el caso.

Harper's Bazaar iba a hacerle una breve entrevista con algunas fotos, y llegaba justa. Siempre me gustaba estar quince minutos antes de la hora acordada para poder ver las opciones de vestuario, qué preguntas le iban a hacer... lo que venía a ser allanar el terreno, pero entre el tráfico y la de gente que había en la calle, estaba resultando complicado.

De pronto, tuve que esquivar a un gilipollas trajeado que hablaba por los cascos como si estuviera solo en la acera atestada de gente. No me dio por los pelos, pero acabé chocando con otra persona.

—Perdón —dije al hombre en cuestión.

—Nada —respondió él agachándose conmigo, porque con el impacto se me había caído el bolso al suelo.

En ese instante me fijé en él y descubrí unos grandes ojos azules, mandíbula afilada y nariz aguileña, enmarcada por una melena oscura que llegaba por debajo de las orejas y le daba un aspecto afrancesado. Tenía un atractivo peculiar, que se acentuó cuando me sonrió ampliamente.

—Veo que vas bien protegida —soltó, todavía ambos acuclillados.

—¿Cómo...?

Pero enseguida entendí a qué se refería. Al bajar la mirada a lo que me tendía, en teoría cosas del interior de mi bolso, descubrí una tira de condones larguísima.

Abrí los ojos como platos.

¿De dónde había salido todo ese alijo?

Él profundizó la sonrisa, seguramente malinterpretando mi expresión.

—Gracias —dije, aceptándolo y guardándolos con rapidez dentro del bolso, y entonces fue cuando vi los pétalos de rosa.

Cupido.

Ya estaba tardando en lanzarme alguno de sus candidatos.

Me levanté a la par que el chico, que seguía con esa sonrisa ensayada que debía de cautivar a más de una. Pero yo no tenía tiempo que perder ni ganas de los jueguecitos de Miss Fire.

—Un placer —añadí, dedicándole una sonrisa educada, y antes de que pudiera decir nada más, me puse en marcha y aceleré el paso.

Mi clienta me esperaba.

No tardé mucho en llegar al set de fotografía, y hasta me dio tiempo de hacer una parada rápida en un Starbucks para coger un café.

—Buenos días a todos —saludé educadamente al equipo de la revista que estaba colocando los focos y demás parafernalia para la sesión.

—Hola, Anne —sonrió Sierra al verme.

—Eres su representante, ¿no? —preguntó una mujer de tez oscura y divina que se presentó como la directora de arte mientras me estrechaba la mano.

—No. Me encargo de su marca personal —expliqué brevemente—. En fin, ¿qué tenéis pensado?

La directora, junto a la estilista, comenzaron a contarnos la idea de la sesión, enfocada en la temporada de invierno de una marca de ropa juvenil con la que Sierra había firmado un contrato de embajadora.

Me enseñaron el set, las piezas que tenían pensado utilizar ese día y cómo estaban acabando de ajustar la altura de los focos de manera provisional. La gente iba y venía a nuestro alrededor, como una relojería bien engrasada; las puertas se abrían y se cerraban constantemente, y las órdenes volaban en todas direcciones.

—Buenos días a todas, chicas.

No me habría girado a descubrir al dueño de aquella voz anodina si no hubiese sido por las risitas mal disimuladas de varias de las

chicas del equipo. Que alguien llamara tanto la atención con tan solo entrar en la estancia...

Me topé con el chico afrancesado, que abrió los ojos como platos cuando me descubrió allí.

—Vaya, qué coincidencia... —dejó caer con una lenta sonrisa mientras sus ojos me recorrían entera.

—¿Os conocéis? —preguntó la estilista a través de la enorme montura de las gafas fucsias que llevaba.

—No.

—Sí —respondimos a la vez.

Por supuesto que no nos conocíamos. Chocarte con alguien en plena calle no te hacía conocer a nadie. Enarqué una ceja hacia él porque su respuesta podría dar pie a malentendidos, a que supusieran que teníamos una historia cuando no era el caso. Incluso pude notar que Sierra me miraba intrigada.

—Es Sebastian Miles, el modelo que estará contigo en la sesión, Sierra —señaló la directora de arte, con tono aburrido, y los instó a acompañarla.

Sierra y él siguieron sus pasos, y yo me quedé en la retaguardia, escuchando las indicaciones que le daban a mi clienta y al otro tipejo que, en vez de estar atento a lo que le estaban explicando, parecía más centrado en seguir echándome miraditas.

Controlé cualquier gesto de mi cara, pero en mi interior bullía el enfado al más puro estilo de poción de bruja, que era lo que me estaba pareciendo Miss Fire, en vez de la supuesta Cupido que decía que era.

¿En serio ese tío era uno de sus posibles candidatos? Porque el hecho de que hubiera aparecido de nuevo solo podía significar que

era uno de los chicos de su lista... Parecía que aquella mujer, más que encontrar al supuesto amor de mi vida, pretendía echarse unas risas a mi costa.

La sesión comenzó y, como tal, me centré en mi trabajo, apoyando a Sierra cuando me pidió un par de consejos sobre la forma de mirar y de moverse para la sesión, a pesar de que conocía perfectamente sus ángulos y estaba empezando a acostumbrarse a posar ante las cámaras.

«Una cosa es actuar, y otra, posar para los fotógrafos. Te necesito», me había dicho en nuestra primera visita.

Estaba en plena conversación con ella cuando el muchachote apareció de nuevo:

—¿Eres su representante?

Se me escapó el tic en el ojo.

—Es mi asesora de imagen —respondió Sierra con una amplia sonrisa que me hizo sospechar que también era víctima de los encantos del modelo.

—Oh, ¿su peluquera?

Sierra y yo intercambiamos una mirada antes de volver a mirar a Sebastian. ¿Así habían dicho que se llamaba? No parecía tener muchas luces.

—No —respondí intentando que captara que nos había interrumpido.

—Hablas poco, ¿eh? —volvió a sonreír.

—Perdona, estoy trabajando. ¿Podrías dejarnos? —Fui directa, ni un atisbo de sonrisa, pero el Sebastian de las narices no parecía captarlo, porque se apoyó de manera desenfadada sobre la pared en

una pose que le había visto hacer en varias de las primeras fotos que les habían hecho.

—No seas tan dura conmigo. El destino ha cruzado nuestros caminos. No puede ser mera casualidad que nos choquemos y luego que estemos en el mismo sitio. Tenemos que conocernos.

—Anne, voy a por un poco de agua —soltó Sierra para excusarse y dejarnos solos, algo cohibida por la situación.

Asentí levemente y, en cuanto nos dejó solos, me giré hacia el chico cuya sonrisa titubeó ante la mirada asesina que le dediqué.

—A ver, tú, atento —chasqueé los dedos delante de su cara, sobresaltándole—. Estoy trabajando, así que déjame en paz. No me interesas lo más mínimo. Y, por si no he sido lo bastante clara, te recuerdo que el hecho de que una mujer lleve varios condones no significa que vaya a acostarse con cualquiera.

Sebastian se separó de la pared, volviendo a sonreír en cuanto escuchó la palabra «condones».

—Buah, eso es carácter.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Estaba alucinando.

—Lo demás te lo puedo contar en nuestra primera cita.

Agradecí mi autocontrol, porque, si no lo tuviera, le habría golpeado. Pero ¿de dónde sacaba Rose a aquellos hombres? Era agotador.

—Mira, te dejo un momento a solas, a ver si puedes repasar todo lo que te he dicho y sacas una conclusión más acertada.

Y, de nuevo, sin darle oportunidad de añadir nada, le di la espalda y fui en busca de mi clienta.



Cuando llegué a la oficina, Rose estaba esperándome en mi despacho. Antes de abrir la boca para soltarle mis comentarios sobre su último pretendiente, ella levantó ambas manos en gesto de disculpa mientras se ponía de pie, enfundada en su *look* monocromático.

—Está bien, está bien. Sé lo que vas a decir, y tienes razón. Ese muchacho ha sido más que decepcionante.

Me quedé congelada un microsegundo, pero al final conseguí reaccionar y me encaminé hacia mi escritorio.

—Gracias.

Empecé a hojear la agenda y a añadir algunas notas acerca de las próximas citas con Sierra. A pesar del percance con el modelo, la sesión había salido perfecta y habíamos ido a almorzar juntas.

Rose seguía con su incesante parloteo, que había aprendido a escuchar en un muy segundo plano, hasta que, de pronto, algo captó mi atención.

—... yo ya no sé si es esta ciudad. No puede ser que todos sean tan incompetentes. Ni uno decente estoy encontrando. Tiene que ser la ciudad. Esto en Nueva York no pasaría.

—¿En Nueva York? —repetí confundida, y Rose se sentó sobre la esquina de mi escritorio con su elegancia característica.

—Sí, claro. Si piensas en las grandes películas y series románticas, ¿dónde se ambientan casi siempre? Ese encuentro que has tenido con el modelo es el mismo que tuvieron Carrie Bradshaw y Big. El desencadenante de su gran historia de amor. Y fíjate lo que ha conllevado el tuyo. Descartadísimo desde la primera frase.

Rose me lanzó una mirada condescendiente que me hizo elevar una ceja con escepticismo.

—O sea, que, según tú, no encuentro el amor porque no estoy en la ciudad adecuada.

—Hay unas pocas pinceladas que añadir a esa afirmación, pero sí, básicamente. —Cupido ladeó la cabeza, como si estuviera sopesando una idea, y, de pronto, chascó los dedos como había hecho yo aquella mañana frente a la cara de Sebastian.

Un temblor sacudió toda la oficina y tuve que agarrarme al escritorio con fuerza cuando un tirón nos lanzó hacia arriba. Toda aquella marabunta de sensaciones desapareció en menos de cinco segundos.

Miré con horror a Rose, que sonreía tras el episodio.

—Ahora mejor —dijo.

—¿Qué has... qué acaba de pasar? —pregunté impactada.

El sonido fuerte de tráfico me hizo mirar por encima del hombro, hacia la ventana de mi estudio.

La respiración se me entrecortó en cuanto vi que estábamos en altura, en un rascacielos dentro de una ciudad abarrotada de edificios altos, taxis y puestos de comida rápida en cada esquina posible. Si es que hasta podía ver el dichoso Empire State.

—¡Rose! —Me giré hacia Cupido, que se había acercado para mirar también por la ventana—. ¿Qué demonios has hecho?

—Bienvenida a Nueva York, querida. El nuevo escenario de tu vida. Estoy convencida de que aquí encontraremos...

Me giré hacia ella.

—¡Devuélveme a mi ciudad! No quiero vivir en Nueva York —la interrumpí—. Mi vida está en Boston. No aquí —recalqué.

—Toda tu vida está ahora aquí: Ivy, tus clientes, todo; lo único...

Tenía que estar de broma. ¡¿Había manipulado la vida de cientos de personas con solo un gesto?!

—Rose, por favor —insistí histérica, y algo en mi mirada hizo que recapacitara.

—Está bien, si te pones así...

Volvió a chascar los dedos, provocando que mi oficina temblara de nuevo y arrancándome un gritito.

—¿Seguro que mejor aquí? —preguntó una vez que volvimos a Boston y a nuestra primera altura.

—Sí —suspiré, siendo consciente por primera vez del poder de la mujer que tenía delante.

Era macabro, si lo pensaba en frío.

—Pues, si no quieres cambiar de escenario, no me va a quedar otra que tomar medidas drásticas.

Rose se alejó de mí, negando con la cabeza.

—¿Medidas drásticas? —la miré con algo más que recelo.

Después de lo que acababa de presenciar, me parecía preocupante que Rose dijera aquello. ¿Acaso tenerla en mi vida no era ya bastante drástico?

—Sí. —Rose se volvió hacia mí con teatralidad antes de desvelarlo —: No me va a quedar otra que tirar de agenda.

—¿Agenda? —repetí aliviada porque no sonaba muy peligroso—. ¿Qué agenda?

—¿Cómo que qué agenda? Pues la tuya, cielo —contestó Cupido, que se sentó en uno de los asientos frente a mi escritorio para sacar de la nada una libretita que ya me sonaba y empezar a consultarla buscando a saber qué.

Suspiré.

Podría volver al discurso de siempre y gastar saliva y tiempo en balde, pero Rose no iba a tirar la toalla. Y eso hizo que me preguntara si toda la vida estaría acompañada por aquella extravagante mujer a la que solo podía ver en ocasiones. Tenía pinta de que así iba a ser.

¿No se daba cuenta de que estaba perdiendo el tiempo conmigo?

En fin. Me centré en mi verdadera agenda y dejé que Miss Fire siguiera con sus cosas.

Un error, claro. Quizá habría tenido que estar más atenta a ese instante que iba a volver mi vida aún más patas arriba.

21

Aquella tarde salí de la oficina pasadas las ocho.

Septiembre era un mes que mucha gente consideraba el inicio de un nuevo año, y los propósitos se traducían en que me contrataran, así que era imposible salir antes de esa hora.

Tras hablar con mi madre, una corta y correcta conversación telefónica en la que mi padre intervino dos minutos contados, aparqué frente a mi edificio.

Empecé a subir por las escaleras de mi portal cuando la puerta se abrió, y me quedé congelada.

—Hola, Anne. ¿Volviendo del trabajo? —preguntó Finn tras dejar salir delante de él a una espectacular rubia de piernas kilométricas.

—Ho... hola —respondí pillada por la escena.

¿Quién era esa chica? Algo que claramente también se estaba preguntando ella, por la expresión curiosa de su rostro y porque había hecho el amago de seguir bajando los peldaños, pero había parado en seco al oír el saludo de su acompañante, mi vecino.

—¿Qué tal? —conseguí decir mirándolos a ambos.

Finn, con su sonrisa característica, se acercó a la chica, provocando que algo punzante y desagradable me atravesara el estómago al darme cuenta de que no iba a dedicarme ni un mísero minuto de conversación.

—Genial. Vamos a cenar. Ya hablamos, Anne.

«Ya hablamos».

Con esa frase me despachó y bajó junto a la misteriosa chica, que seguro que provocaba tortícolis entre los transeúntes cuando se cruzaban con ella por la calle.

Me quedé más de un minuto observando cómo se alejaban por la acera, y deduje que, si se iban caminando, no irían a cenar muy lejos. Cuando empecé a barajar los posibles restaurantes, me obligué a serenarme y a entrar en el portal, porque, ¿qué me importaba a mí lo que hiciera Finn?

Una vocecilla en mi interior me recordó el momento en que se apartó para impedir que le besara, y la vergüenza volvió a carcomerme al recordar aquel episodio. Claro, se había apartado porque estaba saliendo con aquella chica, pero... ¿no me había dicho que estaba soltero?

Quizá no era algo serio, o tal vez en ese momento, hacía ya casi un mes, de verdad lo había estado.

En fin, ¿qué más me daba? Finn nos había evitado problemas, porque ¿quién en su sano juicio se liaría con su vecino sin pensar en las consecuencias? Aquello habría terminado en una tragedia.

Nada más poner un pie en mi apartamento, me vibró el teléfono por una llamada de Ivy.

La acepté mientras me descalzaba y me dirigía hacia la cocina, dispuesta a prepararme una ensalada para la cena.

—¿Qué tal? —saludó Ivy por la otra línea, con la llamada acoplándose a los altavoces mientras iba hacia la nevera.

—Muerta de hambre —contesté sacando la bolsa de los canónigos y demás ingredientes.

—Te diría que si cenamos fuera, pero sé la paliza de días que estás teniendo, así que me imagino que te apetecerá quedarte en casa tranquilamente.

—La verdad es que sí.

Empecé a lavar las hortalizas dejándolas escurrir en el fregadero.

—Pero te llamaba porque este fin de semana podríamos organizar alguna salida con todos. Ir a algún restaurante bonito y luego salir a bailar —canturreó, provocándome una sonrisa.

—Sí, claro, me parece genial. Ay, no tengo pepino —murmuré más para mí.

—¿Pepino?

—Estoy preparándome una ensalada —aclaré.

—Oh, vaya, pensaba que estabas de nuevo con una de tus calenturientas lecturas no aptas para todos los públicos —se rio a mi costa la traidora de mi amiga.

—Anda, idiota. Cállate. Por tu culpa he vivido uno de los momentos más bochornosos de mi vida —dije por encima de sus carcajadas.

—¿Mi culpa? ¿Qué culpa tengo yo de que escuches los audiolibros en *surround*? Eso es de pervertida nivel pro.

—¿Puedes parar ya con la bromita? —me quejé, y me di cuenta de que también me faltaban ingredientes para la vinagreta.

—Ay, mujer, no te enfades, pero fue tan épico... ¿Ya te ha dicho tu vecinito por qué sabía que lo de la caja era un vibrador? Eso es un tema aparte.

Me detuve porque noté el tono de voz con el que hizo esa última pregunta.

—No he tenido ocasión de hablar con él.

—Ah, *vaya*.

Miré el teléfono, deseando que hubiera sido una videollamada.

—¿Qué pasa? Suelta prenda. ¿No te gusta Finn?

Volvieron las risas.

—No es el tema.

—¿Cómo que no es el tema? —salté sorprendida—. Finn es perfecto para ti, ya sabes que quería presentártelo desde...

Ivy me interrumpió.

—Por favor, Anne. ¿Qué presentármelo ni que nada? Tú no querías presentarme a Finn de verdad, porque lo que ocurre es que Finn te gusta.

Cogí una bocanada de aire.

—¡¿Qué dices?!

—Y me parece indignante que sigas con la trola de «Ivy, es perfecto para ti». —Mi amiga hizo un falsete, como si estuviera imitándome, y no supe si tomármelo como un insulto—. Te gusta. Mogollón, añadiría.

—Eso no es...

—Anne: ahórrate las mentiras y cuéntame lo jugoso que no me has contado mientras te debatías entre presentármelo o quedártelo para ti —concluyó Ivy, haciéndome suspirar y agachar la cabeza.

—Dios...

—¡Oh! ¡Hay salsa! ¡Cuéntamelo todo! —adivinó al notar la pesadumbre en mi voz—. ¿Me da tiempo de hacerme unas palomitas?

No pude evitar sonreír.

—Creo que te da. Al final voy a tener que ir al súper a por todo lo que me falta para la ensalada —respondí.

—Déjate de lechugas y cuéntame qué ha pasado.

Volví a coger aire antes de soltar la bomba:

—Intenté besarle, se apartó y hoy le he visto con una chica.

Oí un gritito al otro lado de la línea y supe que comenzaba una de nuestras eternas conversaciones analizando cada detalle.



Llegué al supermercado tras haberle contado con todo lujo de detalles a Ivy cada movimiento que realizó Finn cuando esquivó mi beso; porque, sí, lo había hecho, como le aseguré varias veces, al igual que repetí que el lugar en el que había puesto la mano era *exactamente* la cintura de la misteriosa chica.

No había lugar a dudas.

—Tampoco estamos tan jodidas. Puede ser hasta su hermana.

Puse los ojos en blanco mientras llegaba al pasillo de las verduras frescas.

—Por favor, Ivy. A una hermana no se la coge de la cintura de esa manera. Le apoyó la mano en la cintura de esa forma que hacen los tíos que quieren acostarse contigo, dejándola caer sutilmente hasta la baja espalda.

—Ya veremos, porque yo en tu salón vi química. Absoluta y pura química.

—Era el alcohol, no imagines otras cosas —dije, seleccionando algunos pepinos y tomates.

—Solo digo lo que vi.

Dejando las hortalizas en la cesta que había cogido, decidí pasar por la sección de quesos. Podía picotear alguno junto a la ensalada.

—En fin, tampoco hay que darle muchas vueltas más. Si lo piensas fríamente, es lo mejor. Si nos hubiéramos liado, habría acabado fatal...

—O no, porque, por la media hora que llevamos analizando cada detalle, me da a mí, señorita Prescott, que a usted le gusta su vecino. Mucho más que para achacarlo a su calentón por sequía.

—Anda, deja de decir tonterías...

Pero no terminé de formular la frase, porque en la sección de congelados vi un borrón rojo que conocía muy bien.

—Ivy, voy a pagar, tengo que dejarte ya.

—Vale, mañana hablamos.

Colgué y me dirigí con premura al pasillo donde acababa de ver pasar a Miss Fire. No podía ser otra persona.

Y sí, ahí estaba. Fue girar para tomar el frío pasillo y encontrármela abriendo el arcón de lo que parecía la sección de tarrinas de helado. Qué otra cosa, si no, iba a buscar Cupido.

—Rose —saludé, confundida, al llegar a ella.

—Oh, querida. Hola. ¿También haciendo una comprita de última hora? —contestó como por casualidad, echando un vistazo a mi cesta. Arrugó la nariz—. Anda, ten; un poco de alegría no le vendrá mal a tu cesta. —Y me tendió la tarrina de chocolate y *marshmallow*.

Decidí ignorar el gesto y observé a Cupido con sospecha.

—¿Qué haces aquí?

—Querida, creo que es más que evidente —respondió Rose, cerrando el arcón y alejándose, no sin antes depositar la tarrina en mi cesta.

Conté hasta tres y decidí que no tenía tiempo para sus tonterías, aunque me mentalicé para que en cualquier momento aparecieran

varios pétalos de rosa y un tipo que, con suerte, aquella vez sabría captar rápido una negativa.

Quizá tendría que darle un manual sobre ello a Rose, sopesé con malicia mientras devolvía la tarrina a su sitio. No pensaba llevarme esa guarrería a casa.

Llevé mi cesta de vuelta a la sección de quesos y, tras decantarme por un gruyer, me dirigí a una de las cajas para que me cobraran. Estaba tensa, no lo iba a negar, esperando que en cualquier momento saltara el candidato de turno.

Pero lo que saltó fue un refresco a presión cuando a una señora se le cayó una botella que creó un revuelo instantáneo por la violencia con la que salía la bebida. La clienta, apurada, se disculpó repetidas veces mientras varios de los empleados se acercaban para limpiar el lío que se había montado a menos de una hora del cierre del establecimiento.

—¿Anne? ¿Eres tú?

No pude no girarme hacia la voz masculina.

Se me olvidó hasta respirar.

Justo en la cola de la caja de al lado, Nate Roth me miró asombrado.

En ese instante entendí a la perfección a qué se refería Rose con tirar de agenda.

Mi ex, y mi relación más larga, me miraba con la misma expresión de sorpresa que debía de tener yo en el rostro.



22

—Nunca pensé que el lugar en el que nuestros caminos volverían a cruzarse fuera a ser un supermercado —bromeó Nate cuando se acercó a mí, saliendo de su fila y obligándome a imitarle, porque no quería que nadie escuchara nuestra conversación.

—La verdad es que yo tampoco —respondí sin saber muy bien qué hacer con la cesta de la compra ni, ya de paso, con mi expresión.

Maldita Rose.

Nate había entrado en mi vida como un torbellino. Abogado especializado en divorcios, era el representante del exmarido de una de mis clientas, Marie Stewart, la secretaria del Consejo de Boston, que me contrató para gestionar las consecuencias de su separación con la mayor elegancia posible.

Pensé que iba a ser un caso sencillo, pero, claro, en aquel entonces no estaba familiarizada con las tácticas del archiconocido Nate Roth, que no tenía escrúpulos cuando se trataba de conseguir todo lo que sus clientes querían. Y el exmarido de mi clienta quería escándalos, dejar a Marie y su reputación por los suelos, lo que ocasionó más de un enfrentamiento con el despiadado abogado, y las chispas... las malditas chispas saltaron.

Fue inevitable.

Atractivo, seguro de sí mismo y con cero interés en una historia romántica. Su trabajo le había demostrado hacía muchos años que el

amor no existía, así que nos entendimos desde el principio, pero lo que había empezado con algunos encuentros explosivos terminó transformándose en una relación de mutuo acuerdo.

Con Nate no tuve muchas complicaciones. Teníamos citas que terminaban en su casa o en la mía con una sesión de un sexo que siempre había recordado muy satisfactorio, vibrante y... En fin.

Decidí cortar por lo sano con mis recuerdos y volver a la realidad.

—Sigues en Boston, entonces —dedujo mirando mi cesta—. ¿En tu apartamento?

Asentí, notando cierto nudo en la boca del estómago.

—Sí, todo igual. ¿Tú qué haces aquí?

Cuando rompimos, él se marchaba a Chicago.

—He vuelto a Boston indefinidamente. Ya sabes, no hay nada como esta ciudad; el tiempo te ha dado la razón, Anne.

La sonrisa ladeada que me dedicó junto a sus palabras, que resonaron en mi cabeza como con eco, me hizo reaccionar.

—Me alegro de que estés de vuelta —dije antes de excusarme—. Acabo de recordar que se me ha olvidado coger helado. Que vaya bien.

Nate elevó las cejas cuando vio que me giraba y ponía rumbo hacia la puñetera sección de congelados, antes de que él pudiera despedirse.

Esperaba que Cupido estuviera allí todavía.

—¿Buscas algo, querida? —preguntó Miss Fire con la sombra de una sonrisa.

—Tú... —siseé, agarrándola del brazo para irnos al final del todo —. ¡¿Cómo te atreves?!

—Vaya, te noto un poco agitada —se mofó de mí cuando la solté para enfrentarme a ella.

—Ya basta. Te has pasado. Con eso —dije, señalando hacia donde quedaban las cajas registradoras, fuera de nuestro campo de visión — te has pasado de la raya.

—Qué tensión, mujer.

—No estoy bromeando. —Perdí los nervios y le quité una caja de pizza que había sacado para examinarla.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó una voz desconocida.

Ambas nos giramos para ver a un empleado que me miraba como si estuviera loca.

Claro. Estaba gritándole a la nada en mitad del pasillo de los congelados.

—Estoy hablando con los cascos —me justifiqué, asegurándome de que no se me veían las orejas, para que no se diera cuenta de que no llevaba nada.

Le di la espalda para disimular, actuando como si estuviera decidiéndome por una de las múltiples variedades de pizza, cogí aire y lo solté con suavidad para intentar que mi frecuencia cardiaca volviera a la normalidad.

—No puedes ponerte a jugar a *Los fantasmas de mis ex* —solté en un tono monocorde, fingiendo estar serena.

—Oh, ¿la has visto? —soltó Rose encantada—. Es espectacular. Preciosa. ¿Y lo guapo que sale Matthew McConaughey?

—Esto va en serio —la interrumpí—. No puedes jugar con el pasado de la gente de esta manera. Traer de vuelta a mi vida a personas que tenía más que enterradas.

—¿Y superadas? Fíjate que no lo creo, cielo.

Un brillo calculador recorrió la mirada de Cupido, uno que no me gustó un pelo e hizo que me tensara. Volví a señalar hacia donde esperaba que Nate ya no estuviera.

—Devuélvelo a su ciudad.

Rose sonrió, quitándome la pizza congelada que todavía sujetaba para guardarla.

—No puedo interferir en el libre albedrío. Creo que ya te lo expliqué. Nate ha vuelto a la ciudad. Yo solo he echado un vistazo a tu corto historial de relaciones y he considerado que era el mejor candidato; y tu reacción confirma mis sospechas.

Tenía la garganta seca y se me había olvidado pestañear mientras escuchaba a aquella loca que me iba a mandar a mí al psiquiátrico más cercano.

—No. Para. Nate no puede volver a mi vida.

Cupido se alejó de mí y empecé a perseguirla con mi compra a cuestas.

—Rose, para. Escúchame...

Esta se giró con rapidez con su amplia sonrisa llena de frescura.

—Lo siento, querida. He tenido que tomar medidas drásticas, pero ahora sé que era a lo que teníamos que llegar. Ya sabes lo que dicen: donde hubo fuego, cenizas quedan. Y por suerte para ti, como mi nombre indica, soy experta en avivarlo. Enfréntate a tu pasado, Anne. Me lo agradecerás.

Y, dicho eso, desapareció delante de mis narices.

Para darle más dramatismo a todo lo que estaba sucediendo, fue salir del supermercado y comenzar a llover.

Solté una retahíla de palabrotas mientras rezaba por que la bolsa de papel donde había metido la compra no se desintegrara en el trayecto, porque no era una sutil llovizna, sino una violenta tormenta que me caló a los cinco minutos.

Así que llegué a mi portal chorreando, con la bolsa rota y muy cabreada por todo lo que me estaba sucediendo. Cuando cerré la puerta del apartamento, me quedé unos minutos apoyada en ella, intentando asimilarlo todo y pensando si de verdad había merecido la pena aquella excursión para la ensalada de las narices.

Me obligué a dirigirme a la cocina y por lo menos darme un homenaje culinario. Buscando música para poner, saltó «Sally, When the Wine Runs Out», de Role Model, y empecé a preparar la vinagreta mientras de fondo la tormenta continuaba cayendo con intensidad, desaforada, muy en línea con los sentimientos que afloraban cada vez que pensaba en Miss Fire.

Estaba debatiendo si valía la pena prepararme una tabla variada de quesos o echar unos pocos trozos sobre la ensalada, cuando, ¡zas! La luz se fue tras un trueno que retumbó en todo el apartamento.

—Mierda —susurré, asomándome a la ventana del salón para comprobar que se había ido en toda la zona residencial, no solo en mi apartamento.

Con cierta torpeza por la falta de iluminación, fui directa a encender algunas velas. Al menos iba a poder cenar, aunque fuese sin luz, porque no necesitaba cocinar nada; eso, claro está, si daba con las cerillas.

¿Dónde estaban? Rebusqué en el cajón donde las guardaba normalmente, pero nada. Es que ni había mecheros, algo que siempre tenía por si había una urgencia.

Saqué todo lo que contenían los cajones, incluso de los de abajo, alumbrándome con el móvil, pero no había ni rastro.

Lo peor era que tampoco estaba muy boyante de batería, y si lo de la luz se alargaba, me quedaría incomunicada si seguía tirando de él.

¿No tenía una linterna? Quizá en el armario de la entrada...

Fui hacia allí mientras los relámpagos iluminaban mi apartamento, pero, antes de ponerme a rebuscar, me pareció oír voces en el descansillo.

Con cuidado, abrí la puerta. Se oía el eco de las voces del señor Davies conversando con Finn, pero no podía entender lo que decían porque estaban hablando en un tono bajo y la tormenta no ayudaba. Por suerte, se me ocurrió que mis queridos jubilados tendrían velas o alguna linterna para prestarme. Porque no pensaba pedírselo a Finn ni muerta.

Así que me puse las zapatillas y salí en cuanto oí que la puerta del segundo se cerraba.

Cuando llegué al bajo, me sorprendió no pillar de camino a mi anciano vecino. Estaba más en forma de lo que pensaba.

Llamé a su puerta y tardó tan solo unos segundos en abrirme.

—Oh, Anne. He de decir que esa luz no te favorece nada —fue su saludo.

Yo me obligué a sonreír porque..., en fin, sabía que no era un comentario con malicia, sino más bien uno sin filtro, de esos que iban desapareciendo con la edad.

—Es la linterna de mi móvil. —El hombre asintió sin abrir del todo la puerta, aunque enseguida se unió la señora Davies, obligándole a abrir más.

—Oh, Anne. Terrible tormenta. Parece que es una avería general lo de la luz. Una faena, ¿verdad? —dijo la mujer.

—Sí, completamente.

—¿Quieres pasar? ¿Necesitas algo?

—La verdad es que he bajado para preguntarles si tienen cerillas, un mechero o una linterna para dejarme este rato sin luz. Solo tengo el móvil y no quiero quedarme sin batería.

—Qué barbaridad, estamos todos igual. Nosotros hemos tenido que ir a pedirle ayuda a Finn. Ni una linterna con pilas en toda la casa —respondió el hombre, haciendo que el alma se me cayera a los pies.

—Sí, vas a tener que ir a pedírselo a Finn, a ver si le queda algo. Si no, puedes pasar la noche en casa hasta que vuelva. Entendemos que te dé miedo estar sola.

Si hubiera habido una iluminación mejor, podrían haber visto la cara de circunstancias tras aquella afirmación, pero, en realidad, me importaba bien poco disimular.

Tenía otras preocupaciones, como tener que pedir ayuda a mi vecino, ese al que había intentado besar, que me había rechazado y al que, después, había pillado en plena cita.

23

Bien.

Estaba bien jodida.

Era absurdo negarlo. Pero tampoco se podía decir que fuera una cobarde, y no pensaba quedarme incomunicada por fundirme la batería del móvil al no haberle pedido una absurda linterna a Finn.

Éramos adultos.

Podía mantener una conversación breve con él. O al menos eso es lo que me dije mientras subía de nuevo los escalones.

«¿Y si estaba con la rubia despampanante?», me pregunté, deteniéndome de golpe, con la determinación diluyéndose junto a la lluvia, que chocaba furiosa contra la ventana del rellano.

Si los interrumpía en la cama...

Cogí aire.

A ver. *A ver*.

Hacía menos de diez minutos que había estado hablando con el señor Davies. Era imposible que estuvieran teniendo sexo desenfrenado en tan poco rato.

«¡Pero pueden estar con los preliminares!», me dijo otra vergonzosa línea de mi voz mental.

«Pues que se joda», decidí al final, subiendo el último tramo de escaleras.

«Que me hubiera dicho que no estaba soltero», decidí, con una pobre argumentación que no venía a cuento, porque podía no tener ninguna relación con esa chica, ser solo un rollo de una noche y otros muchos motivos de peso, pero estaba absurdamente nerviosa por la situación y golpeé la puerta de mi vecino con un brío excesivo e innecesario.

Tras unos segundos que se me hicieron eternos, la puerta se abrió y ante mí apareció Finn con gesto confundido y enfundado en un pijama nada erótico. Sospeché que estaba solo, salvo por Norman, que intentaba saludarme sin éxito, gracias al inglés, que lo sujetaba por el collar de cuero, impidiendo que saliera del piso, mientras nos iluminaba con una linterna.

—¿Anne?

—Hola, hola. Perdona las horas, pero ¿podrías dejarme unas linternas...? Bueno, no hace falta que sean «unas», con una me vale.

«¡¿Qué estás diciendo?!», me grité mentalmente.

—¿Estás bien? Te noto alterada —preguntó, para mi bochorno, el inglés—. ¿Te dan miedo las tormentas?

Negué con la cabeza.

—Perdona, vengo de hablar con los Davies y ya sabes... Me han vuelto un poco loca para terminar diciéndome que no tenían nada para el apagón y que habías sido tú el que los había ayudado.

Por fin mis neuronas parecían funcionar.

Finn asintió haciéndose a un lado, sujetando a Norman e invitándome a pasar. Entré algo cohibida al notar que había varias

velas alumbrando el salón, que era una versión de mi apartamento algo más pequeña y con una decoración claramente masculina.

¿Un cartel de sardinas en la entrada?

—Creo que tengo dos linternas pequeñas; si no, te puedo dejar el farolillo de acampada —oí que decía, alejándose tras cerrar detrás de mí la puerta de entrada, que en mi piso equivaldría a la del dormitorio.

Esperé acariciando a Norman, feliz con mis atenciones, sin quitar ojo a todo lo que veía.

La gente no le daba mucha importancia, pero la decoración decía mucho de la personalidad de cada uno. Muchísimo. Y el apartamento de Finn era una puerta abierta para esa curiosidad insana que sentía hacia él.

Los suelos eran de madera, igual que el mío, pero su estilo masculino y sobrio en la paleta de colores base (blanco en las paredes, sofá de color verde oliva, muebles de madera natural), chocaba con el resto. Tenía un estilo ecléctico y *vintage* atrevido que solo podía atribuirse a alguien con personalidad, creatividad y, sí, buen gusto...

Ante mí había una mezcla perfecta entre mobiliario moderno y detalles antiguos, y puntos de color fuerte de los elementos decorativos. Pósteres enmarcados, láminas de representaciones de obras de arte, alfombras persas, un neón que apostaba a que debía ser de un color chillón...

Solo un tío que sabía lo que le gustaba y lo que quería decoraría así su apartamento.

Y tan solo lo estaba viendo bajo el fulgor de las velas. Debía de ser aún más llamativo a plena luz, bien iluminado.

—Has tenido suerte. He encontrado las dos pequeñas —dijo, sorprendiéndome y obligándome a dejar de observar un póster de Bob Dylan.

Finn llegó con las dos linternas, que me tendió al llegar hasta mí.

—He comprobado que funciona, pero, si quieres, puedo dejarte pilas, por si acaso —añadió.

—No te preocupes. No creo que dure tanto y, de todas formas, tampoco tardaré mucho en irme a dormir. Mañana mismo te las traigo de vuelta —agradecí mirándolo y dándome cuenta de que, a pesar de que llevaba un pijama sencillo de camiseta y pantalones de cuadros, estaba guapo.

El pelo le había crecido algo desde que se lo cortó en verano y estaba alborotado. Cerré las manos por las ganas de pasarle los dedos por él para arreglárselo o despeinárselo más, qué más daba.

Carraspeé apartando la mirada.

—Muchas gracias.

Finn sonrió de esa forma en la que sabes que se está guardando algo.

—Nada.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros, solo interrumpido por la respiración de Norman, que nos miraba expectante con la lengua de lado, y, como no podía ser de otra manera, decidimos cortarlo a la vez:

—¿Necesitas algo más...?

—Bueno, me voy ya...

Finn amplió la sonrisa y yo arrugué la nariz.

Odiaba esas situaciones, así que no le di más vueltas y actué.

—Esto está siendo muy incómodo y creo que deberíamos hablarlo —solté a bocajarro—. Intenté besarte y fue un error. Lo siento. Estaba borracha —y salida, aunque eso no lo dije—, sobrepasé los límites.

El inglés borró la sonrisa, sin añadir nada, así que empecé a agobiarme y a hablar sin parar.

—De veras que no sé por qué actué así, no es que me hubieras mandado señales, no sé. Se me fue y... —Finn seguía callado, tan solo escudriñándome, y eso me puso aún más nerviosa—. Di algo, por favor. ¿Lo he estropeado todo tanto?

—¿Un error? —dijo por fin.

¿Había... había dado un paso hacia mí? No estaba segura, pero asentí ante su pregunta.

—Creo que estuvo fuera de lugar.

—¿Fuera de lugar? —repitió.

—Sí —afirmé casi en un susurro, sin despegar la mirada de la suya.

Finn suspiró, poniendo una expresión que no supe interpretar bien, y sentí un tirón en el estómago, porque, por una milésima de segundo, me dio la sensación de que me había lanzado una mirada a los labios.

—Anne, sí, esquivé el beso. Estabas borracha; en la cena me quedó claro que no estás pasando por un buen momento sentimental y —Finn dio otro paso hacia mí— tu amiga estaba roncando al lado. No me pareció lo más idóneo, porque, hablando de tu amiga —Finn puso los ojos a mi altura—, ¿no era a Ivy a la que querías presentarme?

La vergüenza que había estado carcomiéndome se convirtió en puro cabreo en menos de dos segundos.

¿Y este? O sea, estaba disculpándome por mi intento de beso, ¿y se me ponía a preguntar si era la amiga a la que quería presentarle?

De pronto, la luz volvió, como si fuera un claro «amiga, date cuenta».

Y claro que me di cuenta. Hacía tiempo que no estaba tan enfadada.

—Hasta luego, Finn. *Gracias* por todo.

Me di la vuelta, no sin antes coger las linternas, dejárselas en la palma de la mano y salir del apartamento sin disimular ni un poco lo molesta que estaba.

—Anne, espera. —Oí que me llamaba, pero no miré atrás.

Y ahí fue donde comenzó lo que yo llamaría «una sucesión de infortunios».

Como la luz había vuelto, volvió a funcionar todo lo que se había detenido, y cuando salí del apartamento, dio la casualidad de que el ascensor se detuvo en la segunda planta, y yo, sin pensarlo, me metí en él, y pulsé el botón del tercero para subir a mi piso.

Sí, no fue lo más inteligente.

—Anne, no te metas. —Se oyó un portazo y me sorprendí cuando Finn entró de repente en el ascensor—. Sal de aquí, la tormenta sigue y puede irse la...

No terminó la frase.

Las puertas del ascensor se cerraron, este comenzó a subir, y la luz se fue al segundo siguiente.

—No, no —dije, mientras Finn maldecía.

—Justo era lo que te estaba diciendo —añadió él en la oscuridad del cubículo, iluminado solo por la luz de emergencia. Sin embargo, al momento, encendió una de las linternas, esas que le había devuelto enfadada.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Hola —sonrió algo cohibido, y yo suspiré.

Estábamos encerrados en apenas un metro cuadrado.

24

Dada la situación, ambos mantuvimos la calma.

Éramos conscientes de que no podíamos quedarnos sin oxígeno porque ningún ascensor es hermético; por tanto, nuestra única preocupación era cuánto tardarían en sacarnos de allí.

El sistema de emergencia del propio ascensor no había dado señal, probablemente porque el apagón debía de ser más importante de lo que creíamos, y tuvimos que llamar al 911 para explicar la bochornosa situación.

¿En qué momento había tenido la brillante idea de meterme allí?

Porque estar que echaba chispas y solo preocupada por irme no era excusa suficiente para impedirme usar las pocas neuronas que me quedaban después del día que estaba teniendo.

Solo quería llegar a mi cama y hacer borrón y cuenta nueva. Pero ahí me encontraba, encerrada en el ascensor con el tipo que me había preguntado por mi mejor amiga al rechazarme.

Finn examinaba el ascensor iluminándolo con una de las luces.

—¿Qué haces? —pregunté.

Levantó la linterna para apuntarme y entrecerré los ojos.

—Perdón —se disculpó, pero yo me acerqué para quitarle la otra y encenderla también, aportando un poco más de visibilidad.

—No creo que tarden —decidí añadir, y Finn torció el gesto.

—No sé qué decirte.

Estupendo.

Me senté en el suelo y procedí a cerrar los ojos e intentar relajarme. Quizá aquel era el momento que había estado buscando para intentar meditar.

—¿Vas a hacer como si no estuviera? —adivinó el inglés.

Sonreí sin mirarle.

—Tú lo has dicho.

Finn bufó y tuvo la cara dura de sentarse delante de mí.

—¿Puedes alejarte? —me quejé, obligándome a mirarle.

—Creo que no tengo mucho margen de maniobra en este espacio.

—Por favor... —Puse los ojos en blanco y giré la cara.

Una actitud infantil, sí, pero, en el fondo, aunque no quisiera admitirlo, estaba avergonzada.

Mi móvil vibró, avisándome de la entrada de un mensaje, y lo saqué presurosa, pensando absurdamente que era el aviso de que alguien venía en mi rescate.

Sin embargo, me topé con un mensaje que casi me hizo lanzar el teléfono lo más lejos posible, que, dado el escenario, no era mucho.

NATE ROTH 1 mensaje sin leer
Hola, Anne
Porque eres tú, verdad?
Este sigue siendo tu número?

Aquello tenía que ser una cámara oculta.

Estaba segura.

Una cámara oculta o tejemanejes de una persona a la que conocía muy bien.

Comencé a alumbrar las esquinas del ascensor buscando algún pétalo de las narices ante la mirada extrañada de Finn, que siguió el halo de luz.

—¿Debo asustarme o solo estás paranoica por la falta de espacio?

Le fulminé con la mirada.

—Nadie te ha pedido que me siguieras —solté, volviendo a levantarme, antes de que él hiciese lo propio.

Joder, necesitaba salir de allí.

—Venga, por favor, vamos a hablar —pidió el inglés—. Creo que estás malinterpretándolo todo.

Solté una risa sarcástica, me guardé el móvil y me olvidé por completo de Nate.

—Claro, cómo no. Soy yo la que lo está malinterpretando todo.

—Bueno, no has dejado que termine de explicarme. Estás sacando conclusiones...

—A ver, Finn —le interrumpí—, que no hace falta aclarar nada. Intenté besarte, te incomodó, lo comprendo, pero es de muy poco tacto por tu parte que me preguntes por Ivy cuando...

Finn alargó la mano e impidió que continuara hablando, sorprendiéndome cuando pasó un dedo por una de las presillas de mi vaquero y tiró de ella, acercándonos y haciendo que me quedara sin habla.

—Parece que ahora sí que vas a escucharme. —Una sonrisilla tironeó de su labio.

Percibí su olor, un sutil aroma a suavizante y algo más. Le pegaba tener un olor tan natural y poco rebuscado. Sencillo.

Pero me estaba dando cuenta de que Finn tenía poco de sencillo, en especial por la forma en la que me miraba. De pronto, tenía la garganta seca.

—No te besé porque estabas borracha. No te besé porque en la cena comentaste que llevabas una racha horrible con los hombres. Y no te besé porque Ivy estaba roncando a nuestro lado —repitió sus afirmaciones anteriores, pero, esa vez, continuó hablando—. Anne, puede que todavía no me conozcas del todo, pero no voy a ser el tío al que besas y del que luego no te acuerdas. Por no decir que no voy a ser el tío que se aprovecha. Y no lo dudes, no voy a ser el tío que tiene público al dar el primer beso. Joder, esos son importantes.

Aquello último lo dijo casi como un murmullo, dirigiendo los ojos a mi boca, esa vez con todas las intenciones puestas en el gesto.

El silencio volvió a rodearnos. Uno totalmente diferente.

Levanté la mirada hacia él y me dejé llevar.

Nuestras bocas se encontraron y fue como una explosión de calor. Sus labios acariciaron lentamente los míos, hambrientos, pero no tardamos en profundizar el beso, con cierta urgencia por mi parte. Pronto nuestras lenguas bailaban entre sí, pero Finn tomó el control, sorprendiéndome al empotrarme contra la pared del ascensor y robándome un jadeo por el movimiento.

Yo quería ir rápido, pero él no.

Me puso una mano en el cuello para elevarme el mentón y, sin apartarse, liberó mi boca.

—¿Por qué tanta prisa, Anne? Déjame saborearte.

Volvió a capturar mi boca, deleitándose en un beso profundo, lento, de esos que te erizan la piel y hacen promesas de muchas cosas. Todas placenteras.

No dejó de sujetarme del cuello, pero no era un agarre asfixiante, sino el necesario para tenerme inmovilizada, algo que nunca pensé que fuera a excitarme tanto. Su otra mano se apoyaba en mi cintura, haciéndome sentir el calor de su piel a través de la ropa, provocándome.

Las linternas habían caído al suelo, olvidadas, y la oscuridad que nos envolvía daba mucha más intensidad a los sentidos.

Por la postura, tan solo tenía libertad con una mano y no dudé en dirigirla a la cinturilla de su pantalón de pijama, obligándole a acercarse aún más. Una vez conseguido mi objetivo, me aventuré debajo de su camiseta, apreciando lo caliente que tenía la piel y la dureza de su estómago.

El gesto fue sutil, pero provocó que Finn dijera en un gruñido algo que no comprendí. Me dio igual, en especial cuando por fin aventuró las manos hacia mi culo, lo apretó e hizo que su erección, *por fin*, entrara en escena.

Iba a follar en el ascensor. Sí. Y me daba igual todo lo demás. Era imposible que mantuviéramos aquella situación sin llegar más allá. Sin...

—¿Nos oyen? ¿Están bien?

Una voz masculina interrumpió nuestra fiesta privada, acompañada de otras voces que daban y recibían órdenes.

—Los bomberos —susurró Finn, separándose de mí y mirando hacia la puerta del ascensor, donde pudimos apreciar el halo de luz colándose por la franja de unión de las dos puertas desde arriba.

—¿Oigan? Somos los bomberos —insistió—. Si me oyen, por favor, confirmen.

—Sí, estamos aquí —dijo mi vecino, acercándose a la puerta mientras yo me pasaba las manos por el pelo, completamente disociada.

¿Aquello estaba sucediendo de verdad? ¿Y de verdad tenían que llegar justo en ese momento? Aunque, pensándolo fríamente, mejor así que, quizá, ¿diez minutos después? La situación hubiera sido mucho más bochornosa y difícil de explicar.

—Perfecto —continuó el bombero, ajeno al lío mental que tenía encima, porque, claro, con la interrupción, empezaba a ser consciente de las consecuencias de lo que había estado a punto de hacer—. Vamos a abrir la cabina y a moverla para que puedan salir con seguridad. Esto llevará unos cinco minutos. ¿Están bien todos? ¿Alguien está mareado o necesita asistencia sanitaria?

Asistencia psicológica era lo que yo necesitaba.

—Estamos bien los dos.

—Sois dos personas entonces, perfecto.

—Sí. Está la vecina del tercero, Anne Prescott, y yo soy Finn Langley, del segundo.

—No creo que haga falta dar tanta explicación —intervine, algo turbada por si de pronto el bombero sumaba dos más dos. Porque, a ver, qué hacíamos metidos ambos vecinos en el ascensor en plena tormenta eléctrica, ¿no?

La paranoia iba creciendo.

—No se preocupen. Los sacamos ahora. Necesitamos, eso sí, que se alejen de las puertas.

Finn y yo nos colocamos en la pared contraria, armados con nuestras pequeñas linternas.

—Esto es de película, la verdad —comentó divertido Finn.

Solo pude asentir. Esperamos en silencio mientras oíamos cómo trabajaban y enseguida notamos el tirón del ascensor, pero supimos que algo iba mal, porque no se movía.

El bombero nos lo confirmó.

—Cambio de planes. La polea no nos permite subirlo de manera segura, así que vamos a abrir las puertas parcialmente para que puedan salir.

—¿Cómo? —pregunté con la voz teñida por la histeria.

Que un bombero soltara que no podían subir el ascensor de manera segura disparaba las alarmas de cualquiera.

—No se preocupen, vamos a sacarlos. Estarán bien. Mantengan la calma.

Iba a contestarle que cómo íbamos a estar tranquilos con lo que acababa de contarnos cuando Finn me dio un apretón cariñoso en el brazo para que lo mirara.

—Lo estamos —dijo al bombero, pero con la mirada en mí.

—Vamos a ello.

Y así fue, no tardaron en separar ambas puertas, y enseguida nos deslumbró la luz de los cascos. Eran tres, y uno coló una escalera plegable por el espacio que habían abierto.

—¿Quién quiere ser el primero? —preguntó.

Finn me hizo un gesto para que pasara yo y, aunque estaba asustada por haber visto varias de las películas de *Destino final*, empecé a subir por la escalera.

El ascensor se había quedado atrapado entre el segundo y el tercer piso, y los bomberos nos esperaban en este. En el momento en que llegué a ellos, fue cuando capté el olor.

Rosas.

—Te tenemos —dijo uno de los bomberos ayudándome a terminar de subir el último tramo y dejándome a salvo en el rellano de la tercera planta.

Cuando llegué a tierra firme, los otros dos bomberos se centraron en Finn, porque el que me había ayudado a mí estaba asegurándose de que estuviera bien.

—Vaya, ¿tenías un ramo de rosas encima? —preguntó, dándose cuenta de que había varios pétalos en el suelo a mi alrededor.

—Algo así —dije cuando vi que Finn salía por fin y los bomberos volvían a cerrar las puertas.

—No sabemos cuándo volverá la luz, pero seguramente haga amagos como el de hace un momento —explicó el que debía de ser el jefe del equipo, mirándonos con seriedad a Finn y a mí—. No usen el ascensor, por favor. No es seguro. No hasta que los de la empresa de mantenimiento hayan hecho las revisiones.

—Por supuesto. Avisaremos también a los vecinos del bajo —añadió Finn.

—Hemos dejado una advertencia, pero sí; si pueden hablar con ellos, mejor —contestó el hombre, que lo estaba recogiendo todo junto a los demás—. En fin, pasen buena noche.

—Muchas gracias —añadí como despedida, todavía con un pétalo entre los dedos.

¿Serían por Finn? ¿Acaso era un candidato?

—George, vamos, hombre —oí que uno de ellos llamaba la atención al bombero que se había encargado de sacarme.

—Sí, sí. Ya voy —dijo, quitándose el casco.

Todavía seguía todo a oscuras, pero los focos que llevaban alumbraban lo suficiente para notar que era un tipo atractivo y que

estaba debatiéndose entre decirme algo o no.

Entendí entonces los pétalos.

—Soy George —dijo por fin, animándose a acercarse—. No suelo hacer esto, pero a veces los flechazos suceden, y si me voy sin decirte nada, me arrepentiré siempre.

—Oh, vaya —comentó Finn, abriendo los ojos como platos, haciendo que desease que la tierra me tragara de una vez.

—No hace falta que digas nada, pero te dejo mi teléfono por si..., ya sabes. —Me dedicó un guiño—. Por si te apetece hablar y que nos conozcamos.

Y, sin añadir más, garabateó lo que suponía que era el número de su móvil en un trozo de papel que rasgó de algún documento que esperaba que no sirviera para nada, y me lo tendió.

Lo cogí en silencio, sin saber muy bien qué decir, y el tipo se alejó y nos dejó solos de nuevo a Finn y a mí.

Él fue el primero en hablar.

—Vaya. Esto sí que es un baño de humildad. Un bombero se te acaba de declarar. Ante eso no tengo muchas opciones —se rio.

Yo sacudí la cabeza y arrugué el papel antes de tirarlo a la papelera del rellano, segura de que el tal George había abandonado el portal.

No pensaba escribirle.

Miss Fire tenía que dejar de mandarme candidatos; era agotador, y más cuando había decidido traer de nuevo a mi vida a Nate.

Cogí aire.

—Creo que he tenido demasiadas emociones fuertes por hoy —dije sonriendo para que entendiera que no era que no me hubiera

gustado el beso que acabábamos de compartir, sino que necesitaba poner en orden mis ideas.

—Sí, claro. Te dejo descansar.

—Norman se estará preguntando dónde te has metido.

—Finn sonrió cuando mencioné a su amigo peludo.

—No te creas. Habrá aprovechado la ocasión para echarse una cabezadita en el sofá.

—Chico listo.

En aquel breve intercambio de palabras, nos habíamos acercado de manera inconsciente y, de nuevo, nos vimos envueltos en aquella atmósfera cargada de tensión. Pero me obligué a dar un paso hacia atrás.

Era Finn. Mi vecino. Y el beso en el ascensor había sido muy intenso. Necesitaba aclararme.

Él asintió, como si hubiera entendido el gesto, y me dedicó una amplia sonrisa que me provocó un vuelco en el estómago.

—Buenas noches, Anne. Descansa.

No se acercó a darme un beso de despedida, solo se alejó, bajando por las escaleras sin mirar atrás y obligándome a decirme que era lo mejor.

25

Me desperté a la mañana siguiente con un sonido que me costó ubicar.

No era mi alarma. Tampoco mi móvil. ¿Qué diablos...?

Levanté la cabeza con los ojos todavía entrecerrados, sin entender qué era lo que me había despertado y que todavía sonaba, cuando caí en la cuenta.

Era el sonido de un teléfono antiguo. Y, claro, me había costado entenderlo, porque yo no había tenido en mi vida uno de esos hasta hacía bien poco, cuando mi querida Miss Fire decidió aparecer en ella para ponerla patas arriba.

Salí de la cama retirando las sábanas con más ímpetu del que debería y comencé a seguir el estridente sonido hasta que ubiqué el maldito teléfono rojo sobre la cómoda.

emergencias del amor, volví a leer, ya con el característico tic en el ojo.

Descolgué el auricular.

—¿Diga? —contesté, sin siquiera preguntarme cómo el aparato tenía línea.

—Te diría que buenos días, pero sería mentir —respondió Rose.

Suspiré, pero, antes de que pudiera añadir nada, Cupido continuó con su perorata:

—Vaya una locura de noche, ¿verdad? Intensísima. ¿Sabes que en el gran apagón del 66 en Nueva York hubo un *boom* de natalidad? Pues te digo que ayer fue algo por el estilo.

—Pensaba que eso era una leyenda urbana —indiqué.

—Oh, sí, como la de que una pueda pasar de un bombero. Bom-be-ro, Anne. Un bombero cañón. ¿En qué estabas pensando?

Conté hasta tres.

—¿En serio me vienes con esas? ¿No tenía que centrarme en Nate? —apunté a malas.

Ya estaba. De buena mañana y ya enfadada. Aquella mujer tenía el don de sacarme de mis casillas.

—Por supuesto, pero no habría sido impedimento para que tuvieras un tórrido encuentro con el apagafuegos.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, usa mejor el juego de palabras.

—Tú y tu ojo para los ligues. ¿En serio? ¿El inglés? ¿No era para Ivy? —soltó, dejándome muda.

—Solo fue un beso.

—Un beso en el que estabas más que dispuesta a que te pillaran sin bragas, señorita —me reprendió como quien regaña a un niño al que sorprenden haciendo una travesura.

—Ay, Rose. Es muy pronto, no tengo la mente para esta conversación.

—Con la de hombres estupendos que te he puesto en escena... —continuaba ella—. Espectaculares, añadiría. En fin, esto es solo por llevarme la contraria, lo sé, así que no añadiré nada más. Tú sabrás, pero un lío con tu vecino del segundo complica mucho las cosas, ¿o

es que piensas aguantar estoica cuando te encuentres con él después de haberle dado la patada?

Ante mi silencio, Rose cogió aire teatralmente, como un grito ahogado.

—¿No pensarás dejar tu apartamento? —preguntó agitada, como si acabara de caer en esa posibilidad.

—Por favor, ya. Cálmate. No va a pasar nada de eso. Te voy a colgar, porque quiero desayunar y darme una ducha.

—Sí, hija, ve, ve. Serénate un poco, y a ver si haces mejores elecciones.

Y me colgó sin dejar que añadiera nada más.

Cuando fui a la ducha, me pareció una casualidad que mi vibrador nuevo estuviera al lado de las toallas limpias.
Vaya con Rose y sus mensajes subliminales.



—Creo que el color fucsia nos queda bien a los dos. ¿Qué opinas, Anne?

—Sin duda —asentí, aparentando atención. Pero la realidad es que estaba distraída, y no por mi ajetreada vida del momento, sino por mi cliente masculino.

Me encontraba con Olivia Montenegro y Stefano Sforza, dos jóvenes artistas del panorama musical, que arrasaban en las listas de éxitos y cuya popularidad se había disparado ahora que parecían estar juntos.

Y decía «parecía» porque su relación era fingida y estaba orquestada desde el principio. Por eso habían llegado hasta mí: sus

agentes habían contactado conmigo en cuanto se dispararon los rumores de una posible relación. Y su popularidad se multiplicó, porque enseguida empezaron los rumores de que eran solo eso, rumores.

Desde que me habían contratado todo iba sobre ruedas. Ambos se llevaban bien, lo que facilitaba las cosas, y se habían convertido en una de las parejas más deseadas y seguidas del panorama actual.

Y todo era tan falso...

Olivia estaba probándose un espectacular vestido Gucci fucsia, de palabra de honor y falda vaporosa, uno de los *looks* dramáticos pensados para ir a juego con Stefano, que llevaría un traje del mismo tono. Sabía que el público enloquecería si los veía usar el mismo color en la gala.

—Stefano, por favor —llamé su atención—, ¿puedes venir aquí y probarte de nuevo el traje fucsia?

Bufó, pero obedeció guardando su móvil, donde seguramente había estado chateando con varias chicas. Era algo que sabíamos y que teníamos controlado, ya que los dos tenían sus relaciones secretas.

Sí, viva el amor.

Tras rematar los últimos detalles de los *outfits* de ambos, ya en el coche y preparada para volver a casa, me vibró el teléfono. Lo miré sin pensar y, claro, la sorpresa casi fue como una bofetada.

Era Nate. Otra vez.

De veras no vas a contestar?

Sé que es tu teléfono

Gruñí para mí, pero cedí. No pensaba dejar que pensara que me afectaba tanto como para no contestarle, así que tecleé una respuesta rápida.

Perdona, Nate. Estaba ocupada cuando leí tu mensaje y luego se me olvidó responder

Una contestación educada para decir que me importaba una mierda.

Supe que respondería en lo mismo que yo había tardado en contestar; siempre habíamos sido así, por lo que, dejando de lado el teléfono, me puse en marcha.

La idea de que Nate hubiera vuelto a irrumpir en mi vida me parecía todavía rocambolesca, aunque todo apuntaba a que sería algo pasajero. Al contrario que Finn, pues en cuanto me incorporé al tráfico, mi mente volvió a torturarme con *flashbacks* del beso que habíamos compartido.

Me sujeté con fuerza al volante, incapaz de negar que tan solo con la forma en la que se había aferrado a mí había revolucionado mi cuerpo entero de una manera que solo era justificable porque llevaba demasiado tiempo sin tener ningún tipo de contacto con un hombre. Eso era. Estaba segura de ello.

En cuanto llegara a casa, hablaría con Finn y le diría que era mejor olvidarse del beso. Era complicar mucho las cosas, porque ¿qué haríamos después de que toda la pasión, la magia de la novedad y el deseo se apagaran? ¿Evitarnos? Por favor, no pensaba vivir incómoda en mi propia casa. Al final tenía que reconocer que

Miss Fire tenía razón. Aquello era absurdo y había que cortarlo de raíz.

Así que eso hice.

Una vez que aparqué el coche, subí al segundo piso y llamé a la puerta con la misma determinación con la que estaba convencida de que detendríamos esa locura.

Finn tardó menos de un minuto en abrir la puerta y, cuando me descubrió al otro lado, me dedicó una lenta sonrisa mientras se apoyaba despreocupadamente en el marco. ¿Era consciente de lo sexy que era eso?

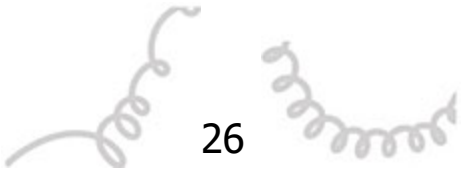
—Hola, ¿qué tal? —sonreí, nerviosa por el gesto. Puede que verlo en vaqueros, descalzo y con una sencilla camiseta blanca algo ajustada tampoco ayudara.

—Ahora mucho mejor. Ven aquí. Y no necesitó más.

Eso era lo que le hacía falta a una chica para olvidarse de su propósito con Finn.

Que te dijera un «ven aquí» dando un paso hacia ti para rodearte la cintura con una mano y enredarte la otra en el pelo para pegar los labios contra los tuyos.

Y, claro, así una se olvida de todo.



26

Se me escapó un jadeo cuando, tras cerrar la puerta detrás de mí con una patada, Finn me agarró por el culo con fuerza para arrimarme a él, aprovechando mi reacción para profundizar el beso.

En cuanto su lengua encontró la mía, supe que ya había perdido.

Mis hormonas revolucionadas y cualquier pensamiento sensato habían ido a parar a mejor vida.

—No sabes las ganas que tenía... —murmuró contra mi boca para después deleitarse con mi cuello.

Bajó hasta el hombro para apartar la tela de mi jersey, llegar a la piel y, de paso, erizarla al morderme allí.

—Joder, si te tenía ganas...

Yo fui más directa: decidí que no me servía con meter las manos dentro de su camiseta, sino que quería que desapareciera, así que me separé para quitársela.

Una sonrisa maliciosa se le tatuó en el rostro cuando le empujé para cumplir mi cometido, pero, en cuanto me deshice de ella, Finn tomó mis labios de nuevo, volviéndome loca con su forma de besar.

—Si yo pierdo una prenda, tú también —susurró contra mi piel antes de arrancarme el jersey.

Como todavía no hacía un frío excesivo, me quedé delante de él en sujetador. Sus ojos me recorrieron con hambre y su media sonrisa volvió a reclamar mi atención.

—Vaya, al final veo que te has decantado por el rojo —comentó al ver el sujetador tras el toque de Rose.

No había tenido tiempo todavía para renovar la ropa interior e iba a soltar un comentario sarcástico, pero el inglés me lo impidió cuando se agachó para capturar mi pezón derecho en la boca.

Que no hubiera retirado la fina tela del encaje me dio pistas de la urgencia que en realidad tenía, y mi respiración se volvió superficial en cuanto empezó a mordisquearlo. Me agarré con fuerza a sus hombros y recé por no ser tan patética como para tener un orgasmo así.

Mi preocupación creció cuando se me escapó un gemido vergonzosamente alto en el instante en que Finn dedicó atenciones al otro pecho con las manos. Enredé los dedos entre los mechones de su pelo y gruñó de satisfacción ante mi respuesta.

De pronto, se separó, centrando los ojos castaños en los míos, dejándome claro que no era la única afectada.

—No sé qué te gusta, Anne, pero estoy más que dispuesto a empezar a averiguarlo si te parece bien...

—Me parece perfecto —susurré, dirigiendo la mirada a su abultada entrepierna.

Finn se llevó la mano allí, en un gesto que me puso a mil, y, sin esperar a que él actuara, me dirigí a la bragueta, dispuesta a deshacerme de sus vaqueros. Sin embargo, capturó mis manos antes de que consiguiera mi objetivo.

—No tan rápido. Primero, voy a darme el gusto.

Y, cogiéndome por sorpresa, me alzó hasta que le rodeé la cintura con las piernas. Con grandes zancadas, cruzó el salón sin dejar de

besarme, con ambas manos desplegadas estratégicamente para cubrir por completo mi culo.

Arrancándome otro gemido, empezó a besarme el cuello, el valle entre los pechos, hasta dejarme caer sobre el sofá sin apoyar el peso sobre mí. Estaba a punto de rebatirlo cuando se inclinó sobre el antebrazo y dirigió la mano contraria a mi entrepierna. Un simple toque por encima de los pantalones y perdí cualquier pensamiento coherente que no fuera el de sujetarme a él.

Finn no tardó en desabrocharlos y meter la mano, ya no solo dentro de los pantalones, sino de mis bragas empapadas, mientras su boca buscaba de nuevo la mía. En cuanto sus dedos comenzaron a jugar conmigo, la ropa empezó a sobrarme y sentí que un calor nos rodeaba a ambos.

Las primeras veces que te acuestas con una persona, es normal que no sean del todo fluidas. Al final tienes que acostumbrarte al otro, encontrar qué le gusta, su ritmo, qué le vuelve loco o todo lo contrario; pero con Finn todo fluía.

Sus dedos enseguida encontraron el ritmo que necesitaba. Primero me torturó con toques casi sutiles, jugueteando con mi entrada y con mi clítoris, para después centrarse más en este último, consiguiendo que cada vez quisiera que fuera más, más duro, más rápido. Él mismo se dio cuenta de que necesitaba que me desnudara entera; me arrancó la ropa que me quedaba antes de meter dos dedos dentro de mí en un movimiento directo que me hizo gemir de gusto.

Mis caderas marcaban el ritmo que quería y él se adaptó a ellas. Supe que estaba estudiando mi expresión, atento a cada gesto, y aquello me excitó todavía más, porque sabía que estaba buscando

mi orgasmo, a pesar de la tienda de campaña que había en su bragueta.

—Finn... —jadeé, buscando su erección, dispuesta a liberarla, a quitarle los vaqueros y a conducirle dentro de mí, ansiosa. Pero lo único que me permitió fue tocarla a través de la tela dura.

En cuanto mis dedos lo rozaron, los suyos aumentaron la velocidad y me besó con tal ferocidad que el primer orgasmo me llegó de la nada.

No pude evitarlo. Tan solo pude dejarme llevar por los mágicos dedos del inglés, que se separó lentamente de mí cuando terminó, con los espasmos del placer todavía recorriéndome.

Aún ida en una nube de placer, sentí sus labios sobre mi sien. Un suave beso antes de arrodillarse entre mis piernas.

—Ahora sí, Anne.

Con esa simple frase, ya me tenía más que preparada para el siguiente asalto, y eso me sorprendió, porque no me había soltado ninguna de esas guarrerías que, según en qué situaciones, llegaban a ponerte al límite. Pero Finn tenía un *algo*, algo que no sabía identificar y que me hacía ansiar cada nuevo movimiento.

Dejó que dirigiese las manos a sus vaqueros y, por fin, se los bajara hasta liberar la erección. No me molesté en quitárselos del todo antes de acariciar desde la base el glande, haciendo que Finn siseara sin perderse detalle. Repetí el gesto y él lo acompañó con el movimiento de las caderas, mostrándome el ritmo que le gustaba y regalándome un espectáculo digno de grabar en la retina.

Era impresionante cómo se le marcaban los músculos por la tensión; la forma en la que me miraba me hacía sentir muy deseada.

—Anne... —musitó.

Antes de darme más tiempo, se agachó para levantarme y me giró con determinación, indicándome que me agarrara al respaldo del sofá.

—Necesito follarte así —susurró contra mi oído, con la respiración agitada—. Si te parece bien...

Joder.

Mi respuesta fue inclinarme, sujetarme al respaldo y mirarle por encima del hombro.

Fue muy satisfactorio ver la cara de Finn, sus ojos clavados en mi culo y cómo tragó saliva antes de mirarme a los ojos, sin disimular que necesitaba acariciarse.

—Tienes un culo espectacular.

La intensidad con la que lo dijo hizo que me riera, y eso le arrancó una sonrisa que hizo que el estómago me diera un vuelco. Era demasiado guapo cuando sonreía.

No perdimos más tiempo. Finn se colocó un condón antes de situarse en mi entrada y jugar conmigo imitando las suaves envestidas que mi cuerpo ansiaba. Cerré los ojos para disfrutar de la sensación antes de sentir cómo se hundía en mi interior poco a poco, preparándome para su grosor.

Ambos jadeamos, y cuando colocó ambas manos en mis caderas, supe que no tardaría en correrme de nuevo.

Finn empezó a moverse detrás de mí, marcando un ritmo que no tardé en seguir. Sin embargo, gimió, apretando el agarre y colocando una mano en mi espalda, gesto que interpreté como un deseo de que no me moviera. Me quería quieta, a su merced, y me pareció estupendo.

Su respiración se hizo más y más fuerte, acompasada con embestidas, cada vez más rápidas y profundas. Cuando vio que no me iba a mover, como me había pedido sin palabras, deslizó la mano con la que había estado sujetándome la espalda hasta uno de mis pechos, jugueteó con él e hizo que me volviera loca.

Me agarré con fuerza al sofá y me dejé llevar. Me retorcí bajo sus brazos y acompañé sus movimientos hasta que en el salón solo se oía el chocar de nuestros cuerpos y los ruidos que se nos iban escapando, cada vez más altos. El orgasmo volvió a alcanzarme, esta vez mucho más intenso que el primero, porque los embistes de Finn acompañaban las oleadas de placer que me recorrían.

Cuando, segundos después, le oí gemir detrás de mí, casi en un gruñido, supe que también se había corrido.

Nos quedamos quietos, solo acompañados por el sonido de nuestras respiraciones, que poco a poco parecían volver a la normalidad. No sabía qué estaba pensando él, pero yo no pude evitar sonreír mordiéndome el labio, porque... Bueno, había sido intenso.

Justo lo que necesitaba.

Finn fue el primero en moverse, saliendo de mí con cuidado, no sin antes depositar un suave beso en mi espalda, haciendo que la piel se me erizara.

«Basta —me recriminé—. ¿No has tenido suficiente?».

—Voy al baño —susurró cuando yo me volví hacia él.

Pude ver cómo se alejaba, regalándome una panorámica muy interesante de su culo y su espalda, pero también devolviéndome a la realidad en la que yo había ido a su piso para proponer que nos olvidáramos del beso que habíamos compartido en el ascensor.

«Fabuloso, Anne —me dije con ironía—. Todo ha salido según lo previsto».

¡Joder!



27

—¿Necesitas ir al baño? —preguntó Finn cuando volvió al salón, todavía desnudo.

Evité que mis ojos decidieran darle un nuevo repaso y me centré en terminar de vestirme.

—No, gracias —contesté, colocándome el jersey—. Iré ahora en casa.

Abrió los ojos, sin disimular que mi respuesta le había sorprendido.

—¿No quieres quedarte un rato?

No pude evitar un pequeño gesto de culpabilidad.

—Joder, ¿tan malo ha sido? —preguntó entonces, malinterpretándolo todo—. Te juro que pensaba que lo estabas pasando bien. Bueno..., *muy* bien.

Levanté ambas manos para que se detuviera mientras él empezaba a recoger su ropa.

—Sí, por supuesto. Ha sido genial.

—¿Pero?

Dios, sentía que era pura consternación ante su mirada inquisitiva.

—No quiero sonar borde, pero había venido aquí con la idea de... bueno, de decir que sobre el beso y todo lo que había sucedido en el ascensor...

—¿Sí...? —me invitó a seguir Finn, terminando de abrocharse los vaqueros. Y menos mal, porque era mejor que estuviera vestido ante lo que le quería decir.

—... hiciéramos como si no hubiera pasado —solté al fin.

Mi vecino se quedó congelado, pero reaccionó rápido.

—A ver si lo he entendido bien: ¿venías a decirme que lo del beso fue un error, pero hemos terminado follando?

Chasqueé la lengua y me crucé de brazos.

—Resumido de esa manera, no queda muy lógico.

—Pero ¿por qué no has dicho nada? —preguntó un poco nervioso, como culpable.

—Eh, tranquilo. —Me acerqué a él—. No lo he hecho porque me has besado y, bueno, la idea se ha esfumado rápido. He decidido que era mejor fluir.

—Y ahora vuelves a pensar que es mejor no repetir —dedujo Finn, y suspiré dejándome caer en el sofá, gesto que fue recibido con un levantamiento de ceja del inglés.

—¿No crees que es mejor detener esto antes de que se complique? —insistí, aunque sabía que no iba a estar de acuerdo—. Tenemos una relación chula, si lo complicamos con...

—¿Con lo que ya hemos hecho? —me ayudó Finn, sentándose a mi lado con gesto de incredulidad.

—Sí, no ha sido buena idea —acepté—. Lo sé, tendría que haber sido más sensata y no haber dado rienda suelta a mis instintos...

Finn sonrió sin disimularlo.

—Complicado resistirse, ¿no?

Le golpeé suavemente en el brazo.

—Venga, no lo estropees. No vayas de flipado. En esto que ha pasado estamos ambos implicados.

«Aunque el que realmente ha llevado el ritmo ha sido él», dejó caer una vocecita puntillosa en mi mente. «Y menudo ritmo».

—Joder, pero yo venía con la idea de que no pasara —confesó—. Incluso antes del momento del ascensor, Anne, ya fantaseaba con cómo sería follarte como he hecho justo aquí.

Finn dio varios toques al sofá, y la franqueza con la que soltó aquellas palabras..., digamos que provocó cierto revuelo en mí.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —le recriminé.

—¿El qué? —Me miró sin entender, y yo bufé, porque de pronto tenía unas ganas horrorosas de besarle.

—Mira, déjalo. —Me obligué a levantarme—. Lo que hemos hecho no puede volver a repetirse. Es lo mejor.

Finn me miró ladeando la cabeza, y de pronto se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, como estudiándome.

—¿Y por qué me parece que va a ser justo lo contrario?

Bufé.

—Si seguimos así, lo vamos a estropear. Porque ¿qué haremos cuando esto se acabe?

Finn se acomodó en el sofá sin despegar sus ojos de mí.

—¿Cuando se acabe? —repitió, y con eso me dijo muchas cosas.

Era el momento de pirarme, pero Finn seguía teniendo cosas que decir.

—¿Ni siquiera acaba de empezar y ya estás pensando en cuando termine? ¿Por qué? ¿Y por qué piensas que va a acabar mal?

Me obligué a sonreír.

—Porque siempre acaba así. Y ahora las cosas van a comenzar a ser raras. Cada vez que nos crucemos, habrá un momento incómodo. Cada vez que haya una reunión de vecinos, más de lo mismo. Incluso cuando traigas a tus citas... habrá momentos tensos por si os cruzáis conmigo. En definitiva —dije, recogiendo mi bolso —, la hemos cagado, Finn Langley.

Y sin esperar una respuesta por su parte, salí de su piso convencida de que el inglés tenía una sonrisa engreída dibujada en el rostro.



Poco a poco el otoño fue instalándose casi sin que nos diéramos cuenta. Los últimos días de septiembre llegaban y yo me obligué a concentrarme en mi rutina y en el trabajo.

Aquella semana había conseguido esquivar a Finn. Tan solo le había visto una vez en la lejanía de la calle, paseando a Norman, y el resto de los días no hubo ni rastro. Era cierto que me había tomado muy en serio lo de evitarlo, pero no encontrármelo ni siquiera de pasada, cuando vivía justo en el piso de abajo, era cuando menos raro. Y debía reconocer que a una parte de mí le molestaba.

Sí. Me estaba convirtiendo en una mujer llena de contrariedades, pero cuando tienes sexo tan intenso y explosivo como el que nosotros habíamos tenido... ¿ni siquiera haces el amago de intentar forzar un encuentro para ver si esas chispas vuelven a saltar?

—Me parece una falta de respeto —dije a través de mis cascos mientras subía las escaleras del portal.

—Pero vamos a ver, Anne —suspiró por la otra línea Ivy—, si le dijiste claramente que no podía repetirse. ¿Qué quieres? Está siguiendo las reglas que has impuesto.

—Por favor —me quejé, poniendo el código de seguridad para entrar.

—Amiga, te estás llevando la contraria tú sola. Está claro que Finn te gusta y quieres repetir. ¡Pues hazlo!

Estaba frustrada: con él, por no venir a buscarme, y conmigo, por querer que lo hiciera cuando le había pedido lo contrario.

—No es eso —me excusé—. Solo es que me parece mal...

—No —me interrumpió, ya con tono cansado—, lo que pasa aquí es que te sienta como el culo que no se esté arrastrando por el tuyo. Anne, le dijiste que había sido la primera vez y la última. Deja de marearte sola. Si quieres una nueva sesión de orgasmos, ya sabes lo que tienes que hacer.

Cerré el buzón casi refunfuñando mientras Ivy continuaba con su repertorio pro-Finn y empecé a subir las escaleras.

—¿Ves? Ya ni uso el ascensor. No puedo, cosa que dije que pasaría.

—Y, claro, estás subiendo por las escaleras del portal para ver si te topas con cierto inglés, hablando además del tórrido encuentro del ascensor. —Ivy se carcajeó a mi costa—. No eres obvia ni nada. Venga, acéptalo ya. Quieres repetir. Quieres sexo inglés.

—Ivy... —la regañé.

—Anne —repitió ella, con el mismo tono de voz—. Acéptalo de una vez. No te pega nada ser una cobarde. Se ha salido de tus esquemas, eso es cierto. Nunca follas con nadie de tu entorno

directo, está bien, pero ha sucedido y quieres repetir. ¿A qué esperas?

Aguanté estoica el discurso hasta que llegué al tramo de mis escaleras, dejando atrás el segundo piso, cerciorándome de que ya no podía oírme. Aun así, por si acaso, solté mis siguientes palabras con un susurro.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? Es cierto. Quiero repetir, quiero mambo o como quieras referirte a...

Me obligué a cerrar la bocaza porque en mi puerta, justo delante de mí, había una nota.

—¿Qué pasa? —preguntó Ivy al notar mi abrupto silencio—. ¡No me digas! Está ahí, ¿no? Te ha pillado confesando.

—No.

Me acerqué al trozo de papel que había pegado. Era un pósit negro y había algo escrito en un rotulador blanco.

Espero que esto no termine en la papelera,
pero tenía que arriesgarme.

Debajo estaba garabateado el número del móvil de Finn, que era quien firmaba la nota.

Cuando la despegué, fui consciente de la sonrisilla que tenía dibujada en los labios y de que también guardaría el teléfono en los contactos de mi agenda.

—Ivy, te dejo.

—¿Cómo que me dejas? Cuéntame ahora mismo qué ha pasado. Esto no es justo, yo te lo cuento todo siempre, hasta el más mínimo detalle.

En eso tenía razón.

Antes de empezar a hablar de Finn y demás, Ivy me había contado su última tórrida historia con Ian, un arquitecto con el que había coincidido en un proyecto.

—Finn me ha dejado apuntado su número de móvil en la puerta —dije, y entré por fin en mi apartamento y me descalcé.

—¡Oh! —Noté su ilusión sin necesidad de verle la cara—. Y qué, le vas a escribir, ¿no? Le vas a decir que suba, ¿*no*?

Se me escapó la risa.

—No. Le voy a torturar un poco, como él me ha hecho a mí.

Ivy maldijo.

—Tía, tía, te estás equivocando. Aquí no tienes razón. Ha hecho un gesto valiente, superromántico, y tú estás ahí como un ladrillo.

Dejé mi bolso de cualquier manera y fui al dormitorio.

—Por favor, que me deje su teléfono no es algo romántico.

—¿Qué digo ladrillo? Las partículas de la arcilla que hacen un ladrillo. Eso es lo que eres.

Tuve que reírme otra vez.

—Le voy a escribir, pero no esta noche —dejé claro mientras empezaba a desnudarme.

—Ahora mismo me caes fatal, Anne Prescott, pero, ¿sabes?, creo que no te vas a mantener tan estoica y vas a caer. Ese tío hizo que te corrieras dos veces...

Me detuve ante las palabras de mi amiga, cargadas de malicia y recochineo.

—Adiós, Ivy.

—Esta noche me quedo en casa. Llámame cuando le escribas.

Y cortó la llamada.

Puse los ojos en blanco mientras me quitaba los cascos y fui directa a la ducha, dispuesta a relajarme, ponerme el pijama y no tener ninguna peligrosa idea. Sin embargo, una vez que me acomodé en el sofá después de cenar, parecía que el maldito pósit tuviera un campo magnético que me impedía apartar la mirada.

Intenté leer, ver alguna serie, incluso echar un vistazo a mi agenda de trabajo, pero nada. Mis ojos volvían hacia el papelito negro que había dejado en una de las mesitas auxiliares.

«Esto es absurdo», me dije, dándome por vencida.

Me levanté y, con un movimiento rápido, lo cogí. Si actuaba deprisa, no le daría más vueltas, así que, sí, guardé el nuevo contacto y... le escribí.

Hola, soy Anne

Di a enviar.

Y me arrepentí en ese mismo instante.

¿No parecería muy ansiosa? Me dejaba aquella misma tarde su número, ¿y ya le estaba escribiendo?

¡¿Qué había hecho?!

Aunque, por otra parte... Ivy tenía razón. Había pasado una semana desde nuestro encuentro, y había sido yo la que había dicho que aquello había sido un error. Y, a pesar de todo, Finn había dado el primer paso.

Me revolví inquieta en el sofá.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué estaba dándole tantas vueltas?

De pronto, me vibró el móvil.

Un mensaje entrante.

Nunca reconoceré que casi salté para desbloquearlo y confirmar que, sí, era él quien había contestado, ni, por supuesto, la emoción que me recorrió el estómago. Lo mala que es la falta de sexo, ¿verdad?

Qué Anne?

Fruncí el ceño. ¿En serio? Pero ¿y este? Tecleé indignada.

Anne tu vecina

Tengo una vecina?

Si no me equivoco, solo está la señora Davies, y en esa
foto de perfil que tienes parece que estás un poco lejos
de los ochenta

JA

JA

Muy gracioso. Siempre se me olvida tu GRAN humor inglés

Noto cierta ironía en esa afirmación, pero me juego lo que
quieras a que ahora mismo estás sonriendo

Me mordí el labio, evitando el gesto que había adivinado.

En fin, he de reconocer que le has puesto mucho ahínco
a eso de no encontrarnos

He tenido una semana bastante ajetreada

Vaya, Anne, no te tenía por una de esas

Una de esas?

Ya sabes, una cobarde

No soy ninguna cobarde

Has estado evitándome y no lo reconoces

Pero sabes lo peor?

Me quedé mirando el teléfono durante unos segundos, y Finn no esperó a que le preguntara; directamente me dio la respuesta:

Que no me estás evitando porque no te haya gustado
o te arrepientas

Me da igual lo que digas, sé que es por todo lo contrario

Si me ves, sabes que vamos a repetir

Cogí el móvil con fuerza y no pensé al rebatirle.

Por favor...

Vale que te dije que era un error y que no podíamos repetir, pero no te he estado evitando

Solo ha dado la casualidad de que esta semana he tenido trabajo extra

Si fuera una cobarde, crees que te habría escrito?

Pero te gusta jugar con fuego...

Me removí inquieta en el sofá. Podía imaginármelo susurrándome aquella frase.

Venga ya

Si estás tan segura de tu valentía, ven a verme.
Te invito a un chocolate caliente

Me reí al leer eso.

A un chocolate caliente?

Mañana hay que trabajar y, además,
el alcohol puede
dar lugar a malentendidos

Mi oferta es una inofensiva taza de
chocolate

Tienes una debilidad con el dulce, eh?

Créeme, tengo otra mucho más fuerte
y reciente

Un escalofrío me recorrió entera, como si pudiese sentir aquella indirecta directamente sobre la piel.

Qué me dices, Anne? Aceptas el reto?

O tienes miedo de no poder
controlarte?

Finn, no voy a bajar

Y no es porque tenga miedo. Podemos vernos y no repetir

Me imaginaba que esa sería tu respuesta

¿Y ya está? ¿No iba a decir nada más?

Dios, no había quien me entendiera. Si hacía lo que le pedía, porque lo hacía; si no, porque me moría de ganas por repetirlo.

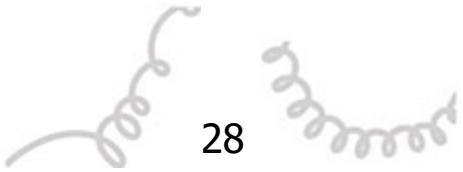
Estaba a punto de gritar de frustración cuando llamaron a la puerta principal con un suave golpe de nudillos contra la madera.

Por eso he subido yo

Ábreme, Anne

Si te atreves, claro...

Maldito.



28

Finn me dedicó la sonrisa más amplia y peligrosa de mi vida, porque, con solo verla, el estómago me dio un vuelco, uno de esos imposibles de ignorar.

—Vaya, al final sí que te has atrevido —dijo divertido.

—¿Y el chocolate caliente? —pregunté controlando mi expresión, aunque por el brillo de su mirada sabía que no lo estaba haciendo muy bien.

Fue cuando Finn sacó de detrás de su espalda lo que había estado ocultando.

—¿Chocolate caliente de bote? —pregunté, alzando una ceja.

—A ver, si quieres el de la especialidad de la casa, tendrás que venir a eso, a casa —sonrió sacudiendo el bote de chocolate instantáneo.

—No pienso beber eso, ya te aviso. Pero, si quieres, yo sí tengo vino —comenté, y la mirada del inglés no disimuló lo más mínimo cuando me recorrió entera con mi pijama de dos piezas de satén negro.

—¿Ni he entrado y ya quieres emborracharme?

No pude evitar reírme y alcé la mano para agarrarle de la camiseta, arrastrándole al interior.

Pero, claro, no conté que al hacer eso acercaría a Finn a mí.

—Hola —dijo, con una sonrisilla pilla, cuando nuestros cuerpos casi se chocaron, con muy poca oposición por su parte.

Alzar el rostro para mirarle a los ojos en aquella inexistente distancia hizo el resto. Su proximidad, esos labios que ya sabía cómo se movían contra los míos, recordar la manera en que sus manos me acariciaban...

No era tan fuerte como decía ser.

—Joder, Anne, no me mires así... —susurró, pero no le dejé terminar la frase, porque me puse de puntillas para besarle.

Finn no tardó en responder al beso, rodeándome con los brazos y cerrando la puerta detrás de nosotros.

La forma en que me besaba me hacía perder la cabeza, tanto que me descubrí quitándole la camiseta con ansias. Finn se rio contra mi boca, pero, cuando llevé la mano en un sutil, pero calculadísimo, roce contra su abultada entrepierna, dejó de reírse y se lanzó directo a por mi pijama.

Jadeé cuando interrumpió el beso para casi arrancarme la parte superior.

—Cuidado, lo vas a romper.

—Te compraré tres —gruñó cuando quedé desnuda de cintura para arriba, puesto que no llevaba sujetador.

Clavó los ojos en mis pechos, que, de pronto, se sentían pesados.

Finn avanzó hacia mí sin despegar la vista de ellos mientras terminaba de deshacerse de su ropa y se quedaba en calzoncillos. Yo sonreí juguetona, caminando de espaldas, llevándonos a mi dormitorio.

Esa vez quería estar con él en la cama.

Cuando llegué a la puerta de la habitación, me detuve, y él me imitó, manteniendo varios pasos de distancia, lo que hacía que el ambiente se volviera aún más excitante, en especial cuando decidí ir bajándome los pantalones del pijama poco a poco, descubriendo el tanga de encaje rojo.

—Me encanta el rojo, ¿te lo había dicho? —dijo Finn, por fin, despegando los ojos de mis pechos para dirigirlos a mi culo.

Hizo el amago de acortar la distancia, pero levanté la mano en un claro gesto para que se detuviera.

—Aquí solo se entra desnudo. —Sonreí mirando muy significativamente la apretada pieza de tela que le quedaba.

—Tus palabras son órdenes para mí.

Y, sin perder tiempo, Finn se deshizo de los calzoncillos a una velocidad que me habría hecho reír si no hubiera sido por la escena que se desplegaba ante mí.

Cuando liberó su erección, no pude evitar humedecerme los labios y dar un paso hacia él, que se había llevado una mano al pene y se lo acariciaba de forma pausada y excitante. Me parecía tan sexy...

No pensé. Me dejé llevar, así que, cuando llegué hasta él, me incliné sobre su pecho para besarle, deleitándome con la lentitud con la que se entregaba a nuestros besos; con cómo su lengua me acariciaba, profundizando el baile de nuestras lenguas, erizándome la piel. Pero volví a interrumpirle para ponerme de rodillas.

Finn soltó una maldición cuando vio cómo me recogía el pelo. Me agarró de las muñecas impidiéndome el gesto.

—Déjame sujetártelo yo —pidió con una voz profunda que me sacudió entera.

Asentí, y recogió mi melena alrededor de su puño; empecé a acariciarle con la mano, de la base a la punta. Finn gimió y tensó los músculos de las piernas cuando le pasé la lengua por la piel, cerca del pene.

—¿Condón? —pregunté en un susurro, y él tironeó de mi pelo para que levantara la mirada.

—En el bolsillo de mis pantalones. —Me dedicó una sonrisa engreída que, en vez de molestarme, me excitó más.

Sabía que íbamos a follar. Había ido preparado.

Me separé de él para rebuscar en los bolsillos del pantalón, tirado de cualquier manera, y, cuando lo encontré, no perdí el tiempo. Rompí el envoltorio y lo deslicé sobre su erección.

Finn volvió a sujetarme del pelo y a tirar de él en un gesto que estaba descubriendo que me gustaba como respuesta a los pequeños besos que iba dejando cerca, pero sin llegar a mi objetivo.

Tras unos segundos torturándonos, por fin dirigí la boca a la base de su pene y di un lento lametón hasta la punta para metérmela en la boca después. Finn gruñó y soltó una maldición, y eso me hizo sentir como si un fuego incontrolable me recorriera las venas.

No tardó en acompañar con las caderas el movimiento que yo marcaba con la boca, aunque notaba que se estaba controlando. Pero yo quería que se dejara llevar, que perdiera la cabeza como él me la hacía perder a mí. Me estaba volviendo loca con los sonidos que se le escapaban y con la forma en la que me sujetaba el pelo mientras, con la otra mano, me acariciaba la cara.

Cuando levanté la mirada, le descubrí observándome de manera intensa, y la forma en la que lo estaba haciendo...

—Lo siento, no aguanto más —dijo antes de separarse, impidiendo que siguiera chupándosela.

Antes de darme cuenta, había dejado de estar arrodillada en el suelo de la entrada de mi habitación, para estar de pronto de espaldas en mi cama. Finn me había cogido en brazos con una facilidad pasmosa y me había dejado sobre el colchón; me sorprendió la rapidez con la que lo hizo.

—Ahora me toca a mí... —habló, y separó mis piernas con una sonrisa que me hizo temblar por lo guapo que estaba.

Y no añadió nada más; simplemente se hizo hueco y empezó a darse un festín entre ellas. No se podía describir de otra manera. Por la dureza y rapidez de sus lametones, supe que estaba especialmente excitada, porque, por norma general, necesitaba que empezaran de manera lenta, mucho menos directa. Pero con él... estaba gimiendo y pidiendo más desde el primer contacto, arqueando la espalda y sujetándolo por la cabeza sin ningún tipo de reparo.

Iba a correrme. Iba a hacerlo en segundos si seguía así, pero me sorprendió cuando se separó en el momento justo para sujetarse la polla y acariciársela una, dos veces, antes de dirigirla a mi entrada, elevando un poco mis caderas.

—Por favor... —supliqué, abriendo aún más las piernas, y sentí cómo Finn nos torturaba a ambos dejándola entrar apenas unos centímetros para después sacarla.

—Finn —jadeé desesperada, y algo le convenció, porque, por fin, entró del todo, o todo lo que la posición le permitía. Seguía de rodillas, observándome tumbada y regalándole una panorámica de

mis pechos, a los que no quitaba ojo, pero no era lo que yo quería ni necesitaba.

Quería mucho más. Así que, tomándole por sorpresa, me separé de él y le obligué a tumbarse. Le monté a horcajadas sin rodeos ni miramientos, hasta el fondo. Por el gemido ronco que se le escapó y su expresión, con los ojos cerrados y los hombros tensos, no debió de parecerle mal.

Llevó las manos a mis caderas y me acompañóen el movimiento que nos iba a hacer perder la cabeza. Me mecí sobre él, rápido, lento, profundo: era demasiado y no lo suficiente a la vez. Dios. Me iba a morir de placer.

No duré mucho, y la culpa fue de Finn, que por fin volvió a abrir los ojos y los centró no solo en mi cuerpo, en mis pechos y en el punto en el que estábamos unidos, sino en los míos, conectando nuestras miradas. Y es que había algo en su forma de mirar que me volvía loca.

El orgasmo no tardó en atravesarme sin que pudiera controlar ni los gemidos ni la forma en la que mis caderas se sacudieron contra él. Segundos después, Finn me agarró con fuerza, sus gemidos haciendo eco de los míos.

Terminé apoyando la cabeza en su pecho, que se movía todavía de manera agitada, aunque poco a poco fue tranquilizándose, igual que los latidos de su corazón.

—Creo que ahora sí que te acepto una copa de vino. El chocolate me va a saber a poco. —Finn rompió el silencio, haciéndome reír.

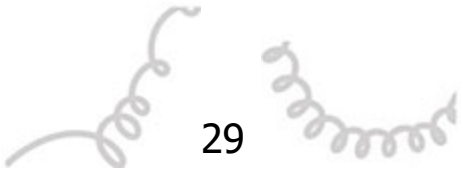
Me levanté con cuidado, separando nuestros cuerpos; nuestras miradas volviendo a conectar. Me mordí el labio y adivinó mis pensamientos.

—¿Otra cagada, Anne? Voy a necesitar unos minutos... —soltó divertido, y yo le tiré un cojín a la cabeza que le dio de lleno, porque todavía estaba atontado por la sesión de sexo.

—Cállate —dije, saliendo del dormitorio para ir al baño, con aire indignado.

Sin embargo, sonreí de manera involuntaria cuando oí su risa al otro lado de la puerta, y, aunque quise, no pude reprocharme nada.

Sí. Había sido otra gloriosa cagada.



29

Y las cagadas continuaron.

Era imposible resistirse.

Si nos encontrábamos, estábamos perdidos. Siempre teníamos alguna excusa para terminar en mi apartamento o en el suyo, y, si no lo hacíamos, Finn, con su maldita labia en los mensajes, conseguía engancharme y terminábamos de nuevo enredados.

Daba igual el empeño por no caer, siempre había algo. Como aquella vez que volví del trabajo y me topé con Finn y Norman. Sin darme cuenta, me vi acompañándolos en su paseo nocturno, y cuando volvimos... ni siquiera hizo falta preguntar; entré en el apartamento con ellos para una sesión de sexo que vivía en mi cabeza sin pagar alquiler.

Finn era apasionado e imaginativo.

Nunca había pensado que en la ducha una se lo pudiera pasar tan bien con unos simples cambios de temperatura del agua. Incluso había conseguido que no pudiera mirar con los mismos ojos la isla de mi cocina, pues había decidido que era el mejor lugar para darse un festín entre mis piernas, y yo... estaba de acuerdo.

—Entonces, ¿qué pasa con Finn? —me preguntó Ivy una tarde en la que habíamos quedado para que me ayudara a elegir el vestido que iba a llevar a una fiesta de la empresa de Ethan Calder,

invitación que había llegado como agradecimiento y reconocimiento por mi trabajo—. ¿Estáis saliendo?

Me detuve, dejando de revisar vestidos mientras esperábamos a que la dependienta me hiciera algunas propuestas.

—¿Saliendo? ¿En plan pareja? —me reí—. Por favor, Ivy. Llevamos dos semanas acostándonos y ya me lo quieres poner como novio.

—Deja de reírte y escúchame. Llevas tres semanas, tres —me corrigió—. Nunca te he visto follar tanto. Guarra, tienes la piel y la mirada brillantes —soltó quisquillosa, provocando que me riera más y ella sonriera—. Reconoce que el vecino te gusta un poco mucho. Es novio potencial.

—Por supuesto que me gusta —asentí cuando la dependienta apareció con un burro con cinco vestidos—. Si no, no me estaría acostando tanto con él. Pero ya sabes lo que pienso de estar en pareja.

Ivy bufó.

—Si necesita ayuda para... —empezó a decir la dependienta, pero negué con la cabeza con una correcta sonrisa.

—No se preocupe. Si necesito ayuda, le aviso.

Asintió indicándome el probador en el que había dejado algunas prendas para después volver a dejarnos a solas.

Era una *boutique* elegante con un solo espacio para probarse las prendas, puesto que había que acudir con cita. Ivy se sentó en el puf circular rosa empolvado mientras yo cogía el primer vestido negro de encaje para ver qué tal.

—¿Y tu plan cuál es?

Oí a Ivy preguntar al otro lado una vez que entré y corrí la cortina de terciopelo, a juego con el puf y la moqueta.

—No darles tantas vueltas a las cosas.

—Dejarte fluir, claro... Deja de mentirte —soltó exasperada—. Si fluyeras de verdad, te darías cuenta de que Finn es más importante de lo que...

No terminó de hablar. Salí embutida en el vestido de encaje, que dejaba muy poco a la imaginación.

—Creo que es demasiado, ¿no te parece?

—La verdad es que para una cena de empresa...

Volví a meterme en el cambiado, esa vez para probarme un vestido color burdeos.

—¿Y vas a llevar acompañante? —preguntó con un tono que supe identificar perfectamente, pero decidí hacerme la loca.

—¿Quieres venir? —contraataqué, saliendo de nuevo y girándome para que me subiera la cremallera.

Ivy se levantó para ayudarme.

—Sabes que no lo digo por mí —dijo a nuestros reflejos del espejo de dentro del probador.

—No me gusta —dije refiriéndome al vestido.

—A mí tampoco.

Volví a mirar las otras tres opciones. Había un vestido gris de pedrería, otro negro y...

—¿Por qué no te pruebas el rojo? —señaló Ivy.

Sonreí.

—Estoy de acuerdo. El rojo es la única opción correcta —dijo Miss Fire haciendo acto de presencia y, por la nula reacción de mi amiga, supe que había vuelto en modo invisible.

Cogí el vestido en cuestión y arqueé una ceja en dirección a Cupido, que se rio encantada y se sentó al lado de Ivy, ajena a su

incorporación.

—Bueno, bueno. ¿Y de qué estáis hablando? —oí que decía Rose.

—¿Por qué no le dices que te acompañe? Creo que eso sí que sería un acierto —comentó Ivy mientras me ayudaba a quitarme el vestido anterior.

—Oh, ¿acompañante? —preguntó Miss Fire.

—Ivy, no le voy a pedir que me acompañe. No voy a hacer las cosas más raras entre los dos.

—Oh, por Dios, hablando del vecino. ¡No me lo creo! —farfulló indignada Rose.

—¿En serio piensas que las sesiones de sexo no han complicado ya las cosas? —continuó mi amiga, que era como un perro con un hueso.

—¿Sesiones de sexo? ¡¿Cómo?! —saltó Rose, y no necesité ver su rostro para saber que estaba escandalizada—. Anne, ¿cuántas veces te has acostado con el vecino?

—Sabe que no me van las relaciones. No hemos hablado de ello, pero lo sabe por nuestra cena y anteriores conversaciones. Además, no me ha dado ninguna señal que pueda interpretarse como de querer algo más.

No esperé la respuesta de ninguna, salí del probador y la reacción de ambas me confirmó que aquel sería el elegido.

—Guau —soltó Ivy, admirándome.

—Querida, el rojo siempre es un sí. Te lo digo siempre —sonrió Rose.

—Creo que este, ¿verdad? —pregunté, dando una vuelta sobre mí misma y admirando mi reflejo.

El vestido era ajustado al cuerpo, con un corte recto que me estilizaba la figura. Sin embargo, el escote era asimétrico, con un tirante a un solo hombro, con pedrería en plata, que le daba un toque más moderno. La apertura de la falda, a través de la que se podía entrever una pierna, era lo que le daba la sensualidad sutil que buscaba.

Así que sí.

Era el elegido.

—Sí, amiga. Estás espectacular —asintió Ivy—. Qué pena que Finn no lo vaya a ver.

Por una vez, Rose y yo estuvimos de acuerdo en algo: ambas bufamos.



Al salir de la tienda, decidimos ir a comer y a tomar un café tranquilamente para hablar de nuestras cosas y ponernos al día de temas de trabajo, rutinas y demás. Tanto que Rose, al final, se aburrió y se esfumó. Tenía que entender que no toda nuestra vida giraba en torno a los hombres.

Tras un café, un *smoothie* y un *muffin* de arándanos compartido, Ivy y yo nos despedimos.

Estaba a punto de coger el coche para volver a casa cuando recibí un mensaje. Al descubrir el nombre de Finn en la pantalla, no pude evitar sonreír.

Hola! No sé si tienes planes, pero estoy paseando con
Norman y me está apeteciendo coger uno de los mejores
manjares del universo. Te apuntas?

Uno de los mejores manjares del universo? Quién podría resistirse?

Sabía que no te negarías

Quieres acompa?arnos o prefieres que te lo lleve a tu apartamento??

Estoy en mitad de Newbury. Adónde tengo que ir?

Finn me mandó la ubicación y comprobé que estaba a escasos nueve minutos andando, así que le confirmé que le esperaría allí, porque sabía que ellos tardarían más en llegar.

Recorrí el camino con calma. Era domingo, casi las seis de la tarde, así que todavía quedaba una media hora de luz que la gente aprovechaba. Octubre se había asentado y, con él, las primeras hojas naranjas que daban color a la ciudad e invitaban a pasear tanto como a quedarte en casa con una mantita.

No tardé en llegar y decidí caminar por el bulevar, con los árboles del Commonwealth Avenue Mall ya comenzando a hacer su transición. La temperatura era agradable con la chaqueta que llevaba y enseguida di con el local donde había quedado con Finn, ya no solo por el toldo azul marino con el nombre del establecimiento, sino por el rico aroma a gofres que lo rodeaba.

El sitio estaba justo en la fachada de The Vendome, un histórico hotel que había sido transformado en apartamentos de lujo y oficinas. La fachada, de piedra blanca muy ornamentada, al estilo clásico de finales del siglo XIX, llamaba la atención desde lejos, pero no fue la maravillosa arquitectura lo que hizo que me detuviera, sino ver cómo salía del edificio nada más y nada menos que Nate.

Me quedé paralizada , sin entender qué hacía allí, aunque el fortísimo olor a rosas me dio una clara pista.

Nate sonrió al verme y no dudó en acercarse mientras yo seguía congelada en el mismo sitio.

—Vaya, no paramos de encontrarnos —bromeó cuando llegó hasta mí, impecable, como siempre.

Su fuerte aroma a perfume fue como un *flashback*, porque seguía usando el mismo después de todo aquel tiempo. Y es que no había cambiado.

Mirada dura a pesar de ser de un azul claro. Pelo negro que siempre llevaba cortado en un impoluto degradado, con la parte de arriba más larga peinada hacia atrás, y aquellos trajes a medida que vestía incluso los fines de semana.

—Tienes en el pelo... —Alargó la mano para quitarme algo y me lo mostró—. Un pétalo de rosa, creo.

—Sí, es de rosa. —Se lo quité como si nada, pero por dentro estaba histérica.

¿Por qué Rose estaba jugando así conmigo? Sabía que era algo completamente premeditado, sobre todo porque no tenía dudas de que estaba al día de que había aceptado ver a Finn fuera de nuestros apartamentos. Yo no le había dado mayor importancia, pero estaba claro que Rose sí, y había decidido ponerme esa ¿zancadilla?

Fuera lo que fuese, era ridículo.

—¿Te has peleado con un ramo de rosas? Porque tienes el pelo lleno, ahora que me fijo.

Impedí que me quitara otro pétalo dando un paso atrás y Nate, que podía ser muchas cosas, pero no tonto, captó el mensaje.

—Vaya. ¿Todavía me guardas rencor? —soltó, y yo sonreí.

—No te guardo nada, Nate. Pero creo que me conoces. No me gusta que me toquen.

«Y menos un gilipollas engreído como tú».

Eso me lo guardé para mí, porque podía sonar un poquito a rencor, sí.

Dios, odiaba a Rose por ponerme en aquella situación.

La sonrisa de Nate no titubeó.

—Te veo bien. Ya te lo dije en el súper. ¿Qué haces aquí?

—Paseando.

—Qué casualidad. Ahora vivo aquí —dijo, señalando el antiguo hotel con un movimiento de cabeza.

—Entonces deduzco que sigue yéndote todo estupendamente.

—Como a ti. He estado preguntando por ahí, ya sabes.

Abrí los ojos sorprendida, la indignación burbujeando. ¿Había estado preguntando por mí?

—¿Qué quieres, Nate?

Una sonrisa maliciosa recorrió su masculino rostro, una que hacía un tiempo me gustaba demasiado.

—¿Qué quieres tú? Al fin y al cabo, eres tú la que ha venido a donde vivo.

Suspiré.

—Es una maldita casualidad. Al contrario de lo que crees, la gente no va por ahí investigando a los demás. Eso es turbio.

Se rio pasándose la mano por el pelo en un gesto muy suyo.

—Anne Prescott, directa y sin titubeos. Siempre has sido así. Si quieres algo, lo coges.

Me tensé. El brillo de su mirada, unido a sus palabras, me hacían adivinar hacia dónde quería llevar la conversación, y no pensaba concedérselo.

—Me tengo que ir... —comencé, pero él me interrumpió.

—Cena conmigo. Por los viejos tiempos.

—No pienso cenar contigo, Nate.

—¿Por qué no?

—Porque sé perfectamente lo que significa esa invitación y no estoy interesada.

—¿No lo estás? ¿Y por qué sigues aquí? Si no lo estuvieras, me habrías dejado con la palabra en la boca. A los demás los puedes engañar, pero yo conozco a la verdadera Anne Prescott. ¿Sabes lo que me dijo uno de los peces gordos que te conocía? Que eras llamativa. ¿Sabes lo que le contesté a ese capullo? Que no eres llamativa, eres inevitable.

Se me secó la garganta. Me había dejado sin saber muy bien qué decir ni cómo actuar.

—Venga, Anne. Solo una cena. Nada más.

Pero a eso sí que sabía qué responder. Estaba a punto de negarme y largarme de allí a la carrera si hacía falta cuando Nate dijo las palabras exactas para que no pudiera rechazarle.

—No me digas que durante este tiempo te has convertido en una cobarde...

Le fulminé con la mirada y, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, saqué mi móvil de malos modos para teclear un mensaje rápido a Finn.

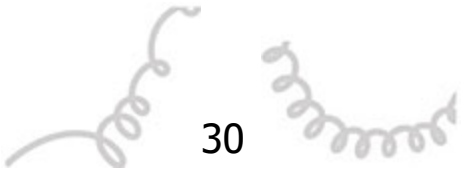
> Me ha surgido un imprevisto del que no me puedo escaquear y tengo que irme. Lo siento!
>
> Nos vemos en otro momento

Di a enviar y miré a Nate, que me observaba con el brillo de la victoria.

—Una única cena. Luego me dejarás en paz. Y, por supuesto, invitas tú.

Nate solo dejó de mirarme para levantar el brazo y silbar para parar un taxi.

—Cuenta con ello —me susurró al oído cuando, tras abrir la puerta del coche, me permitió entrar antes.



30

Cuando bajamos del taxi, no pude evitar hacer un gesto de incredulidad ante la desfachatez de Nate.

Estábamos frente al The Langham, un movimiento completamente premeditado por su parte, que, tras pagar el taxi, se colocó a mi lado.

—¿Entramos? —preguntó, señalando hacia la entrada del hotel, que ya tenía la fachada iluminada por las luces empotradas.

—¿De verdad? —pregunté.

—¿Por qué me miras así? Como si hubiera escogido el peor lugar del mundo... Nuestra primera cita fue aquí, a ambos nos gustó el italiano.

Decidí guardarme cualquier comentario porque no estaba muy segura de poder contestar sin decir más de lo necesario.

Sí. El restaurante italiano de aquel hotel fue nuestra primera cita, esa en la que decidimos ver qué tal tras los roces y la tensión palpables en nuestros encuentros de trabajo. Terminamos cogiendo una habitación y pasando la noche allí.

—Está bien, vamos. —Fue lo único que dije, pasando por delante de él sin mirar atrás.

El hotel era un cinco estrellas y quizá no iba con mi mejor *look*, pero no me importaba. Lo único que quería era terminar con aquella cena improvisada cuanto antes.

Tuvimos suerte y no nos hicieron esperar por una mesa, así que pensé que podría ir directa al grano, pero claro, Nate... Nate y yo éramos la misma cara de la misma moneda, así que me tenía bien calada.

—Sé que esto se sale de tus esquemas; joder, te mentiría si te dijera que de los míos no. Pero también te mentiría si te dijera que durante estos años alejados no he pensado apenas en ti.

—¿Qué...? ¿Qué dices?

—Dejé Chicago y volví a Boston. ¿Por trabajo? Sí. ¿Por ti? También.

Pestañeé completamente en *shock*, pero negué con la cabeza.

—Han pasado casi tres años desde que lo dejamos y ¿ahora me vienes con esas? —solté incrédula, controlando el tono de voz a pesar de lo agitada que estaba por su declaración.

—Joder, Anne. Llevo tan solo un mes en la ciudad. Quería aclararme antes de escribirte y, de pronto —Nate golpeó la mesa para dar más énfasis a sus palabras—, apareces en la cola de un supermercado cuando llevaba días pensando en cómo hacerlo. Es una puta señal del universo.

—No me hables de señales del universo —conseguí decir.

—Buenas noches, ¿ya saben qué van a pedir? —nos interrumpió el camarero con muy poco olfato para las escenas tensas.

—Sí, para ella unos raviolis de...

—No. Vuelva en cinco minutos, por favor —impedí que Nate siguiera hablando.

El camarero asintió y volvió a dejarnos solos. En cuanto se fue, fulminé a Nate con la mirada, que tuvo la poca vergüenza de sonreír y decir:

—Sé cuál es tu plato favorito de pasta.

—Vete a la mierda. No sabes nada de mí. Han pasado casi tres años, Nate. No puedes aparecer aquí como si tuvieras la situación controlada, como si fueras el dueño y señor de mi vida. Repito, vete a la mierda. Pide tus raviolis favoritos, yo ya he tenido suficiente.

Y, dicho eso, me levanté dispuesta a salir del hotel sin dedicarle ni un minuto más a Nate Roth.

—Anne, espera —oí a mi espalda, junto al sonido de una silla arrastrándose.

No miré atrás y salí del restaurante, pero, cuando llegué a la calle, Nate me alcanzó.

—Suéltame —dije, sacudiendo el brazo.

Nate levantó ambas manos en gesto de paz, seguramente porque estábamos llamando la atención de la gente de alrededor.

—¿Puedes, por favor, escucharme?

—Creo que no puedo ser más clara: no.

Volví a darle la espalda, retomando la marcha, aunque sabía que Nate no iba a darse por vencido. No me equivoqué.

—Solo quería decirte que, a pesar de todo este tiempo, no he dejado de pensar en ti, Anne. Que no me atreví a escribirte antes porque estaba en Chicago, pero cuando vi la posibilidad de volver... Quiero hacer las cosas bien. Sé que no me lo vas a poner fácil, pero también sé que sabes que es lo mejor.

Al escuchar esa frase, me detuve abruptamente y fui consciente de lo agitada que tenía la respiración. No era capaz siquiera de mirarle.

—Anne, somos iguales. Los dos. Por eso sé que nadie me conoce mejor que tú, y nadie te conoce mejor que yo. Y juntos... Juntos

éramos la hostia.

Cerré los ojos.

Estaba odiando cada una de sus palabras, así que, cogiendo aire, me enfrenté a él.

—Vaya, vaya. Así que aquí está el frío y calculador Nate Roth. Suplicando. He de decir que ahora sí que estoy sorprendida —dije, sin una brizna de emoción, dedicándole mi sonrisa más sarcástica y cruel.

Respondió al gesto dando un paso hacia mí, acortando muy peligrosamente la distancia entre ambos.

—Eres una zorra sin escrúpulos.

—Y tú un hijo de puta narcisista.

Volvió a dar otro paso hacia mí. Yo no me moví.

—Vuelve a mi vida, Anne. Estamos hechos el uno para el otro.

—Que te jodan.

—Por favor.

Y Nate me besó desatando una vorágine de rabia y pasión que pensaba que tenía muy enterradas.

No tardó en profundizar el beso, agarrándome para atraerme más a él y, en un momento de locura, me dejé llevar, devolviéndoselo con la misma furia que me estaba demostrando él, pero, al final, me separé.

¿Qué estaba haciendo?

Nate me observó en la oscuridad de la noche, alumbrada por la luz de las farolas y los focos del tráfico. Negué con la cabeza.

—Olvídame, Nate. Nuestra historia está muerta.

—Este beso me acaba de demostrar todo lo contrario.

No añadí nada más, tan solo volví a alejarme sin mirar ni un solo segundo hacia atrás y odiando la vorágine de emociones que luchaba por volver a la superficie.

Solo cuando por fin llegué a casa dejé que salieran. En especial porque, cuando subí hasta mi puerta, vi una cajita rosa con una nota.

Sabía lo que era. Uno de los gofres de Finn.

Espero que todo haya ido bien.
Te he traído uno para que puedas probarlo
y descubras por qué es el mejor manjar del universo.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, todavía con el sabor de los labios de Nate y el gofre junto a la nota de Finn entre las manos, supe que estaba en un lío. Porque, ¿qué hacer cuando lo que siempre has negado parece ahogarte de pronto?

31

Debido al estrés, mi cuerpo decidió coger una maldita gripe que me impidió levantarme de la cama e ir a trabajar al día siguiente.

Hacía tiempo que no me encontraba tan mal.

Pedí a Betty que se encargara de reorganizar la agenda, que cancelara las citas que tenía, y, por supuesto, que tuviera un detalle con los clientes a los que dejaba plantados aquel mismo día.

Tenía tan mal aspecto que Ivy, tras una videollamada de apenas dos minutos al tercer día de estar mala, decidió que venía a traerme provisiones y a determinar si tenía que arrastrarme al médico, aunque le perjuré que ya había hecho una consulta virtual con mi doctor y que tenía casi todos los medicamentos.

No pasó ni media hora cuando oí que la puerta de mi apartamento se abría para después cerrarse con suavidad.

—Soy Ivy —saludó a la nada, porque yo seguía tirada en la cama, casi sin fuerzas ni ganas de abrir los ojos.

Rose se había pasado todo el día parloteando para, según ella, hacerme compañía, pero había terminado por pedirle que me dejara tranquila. Estaba quitándome la poca energía que me quedaba, pero sabía que con mi mejor amiga sería diferente.

Oí cómo avanzaba por el apartamento y el sonido de algunas bolsas de papel. Debía de haber traído, efectivamente, provisiones.

De pronto, las luces de mi dormitorio se encendieron y, por supuesto, me quejé.

—Cielo, esta habitación hay que ventilarla con urgencia. Un poco más y tengo que ponerme el equipo de buzo.

Mi respuesta fue un quejido, pero ella fue hacia las cortinas para apartarlas y abrir las ventanas.

—¡Ivy! —conseguí quejarme cuando noté el frío de la calle renovando el aire de la estancia.

—Venga, ve a darte una ducha mientras caliento la sopa. Te va a venir de perlas. Cambiaré las sábanas también, porque...

Volví a gruñir, pero obedecí y me arrastré hasta el baño para desnudarme y meterme bajo el grifo de cascada. El agua caliente provocó que cerrara los ojos de puro gusto, y perdí la noción del tiempo disfrutando de aquella sensación renovadora.

Cuando salí entre una nube densa de vaho, me di cuenta de que la ropa que llevaba había desaparecido y, en su lugar, tenía un camisón y ropa interior limpia esperándome sobre la encimera de mármol de mi tocador.

No tardé en vestirme y dediqué unos minutos a secarme ligeramente el pelo antes de dirigirme a la cocina.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Ivy, levantando la mirada de su móvil.

Estaba esperándome sentada en la barra, con una copa de vino y la cena para ambas preparada y humeante.

—La verdad es que me ha venido bien —concedí, sentándome a su lado mientras olisqueaba la sopa—. Gracias.

—De nada. Brindaría contigo, pero no hay que mezclar —dijo, tendiéndome la pastilla del medicamento que me tocaba.

Sonreí, aceptándolo, para después darle un trago a mi vaso de agua y tomarme la medicina.

—Ya estoy mejor —aseguré, empezando a atacar la sopa, que me supo a gloria.

—Sé que soy mágica, pero también tú eres muy cabezota. Anidar en el dormitorio no siempre es la mejor opción. ¿Vas a contármelo?

La miré intrigada.

—¿El qué?

—Lo que te pasó. Y deja de mirarme como si te estuviera hablando en alguna lengua muerta, porque en medio del delirio de la fiebre farfullaste algo sobre que había vuelto por culpa de Miss Fire, que, si no me falla la memoria, es tu clienta, esa de todo al rojo, ¿no?

Me atraganté con la sopa.

Ivy me dio suaves golpecitos en la espalda, esperando paciente, pero, claro, yo no quería hablar, así que me hice la loca.

—¿Anne?

—¿Sí?

—Estoy esperando.

—Me encuentro un poco mal de nuevo —dije, apartándome de la barra arrastrando el taburete, dispuesta a huir a mi dormitorio.

—Ni te muevas —me impidió—. Además, todavía no hemos cambiado las sábanas. ¿Qué ha pasado? ¿Le has roto ya el corazón al inglés y te arrepientes?

—¿Cómo? —pregunté, pero mi amiga me ignoró.

—No. Eso no puede ser, porque has dicho que «había vuelto» —murmuró para sí, mirándome con sospecha.

Suspiré y decidí ceder. Total, tarde o temprano se lo iba a contar.

—Nate ha vuelto. Me lo encontré hace unas semanas en el súper.

El silencio más absoluto nos rodeó, uno tan poderoso que tuve que echar un vistazo para comprobar que Ivy seguía en la misma estancia que yo.

Mi mejor amiga me miraba boquiabierta.

—¿Ivy?

Cerró la boca, pero siguió sin decir nada.

—¿Estás bien? —me preocupé.

Eso hizo reaccionar a mi amiga, que parpadeó exageradamente antes de golpearme en la pierna que pilló más cerca.

—¡Ay!

—¡¿Ay?! ¡Ay digo yo! ¿Cómo no me has dicho nada?

—Con tanto trabajo...

—Ahórrate las mentiras conmigo, guapita —me cortó—. ¿Y qué más? Porque esa cara es de algo más.

Odiaba que nos conociéramos tan bien.

—Hace tres días...

—Sí, justo antes de ponerte malísima, sí.

Ya estaba arqueando la ceja y de brazos cruzados. Cogí aire antes de soltar la bomba del todo.

—Me lo encontré enfrente de su casa y digamos que terminé cediendo para ir a cenar con él.

—¡Oh, señora!

Ivy se levantó del taburete haciendo aspavientos.

—¡¿Y todo esto te lo has guardado estos días?! ¡Normal que estés así! ¡Envenenándote! ¿Qué te digo siempre? Los chismes se cuentan en el momento; si no, te carcomen por dentro. ¡Madre mía, madre mía!

Ivy soltó toda aquella retahíla sin dejar de hacer aspavientos mientras recorría la cocina. Cuando se giró abruptamente hacia mí, se llevó una mano a la boca con excesiva teatralidad.

—Oh, Dios. Hay más, ¿verdad? Esa cara de culpabilidad... Suelta ya por esa boquita. Suéltalo.

Y eso terminé haciendo, contárselo con todo lujo de detalles. Desde el encuentro en el súper hasta la cena, pasando por la propuesta de los gofres de Finn, que terminó en el beso con Nate.

Por supuesto, no hablé de Rose, pero, con tanto que contar, Ivy ya se había olvidado de mi querida Miss Fire.

Cuando terminé de explicárselo todo, tan solo negó con la cabeza.

—¿No dices nada? Di algo, por favor.

—¿A cuál de los dos has ignorado estos días? —terminó por hablar con una rectitud que me sorprendió y preocupó a partes iguales.

—¿A los dos? Sabes perfectamente que no tenía fuerzas casi para hablar por teléfono, como para mensajearme.

—Así que te han escrito ambos.

No tuve necesidad de asentir, y Ivy volvió a levantarse.

—No sé ni qué decirte. La bomba de Nate otra vez en tu vida...

—No está otra vez en mi vida, tan solo ha aparecido —intenté interrumpirla, pero ella continuó con su discurso.

—... con tremendas declaraciones. Va a por ti. Te quiere a ti.

Arqueé una ceja y Ivy bufó. —Bueno, todo lo que puede querer Nate Roth con ese frío corazón de piedra.

Decidí volver a centrarme en la cena.

?Lo único que le pasa es que le estará dando pereza tirar de agenda, y yo aparecí en bandeja de plata en el súper.

—La verdad es que eso fue muy conveniente, pero no.

Ambas conocemos a Nate. No miente. ¿Qué necesidad tiene?

Guardé silencio, porque en eso también tenía razón.

—Nate quiere que vuelvas —sentenció—. La pregunta s: ¿qué quieres tú?

32

Ivy se quedó un rato más.

Vimos una peli y comimos palomitas, y, a pesar de que era una de esas comedias románticas ñoñas que no soportaba, debía reconocer que me lo había pasado genial burlándome de la pareja protagonista y sacando a Ivy de sus casillas.

Al final, a eso de las diez de la noche, volvió a su casa, no sin antes amenazarme con tortura perpetua si no la llamaba al día siguiente para informarle de que estaba bien. Y lo estaba, porque, al final, su visita me había sentado maravillosamente. Bueno, todo lo bien que le podía sentar a una persona que todavía arrastraba una gripe. Así que, en cuanto mi mejor amiga salió de mi apartamento, me fui directa a la cama, me dejé caer sobre ella y agradecí de nuevo que Ivy hubiera aparecido.

Las sábanas recién cambiadas y su olor a suavizante me acogieron prometiéndome una noche mucho mejor que las anteriores. Sí, estaba convencida de que el virus estaba ya remitiendo.

De pronto, sonó el inconfundible timbre de la puerta. Deduje que sería Ivy, que se había dejado algo y había vuelto corriendo. ¿Por qué no usaba la llave de repuesto? Quizá tenía el coche mal aparcado. Salí rápido de la cama, descalza y sin que me importara tener bien colocado el camisón que me había hecho ponerme

(porque, según Ivy, para combatir cualquier virus había que empezar sintiéndose guapa), y abrí la puerta de un tirón.

—Ivy, tía, un día vas a perder la cabeza... —dije, pero delante de mí no me esperaba mi mejor amiga, sino Finn, que no se cortó un pelo en darme un repaso de arriba abajo.

—No. No soy Ivy —saludó con una sonrisa—, aunque me la he encontrado y me ha dicho que te echara un ojo, que estabas fatal con la gripe.

—Ho... hola. —Me sujeté a la puerta algo aturdida por verlo allí.

—¿Puedo pasar?

Me mordí el labio intentando recordar cómo estaba el apartamento. Quizá tardé más de lo necesario en responder, porque Finn malinterpretó el silencio.

—Joder, perdón. Estabas durmiendo ya, ¿verdad? Pensé que como Ivy... —dio un paso atrás y eso me hizo reaccionar.

—No, no estaba durmiendo.

—¿Y quieres compañía? Traigo provisiones, no vengo con las manos vacías.

Los ojos castaños de Finn me buscaron cuando me mostró una bolsa de tela que hizo girar sobre sí misma.

—¿Dulces? —intenté adivinar.

—No te lo voy a desvelar, Anne. Es el gancho que tengo para que quieras invitarme a pasar.

No pude evitar sonreír.

—¿Estás seguro? No soy la mejor compañía, y puede que sea contagioso.

Dejó de juguetear con la bolsa y se acercó a mí para susurrarme, como si de un secreto se tratara:

—Es un riesgo que pienso correr.

Dios.

Volví a morderme el labio en un gesto completamente involuntario. No sé qué tenía, pero me abducía con esos ojos café y esa sonrisa pícara, así que me sorprendí haciéndome a un lado para dejarle entrar.

Finn fue directo a la cocina, donde dejó la bolsa apoyada en la encimera y se giró para mirarme.

—Siéntate en el sofá, yo me encargo.

Asentí porque era cierto que no tenía mucha energía para ayudarle con nada, y me acurruqué tapándome con la manta para no tener frío, observándole moverse por la cocina en la zona de los fuegos.

De pronto, un olor delicioso se extendió por el salón. ¿Estaba derritiendo mantequilla?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Dónde está el microondas? —preguntó a su vez él.

Intrigada, le señalé el armario que tenía que abrir para descubrir el horno y el micro, pues nunca me habían gustado las cocinas que tenían los electrodomésticos a la vista.

—Dos minutos y listo.

Finn metió primero una taza y, cuando terminaron los dos minutos con el correspondiente pitido, metió la otra; entonces se dedicó a hacer algo con la que había sacado, que yo no podía ver. El olor como a galleta recién hecha prometía que iba a estar bueno.

En un momento, Finn llegó hasta mí y me tendió una de las tazas, que cogí con curiosidad.

—¿Qué es? —pregunté sorprendida cuando vi en el interior un bizcocho espolvoreado con virutas de azúcar de colores, la típica que se ponía para decorar helados.

—Mi famoso e irremplazable Vanilla Mug Cake —contestó, guiñándome un ojo mientras me tendía una cucharilla—. También conocido como la cura de todos los males, testado por mi hermana pequeña.

—¿Esto lo has hecho en el microondas? —repetí sorprendida, en especial cuando hinqué la cucharilla y descubrí lo esponjoso que estaba.

—A ver, está mal que lo diga, porque me estás mirando como si fuera un chef estrella Michelin, pero es la cosa más fácil del universo. Mezclas los ingredientes, dos minutos al micro y *voilà*.

—Me sigue pareciendo asombroso. Yo sería incapaz...

Y dejé de hablar porque me llevé un trozo a la boca.

—Por tu cara, te está gustando. Si lo llego a saber, te habría traído todos estos días —se rio Finn, sentándose a mi lado en el sofá mientras yo gemía sin vergüenza alguna por lo buenísimo que estaba aquel bizcocho.

—Deberías poner en tu currículum que eres un máquina en esto de la repostería. ¡Está buenísimo! —seguí devorándolo, y Finn, que me observaba con una sonrisilla dibujada en el rostro que me hizo girarme hacia él y olvidarme por un segundo del pastelito.

—Es solo que me alegro de volver a verte —contestó a la no pregunta, aunque mi expresión debía de haber sido clara—. Llevaba varios días sin saber de ti después de la no quedada de los gofres. Empecé a pensar que había pasado algo más grave de lo que parecía.

Desvié la mirada; la culpabilidad me carcomía, aunque... culpabilidad ¿por qué? Hice a un lado el recuerdo del beso de Nate y volví a mirar a Finn, obligándome a sonreír.

—Todo lo grave que puede ser una gripe que me ha dejado hecha un desastre.

La mirada de Finn me recorrió, su sonrisa se atenuó antes de que volviera a hablarme.

—Yo no te veo hecha un desastre.

Y ahí estaba. El chisporroteo de energía entre ambos. Algo a lo que ya debería estar acostumbrada, pero que seguía haciéndome saltar, tomando un protagonismo a veces difícil de ignorar. Como en ese momento, en el que Finn estaba meditando si era buena idea o no besarme.

Lo sabía, conocía esa mirada. Esa forma en la que sus ojos volaban a mis labios con una rapidez que a veces parecía que me lo había imaginado.

—No creo que sea buena idea —dije entonces.

—¿El qué?

—Eso en lo que estás pensando. —Finn arqueó una ceja divertido —. Tengo gripe, a no ser que quieras arriesgarte a que de verdad te lo contagie...

No terminé la frase.

Se inclinó hacia mí, acortando la distancia, y capturó mi boca.

Olvidé el bizcocho, la gripe y cualquier otro beso que me hubieran dado en días anteriores.

Finn y su forma de besar te hacían ser consciente de que se estaba tomando su tiempo para demostrarte todas las ganas que tenía de hacerlo, y no hay nada más intenso que un beso con toda

la intención. Lento, deliciosamente lento; no de los que desesperan, sino de los que llevan el ritmo perfecto, los que profundizan de la manera justa...

Se separó de mí y apoyó la frente contra la mía.

—¿Sabes, Anne? Puede que te haya echado un poco de menos.

—¿Un poco? —sonreí también, levantando la mano hacia su jersey de rayas, pero me la sujetó antes de que alcanzara mi objetivo.

—¿Vemos una película?

Me sorprendió con aquella pregunta, y sonreí con una expresión que, estaba segura, mostraba mi extrañeza.

—¿Quieres ver una película?

—Solo si tú quieres. Me imagino que, por el olor a palomitas, Ivy y tú habéis visto algo, pero te prometo que no te voy a obligar a ver ninguna comedia romántica.

Aquello me arrancó una carcajada.

—¿Cómo sabes que Ivy me ha hecho tragarme una película de esas?

—¿Ivy, la reencarnación de mi hermana Julie? Por favor... Es su *modus operandi*. Te proponen ver algo juntos y, en cuanto te relajas, zas, película cutre.

—¿Así que tampoco te gustan las películas románticas?

—No he dicho eso. —Elevó ambas cejas mientras me obligaba a recostarme asegurándose de que estuviera bien tapada y me ofrecía de nuevo la taza del bizcocho, que no dudé en atacar.

—Me parece que has dicho justo eso. —Pinché con la boca llena del delicioso postre.

—No, solo las pelis que Julie y Ivy nos hacen ver, pero hay películas románticas muy buenas.

—Oh, Dios, no serás un *snob* de esos del cine que sueltan que *Casablanca* es una obra maestra y un ejemplo de película romántica...

—Eh, Prescott: *Casablanca* es un peliculón, o eso dicen. Yo nunca la he terminado.

Me reí, casi atragantándome, haciendo que Finn se asustara tanto que la conversación no continuó hasta que se aseguró de que no tenía que hacerme la maniobra de Heimlich.

—Eres toda una caja de sorpresas: lo mismo te marcas un postre con una taza y un microondas que te pones a salvar vidas.

Finn se rio y se dejó caer en el sofá de nuevo, pero sin quitarme ojo.

—Valgo para todo. ¿Seguro que estás bien?

—Si lo que quieres es tocarme, no hace falta que te inventes excusas —pinché sin dejar de sonreír, en especial cuando se rio sacudiendo la cabeza.

—Uno intenta ser un caballero y...

—No es eso lo que quiero de ti —le interrumpí, y él ladeó la cabeza, como estudiándome.

El silencio volvió a rodearnos, pero debajo de esa broma camuflada como indirecta, me di cuenta de que, en realidad, me apetecía hablar con él.

—¿Qué quieres ver? —pregunté entonces, y su sonrisa se tornó dulce y me provocó un revuelo en el estómago al que decidí no prestar mucha más atención.

—La verdad es que no tengo nada en mente. Podemos probar y que nos sorprendan las plataformas

—Creo que hay una opción de que te escojan una aleatoria... —dije, inclinándome para coger el mando de la televisión, que descansaba sobre la mesita de café después de que hubiera visto la peli con Ivy.

—Sí, y mi hermana lo odia. Una vez le puso una película de castores asesinos.

—¿Castores asesinos? —Le miré y Finn se carcajeó por la expresión de horror en mi cara—. ¿Me estás diciendo que ese adorable animal es peligroso?

—A ver, todos tenemos un lado oscuro, y más si te cae un material tóxico radiactivo encima.

Sonreí.

—Seguro que a Julie le encantó —dije con ironía.

—Está en su top cinco. —Se unió a mis risas.

—¿La echas de menos? Porque me imagino que está allí, en Londres, ¿no? —me interesé, encendiendo la televisión, pero sin dejar de mirar a Finn, quien asintió con un gesto nostálgico.

—Sí. Está en Londres. Con mis padres. Los echo de menos, pero quería vivir esta aventura. Como te dije, era una oferta que no podía rechazar, y solo estamos a una videollamada de distancia. Y, bueno, vienen a menudo y yo también voy bastante.

—Eso está bien. —Sonreí, aunque no era un sentimiento que entendiera en exceso.

La relación con mis padres era correcta y nos queríamos, claro, pero podíamos estar largas temporadas sin vernos y sin sentir eso que una simple mirada y un gesto de Finn me estaba explicando sin necesidad de palabras.

—¿Volverás? —pregunté entonces, y eso le pilló con la guardia baja.

Se volvió hacia mí, sorprendido.

—¿A Londres? —Asentí con un gesto de la cabeza y Finn desvió la mirada hacia la televisión, que nos mostraba diferentes tráileres de las películas y series que tenía en cartera—. Si en algún momento Boston deja de ofrecerme cosas que importen, me imagino que sí.

Sus ojos me buscaron y me removí inquieta en el sofá, volviendo a mirar la pantalla.

—Lógico —me obligué a decir.

—¿Tú tienes hermanos?

—No, solo estamos mis padres y yo, y no tenemos una relación muy estrecha.

—Y no te gusta hablar de ello, por lo que veo —me sorprendió.

Me volví para mirarlo.

—No, para nada. Solo es un hecho que sé que a la gente a veces le cuesta entender.

—¿Que hay diferentes tipos de familias? Vaya, no creo que sea tan complicado de entender, pero sé a lo que te refieres. De todas formas, no toda es de sangre. Cuéntame, ¿cómo os conocisteis Ivy y tú?

Y de esa sencilla manera, Finn recondujo el tema de conversación de nuevo hacia algo bonito y divertido. Algo de lo que me gustaba hablar y con lo que me sentía cómoda. Así que, sí, le conté cómo nos habíamos conocido, cómo, a pesar de lo diferentes que éramos, nos llevamos a las mil maravillas desde el minuto uno.

Eso nos condujo a contarnos anécdotas divertidas de la época universitaria y, sin darme cuenta, empecé a conocer un poquito más

a Finn, el hermano mayor que había tenido una época rebelde en la adolescencia. O eso era lo que había intentado venderme, porque, en cuanto indagué un poco más, entre risas me confesó que lo más grave que había hecho había sido cogerle las llaves del coche a su padre para llevar a su novia de aquel entonces a su casa sana y salva.

—No te rías, que no sabes el cabreo que se pilló mi padre. Es un hombre muy intimidante —intentó defenderse haciéndose el ofendido.

—¿Qué es? ¿Militar?

—¿Militar? —repitió Finn, carcajeándose—. Es veterinario, pero eso no quita que infunda respeto.

—Vale, vale. Te creo. Así que no eras un adolescente especialmente rebelde.

—No. Siento decepcionarte. He sido y soy un tío muy normal.

—Ser normal no significa que no seas único.

Me miró divertido.

—Vaya, pedazo de frase para un eslogan. Vas a tener que ponerte a trabajar conmigo y mi equipo.

—¡No te burles! —Le golpeé abochornada—. Es la fiebre, que ha acabado con mis neuronas, pero quería decir que ser normal no es nada malo.

—Lo sé. Nunca he dicho lo contrario —dijo, todavía con la sombra de la sonrisa en los labios.

—Por si acaso. Por cómo has dicho que eres un tío muy normal...

Finn se inclinó hacia mí con diversión.

—Tranquila, soy un tío muy normal que sabe lo único que es.

—Ay, Dios. —Me tapé la cara con la manta, avergonzada.

Oí a Finn reírse, peleando para quitármela.

—Venga, va. Haremos como que no me has soltado esa frase si tú simulas que te crees que fui un rebelde durante la adolescencia.

Consiguió hacerme reír.

—Si eres feliz con eso... —acepté, asomando la cabeza de nuevo —. Aunque no fingiré que lo entiendo.

—Haber tenido un lado rebelde siempre suma puntos en atractivo. —Jugueteó con sus cejas, ahora haciéndome reír a mí.

—Yo sé la verdad y sigo viéndote igual de atractivo.

Aquella afirmación cayó sobre nosotros y enrareció de pronto el ambiente, aunque era absurdo. Claro que sabía que para mí era atractivo; sin embargo, la intimidad que estábamos compartiendo estaba provocando *algo*.

Finn se encargó de romperlo.

—En fin, prometo no sacar a relucir tu lado de creativa publicitaria. Pero, si algún día conoces a mi hermana, no permitas que te cuente ninguna anécdota bochornosa sobre mí.

La maldad se debió de dibujar en mi rostro, porque el inglés enarcó una ceja.

—Piensa que yo tengo mucho más a mano a Ivy, y, con lo poco que me has contado, adivino que hay muchas y muy vergonzosas.

Touchée. Ahí tenía razón, y yo todas las de perder.

—Está bien, está bien. No indagaremos.

Aceptando las tablas, volvimos a enfrascarnos en conversaciones que siempre me habían parecido insustanciales. Pero en realidad tenía interés por saber más de la familia de Finn, como que su hermana y él se llevaban tres años, y ella, como su padre, era veterinaria, y que, aunque su padre tenía una clínica propia, Julie

había decidido labrarse su futuro fuera, demostrando su profesionalidad por méritos propios.

Aquella tenacidad venía de su madre, que durante años había dejado de lado su trabajo para cuidarlos, pero que, una vez que crecieron, consiguió abrir su propia tienda y taller de restauración, a pesar de los miedos que tuvo por haberse alejado de la vida profesional durante tantos años.

Era emocionante ver hablar a Finn de los suyos, el cariño y la admiración que sentía por todos ellos. También lo fácil que resultaba hablar con él de cualquier tema. Incluso le hablé de mis padres y de cómo me decidí por dedicarme a lo que hacía. Me escuchaba con interés real y, sin que nos diéramos cuenta, el tiempo pasó volando.

En algún momento de la noche, decidimos poner una película, o por lo menos disimular que no queríamos despedirnos con la excusa de verla. Sin embargo, creo que no llegué ni al título. Apagamos las luces y Finn dejó que apoyara los pies sobre él; empezó a masajearlos e hizo que me relajara tanto que, cuando me desperté con los primeros rayos del nuevo día, no recordaba cuándo me había dormido. O, más bien, cuándo nos habíamos dormido.

Porque Finn estaba durmiendo en el otro extremo del sofá.

¿Había pasado toda la noche allí?

33

Me moví, algo entumecida por la postura, y eso despertó a Finn, que entreabrió los ojos, se estiró y acompañó el gesto con un gran bostezo.

—Creo que nos quedamos dormidos —dije, retirando las piernas de encima de él.

—Eso parece.

—¿Estás bien? ¿No te duele el cuello? —me preocupé.

Yo había dormido tumbada, pero él lo había hecho recostado y estaba segura de que estaba dolorido.

Finn me miró, negando con la cabeza, y, antes de que pudiera decir nada más, se inclinó sobre mí para darme un suave beso en los labios.

—¿Tú cómo estás? ¿Tienes que tomarte alguna medicina?

No sé qué fue, quizá ser consciente de que habíamos pasado la noche juntos, hablando durante horas de todo y a la vez de nada; que, a pesar de haber podido irse a la comodidad de su casa, había decidido quedarse allí, conmigo, y que ahora, recién despierto...

Detuve mis pensamientos, obligándome a guardar silencio y tan solo actuar. Le empujé suavemente para que volviera a sentarse y me coloqué a horcajadas sobre él. La manta cayó al suelo con el movimiento y me quedé tan solo con el fino camisón.

—Buenos días —susurré antes de besarle de nuevo con suavidad.

La temperatura de la mañana era fresca, pero sabía que no era motivo suficiente para que la piel se me erizara. Enseguida noté la erección de Finn contra mí. Sin embargo, no hizo nada, tan solo sonreír sutilmente mientras me retiraba algunos mechones de pelo del rostro una vez que nos separamos, observándome de una manera...

—Voy a dejarte para que puedas descansar bien. Mi idea no era hacerte dormir en el sofá. Ivy me va a matar cuando se entere —dijo casi en un susurro.

Me obligué a asentir y a moverme para liberarle, pero Finn me detuvo.

—En unos días tengo una fiesta de uno de nuestros clientes. Ya sabes, ese tipo de fiestas en las que tienes que ir arreglado, hablar con gente que realmente no te importa..., pero puedo llevar acompañante. ¿Te gustaría venir?

Y con esa sencilla pregunta, la burbuja en la que había estado flotando estalló.

Me separé de Finn, cogiendo la manta para volver a taparme con ella mientras le daba una respuesta vaga.

—Lo vamos hablando, ¿te parece?

Una seriedad repentina apareció en su rostro, pero decidí hacer como que no lo veía y dirigirme a la entrada, sabiendo que me seguiría.

Abrí la puerta y me obligué a sonreír porque, ¿qué había estado haciendo? ¿A qué había estado jugando?

Finn me estudiaba, cauto, como si se diera cuenta de que algo había cambiado de pronto; como si notara mi incomodidad y mis ganas de que se fuera para quedarme sola.

—Bueno, descansa. Luego me cuentas qué tal —dijo, y salió del apartamento y se volvió hacia mí, mientras yo ya entornaba la puerta.

—Sí, claro. Muchas gracias por pasarte...

—Anne, ¿qué pasa? —me interrumpió entonces, sujetándola y obligándome a que le mirara.

—¿Qué pasa de qué?

Una sonrisa ácida le recorrió el rostro.

—¿En serio vamos a jugar a esto?

Finn lanzó la caña, y yo podría haberla recogido, pero...

—No sé a qué te refieres. Estoy agotada, Finn. No ha sido una buena idea pasar la noche entera durmiendo en el sofá.

Apretó la mandíbula antes de sonreír, pero no fue una sonrisa real. Incluso me pareció sarcástica, aunque no me dio tiempo suficiente para poder analizarla.

—Entonces, descansa, Anne.

Me hizo un gesto de despedida y se dio la vuelta para volver a su apartamento sin esperar mi contestación.

Era lo mejor.



El virus terminó abandonándome y dos días después estaba arreglándome para la fiesta de Synaptica, a la cual mi cliente, Ethan Calder, me había invitado.

Cuando me llamó para extenderme la invitación, fue imposible no lanzar la broma de que esperaba que en aquella fiesta no hubiera altercados. La aceptó con bastante elegancia y buen humor, he de

decir, y es que una vez que trabajé con él sin la mediación de Miss Fire, pude conocerle un poco mejor y debo reconocer que Calder era un buen tipo. Un pelíííín narcisista, pero nada tan grave como pensaba al principio.

Miré con satisfacción mi reflejo enfundado en el vestido rojo. Había decidido ponerme los tacones y el pintalabios a juego.

—Estás espectacular, querida —dijo Rose, apareciendo en mi vestidor, ya sin sorprenderme por sus repentinas visitas.

—Todo al rojo, ¿no? —comenté, obligándome a sonreír sin dejar de estudiarme.

—Todo al rojo, sí —asintió ella, colocándose a mi lado.

Estudió mi reflejo y su expresión alegre se evaporó.

—¿Ocurre algo, Anne?

Me sorprendió su preocupación y me volví hacia ella.

—No, ¿por?

—No sé, quizá esté equivocada, pero te noto... ¿triste?

Sacudí la cabeza a la par que me alejaba de ella, tenía un Uber que coger.

—¿Por qué iba a estar triste? Me he recuperado del virus y estoy yendo a la fiesta de un cliente difícil. —Le lancé una mirada llena de intenciones que provocó que ella volviera a sonreír al recordar su momento *Cincuenta sombras con el CEO*—. Me invitó como agradecimiento por mis servicios, y seguramente en esta fiesta conoceré a nuevos clientes potenciales.

Fui directa al armario de la entrada para sacar el abrigo, pero las siguientes palabras de Miss Fire me detuvieron en pleno movimiento para agarrar el manillar.

—Todo negocios, por lo que veo, ¿no?

No pude evitar mirarla ante tal declaración, y ahí la descubrí tendiéndome una *pashmina* negra y un bolsito a juego. Serían el colofón para mi *look*.

Cupido tenía muchos defectos, pero el mal gusto no era uno de ellos.

—Es la clave del éxito —respondí, evitando hacer contacto visual directo e ignorando el ardor a la altura del pecho mientras aceptaba el bolsito y el fular de cachemir para cubrirme del frío durante el poco rato que estuviera en el exterior.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad, querida?

La repentina preocupación de Rose era... eso, repentina, y volví a desviar su atención intentando disimular mi incomodidad.

—¿Cómo me veo? —pregunté entonces.

Se obligó a despegar sus ojos de los míos, dedicándome una de sus sonrisas entusiastas.

—Arrebatadora. Estoy segura de que esta noche va a estar llena de momentos intensos.

Me tensé y la miré con recelo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Yo? Nada, pero ya sabes lo que dicen: que no quieras hablar de ello no significa que no vayas a hacerlo.

Mi corazón dio un vuelco.

—Rose, ¿qué quieres decir?

En ese instante, llamaron a la puerta de mi casa. Me volví hacia esa dirección, aterrorizada, para volverme al segundo hacia Cupido.

—Ups, salvada por la campana —canturreó Rose con un movimiento ligero y elegante que sacudió su melena blanca.

—¿Qué has hecho? —susurré con urgencia.

—Adiós, querida. Poco más tengo que hacer aquí.

Y, tras soltar aquello, desapareció. Por desgracia, la persona que estaba al otro lado de la puerta no lo hizo, porque volvió a llamar provocando que se me disparara el pulso.

Me acerqué a la puerta porque no era una cobarde. Nunca me había considerado una, pero sentía un terror absoluto en la boca del estómago, era ridículo negarlo.

Sin embargo, cuando abrí la puerta, no fue a Finn a quien vi al otro lado, con su sonrisa socarrona y con alguna propuesta de plan absurdo al que sabía que me habría unido a pesar de que no habíamos vuelto a hablar en aquellos dos días. Ni un mensaje, ni una llamada, ni un encuentro en el portal. Nada.

Y le echaba de menos.

Pero no era él, sino Nate el que estaba en mi puerta y el que me dedicó una lenta sonrisa de satisfacción cuando me vio.

—Exquisita. —Fueron sus primeras palabras. Recorrió mi vestido con una mirada depredadora.

—¿Qué haces aquí? —pregunté casi en un grito, perdiendo la compostura.

La sonrisa de Nate se amplió como si mi reacción fuera algo bueno cuando claramente no lo era.

—¿Puedo pasar o prefieres que hablemos aquí? Puede que a tus vecinos les interese lo que tengo que decirte.

Aquello hizo que mi estupor lo sustituyera algo mucho más manejable.

—¿Has hablado con mis vecinos? —siseé.

—Un matrimonio adorable.

Me guardé la mala leche y me hice a un lado para dejarle pasar.

—Tienes cinco minutos.

—Creo que voy a necesitar algo más —dijo con su chulería innata mientras entraba, asegurándose de que nuestros brazos se rozaran.

Cerré la puerta con una mezcla de sentimientos alborotados a los que no tenía pensado hacer el menor caso.

A pesar de lo que había prometido Miss Fire, aquella noche iba a ser tranquila. *Muy* tranquila. Así que lo único que tenía que hacer era escuchar lo que tuviera que decir mi ex, coger el Uber que tendría que reservar ya y disfrutar de una velada tranquila haciendo nuevos contactos.

Eso era lo que iba a suceder.

Cogí aire y seguí los pasos de Nate, que estudiaba mi apartamento sin disimular.

—Has mejorado bastante en cuanto a la decor...

Le interrumpí.

—Cinco minutos, Nate. Por si no lo has notado, tengo planes.

Nate se giró hacia mí sin borrar aquella estúpida sonrisa.

—Creo que pueden esperar el tiempo que lleve esta conversación.

Alcé las cejas ante su comentario.

—¿Qué quieres?

—¿En serio vas a hacer que lo repita? Creo que quedó muy claro.

—Igual de claro que mi respuesta y cómo he ignorado tus mensajes.

Nate dio un paso hacia mí.

—¿Como el beso que intercambiamos?

Cogí aire con hastío. Por supuesto que iba a usar esa baza.

—Olvídalo. No te aferres a eso, Nate.

—¿Cómo voy a olvidar la química explosiva que hay entre nosotros? —insistió, acortando poco a poco la distancia que nos separaba.

—No hay ninguna química...

Nate llegó hasta mí con una determinación peligrosa que conocía demasiado bien, pero yo no di ni un solo paso atrás.

—Joder, Anne. No te atrevas a negarlo. Estuve allí.

—Entonces sabrás que me pillaste con la guardia baja.

Nate se rio con una carcajada seca.

—¿A eso te dedicas ahora? ¿A soltar mentiras tan poco creíbles? ¿Seguro que te va bien en el trabajo?

Sus palabras fueron como una bofetada.

Volví a coger aire, intentando controlar las emociones que luchaban por salir a borbotones, y fue entonces cuando di el paso atrás, señalando la puerta de mi apartamento.

—Eres un capullo y te quiero fuera de mi casa.

—Y yo te quiero en la mía, desnuda y gimiendo mientras estoy entre tus piernas.

Nate volvió a acortar la distancia, claramente sin pillar el mensaje, atreviéndose a sujetarme del brazo para tirar de mí y acercarme a su cuerpo, pero me deshice rápido del agarre.

La rabia era abrumadora, pero contuve mi tono de voz.

—¿Quién demonios te crees que eres para hablarme así?

Algo en mi expresión hizo que su sonrisa flaqueara.

—Vete. Ya —repetí.

Mi tono de voz no admitía discusión.

Por primera vez en mucho tiempo, vi que Nate guardaba silencio, aunque sabía que se moría por seguir rebatiéndome. Él siempre

tenía la última palabra. Y siempre tenía razón, pero se estaba encontrando en un callejón sin salida conmigo, y, ante todo, sabía cuándo retirarse.

—Está bien. Pero esta conversación no ha terminado, Anne. Después de la cena, seguiremos donde lo hemos dejado. Créeme.

Sus palabras me sorprendieron.

—¿Cena? ¿Cómo que después de la cena?

Nate se dirigió a la puerta para salir, no sin antes soltar la bomba:

—Synaptica y su fiesta de recaudación. Yo también tengo clientes que me invitan por mi buen trabajo, Anne.

Y, sin esperar mi reacción, salió de mi apartamento.

34

Cuando por fin llegué a la Biblioteca Pública de Boston, lugar en el que se había organizado aquel cóctel con motivo de la innovación científica de la empresa Synaptica, di mi nombre en la entrada principal y seguí las indicaciones del personal hasta llegar el patio interior, donde se estaba celebrando la recepción. Esa a la que había llegado tarde por culpa de Nate.

El patio de estilo renacentista era espectacular. Inspirado en los claustros de Florencia, con sus arcos de medio punto y columnas clásicas de mármol, estaba iluminado con guirnaldas de luces y algunos focos colocados estratégicamente para resaltar la decoración otoñal, dándole un aura mágica.

Las temperaturas habían caído, pero los calefactores camuflados y la cantidad de invitados hacían que el ambiente fuera agradable.

Caminé entre la gente, ataviada con sus mejores galas, hasta que encontré un rinconcito que me permitió terminar de escuchar el discurso de Ethan Calder, admirando la seguridad con la que hablaba y ese magnetismo que conocía a la perfección.

Estaba segura de que nadie se estaba perdiendo palabra.

Una vez hubo terminado, el *staff* condujo a los invitados al Bates Hall, que aquella noche estaba decorado de una manera majestuosa. En la bóveda de la sala de lectura, ya de por sí impresionante por su altura y ornamentación, se proyectaban sobre ella unos patrones de

luz que simulaban las hojas de los árboles, y, como eran en tonos naranjas y dorados, parecía que estuviéramos en pleno bosque otoñal, a juego con los centros florales de las mesas de la sala.

Empecé a saludar a algunas caras conocidas mientras el suave *jazz* en vivo acompañaba a los más de quinientos invitados, confiando en que, entre tanta gente, fuera imposible que nos encontráramos.

Además, varias mujeres se habían decantado por el rojo, por lo que sería más complicado localizarme entre la marea de camareros, que no paraban de recorrer ambas zonas con sus bandejas de bebida y comida, y los invitados, que, en su mayoría, vestían colores oscuros.

—Aquí está: la única persona cuya opinión sobre mi discurso me importa de verdad.

Levanté la mirada ya sonriendo, pues Calder se acercaba con su penetrante mirada azul clavada en mí y una sonrisa real en su perfecto rostro.

Se inclinó para darme un beso en la mejilla cuando llegó hasta mí, gesto que no pasó inadvertido para ninguno de los invitados que nos rodeaban.

—Estás perfecta —dijo.

Calder no era lo que se decía un hombre afectuoso.

—Como tu discurso —sonreí de vuelta.

—¿De veras?

—Creo que hablar en público nunca ha sido tu problema, Calder. Pero, como sabemos que te gustan los halagos, hacía tiempo que no oía un discurso de bienvenida tan bueno. Eres único en conseguir

que una charla en la que la mitad de la terminología es completamente ajena a los invitados consiga mantener su atención.

Se le acentuó la sonrisa.

—He echado de menos esas agudas réplicas tuyas.

Di un sorbo a mi copa de vino para evitar carcajearme.

—¿Cómo estás? —se interesó—. No puedes irte sin que te presente a varias personas. Después de cómo he hablado de tu trabajo, mucha gente quiere conocerte.

—Si es que no la conocen ya.

Calder y yo nos giramos hacia aquella voz profunda que intervino en nuestra conversación privada, y allí llegó la primera sorpresa de la noche.

—Vaya, ¿os conocéis? —preguntó pasmado el ceo a nada más y nada menos que Henry Kingsey, el cirujano plástico.

¿Qué hacía él allí?

Me quedé congelada en el movimiento de llevarme la copa a la boca para dar un trago, y Henry se lo tomó como un halago, por la forma en la que sonrió.

Se inclinó hacia mí para darme un suave beso en la mejilla a la par que me ponía la mano en la cintura, gesto que llamó la atención de Calder, que alzó las cejas, en especial cuando yo di un paso atrás para impedir que esa extremidad siguiera tocándome.

—Una velada increíble, Ethan. —Henry dirigió entonces su mirada verde hacia el ceo, que asintió—. ¿Y la decoración? Espectacular. A pesar de lo gigante que es el recinto...

—Sala de lectura. —Me fue imposible no corregirle.

—... las rosas huelen fortísimo.

—¿Rosas? —preguntó Calder confundido—. No recuerdo que se hubiera encargado ningún arreglo floral con rosas, aunque, bueno, de eso se ocupaba Brittany.

Agarré con fuerza mi copa mientras Calder seguía con la conversación, ajeno a mi malestar.

Cupido estaba haciendo de las suyas.

¿De verdad acababa de juntar a sus dos primeros candidatos con Nate? Aunque no había rastro del último. Todo un detalle.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Henry, sin disimular la adoración en su mirada al dirigirla a mí.

¿Y ese tipo? ¿Tan pocas luces tenía como para no poder interpretar el poco interés que había mostrado a sus innumerables envíos de flores, mensajes y demás?

—Confidencial —respondimos Calder y yo al unísono, provocando que ambos sonriéramos.

—Oh..., ya entiendo —se sumó Henry a la sonrisa cómplice, y la mía se esfumó.

No aguantaba a ese tío.

—Henry, vas a tener que disculparnos. Tengo que presentar a Anne a unas personas —dijo de pronto Calder, haciendo un gesto con el brazo para que lo tomara.

—Oh, claro, claro. Faltaría más. Pero, Anne, luego hablamos, ¿sí?

No respondí, solo le dediqué una sonrisa educada, y cuando le dimos la espalda para alejarnos, Calder volvió a hablar.

—¿Conoces al petardo de Henry Kingsey?

—Conocer es un término muy atrevido —dije únicamente, cruzando una mirada con Ethan, que iba a añadir algo cuando miró hacia abajo.

—¿Qué... qué es todo esto?

Ante la extraña pregunta, seguí su mirada y casi se me cayó la copa de la mano cuando vi el suelo repleto de pétalos de rosa.

—Oh, Dios.

—Eso digo yo —interpretó erróneamente Calder mi comentario—. Es un gasto innecesario. ¿Sabes lo que cuesta un puñetero ramo? Pues como para llenar toda la sala de pétalos. Qué derroche.

—Yo no me preocuparía tanto de eso —conseguí decir, soltándome de Calder.

—¿Cómo que...? ¿Qué buscas? —interrumpió su pregunta al ver que empezaba a mirar a nuestro alrededor un poco histérica.

—Ethan, si no te importa, voy a ir un momento al aseo. Te busco luego, ¿vale? —salí por la tangente.

Calder asintió justo cuando varios invitados le rodearon para entablar una conversación, y yo aproveché el momento para escabullirme.

¿Qué significaba que hubiera tanto pétalo? Algo me decía que nada bueno, pero era impactante descubrir que todo el suelo estaba repleto de ellos.

¿Y si me iba? Comenzaba a estar segura de que sería la forma más segura de evitar el plan perverso que tuviera Rose...

—¿Anne?

Me detuve al oír mi nombre porque esa voz no me sonaba.

Miré por encima del hombro y ahí estaba. Otra sorpresa. Otra incorporación a la que estaba siendo la noche más extraña de mi vida.

Uno de los camareros me miraba entre sorprendido e intrigado, pero la más intrigada era yo. ¿Quién era ese?

—Eres tú —insistió él, acercándose mientras seguía pasando la bandeja al resto de los invitados.

—¿Y tú eres? —pregunté cuando llegó a mi altura. —Chica dura —se carcajeó—. Lo sabes de sobra, ¿o me vas a decir que te has olvidado de mí? Tía, el destino no deja de hacer que nos encontremos.

Aquella absurda frase hizo que las piezas encajaran y me obligó a recordar.

—Oh, ¿eres el modelo?

—Eso es. Sebastian Milles. ¿Te apetecen unas ostras marinadas? —Me acercó la bandeja y di varios pasos atrás con temor a que me manchara—. ¿O prefieres mi móvil para que quedemos después de este coñazo de evento?

—Mira, no tengo tiempo para esto.

Le di la espalda dispuesta a salir de aquel lugar.

¿Iba a encontrarme con todos? ¿Ese era el fantástico plan de Rose? Pero ¿para qué? ¿Qué esperaba...?

Frené en seco cuando en la lejanía vi a unos hombres uniformados con pinganillos que parecían puertas de alguna discoteca de moda.

Oh, no.

El que faltaba.

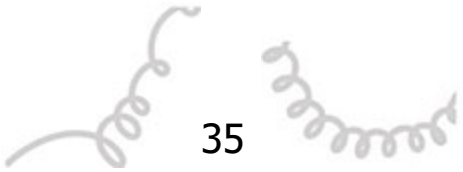
No tardé en ubicar a Alexander, el heredero, pero tuve la suerte de que todavía no me había visto, así que giré en redondo. Iba a salir de allí aunque fuese por una ventana si hacía falta.

Me volví tan abruptamente que me choqué con alguien.

—Deberías tener más cuidado, Anne. Parece que estés huyendo de algo. ¿O quizá es de alguien?

Y ahí estaba el que menos ganas tenía de ver.

Nate observándome con su sonrisa jactanciosa.



35

—Nate, no es buen momento —dije bordeándole, pero él me detuvo, sujetándome del brazo con suavidad y acercándome a él.

—Anne, deja ya de evitarme. No puedes estar todo el rato así.

Levanté la mirada a sus ojos azules, esos en los que me había perdido tantas veces...

Corté mi hilo de pensamientos. ¿Por qué hacía aquello Rose? ¿Por qué me empujaba a encontrarme una y otra vez con Nate?

—Anne, danos una oportunidad. Somos el mejor equipo posible. Juntos somos imparables.

Dios, estaba harta. ¿Y si en vez de hacer esas preguntas a Rose se las hacía a él?

—¿Por qué? —dije entonces, y Nate me miró confundido.

—¿Por qué hacemos el mejor equipo? —Sonrió de manera triunfadora—. Porque somos iguales. Porque sabemos lo que hay.

—¿Lo que hay? —repetí, arrugando la nariz.

¿De qué estaba hablando?

—Venga, Anne. Deja de mirarme de esa forma. —Nate alargó el brazo para coger dos nuevas copas de vino, una para cada uno.

Terminé aceptándola, entendiendo que tenía que enfrentarme a esa conversación. Dejar de huir de una vez por todas.

Nate levantó la copa, esperando que brindara, pero tan solo arqueé una ceja.

—No tientes a la suerte, Nate.

Este se rio y dio un trago a su copa.

—A esto me refiero, joder. No hay mujer como tú.

Iba a dejar constancia de su rancio y cavernícola comentario, pero siguió hablando.

—Ya te dije que te quiero de vuelta, y eso es porque me he dado cuenta de que, llegado a este punto de mi vida, necesito asentarme, y tras todos estos años de relaciones, sé que tú eres la única que entiende la realidad. No quiero una mujer con expectativas absurdas. Busco a alguien que lo entienda, que sepa cómo funciona el mundo. El de verdad, no el que se quiere vender con esas ridículas ideas románticas que tanto tú como yo sabemos que no existen.

—Desde luego, sabes qué decir para conquistar a una chica... —espeté con acidez, desviando la mirada para vigilar que ningún otro candidato de Cupido me localizara, y Nate se atrevió a alzar la mano para sujetarme suavemente por el mentón, haciendo que lo volviera a mirar.

—Anne, busco a alguien que respete, alguien con quien poder compartir el resto de mi vida. Y sé que ese alguien eres tú. Con nadie he tenido tanto *feeling* como contigo. Durante el tiempo que estuvimos juntos no hubo lágrimas, ni discusiones, ni peleas. Tan solo sexo del bueno, conversaciones inteligentes y decisiones sobre el mejor camino para ambos.

Sonreí.

Fue involuntario, pero esas últimas palabras...

Me llevé la copa a la boca sabiendo que Nate no despegaba su mirada de mí, esperando que dijera algo.

«Así que era eso». Di un trago al vino, disfrutando del toque afrutado antes de volver a levantar la mirada.

—Entiendo. Esa es tu oferta. Y aunque hay mucha verdad en ella, hay un pequeño detalle, Nate, en el que te equivocas. —Ya está. Tenía que decirlo de una vez—. En nuestra relación sí hubo lágrimas, expectativas no cumplidas y esa absurda idea de amor.

La sorpresa atravesó el rostro de Nate, que terminó riéndose.

—¿Qué dices, Anne...?

Pero no le dejé terminar, lo solté todo a bocajarro. Todo lo que había guardado esos años y todo lo que había removido mi interior desde su llegada.

—Me enamoré de ti, Nate. Lo hice. Locamente. Y durante un breve instante llegué a pensar que tú también de mí. Pero de pronto me viniste con aquello de irte a Chicago, con esa oferta de trabajo, ese cambio de vida que supondría un logro más para tu carrera profesional.

—¿Qué?

Nunca había visto a Nate Roth sin palabras, así que sonreí más ampliamente mientras daba otro trago a mi copa antes de continuar. Lo necesitaba, al fin y al cabo.

—Todavía recuerdo esa conversación que ponía punto final a nuestra ¿relación? No creo que pudiese llamarse así. Fue un contrato, más bien. Contrato verbal, perdona, que sé que hay que especificar al hablar de estos temas. —Me vi bromeando—. Porque por escrito no teníamos nada. Me hablaste con la misma frialdad con la que te dirigías a tus clientes para acabar con lo nuestro. «Nos lo hemos pasado bien», me dijiste, «pero ahora tenemos que continuar con nuestras historias».

—Yo... no sé qué decir. No sabía...

—A ver, claro que no lo sabías. Los dos sabemos que eres más inteligente que eso. Pero tranquilo, me recompuse. Al final, todo aquello sirvió para reafirmarme en que el amor es algo por lo que no estoy dispuesta a pasar. Solo hay sufrimiento.

El silencio cayó sobre ambos, estudiándonos, midiéndonos. Decidí no añadir nada más. Guardarme para mí la vergüenza que sentí tiempo después de nuestra ruptura, porque estuve a punto de ir a buscarle, de seguir sus pasos a Chicago y mandarlo todo al garete.

Perdí varios clientes, me desconcentré... Casi se fue todo a pique.

Nate terminó rompiendo el silencio.

—¿Y aún me quieres?

Alcé las cejas.

—Por supuesto que no —contesté sin ninguna duda.

—Entonces eso es perfecto. —El muy sinvergüenza hizo a un lado su titubeo anterior para dedicarme una sonrisa amplia, de ganador —. No te estoy ofreciendo amor. Tan solo éxito. Juntos, Anne, somos mejores. Nos apoyamos mutuamente en nuestras profesiones. Ambos tenemos buen olfato. El tiempo que estuvimos juntos nos comimos Boston y sé que, si volvemos, nos comeremos el mundo entero. No habrá dramas, tan solo oportunidades. Incluso podemos tener hijos y crear esa imagen de familia perfecta. ¿Qué me dices?

¿Que qué le decía?

Dejando de lado la ira que me había estado carcomiendo desde que había aparecido de vuelta en mi vida, después de soltar lo que había mantenido enterrado durante tanto tiempo y reconocérselo a la cara, ahora venía a ofrecerme algo que después de aquellos años estaba convencida de que era... el único camino.

Una relación con las expectativas claras. Nada de amor. Nada de dolor. Nada de decepciones.

—¿Anne? —repitió Nate.

Algo debió de notar en mí, porque acortó la distancia que nos separaba.

Yo le puse una mano en el pecho para impedir que avanzara porque sabía lo que se proponía.

—No he aceptado —dije casi en un susurro.

Su mirada fue directa a mis labios.

—Lo vas a hacer. Sabes que es lo mejor. Déjame besarte, Anne.

Cogí aire.

¿Era eso lo que quería?

—¿Anne?

Me congelé cuando oí mi nombre, en especial porque conocía esa voz.

Levanté la mirada para descubrir a Finn a pocos pasos de nosotros, mirándome sorprendido.

36

Ver a Finn entre la gente, con un traje elegante y corbata, hizo que todo mi alrededor desapareciera.

¿Qué hacía él allí?

Me quedé congelada, sin saber muy bien qué hacer, pero las dudas se multiplicaron cuando Finn miró a Nate y sus cejas se alzaron mínimamente.

Podía ser un gesto inapreciable para los demás, pero no para mí.

Finn se acercóy se inclinó para darme un suave beso en la mejilla.

—Estás preciosa —fue su saludo, y eso me sacó del embotamiento mental.

—Hola. ¿Qué... qué haces aquí?

Finn sonrió, pero no era una de sus sonrisas reales, sino una versión educada, correcta. De las que no son de verdad.

—¿Recuerdas lo que te comenté de la fiesta de unos clientes?

—¿La de ir arreglado y tener que hablar con gente que no te importa? —recordé.

Finn hizo una mueca, un pequeño atisbo de diversión tras la máscara.

—Eso es.

Entonces miró a Nate, que seguía a mi lado.

—Soy Finn Langley. Encantado —dijo, tendiéndole una mano, que Nate estrechó.

—Igualmente. Nate Roth. —La estrechó entre la suya y ambos se observaron, como midiéndose—. ¿Habéis trabajado juntos?

—No, no —dijimos casi a la vez, yo con menos ímpetu, pues notaba que Finn estaba tenso.

Aunque, ¿qué esperaba? La despedida de nuestro último encuentro también lo había sido, y llevábamos días sin hablar ni vernos. Él me había invitado a esa fiesta y justo me encontraba allí acompañada.

—Somos vecinos —dije casi en un susurro.

—¿Hijo del matrimonio mayor? —preguntó Nate.

—No, vivo en el segundo. —Finn se llevó las manos a los bolsillos, mostrando su incomodidad.

Iba a preguntarle qué le estaba pareciendo el cóctel, cualquier cosa para romper aquella tensión, cuando Nate decidió que era más importante dejar clara la naturaleza de nuestra relación.

—Nosotros estuvimos saliendo. Varios años. He vuelto a Boston y nos hemos reencontrado. El destino, dicen algunos.

—Sí, el destino. —Finn dirigió la mirada hacia mí como si estuviera estudiando mi expresión.

Quería alejarme de Nate y hablar con Finn, pero no podía montar un espectáculo delante de tanta gente. No cuando Calder todavía tenía que presentarme a futuros clientes, no cuando...

—En fin, pareja. —Se adelantó Finn, tomando la decisión por todos—. Espero que paséis una buena noche. Os dejo tranquilos.

Y con una suave sonrisa que no le llegó a los ojos, se alejó, perdiéndose entre el gentío y dejándome con la certeza de que lo había estropeado todo. Quería ir detrás de él, explicarme y decirle

que todo lo que se estaba imaginando no era cierto. Que no le había rechazado por estar con Nate. Que en realidad...

En realidad, quería estar con él. Pero no podía.

Mi historia me había demostrado qué pasaba cuando dejaba que el amor entrara en mi vida. Y no solo en la mía, sino en la de la gente.

El amor estaba solo para derribarlo todo.

Finn desapareció de mi campo de visión y yo me recordé que era lo mejor.



El cóctel continuó, pero, tras un rato más, me di cuenta de que no estaba de humor para continuar rodeada de gente. Me despedí de Calder, que me había presentado a varios colegas como potenciales clientes, pero había llegado el momento de volver a casa.

Nate siempre había sido perspicaz y sabía cuándo sobraba. Había hecho su mejor oferta y, a partir de ese momento, la pelota estaba en mi tejado, así que, tras el incómodo encuentro con Finn, se había esfumado no sin despedirse, dejando bien claro que solo estaba a un mensaje de distancia.

Cuando el Uber me dejó en la puerta, bajé dándome cuenta de que solo quería irme a la cama y olvidar todo lo que había pasado. Las palabras de Nate, su propuesta. El desencanto en el rostro de Finn.

¿Seguiría en el cóctel? ¿O ya se habría ido? Tal vez estuviera en casa. Quizá podría llamar a su puerta. Intentar hablar con él...

«¿Para qué? ¿Por qué torturarme más?». Me obligué a cortar de raíz esa línea de pensamientos, centrándome en toda la rutina de *skincare* que iba a hacer para retirarme el...

Mis pensamientos se esfumaron, al igual que mi idea de subir casi a la carrera los peldaños hasta el portal. El frío a aquellas horas de la noche era insoportable con el vestido de gala y la *pashmina*.

Sin embargo, dejé de sentirlo. Dejé hasta de respirar.

Finn estaba a unos metros de mí.

No me había visto, porque estaba lejos y de espaldas, y porque su atención estaba dedicada a una mujer que conocía muy bien.

La rubia despampanante había vuelto a aparecer.

Finn seguía con el traje, el mismo que había llevado en el cóctel. Sin embargo, ella, aunque elegante, lucía una gabardina, vaqueros y deportivas.

Algo me decía que acababan de encontrarse. Y sabía que tenía que aprovechar que no me había visto y subir al portal, desaparecer, pero estaba clavada en el sitio con un dolor punzante en el pecho que no había sentido nunca, pero que sabía identificar perfectamente: celos.

Puros celos. Porque Finn estaba hablando con ella, sonriéndole de verdad. Me encontraba casi a la altura del portal, lo bastante lejos para no escuchar su conversación, pero no hacía falta.

Acababan de encontrarse. Habían quedado para verse. No necesitaba la confirmación. Sus gestos hablaban por sí solos...

Me obligué a tragar saliva, lo que fuera para que empujara ese escozor que me estaba atenazando la garganta junto al punzante y desagradable dolor del pecho.

¿Finn le había escrito? ¿Cuánto tiempo llevaban viéndose? ¿Cuánto...?

Justo en ese instante crítico, el inglés levantó la mirada y me descubrió.

Mi reacción fue la más *madura*, debo reconocerlo. Eché a correr, literalmente.

«¿Qué haces?», me pregunté a mí misma, histérica, mientras subía los peldaños hasta el portal, tecleaba el número e intentaba huir.

Eso era lo que estaba haciendo. Huyendo. Otra vez. Porque en el fondo sabía que no podía soportar que Finn se acercara con esa chica y me la presentara. Quizá estaba siendo muy atrevida y no habría sido esa su intención, pero ser testigo de aquello me destrozaría por dentro. Porque...

Maldición.

Volví a dar al botón del ascensor, que estaba tardando la vida en bajar.

—Por favor, por favor... —canturreé, como si el ruego fuera a servir para que llegara antes.

—Anne —oí a mi espalda.

No podía afrontar aquello en ese momento.

Así que volví a hacer otro movimiento completamente maduro y sensato. Me olvidé del ascensor y decidí subir corriendo las escaleras. Por supuesto, con esos tacones de aguja no era ni de lejos de las mejores ideas que había tenido, y mi huida fue ante todo lenta y torpe.

—Anne, por favor. —Finn me alcanzó en el descansillo entre la primera y la segunda planta—. ¿Por qué huyes?

Me obligó a volverme hacia él.

La luz del portal no se había encendido, no sabía por qué, pero aquella oscuridad le daba más intensidad al momento, en parte por los recuerdos del día del apagón, en parte por la luz de las farolas del exterior, que se colaba por las ventanas del bloque y nos permitía observarnos sin problema.

Él con su expresión dura, y yo, ni idea... No tenía claro qué era lo que veía él, pero solo sentía desesperación.

—No huyo, solo estoy volviendo a casa.

Fue mi cobarde y ridícula respuesta y, no contenta con ello, le di la espalda, sujetando el bajo de la falda del vestido para poder seguir subiendo con mayor agilidad.

—Buenas noches, creo que te están esperando. —Tuve que decirlo porque sentía que me envenenaría si no soltaba algo, de los celos que me estaban comiendo por dentro.

Pero Finn ni siquiera permitió que diera el primer paso.

Alargó el brazo izquierdo, lo cruzó por delante de mí para impedírmelo y me arrinconó contra la pared cuando acercó también su cuerpo al mío.

—No me vengas con esas, Anne —susurró con un tono que sabía perfectamente que era de enfado, por no hablar de su expresión, que tampoco dejaba lugar a dudas—. ¿Qué pretendes? ¿Que siga esperando a que quieras dedicarme un poco de tu atención? ¿Eso es lo que esperas de mí?

—¿De qué hablas?

Intenté empujarle para salir corriendo porque tenía terror a la conversación que Finn estaba buscando, pero no cedió ni un milímetro, y cuando levanté los ojos en busca de los suyos, encontré

su mirada clavada en mí, su rostro tenso y serio, pero aquellos pozos de color café no me engañaban. Había un brillo dolido y eso... Eso fue peor que el enfado.

Finn notó mi titubeo, porque acortó las distancias, bajando un poco la cabeza hacia mí. Al llevar tacones no teníamos tanta diferencia de altura, y con aquel sencillo movimiento, apoyando un brazo por encima de mi cabeza para crear una intimidad aún mayor entre nosotros y el resto del mundo, el corazón se me volvió loco.

—¿Por qué me alejas, Anne? ¿Por qué lo haces? —Cogí aire cuando Finn se inclinó para hablarme al oído, el aliento de sus siguientes palabras erizándome la piel—. Puedo oír desde aquí el latido de tu corazón, tu respiración... ¿Por qué me alejas?

—No lo hago.

Cobarde. Eso era.

Finn me dedicó una sonrisa ácida.

—Y una mierda.

Pensé que iba a soltar una serie de argumentos que demostraran la más que evidente verdad, pero, en vez de eso, me besó. Su boca buscó la mía con urgencia y aquel beso desencadenó una tormenta de deseo y necesidad. Esa que parecía que ambos intentábamos contener, porque no fue uno de nuestros besos lentos, sino todo lo contrario.

Hubo mordiscos, jadeos fuertes y manos incapaces de contenerse, porque no tardamos en aventurarnos a tocarnos.

Cuando Finn me levantó la pierna para engancharla a su cadera y juntar nuestras pelvis, un gemido se me escapó de la garganta. Estaba completamente desatada, sin vergüenza alguna, olvidándome

de donde estaba o de que, en cualquier momento, podían salir nuestros vecinos y vernos... Me daba igual.

Finn me estaba besando, me estaba acariciando. Yo le estaba besando. Le estaba acariciando. Y no importaba nada más.

Cuando sus dedos encontraron mi ropa interior empapada, noté que un gemido de anticipación y satisfacción se le escapaba antes de volver a darme un beso demoledor.

Estaba perdida. Con Finn estaba perdida.

Sabía que, si él quería seguir, llegaría hasta el final contra la pared del rellano. Si me pedía que le siguiera, lo haría también.

Pero no fue lo que hizo.

Interrumpió el beso abruptamente y sus ojos me buscaron, creando una distancia que, junto a sus palabras, hizo que volviera a sentir frío.

—No es la primera vez que veo a Nate —confesó—. El día que quedamos para tomar los gofres... Ese día que me escribiste diciendo que había surgido algo y tenías que irte, llegué justo en el momento en el que vi que te ibas con él. Al leer tu mensaje deduje que era algo de trabajo. —Finn me dedicó una mueca tristona—. Ya ves, soy bastante ingenuo. Qué le voy a hacer. Pero hoy, cuando os he visto en el cóctel... En fin, ¿qué puedo decir, Anne? Uno sabe leer entre líneas. Pero luego pasa esto —señaló entre nosotros—, y me vuelves loco.

»Pero me alejas. No dejas que esto avance, porque sabes que yo quiero más. Quiero mucho más que ser una muesca más de tu cama, como dijo Ivy. Supongo que eso tendría que haberme dado una pista, pero joder, aquí estoy. Y me estás destrozando, Anne.

Tragué saliva sin ser capaz de decir nada.

Finn asintió lentamente y miró hacia las escaleras, ese tramo por el que había estado persiguiéndome hasta alcanzarme.

—Es Celine.

Eso me hizo reaccionar.

—¿Cómo?

Finn volvió a observarme, esa vez con semblante serio, como si mirar hacia las escaleras hubiera reseteado todos sus sentimientos.

—La chica rubia que está esperándome es Celine. Como Nate, es mi ex, pero en este caso es de verdad. No hay nada entre nosotros. De hecho, vive en París, pero viene algunas veces por trabajo. Somos grandes amigos y, bueno, me ha hecho una oferta de trabajo. En Londres.

Eso me hizo abrir los ojos como platos.

—La primera vez la rechacé porque, llámame tonto, parecía que nuestra historia estaba fluyendo —continuó hablando, con el corazón en la mano, como era él—. Pero esta vez...

Solté el aire que había estado conteniendo.

—¿Te vas a ir? —conseguí preguntar.

—Es lo mejor. Boston me ha ofrecido mucho, pero...

Finn desvió la mirada y se pasó la mano por el pelo en un gesto agotado.

—En fin. Buenas noches.

Comenzó a moverse para bajar las escaleras y una parte de mí reaccionó agarrándole de la mano. Finn se tensó y miró nuestros dedos entrelazados. La apretó con un cariño que resquebrajó mi corazón. Nunca lo había sentido tan intensamente, pero sí, la tristeza podía reflejarse en un dolor físico.

—Di una sola palabra y me quedaré. Porque lo vales, Anne. Y porque... No te voy a decir nada que no sepas ya, pero estoy enamorado de ti.

Le tembló la voz, pero sus siguientes palabras fueron decisivas.

—Solo te pido una cosa: no me frenes si no vas a querer avanzar conmigo. No me frenes para destrozarme después. No puedo prometerte que nuestra historia vaya a tener un final feliz, te estaría mintiendo en la cara, porque no tengo una bola mágica que prediga el futuro, pero lo que sí que puedo prometerte es que daré todo de mí para que sí lo sea. Así que, Anne, mis cartas están sobre la mesa. Ahora decides tú.

Y con eso, se soltó de mi mano para bajar por las escaleras y alejarse. Me dejó sola con todas aquellas emociones que no sabía gestionar.

Me abracé a mí misma y cerré los ojos, notando cómo las lágrimas me caían por las mejillas.

Sin embargo...

«Es lo mejor», me repetí.

Lo mejor para él. Lo mejor para mí.

Que cada uno siguiera su camino.

Pero dolía tanto...

«Maldito amor».

Siempre lo destrozaba todo.

Octubre pasó.

Noviembre también.

Y diciembre llegó.

37

Cuando salí aquella mañana del apartamento, bufé porque vi que el ascensor estaba de nuevo ocupado. Los nuevos vecinos llevaban una semana completa con la mudanza, y ello conllevaba que estuvieran continuamente monopolizando el ascensor. Así que no me quedó más remedio que bajar por las escaleras.

Cuando llegué al segundo piso, tuve que sortear las numerosas cajas que tenían dispuestas por todo el espacio. Era como si quisieran recordarme continuamente que ya no estaba allí; que Finn se había ido meses atrás, dejando un vacío en mi vida al que intentaba no hacer frente.

Simulaba estar bien, hacer como que no me importaba; de hecho, aquellos dos meses había jugado con la idea de que en realidad Finn y Norman seguían en el piso. Con que, si llamaba a la puerta, volvería a verlos.

Una idea masoca, pero me había dado tranquilidad. No sabía explicarlo.

Sin embargo, ver a ese matrimonio mayor ocupando su espacio estaba siendo...

«No está siendo nada», corté de raíz.

Llegué al bajo en un suspiro, dispuesta a ir al garaje.

Los Jenkins, los nuevos propietarios, parecían agradables, pero evitaba tener conversaciones más largas de lo estrictamente

necesario. Eso sí, su chihuahua era insoportable. Además, me gruñía cada vez que me veía, para tormento de sus dueños, que se disculpaban sin entender el motivo de esa manía.

Me importaba bien poco, pues el sentimiento era mutuo. Creo que se llamaba Rocky o algo así; a saber qué nombre tenía ese pequeño diablo rabioso.

Entré en el coche. En cuanto me incorporé al tráfico de la avenida principal, recibí una llamada de Ivy.

—Buenos días. ¿Cómo hemos amanecido?

—¿Cómo debo interpretar el gruñido de un ser diminuto?

—¿Otra vez ha intentado morderte? —se indignó Ivy.

Me reí, evitando la colisión con un taxista que intentaba colarse en el atasco en el que estaba metida. Gilipollas.

En esas ocasiones me arrepentía de coger mi propio coche.

—Hoy no, tranquila. Bastante tormento tienen sus dueños —aseguré.

—Me los imagino como los típicos que prometen con voz dulce que su perro no hace nada mientras su criaturita está echando espuma por la boca y te mira con ojos asesinos.

—Anda, deja un poco el drama —volví a reírme.

—En fin, ¿lo has encontrado?

Sabía a qué se refería. Al clásico Chanel *flap* que parecía haberse esfumado de mi armario.

Fue de mis primeras compras importantes y tenía un significado mucho más allá de lo material. Ivy me lo había pedido prestado para la última gran exposición del año de su madre, y llevaba semanas buscándolo.

—Tengo que mirar en el armario de la entrada, es el último rincón que me queda de la casa.

—¿Y cómo no has mirado todavía allí? Obviamente, está ahí —aseguró Ivy.

—Prometo que esta misma tarde, antes de lo de esta noche, lo encuentro. No vas a ir sin él.

—No, tranquila. He encontrado un sustituto que me viene incluso mejor para el *look* fabuloso que voy a llevar.

—¿En serio? —pregunté sorprendida—. Pero ¿no ibas a llevar el vestido negro...?

—Por supuesto. Pero el negro pega con todo, querida. Y creo que si meto un *clutch* fucsia...

Dejé de escuchar a Ivy.

«Querida».

Llevaba tiempo sin ver a Mis Fire.

No había rastro de ella.

Había intentado localizarla a través del teléfono *vintage* que todavía seguía en mi casa, incluso había probado a invocarla. Pero nada.

No había vuelto a saber nada de ella.

Y no iba a mentir: su desaparición me había dolido, porque al final le había cogido cariño a esa mujer extravagante y algo excéntrica, y había pensado que, por lo menos, antes de desaparecer de mi vida definitivamente se habría despedido.

Al fin y al cabo, había escogido a uno de sus candidatos...

La verborrea de Ivy se vio interrumpida por el inconfundible pitido del aviso de otra llamada entrante.

Miré la consola central del coche para ver quién era.

—Ivy, tengo que colgarte. Es Nate.

—Vale. Vendrá él también, ¿no?

—Sí, seguramente.

—Estupendo. Nos vemos, bella.

Y colgó sin que pudiera despedirme, permitiendo que la llamada de Nate entrara.

—Buenos días. —Su voz retumbó dentro del coche.

—¿Qué tal? —respondí, reanudando por fin la marcha entre el tráfico.

—Tengo una noticia mala y una buena. ¿Cuál quieres antes? —preguntó.

—Mejor la mala primero.

Nate se rio y me arrancó una sonrisa.

—No voy a poder acompañarte a la exposición.

—Vaya. —Elevé las cejas sorprendida.

—Lo sé, es una putada, pero, y ahí viene la buena noticia: el caso Goldstein es mío. Así que voy a achuchar a los de la inmobiliaria. Compro el ático.

—Vaya, enhorabuena —dije de corazón.

Sabía lo importante que era el caso para él.

—A ti también. Es una gran inversión para ambos.

Nate comenzó a hablar de cómo había conseguido el caso de aquel pez gordo, que se estaba divorciando de su mujer y madre de sus tres hijos, con la que llevaba casi cuarenta y cinco años de matrimonio, para irse con una modelo rusa jovencita que podría ser no su hija, sino su nieta.

Con la firma de su representación le llegaba una importante suma de dinero que quería invertir en el ático de su edificio y, como gesto

de que de verdad quería un futuro para ambos, iba a preparar un contrato de inversión en el que figuraría mi nombre como segunda inversora, con las cláusulas del acuerdo debidamente establecidas.

En definitiva, yo me llevaría un porcentaje en caso de que quisiéramos deshacernos del ático, pese a no comprarlo. Pero aún había más: Nate me había propuesto que nos fuéramos a vivir juntos y pusiéramos en alquiler nuestros apartamentos actuales. «El inicio de una nueva etapa», había dicho. La definitiva, la llamaba él.

Hacía dos meses que había aceptado su oferta. La de volver a estar juntos.

Era el camino que tenía que tomar.

Sin embargo, no habíamos vuelto del todo. No de verdad.

Como Nate bromeaba, estaba en periodo de prueba. Estaba permitiéndole entrar en mi vida poco a poco, lentamente. Y aunque a él le vendía que era porque quería asegurarme de que ambos estábamos en la misma línea, solo Ivy sabía qué era lo que me estaba frenando.

Pero no era momento de pensar en ello.

Terminamos la llamada y llegué al estudio; me esperaba un día algo ajetreado, aunque corto, pues quería prepararme para la exposición de aquella noche. El evento había salido en todos los medios, ya que Isela había llevado a un importante artista, mundialmente conocido entre todos los que participaban en la exposición.

Todo era expectación para aquella noche.

Y yo ni siquiera era consciente de cuánto iba a cambiar mi vida.

La Galería del Valle estaba en pleno South End de Boston, concretamente enfrente de la Catedral de la Santa Cruz, haciendo esquina entre Union Park y Washington Street.

Aquella noche, el edificio de piedra blanca, con ornamentación clásica, estaba iluminado por focos sobre la fachada y llamaba la atención entre los demás. Las dos puertas principales que daban acceso a la galería eran imponentes, con la madera oscura y los enormes toldos que resguardaban a los invitados y recordaban a las entradas de los antiguos cines. Además, la ciudad ya estaba decorada para las fiestas navideñas, por lo que no se podían ignorar las preciosas guirnaldas con luces y lazos rojos tan llamativos enroscadas alrededor de las puertas, atestadas de invitados vestidos con sus mejores galas, que iban entrando entusiasmados en la galería.

Sin embargo, aquel era tan solo el edificio principal, con techos altos y una gran sala diáfana que servía de antesala al que se alzaba detrás, completamente acristalado y de un estilo mucho más moderno. Una localización ideal para un gran evento.

—Pensaba que vendría Nate —me saludó Ivy en la entrada, dándome un suave beso bajo el flash de los fotógrafos en el *photocall*.

—Tema de trabajo. Era inviable —respondí, admirando su elegante mono negro con una gigantesca flor en fucsia prendida en el hombro —. Ya entiendo lo del bolsito. Estás impresionante, amiga.

—Lo sé. —Sonrió encantada, haciéndome reír—. Y tú lo estás aún más. ¿Ese escote en uve? Debería ser delito.

—Anda, para —dije, obligándola a salir del aluvión de fotos.

Me había decantado por una falda tubo y un *body* que realmente no era tan atrevido como el comentario de Ivy podía dar a entender.

Tras alejarnos un poco del foco mediático, mi amiga comenzó a explicarme cómo su madre había organizado la esperada exposición, que se había anunciado en la prensa como uno de los grandes hitos del arte de aquel año. Con la cantidad de periodistas que estaban acribillando a preguntas a Isela, estaba segura de que saludarla sería misión imposible.

—Este edificio está destinado a los otros artistas, pero el nuevo está dedicado exclusivamente a él.

—¿Él? —pregunté, claramente intrigada por el revuelo que había en el ambiente.

—El Kaura. Que mi madre haya conseguido que exponga aquí es algo muy, *muy* impresionante.

—Ya veo —dije mientras Ivy me conducía al inicio del recorrido.

Porque lo íbamos a hacer entero, según lo había planteado Isela, pues, como siempre nos decía: «En cada exposición hay una historia que contar y, como cuando lees un libro o ves una película, no te saltas capítulos o escenas completas. Con el arte es igual».

Así que Ivy y yo recorrimos toda la exposición, descubriendo artistas que no conocíamos. Algunos se quedarían en nuestra memoria y otros se nos olvidarían al pasar al siguiente, pero, cuando llegamos a la de El Kaura, supe que sería de los primeros. De los que recordaría siempre.

El edificio nuevo era aún más grande que el anterior, pero la madre de Ivy no había utilizado todo el espacio, solo la mitad. Y, aun así, adentrarse en la mente de aquel artista fue como una vorágine de sentimientos, en especial porque, antes de empezar el recorrido,

se proyectaba una entrevista que había dado la vuelta al mundo a pesar de haberse hecho para un pequeño periódico local.

En ella, El Kaura se había abierto en canal y había contado su historia de superación. La lucha, la búsqueda del sueño siguiendo una pasión... Pero también una historia de amor.

Hablaba de su musa, la que ahora era su mujer, de una manera que me hizo detenerme, congelada ante el primer cuadro, ese que nunca pondría a la venta y que se titulaba *Ginger*.

—¿Estás bien? —preguntó Ivy, notando mi cambio de actitud frente al enorme cuadro de estilo impresionista.

Asentí con un movimiento algo brusco y me obligué a carraspear para poder hablar.

—Sí, solo... ¿Te importa si continúas tú sola un rato? Creo que me voy a llamar a Nate para ver qué tal.

Ivy me estudió con ojos sagaces, pero, tras ladear la cabeza, terminó por asentir.

—No tardes mucho —se despidió, perdiéndose entre la gente.

La galería de Isela estaba a reventar. Sabía que muchos eran artistas, críticos, inversores y asesores del mundo arte, aunque también había familiares de Ivy y público amante de aquel mundo.

Seguí estudiando la obra, intentando controlar lo que estaba bullendo en mí, sin mucho éxito, así que me obligué a despegar la mirada del cuadro.

Localicé a Isela al fondo de la sala, sonriente, hablando con varios invitados y de la mano de Charlie, su marido, que la escuchaba con una sonrisa igual de amplia que la de ella. Y es que incluso desde la distancia podía notarse la admiración... y el amor entre ellos.

Me obligué a apartar la mirada y me di cuenta de que tenía que salir de allí. Aquella exposición estaba removiendo algo en mi interior, haciéndome dudar de todo lo que siempre había creído, demostrándome cuán equivocada estaba. Cuán...

De pronto, alguien llegó hasta mí, y se sujetó a mi brazo con una urgencia que me asustó.

—Ivy —dije, llevándome una mano al pecho—. Me has asustado...

—Calla —me interrumpió acelerada.

—¿Qué pasa?

—Está aquí. Con El Kaura. Está con él. Deben de conocerse, no sé, ser amigos o algo. Pero está con él.

Y, como si un hilo invisible nos conectara, levanté la mirada en la dirección correcta. Como si un imán tirara de mí. O, más bien, de nosotros, porque Finn estaba mirándome cuando le descubrí en un grupo de personas entre las que reconocí al artista estrella de la noche.

—¿Qué hace aquí? Él está en Londres. Volvió... —conseguí decir porque... ¿Era capaz ni siquiera de respirar?

—Creo que estás a punto de averiguarlo.

Fue lo único que pudo añadir Ivy antes de que Finn se acercara hasta nosotras.

—Esas caras de sorpresa lo dicen todo. Hola, chicas.

Y ahí estaba, sonriéndome también, mientras mi corazón bombeaba la sangre como solo sabía hacerlo cuando él estaba cerca.

—¡Nuestro chico inglés! ¿Qué haces aquí? —Ivy fue la primera en reaccionar, y se lo agradecí, porque mientras ella se acercaba a él para darle un efusivo beso en la mejilla, yo conseguí comportarme

como una persona normal y no como si me hubiera encontrado con un fantasma.

—Hola. —Sonreí, notando la tirantez en los labios cuando me acerqué también para darle un beso. Su olor me golpeó de lleno y, con él, el peligro de que los recuerdos que tenía bajo llave salieran a la superficie.

—Hola, Anne.

Su sonrisa era genuina, tanto que el pecho se me estremeció.

¿Qué hacía allí? No entendía nada.

—Tengo la suerte de trabajar con el artista principal. Ya he visto que su obra te ha impactado —dijo entonces Finn, sacándonos de dudas y rompiendo el silencio que amenazaba con rodearnos.

Esos silencios que significaban tanto.

—¿Conoces a El Kaura? —repetí absurdamente, dirigiendo la mirada hacia el grupo que Finn había abandonado para reunirse con nosotras.

—Perdonad, chicos. Os tengo que dejar —nos interrumpió Ivy—. Si no nos volvemos a cruzar, Finn, me alegro mucho de haberte visto. Y si te quedas unos días por aquí, podemos organizar una cena o algo.

Y, dando un afectuoso apretón en el brazo al inglés, que asintió en respuesta, mi mejor amiga se fue y nos dejó solos.

El corazón me iba a mil; recorría su rostro, intentando encontrar un cambio en él desde la última vez que nos habíamos visto. Podría perderme en aquella mirada de color café para siempre.

—Esa era la gran oferta, ¿no? —dije cuando conseguí sobreponerme. Finn asintió, volviéndose para mirar al grupo, donde

no tardé en localizar a Celine, que iba impresionante con un vestido de gala en azul marino.

—Enhorabuena —sonreí, y fue su turno para analizarme al detalle —. Y yo que pensaba que era modelo, y resulta que también está en el mundo del arte...

—¿Celine modelo? —repitió divertido Finn.

Yo me encogí de hombros algo avergonzada.

—Mírala. Es la mujer más atractiva que he visto en mucho tiempo —admití, y mis palabras hicieron que la sonrisa se esfumara de los labios de él.

—Discrepo. Ves tu reflejo en los espejos, ¿verdad?

El estómago me dio un brinco y tuve que desviar la mirada, incapaz de sostenérsela.

—Perdona, a veces debería aprender a guardarme lo que pienso —añadió—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo vas a pasar las navidades?

Su cambio de tema fue natural, pero al volver a mirarle... Seguía ahí. Nuestra energía luchando por liberarse. Incluso en ese momento me di cuenta de que, involuntariamente, habíamos acortado la distancia que nos separaba.

Pero no podía ser.

Había tomado una decisión, al igual que él.

—Las pasaré con mis padres, por lo menos Navidad. Fin de año con Ivy y nuestros amigos. ¿Y tú?

¿Por qué estábamos manteniendo una conversación tan correcta? Como si solo fuéramos dos perfectos desconocidos.

—En cuanto termine la exposición, tenemos un coche directo al aeropuerto, así que la pasaré igual que tú, con mis padres. Aunque, bueno, súmale uno por mi hermana.

Sonreí.

—¿Sigue inmersa en sus lecturas de *romantasy*?

Finn se rio, rascándose el mentón.

—Siempre. —Un silencio se instaló entre nosotros y esa vez pesaba tanto como todo lo que no nos atrevíamos a decir—. En fin. Ha sido una bonita casualidad. Si quieres, te puedo presentar a Hugo...

Se estaba despidiendo, y sabía que, a pesar de la invitación, no era de verdad, solo una excusa para poder alejarse, esperando que no la aceptara.

Sonreí, educada, mientras negaba, y un pinchazo me atravesó sin reparos el corazón.

—En otra ocasión.

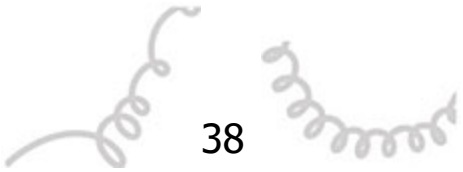
Finn se obligó a devolverme el gesto, comenzado a dar pasos hacia atrás para alejarse.

—Adiós, Anne.

Iba a responderle, pero no tuve el valor. Tan solo le sonreí, controlando las ganas de pedirle que se quedara, de hablarle de la gente que había invadido su piso. De lo mucho que los echaba de menos a él y a Norman.

Incluso echaba en falta sus malditos gofres, esos que me había habituado a comer un martes cualquiera.

Finn me dio la espalda, alejándose de nuevo, y supe que estaba tan enamorada de él que estaba perdida.



38

La exposición terminó, y lo bueno de ser amiga de la hija de la dueña de la galería era que teníamos la posibilidad de estar en ella incluso cuando ya estaba cerrada.

Y allí me encontraba.

Había pedido permiso a Ivy y ella no había necesitado más explicaciones. Me dejó un rato a solas sin hacer preguntas.

Tan solo tendría que avisar a los de seguridad para que apagaran las luces del edificio a mi marcha, puesto que estaba completamente sola.

Había oído la vibración de mi móvil y no necesitaba mirar la pantalla para saber que eran mensajes de Nate preguntándose dónde estaba.

Y estaba allí, sentada en un banquito mullido colocado delante de *Ginger*, sin saber si quería abordar las preguntas que mi subconsciente estaba exigiéndome o si sería capaz de salir entera de allí.

Algo me decía que la Anne que abandonaría aquella exposición sería una muy distinta de la que había entrado, y me daba terror enfrentarme a ello.

Pero no fueron esos pensamientos los que me sacaron de mi ensimismamiento, sino el inconfundible sonido de unos tacones contra el hormigón pulido del suelo.

Levanté la mirada y me sorprendí cuando me encontré detrás de mí nada más y nada menos que a Miss Fire, quien me saludó con una sonrisa, acercándose enfundada en su característico *look* rojo.

—Hola, querida. Antes de que digas nada, lo sé, yo también te he echado de menos, pero no podía estar contigo. Tenía que dejarte sola. Son las normas.

—¿Cómo...? ¿Qué? —pregunté confundida ante sus palabras.

Cupido suspiró, llegó hasta mí y se sentó a mi lado mientras yo seguía mirándola anonadada, sin comprender si estaba alucinando o de verdad había vuelto. Ella me dedicó una mueca dulce, algo divertida, y me apartó con cariño un mechón de pelo, colocándolo detrás de mi oreja.

—Ay, Anne... Qué viaje has hecho, querida.

Y solo con esas palabras me eché a llorar.

No fue un llanto delicado, o quizá empezó así, pero todo salió como una tormenta de verano. Como la que lo había empezado todo. Todo lo que había estado intentando controlar, evitar, incluso olvidar (porque, sí, lo había intentado con todas mis fuerzas, sin éxito); todo salió a la luz.

Rose me abrazó, dándome consuelo mientras dejaba que el llanto arrasara con todo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así y, en algún momento, pensé que nunca tendría fin, pero llegó. Me separé lentamente de ella, que volvía a sonreírme cariñosamente mientras me tendía un pañuelo.

—Rojo, por supuesto —dije mientras lo aceptaba, sin poder evitar reírme, y Cupido asintió.

—¿Es que no te has dado cuenta ya de que no hay mejor color?

Tras limpiarme las lágrimas e intentar quitar el surco que me habría dejado el rímel, volví a mirar el cuadro.

—Impresiona, ¿verdad? —rompió entonces ella el silencio—. Es impactante lo que esconden estas pinceladas. Para algunas personas, esas que no se detienen a escuchar lo que tiene que decir, será un simple cuadro perfectamente ejecutado; pero los que sí se paran a escuchar el mundo son testigos de lo poderoso que es el amor.

Rose volvió a mirarme.

—No dejes que el miedo te frene, Anne. La vida no va de eso.

—Me da terror, Rose.

Se rio mientras buscaba mis manos para agarrarlas con cariño.

—¿De verdad piensas que no lo sé? ¿Por qué crees que ha habido tantos candidatos camuflando el verdadero?

La sorpresa recorrió mi rostro y un gesto de disculpa se instaló en el suyo.

—¿Finn...? —empecé, y Rose asintió.

—Por supuesto, querida. Finn era y es el único candidato.

Abrí la boca, impactada.

—Pero... ¿Y las rosas? Nunca... Con él... con él no había rosas.

Una sonrisa ladina por parte de Miss Fire hizo que me tensara.

—Anne, no fallo. Ya te lo advertí. Soy Cupido.

—No entiendo nada. ¿Y los demás candidatos? ¿Para qué...?

—Para hacer que te enfrentaras a tu tozudez, querida. Hacía tiempo que no me encontraba con un perfil tan complicado, pero he de decir que me lo he pasado genial. Y espero que tú, cuando lo veas en retrospectiva, también.

Rose me dio una palmadita y se levantó con energía renovada, como preparada para dar su discurso, y yo solo podía mirarla boquiabierta.

—Esos chicos representaban lo que tú querías para tu vida sin amor. Perfiles perfectos de hombres exitosos, atractivos, con las ideas claras. Salvo alguna excepción que tuve que meter, porque, lo reconozco, ha sido muy divertido sacarte de tus casillas... —Pestañeó encantadoramente hacia mí—, los importantes eran perfiles que, supuestamente, encajaban con lo que tú considerabas que era a lo que podías aspirar sin complicarte la vida. Una vida sin sobresaltos, sin emoción, sin chispa. En definitiva, sin amor. Con buen sexo, por supuesto, pero bien sabes, querida, que sumar en la ecuación el buen sexo y el amor... Oh, no hay nada mejor.

Estaba sin palabras. Solo podía escucharla mientras explicaba todo el que había sido su maquiavélico plan.

—Además, estabas tan enfocada en demostrarme lo que yo ya sabía, que no podías enamorarte de esos tipos, que bajaste la guardia con Finn. Nuestro querido Finn. He de decir que ha sido precioso ver cómo el amor ha ido surgiendo... Tan romántico.

Rose miró soñadoramente a la nada, o quizá a algún recuerdo que estaba visualizando, para después volver a mí con una determinación que ni en el ejército.

—Pero ahora, este momento es clave, Anne. Has reconocido que estás enamorada de él. Sabes que él también de ti. Lo has alejado, mi querida cabezota, y has tomado el camino sencillo. Bueno, *sencillo*. Podríamos diseccionar ese término, porque ambas sabemos que no es ese el camino que has decidido. Te has decantado por una vida a medias, a medio gas. Sin esa chispa de emoción que mueve

el mundo. Porque ¿de qué otro tema hablan los artistas, las buenas historias, los libros, las noticias..., sino del amor? ¿Qué se ha demostrado que mueve el mundo?

Rose se señaló en un movimiento floreteado de manos.

Desvié la mirada, volviendo a centrarla en la pintura. Apreté los puños, a punto de echarme a llorar de nuevo, y oí que Rose suspiraba.

—¿Qué es lo que te aterra, Anne?

Volví a mirarla porque Miss Fire se había acuclillado delante de mí.

—Lo sabes —susurré.

—Lo sé perfectamente, niña. Claro que lo sé. Pero tienes que enfrentarte a ello. Dime, Anne Prescott, ¿qué es lo que te aterra?

—Terminar como ella.

Una frase sencilla pero asesina. Me desgarró por dentro decirla. Tuve que cerrar los ojos para no desmoronarme y sentí que Rose volvía a sujetar mis manos entre las suyas con cariño.

—Tú no eres ella, Anne. No eres tu madre.

—Lo sé, pero ella se quedó atrapada. Por amor, su vida se estancó. Incluso cuando se terminó, siguió allí. Sigue allí, atrapada. Dejando atrás todos sus sueños.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que tu madre está atrapada? ¿Que ya no tiene amor?

Rose no esperó a que respondiera; se levantó de golpe, dándome con un dedo en la punta de la nariz, sobresaltándome.

—Pero ¿qué?

—Un poco más de respeto a tu madre, querida, que es la mujer que te trajo al mundo. ¿De verdad piensas que ella no quiere estar donde está? Anne, abre los ojos. No para todo el mundo el éxito

significa tener muchos ceros en la cuenta del banco, ni una profesión en la que se mueva por las altas esferas. Y eso es algo que deberías haber aprendido ya. Tu madre quiere a tu padre. Por supuesto que se quieren. ¿O por qué crees que siguen dando esos paseos juntos cuando ella llega de trabajar? ¿Por qué tu madre por las noches escucha los comentarios de las lecturas de tu padre? ¿Por qué tu padre cuida con tanto mimo las plantas de ella? Despierta, Anne. El amor tiene muchas formas y, ante todo, evoluciona. Tus padres, al principio de su historia, no podían quitarse las manos de encima. Todo al principio es fogosidad, pasión desmedida, ilusión por pequeños gestos; pero el amor, el de verdad, evoluciona, chica. Tus padres se quieren, con sus rituales, sus diferencias y sus rutinas. No son los más efusivos, pero puedo asegurarte que se quieren y que son felices.

—Pero ella quería salir del pueblo.

—La vida, Anne. La vida también implica hacer sacrificios, equivocarse y tomar malas decisiones. Lo importante es que, al llegar al final de ella, porque llegará ese final, sepas que la has exprimido. Y te diré una cosa: en ese momento, no te acompañarán ni el dinero que hayas amasado, ni los clientes que pagaron tanto por tus servicios, ni los jefes que hayas podido tener y a los que quisiste impresionar echando horas extras... Estarán tus seres queridos. Tu familia de sangre y la elegida. Así que despierta y coge la vida con todas las ganas. El amor no va solo de sacrificios. El amor no va reñido con tener una profesión de éxito, te lo puedo asegurar. O, si no, explícame la historia de la mujer que ha organizado esta exposición.

—¿La madre de Ivy?

—Por supuesto. Esa mujer a quien tanto admiras y de la que hoy mismo te has dado cuenta de que se enfrentaba al éxito de la mano de su marido, que estaba ahí para acompañarla, observándola con adoración y apoyándola.

Desvié la mirada siendo consciente de que era verdad. Que ese mismo pensamiento me había estado carcomiendo toda la noche.

Pero Rose no me dio tregua, continuó con su demoledor discurso:

—El verdadero amor no corta alas, acompaña, hace equipo. Se ilusiona con tus proyectos, se entristece con tus penas, te toma de la mano en este apasionante viaje donde te equivocarás, fallarás; pero, si eres valiente, lo harás en la mejor de las compañías.

Y tras aquellas palabras, llegó un silencio denso e intencionado, uno que fue decisivo.

Nunca me había considerado una cobarde.

Y no lo era.

Me levanté del banquito, dándome cuenta de que escuchando las palabras de Rose había vuelto a llorar. Sonreí y me limpié las mejillas con manos temblorosas.

—¿Y qué hago ahora? ¿No es tarde ya? ¿Él...?

—Ay, niña. Deja los miedos y ve a por todas. Aunque te diré una cosa: ese cuadro ha sido testigo de la forma en la que te miraba. ¿De verdad tienes dudas todavía?

Me lancé a los brazos de Rose, nerviosa, todavía entre lágrimas, aunque esa vez era distinta. Rose respondió a mi abrazo y escuché su risa cantarina, emocionada.

Cuando nos separamos, pude ver el orgullo en su expresión.

—Ha sido un honor ser tu Cupido, Anne Prescott. Ahora, corre. Tienes que cometer una locura. La misión más importante de tu

vida. Ve a por él.

Me separé de ella, asintiendo, y, sin titubear, salí corriendo de la sala mientras cogía el móvil para solicitar un Uber.

—Sobre las rosas —escuché que decía Rose en la lejanía—, no te enfades cuando abras el armario de la entrada. Era el único sitio donde podía esconderlas para que no las descubrieras.

39

Como diría Miss Fire, no hay buena película romántica sin su final a la carrera. El chico corriendo por el aeropuerto o atravesando a toda velocidad la carretera sorteando el tráfico (o cualquier lugar, en realidad) para llegar hasta su chica y declarar su amor eterno.

Antes, mi expresión habría sido de hastío acompañada por un refunfuño que ahora me tenía que comer con patatas. Porque...

Era justo lo que estaba haciendo.

Aunque me tranquilizaba en cierta forma que fuera yo la que iba a por él, saliéndome un poco de la dinámica de esas películas. Una parte de mí, una perversa y en la que tendría que trabajar, me susurraba que aquello era un mal augurio. A ver ¿desde cuándo una chica perseguía al chico para declararse? Seguro que cuando llegara a Londres le descubriría con su vida rehecha, enamorado perdidamente de otra y casi sin acordarse de mí.

Sin embargo, cuando llegué a mi apartamento, fui directa al armario de la entrada, ese que llevaba tanto tiempo sin abrir porque siempre que me había dispuesto a hacerlo había surgido *algo* que lo había impedido. Ahora entendía que ese algo había sido Mis Fire.

Cuando lo abrí, se me escapó una exclamación de sorpresa. Cientos, ¿cientos? ¿Estaba segura? Más bien miles de pétalos rojos cayeron a borbotones del armario e invadieron el recibidor. ¿Cómo podía haber estado todo eso ahí dentro sin que yo me diera cuenta?

Antes, al ver esos pétalos, me habría enfadado, pero en ese momento, con todas las emociones a flor de piel y sabiendo todo el esfuerzo que había puesto Rose para que mi historia saliera bien, tan solo pude reírme y recoger varios para oler el fresco aroma de las rosas. Sabía que, a partir de ese momento, cada vez que viera una o percibiera esa fragancia pensaría en ella. En mi querida Miss Fire.

Justo en ese instante de revelaciones, llamaron a la puerta.

Era más de medianoche, y que llamaran directamente a la puerta de mi casa era raro. No esperaba a nadie; sin embargo, en cuanto eché un vistazo por la mirilla, abrí sin dudar.

Nate estaba en la puerta, mirándome intrigado, y esa expresión se acentuó cuando me vio cubierta de pétalos de rosa y reparó en la cantidad ingente que había esparcidos por todo el suelo de la entrada, algunos escapándose al rellano.

—¿Vengo en mal momento? ¿Qué ha pasado? —preguntó realmente curioso.

—Perdona, acabo de llegar de la exposición. Creo que me habías escrito, ¿no? —contesté, intentando evitar que se escaparan más.

—Sí, por eso estoy aquí. Estaba algo preocupado, y también venía a celebrar el caso —Me enseñó la botella de champán que llevaba consigo y que me había pasado completamente desapercibida—. Pero veo que estas con ¿lío?

Volvió a mirar significativamente los pétalos, y yo suspiré. Cogí el pomo de la puerta para salir y cerrar detrás de mí, un gesto significativo que hablaba más alto que las palabras que se me agolpaban en la garganta.

—Una amiga me ha mandado rosas y digamos que no las ha guardado en el mejor sitio.

—Ya veo. ¿Y por eso no me invitas a pasar? —sonrió, pero sabía que el gesto le había molestado.

Nadie hacia un desplante a Nate Roth.

—Nate, tenemos que hablar.

—Entiendo. —Apretó la mandíbula.

Suspiré y le dediqué una sonrisa educada que hizo que se tensara más. No era tonto, sabía lo que venía a continuación.

—No funciona. Ese plan que me propones, este contrato, todo... No funciona. O por lo menos no me funciona a mí. Siento un gran respeto y admiración por ti, puedo tenerte como amigo, pero no quiero nada más. Sé que me ofreces seguridad, éxito y todo lo que la Anne del pasado buscaba con desesperación. O, más bien, lo que creía buscar, porque en realidad no soy así. Claro que quiero éxito. De hecho, ya lo tengo. No necesito a nadie más para conseguirlo. Pero quiero más, y me han hecho ver que no tiene que estar reñido con querer eso que me negaba, y que, parafraseando a Carrie Bradshaw, «no voy a encontrar aquí. Quiero el amor ridículo, inconveniente, arrollador, eso de no poder vivir sin la otra persona».

Nate frunció el gesto.

—¿Carrie Bradshaw? ¿Qué dices, Anne?

—Créeme, ahora mismo mi querida Rose estará muy orgullosa de mí por ese guiño —aseguré para mayor incertidumbre del abogado. Sin embargo, antes de que pudiera añadir nada más, volví a hablar —. Adiós, Nate. Espero que todo te vaya muy bien. Estoy segura de que, si quieres, encontrarás a la persona perfecta para vivir la vida como hay que hacerlo. Yo, si me perdonas, tengo que ir a buscar a la mía.

Y así fue como despedí a la antigua Anne de mi vida para siempre.



Era la víspera de Nochebuena y, después de unos días de investigaciones, llegué a Londres.

Me encantaría afirmar que llegué esplendorosa, segura de mí misma y con la certeza de que todo iba a salir bien, pero era todo lo contrario.

A eso de las siete de la tarde, bajé tras pagar al taxista con el que había atravesado la capital inglesa y descubrí que era una de las ciudades más bonitas del mundo en esas fechas. El hombre, que se sorprendió cuando le pedí que me hiciese un recorrido por donde quisiera antes de dejarme en la dirección que le había indicado, se despidió con una sonrisa y deseándome suerte. Y es que una hora de charleta da para mucho cuando te preguntan «¿qué te trae a Londres?». «Amor», le contesté yo, y de ahí la conversación había fluido sola.

La realidad era que solo estaba ganando tiempo, porque sabía que Finn trabajaba y quería asegurarme de encontrarlo en la casa cuando llamara al timbre.

Sí. Una locura.

Yo dejándolo todo al azar.

Podían salir tantas cosas mal...

Me arrebujé en el abrigo para después recolocarme el gorro de lana a juego con la bufanda y, cogiendo aire de la gélida noche, localicé enseguida el número treinta y siete en latón sobre la puerta oscura.

Ahí me encontraba. En el 37 de Linden Gardens, en pleno barrio de Notting Hill, donde Finn vivía temporalmente.

Había conseguido localizarle sin ponerme en contacto con él directamente gracias a Isela, que había tirado de varios hilos. Esos hilos que me habían cambiado literalmente la vida, porque debía demasiado a ese misterioso artista.

Si todo salía bien, tendría que comprarle una obra.

Sin perder más tiempo, subí las escaleras de piedra tras atravesar la verja baja de hierro negro. La calle estaba preciosa, y es que, si ya de por sí las casas en hilera eran impresionantes con su estilo victoriano característico, al añadir la bonita decoración navideña era como estar en una de las famosas tarjetas de Hallmark.

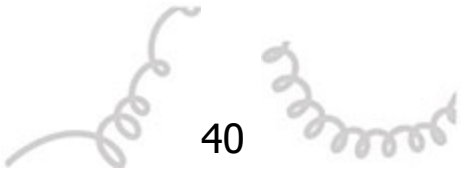
Antes de llamar al timbre, me quedé unos segundos observando la corona de acebo y eucalipto con varias piñas de pino y bayas rojas que colgaba de la puerta, y me di cuenta de que podía ser que no abriera él la puerta.

Sabía que compartía piso con unos compañeros de la agencia en la que trabajaba, así que había bastantes probabilidades de que no fuera él quien apareciera al otro lado de la puerta.

—¿Ahora te va a entrar miedo? —me susurré.

Y a lo loco, sin permitirme darle más vueltas, llamé al timbre.

Y que fuera lo que tuviera que ser.



40

La puerta se abrió y ante mí apareció Finn Langsley, que se había quedado congelado al descubrirme en la puerta de su casa londinense. Iba con el pelo rubio despeinado, un jersey de lana que no combinaba nada con los pantalones de pijama que llevaba, y estaba descalzo. Y, aun así, me pareció tan guapo y atractivo como siempre.

La sirena de un coche sacó a Finn de su estupor, y fui consciente del momento exacto en el que comprendió lo que estaba pasando.

—¿Anne? —preguntó como para asegurarse.

—Hola, Finn.

Sonreí hecha un manojo de nervios. Él seguía petrificado en la puerta y supe que tenía que explicar mi aparición.

Carraspeé.

—Me imagino que te estás preguntando qué hago aquí.

—Sí, no te voy a engañar. —Finn frunció el ceño, confundido—. ¿Es por trabajo...?

Negué con la cabeza, tan nerviosa que no sabía cómo empezar.

—En las películas no parece tan complicado —me vi confesando.

—¿En las películas? —El inglés arqueó una ceja.

—Ay, calla, no me lo estás poniendo fácil —me quejé, mirándole mal, y Finn contuvo una sonrisa. Levantó ambas manos en gesto de

sumisión y simuló que se cerraba la boca con una cremallera imaginaria.

Volví a coger aire y decidí hablar sin pensar en ese discurso que había intentado preparar y que, en ese instante, por los nervios, ni recordaba cómo empezaba.

—Te quiero, Finn. —Siempre era mejor empezar por lo evidente, sin dar tantos rodeos—. Creo que te quiero desde la fiesta con los vecinos, esos que has abandonado sin mirar atrás y que a veces me preguntan por ti, porque, ya sabes..., eras el otro joven del bloque. Te quiero y por eso estoy aquí. Es cierto que he tardado, no en darme cuenta, sino en aceptarlo; en hacerlo sin miedo a lo que pueda pasar. Y perdóname por todo el daño que nos he ocasionado. Te prometo que no era mi intención, y... Estoy aquí, aterrada, porque sé que puede que sea tarde, que me hayas olvidado o que sencillamente no quieras darle la oportunidad a esta chica plagada de miedos que se ha dado cuenta de que hay que asumir riesgos. No podemos prometernos que esto saldrá bien, pero que, si tengo que asumirlos, sé que quiero que sean contigo...

No pude continuar con esa desastrosa declaración, y no porque Finn me cerrara la puerta en las narices, sino porque me acalló con un beso. Me acercó a él tirando de la bufanda y se abrió paso entre mis labios con una pasión que me demostraba, sin necesidad de palabras, que también me había echado de menos. Que también me quería.

Quise llorar. Por la tensión que me abandonaba y por tenerle de nuevo a mi lado. Lágrimas de alivio y de promesas de futuro que no llegué a derramar.

Poco a poco, la urgencia del beso fue apagándose y, tras darme uno delicado y corto, por fin habló.

—¿Cómo iba a poder olvidarte, Anne? Eso ni siquiera es una opción —me susurró cuando se separó de mí, juntando nuestras frentes.

—Yo... La cagué tanto...

—No digas eso, solo estabas dándote el tiempo que necesitabas.

En sus ojos castaños bailaban toda clase de emociones: sorpresa, alegría, amor... Un claro reflejo de los míos.

Finn volvió a sonreír antes de besarme de esa forma que solo nosotros sabíamos. Porque nuestros besos hablaban, decían todo lo que sentíamos, incluso mucho antes de que ninguno de los dos se hubiera parado a admitirlo en alto.

¿Cómo había estado tan ciega? ¿Cómo había querido negarme aquello?

El beso llegó a su fin cuando notamos algunas gotas frías cayendo sobre nosotros, y fue cuando descubrimos que había comenzado a nevar.

—Creo que será mejor que entremos —dijo mirando al cielo oscuro.

—¿No les importará a tus compañeros tener una intrusa esta noche? —pregunté algo insegura.

Finn frunció el ceño, pero, antes de que pudiera hablar, alguien intervino.

—Qué va, dudo mucho que a mis padres les importe que entres en casa. Ya era hora de conocer a la famosa Anne, la del tercero.

Los dos nos giramos, sobresaltados, para descubrir abrigada hasta las cejas, con orejeras incluidas, a una versión más joven y femenina

de Finn, cuyo rostro podía intuir tras la enorme bufanda.

—¿Qué? No me miréis así —se defendió—. Si os dais cuenta, estáis en la calle. Y, oye, no me quejo: me habéis dado tensión, vulnerabilidad, química, romanticismo... Espectacular discurso, Anne. Ni en las películas.

Miré a Finn, que había pasado del estupor a tener dibujada una sonrisa entre avergonzada y divertida.

—Pero ¿no vivías con compañeros de la agencia? —pregunté con un hilo de voz.

—Para nada. Esta es la casa de mis padres. Estoy en mi antigua habitación hasta decidir qué hago con mi vida. No sé quién te habrá dado esa información.

—Voy a matar a Ivy —solté, haciendo que Finn terminara riéndose.

La no tan misteriosa chica subió las escaleras y, apartando a su hermano, me dio un fuerte abrazo.

—Soy Julie. Encantada de conocerte por fin. Me han contado que tienes buen gusto literario. Algo inoportuno, pero buen gusto. ¡A mis padres les vas a encantar!

Y sin que yo añadiera una palabra, porque me había quedado sin ninguna, la dejé cogerme de la mano y arrastrarme al interior de la acogedora casa, seguida de Finn.

EPÍLOGO

DOS AÑOS DESPUÉS

—¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Mmm... Creo que ¿Aiden?

—No se te ve muy segura —rio Finn.

Levanté la mirada para observarle, divertido, mientras terminaba de preparar el postre para la cena. Se había decantado por unas tartaletas de queso, y todo mi apartamento olía deliciosamente.

Terminé de colocar las servilletas en la mesa y, tras hacerle una caricia a Norman (que esa semana se quedaba con nosotros mientras Jeremy estaba de viaje), me acerqué por detrás a mi prometido y le rodeé con los brazos.

Finn dejó lo que estaba haciendo para volverse y darme un beso suave.

—¿Nerviosa por conocer al nuevo chico cuyo nombre no recordamos? —bromeó Finn, y yo le di un golpecito en las costillas haciéndole cosquillas.

—Vamos a ver qué tal. Hace mucho que no nos presenta a nadie.

—Eso es cierto —admitió, volviendo a la carga con el postre.

Me apoyé en la barra a su lado, observándole dar los últimos toques, todavía sin poder creerme que estuviéramos allí.

Hacía escasos seis meses que habíamos vuelto a Boston.

Tras mi declaración, Finn y yo decidimos probar suerte primero en Londres. Yo me di cuenta de que necesitaba un descanso, y también de que, al ser mi propia jefa, podía trabajar donde quisiera.

Sin embargo, y tras un año de intentos por mi parte, no conseguí hacer mi camino profesional en tierras inglesas. Tuve que enfrentarme a mi mayor miedo, porque, al final, por amor, había abandonado mi terreno seguro, Boston, donde había estado en la cima del éxito.

Podría haber colapsado, incluso haber huido con el rabo entre las piernas, cometiendo alguna locura como mandarlo todo al garete, pero Finn demostró estar a la altura de la situación y fue él quien me propuso volver.

«Tenemos que estar donde ambos estemos bien», fueron sus palabras.

Y allí habíamos vuelto. A mi antiguo apartamento, a nuestra vida anterior, pero esa vez algo diferente, porque mi atractivo vecino vivía conmigo y, de hecho, en el primer día de mudanza me pidió matrimonio.

Volví a sonreír ensimismada mirando la alianza sencilla y elegante, recordando el momento en el que descubrí que el anillo estaba en ese gofre que me ofrecía mientras hincaba la rodilla.

Nunca pensé que un postre pudiera significar tanto en mi vida.

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Finn.

Justo llamaron al timbre.

—Ahí están —dije yo, acompañada por los ladridos de Norman, que fue enseguida a la puerta principal mientras yo daba acceso a mi mejor amiga y a su nueva pareja, a quien iba a presentarnos esa noche.

Al abrir la puerta, descubrí a una Ivy feliz de la mano de un chico sonriente de pelo rizado castaño y gafas *vintage*.

—Pasad, pasad —dije, haciéndonos a un lado a Norman y a mí mientras ellos entraban.

—Chicos, os presento a Adam —dijo mi amiga, que estaba resplandeciente.

Finn y yo intercambiamos una rápida mirada de las nuestras.

Adam. Era Adam.

—Encantada de conocerte por fin, nos han hablado mucho de ti —dije tendiéndole la mano.

—Tienes un apartamento precioso y huele increíble —dijo él algo cortado.

—Eso tienes que agradecérselo al chef —dijo Finn, entrando en escena para saludar.

Entre frases cordiales y bromas para romper el hielo, se adentraron en nuestro apartamento, porque la esencia de Finn y Norman estaba ya en cada rincón, aportando su originalidad y estilo en las cosas de la casa. Y cuando estaba a punto de seguirlos, oí que llamaban al timbre de nuevo.

—Voy yo —dije, encaminándome de nuevo a la entrada—. Será el vino que he pedido.

—Siempre tan comodona —escuché decir a Ivy—. Podríamos haberlo traído nosotros.

Sin embargo, cuando abrí la puerta, no me encontré con nadie, solo con la botella que había pedido delante de la puerta, apoyada en el suelo.

Extrañada, me agaché para recogerla y fue entonces cuando vi el sobre rojo abultado. No había remite.

Lo abrí con cuidado, recelosa, y descubrí que en el interior había varias tarjetas en color crudo. En cada una de ellas, con una elegante y algo rebuscada tipografía en color rojo, tenía un mensaje en orden.

Empecé a leerlas justo cuando oí que Finn me llamaba.

Di que es el repartidor, que ahora vas.

—Es el repartidor, ahora voy —repetí en voz alta, confirmando así mis sospechas sobre quién podría haberlo dejado en mi puerta al identificar el guiño de la película *Love Actually*.

Sabes que me pirran los guiños a grandes obras, querida.

Decía la siguiente nota.

Con una carcajada y algo emocionada, pasé a la siguiente.

Yo también me alegro de saludarte. Eres mi chica especial.

Y fui pasando nota tras nota:

No voy a negar que me estoy saltando alguna norma.

Pero hoy hace dos años que nos conocimos.

Y quería decirte lo orgullosa que estoy de ti.

Para mí, no hay mejor regalo que verte tan feliz.

Esta vez sí que es una despedida definitiva, pero no habrá día que no recuerde tu cabezonería.

Me tuve que reír, pero, al pasar a la siguiente nota, era la última.

Disfruta de la vida tan bonita que has elegido, Anne. Estoy convencida de que va a ser un viaje apasionante.
PD: cuidad a Adam, porque, entre nosotras, es el candidato de Ivy. Con mucho amor, salseo, pasión y abrazos, Tu querida, única e irremplazable Miss Fire.

Cuando terminé de leer dos veces las notas, me di cuenta de que se me habían saltado algunas lágrimas, pero las aparté con una sonrisa, cerrando por fin la puerta.

Guardé el sobre en uno de los cajones del mueble de la entrada y volví a la zona del comedor, donde estaban Finn, Ivy y Adam inmersos en lo que, por las risas, parecía el relato de una anécdota divertida.

Enseñé la botella y Ivy aplaudió entusiasmada, cogiendo el sacacorchos, y Adam me miró conteniendo una carcajada.

—Entonces, ¿es verdad? —me preguntó—. Cuándo Ivy conoció a Finn, ¿pusiste en el altavoz el porno narrado?

—Ya te he dicho que no es porno narrado, solo dio la maldita casualidad de que saltó en un momento intenso de la novela de fantasía —salió a la defensa de su género favorito Ivy.

Yo, siendo consciente de que antes me habría muerto de la vergüenza y habría fingido amnesia o intentado cambiar esa versión

de la realidad, tan solo cogí la copa de Adam para servirle mientras le miraba con una sonrisa ladina.

—Así es. Aquí las presentaciones son por todo lo alto.

Ni te esperas lo que tenemos preparado para la tuya —bromeé, haciendo que el pobre se atragantara y Finn se riera.

—Bienvenido, tío —dijo mi prometido, dando palmadas al que sería el nuevo integrante de nuestra familia.

Me lo había chivado Miss Fire, y ella nunca se equivocaba.

fin

Agradecimientos

Buah, chicas, qué viaje.

Cuando la idea de Miss Fire llegó a mí, nunca imaginé que iba a coger tanto cariño a un personaje ni tampoco que me iba afectar tanto: os prometo que la personalidad de nuestra Cupido particular me ha acompañado estos meses de una forma única. De hecho, queridas, todavía lo hace, y me da a mí que nunca se va a ir del todo. Y ¿sabéis qué? Que me encanta.

Esto es lo bonito de esta profesión. Los personajes, sus historias y cómo calan. De verdad que espero que esta novela os haya gustado, que hayáis pasado un buen rato y, por supuesto, que el mensaje también os haya llegado. El amor es el motor del mundo, y tenerlo no significa que tengas que negarte nada. Nunca.

No dudéis en escribirme para contarme qué os ha parecido, que sabéis que me encanta hablar siempre con vosotrxs, mis lectores.

Quiero daros las gracias por vuestro cariño y entusiasmo: a lxs que lleváis desde siempre, sin palabras, de verdad. A lxs que lleváis algunas de mis novelas y queréis seguir descubriendo mis historias. Y a lxs que sois nuevxs y me estáis conociendo con esta; espero que os animéis a darme más oportunidades leyéndome de nuevo. GRACIAS. A todxs. Siempre lo digo, pero, sin vuestro apoyo, nada de esto tendría sentido.

Por supuesto, quiero dar las gracias a mis agentes, Pablo y David. Sin ellos nada de esto sería posible, pero esta vez, Pablo, permíteme

que le dedique un agradecimiento especial a David, que fue el primero que escuchó la locura de Miss Fire y sus palabras me animaron a darle forma, a creer que no era una trama absurda... Gracias, David. Siempre estás ahí para escuchar mis pódcast llenos de preocupaciones, dudas y, sí, salseos también, jajajaja. Tu apoyo y cariño son esenciales para mí y de verdad que no tengo palabras que puedan mostrar toda la gratitud y cariño que te tengo. Eres el mejor.

Un alto especial también a María, mi editora. Qué te voy a decir que no te haya dicho ya. Quiero que tengáis claro, claríííísimo, que si Miss Fire brilla es gracias a ella. Eres la mejor editora que podría tener. Gracias por las risas, las conversaciones, los recortes necesarios (ojo aquí, que esto no lo diré en público muchas veces, JAJAJAJA) y por toda la ayuda que siempre brindas sin titubear.

Por supuestísimo, a todo el equipo de RBA: mis queridas Laia, Cristina, Anna. Mercedes con su supercorrección, e Isa, cuya cubierta nos ha dejado a todxs enamoradxs. De verdad, *Maldecir el amor* está así de bonito y habéis podido conocer la novela gracias a estas maravillosas personas.

A mi familia y amigxs: gracias por vuestro apoyo siempre y vuestros «¿Otra novela más? ¿Cómo lo haces?». JAJAJA ni yo lo sé, pero ya me conocéis, no puedo controlar esta cabeza mía, jiji.

Mención especial también a mi hermano Gonzalo, que, pese a sus reticencias, termina apuntándose siempre a todo y ayudándome una barbaridad; y a mi marido, Alberto, otro sufridor, jajajaja, pero ¿y las risas que nos echamos? Gracias por seguir acompañándome. Hazme el favor de dejar de leer las escenas de sexo en diagonal, con lo fantásticas que son.

Adrián, no puedes leer esto todavía, pero ahora mismo estás «leyendo» uno de tus cuentos favoritos. No sabes la emoción de verte todo ilusionado con tus tropecientos libros. Gracias por todo lo que me estás enseñando. Eres el viaje más emocionante y bonito de toda mi historia.

Me despido esperando que, como siempre, estéis preparadxs para lo que está por llegar... 